

Por el autor de
En busca de Klingsor

JORGE VOLPI

**EL FIN DE
LA LOCURA**

NOVELA

booket

Jorge Volpi

El fin de la locura

Seix Barral

Obra editada en colaboración con Editorial Seix Barral - España

© 2003, Jorge Volpi

© 2004, Editorial Seix Barral, S.A. - Barcelona, España

Derechos reservados

© 2009, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial BOOKET

Avenida Presidente Masarik núm. 111, 2º. piso

Colonia Chapultepec Morales

C.P. 11570 México, D.F.

www.editorialplaneta.com.mx

Diseño e ilustración de la portada: Opalworks

Fotografía del autor: © Anna Oswald Cruz Lehner

Primera edición en colección booket impresa en España: abril de 2004

ISBN: 84-322-1655-0

Primera reimpresión en booket impresa en México: mayo de 2009

ISBN: 978-607-07-0167-2

Impreso en los talleres de EDAMSA Impresiones, S.A. de C.V.

Av. Hidalgo núm. 111, Col. Fracc. San Nicolás Tolentino, México, D.F.

Impreso en México — *Printed in México*

Biografía

Jorge Volpi nació en la ciudad de México en 1968. Estudió Derecho y Letras en la Universidad Nacional Autónoma de México y Filología Hispánica en la Universidad de Salamanca. Es autor de las novelas *A pesar del oscuro silencio* (1993), *La paz de los sepulcros* (1995) y *El temperamento melancólico* (1996); de las novelas cortas *Días de ira* (en el volumen *Tres bosquejos del mal*, 1994), *Sanar tu piel amarga* (1997) y *El juego del Apocalipsis* (2000); del ensayo *La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968* (1998) y de la antología de jóvenes cuentistas mexicanos *Día de muertos* (2001). Su novela *En busca de Klingsor* (Seix Barral, 1999) obtuvo el Premio Biblioteca Breve en 1999, los premios Deux Océans y Grinzane Cavour en Francia, y a la mejor traducción del Instituto Cervantes de Roma en 2002, y ha sido publicada en diecinueve idiomas. Actualmente es director del Instituto de México en París.

A mi padre y a mi madre

—«Je crois plutôt à la sottise du peuple. [...] De même, par le fait seul de la foule, les germes de bêtise qu'elle contient se développent et il en résulte des effets incalculables.»

—«Ton scepticisme m'épouvante!», dit Pécuchet.

Flaubert, *Bouvard et Pécuchet*

«No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía.»

Cervantes,
Don Quijote de la Mancha, II, cap. 74

*Este libro es una obra de ficción.
Cualquier semejanza con la realidad
es culpa de esta última.*

PRÓLOGO

Ciudad de México, 10 de noviembre, 1989

Ni siquiera sé a quién debo dirigir estas palabras. ¿A ti? ¿A mí mismo? ¿A esa entelequia que llamamos posteridad? Aguardo tu llegada con el vano arrepentimiento del pecador que al tratar de evadir su penitencia sólo acierta a prolongar su culpa. Una falta como la mía no merece, según tú, perdón alguno. ¿Qué podría alegar en mi defensa cuando no hay salvación posible y, peor aun, cuando todo me señala como responsable de mi desventura? En esta circunstancia no me queda sino aparentar una obstinada soberbia hasta el final: tal vez no elimine mis errores, pero me permite creer que no soy víctima de mi torpeza sino de un destino crudo e implacable.

No me parece casual que el televisor, decidido a reproducir mi infortunio, me entregue en estos momentos las imágenes de esos jóvenes que con gozosa y amnésica violencia desmantelan el Muro de Berlín. Te preguntarás qué diablos puede importarme el derrumbe de ese símbolo de la tiranía comunista cuando yo mismo me precipito en la ignominia. Te confieso que acaso por mi edad —o por la tragicomedia que represento— esas piedras me provocan una súbita nostalgia; aunque fueron el blanco de mis más severas críticas, ahora sólo atino a considerarlas simples metáforas de mi fragilidad. Exhausto, desenchufé el aparato, acaricio el revólver de mi padre y regreso por enésima vez a la carta que tuviste la vileza de dejar en mi escritorio.

Al forzarme a realizar un balance de mi vida, evocas la primera vez que nos cruzamos, en mayo del sesenta y ocho, en París, frente al consultorio del doctor Lacan. ¡Claro que lo recuerdo! De nada sirve preguntar si a lo largo de este tiempo nos amamos o nos odiamos; lo que no comprendo es tu actual empeño en destruirme. Mi práctica psicoanalítica apenas me ayuda a desentrañar tus motivos: lo más sencillo sería concluir que me castigas porque encarno el fracaso de tus ilusiones, pero esta explicación no basta para aclarar tu encono. ¿Por qué no confías en mí? ¿Por qué me abandonas cuando más te

necesito? Adivino tus palabras: *Porque no me dijiste toda la verdad.* ¿La verdad? ¿De qué te sirvió contemplar el fin de la revolución, el penoso trayecto de este siglo, el sanguinario envejecimiento de nuestra causa? Si algo aprendimos en esta era de dictadores y profetas, de carniceros y mesías, es que la verdad no existe: fue aniquilada en medio de promesas y palabras.

Cuando me anunciaste que vendrías a México, después de tantos años de separación, no albergaba demasiadas esperanzas en nosotros —siempre supe que nuestros espíritus habían sido modelados para contradecirse— pero al menos pensé que más allá de los desacuerdos lograríamos preservar nuestra complicidad. Me equivoqué doblemente: primero, al creer que era posible armonizar la independencia y el compromiso y, luego, al asumir que antepondrías nuestro pasado común a tus ideales. O quizás sería mejor decir que ambos erramos o nos confundimos en esta época dominada por la falta de certezas. ¿Cuántos de nuestros compañeros de ruta no padecen dilemas similares? ¿Cuántos de ellos no se lamentan, justifican o arrepienten al comprobar la fugacidad de sus anhelos y la dimensión de sus crímenes? Nuestro caso resulta tan trágico e ilusorio, banal y esperpéntico como el propio siglo XX.

¿Entonces por qué asumes que eres mejor que yo? Tú me convenciste de sumarme a ese gigantesco espejismo que fue la izquierda revolucionaria y ahora te arrogas una integridad que, siento decirlo, no posees. ¿Qué buscas? ¿Comprobar que soy un traidor o un embustero? ¿Denunciar mis tratos con el poder? ¿Revelar mi debilidad, mi incongruencia, mi avaricia? Tal vez ha llegado el momento de volver a la cordura. ¿Y si en nuestros días fuese imposible luchar sin transigir? ¿No esconderá tu ansia de pureza una ambición aún mayor que la mía? Dime: ¿quién es el mentiroso: yo, eternamente afligido por mis dudas, o tú, que nunca dudaste de tu fe?

Respóndeme: ¿por qué escribiste esta carta? Y, si en realidad pretendías dejarme para siempre, ¿por qué aceptaste verme hoy? ¿No resistes la tentación de contemplarme demolido? ¿O esperas que yo mismo confirme tus sospechas? Suprema burla: la verdad que tanto anhelas sólo existirá cuando yo mismo la asuma frente a ti y, en un laico e intempestivo examen de conciencia, admita: *Sí, lo hice.* Para demostrar mis delitos necesitas que te conceda la razón. Quizás sea lo más natural: las palabras me sentenciaron a muerte y ahora las palabras me conceden esta última posibilidad de salvarme. Al menos sé que no faltarás a la cita. Mientras en el otro extremo del mundo se desploma el Muro de Berlín, yo me apresto a testificar en el juicio que me tienes reservado. Observo el revólver de mi padre encima del escritorio, ansioso de que llames a la puerta. Durante unas horas serás mía y yo podré

dictar mi última voluntad.
Tendrás que oírme.

Aníbal Quevedo

PRIMERA PARTE

I
AMAR ES DAR LO QUE NO SE TIENE
A ALGUIEN QUE NO LO QUIERE

Si ustedes creen haber comprendido, de seguro se han equivocado.

Lacan, *El Seminario*, libro I

—¡Basta de ruido!

Los muros de la habitación me resguardaban de su ira, no de sus lamentos: el clamor me perforaba los tímpanos como un disparo a quemarropa. Extraviado, me acerqué a la ventana y aguardé. Al principio sólo padecí una leve sacudida pero los espasmos se hicieron cada vez más estrepitosos mientras un torrente de hormigas —o de esa otra plaga, los humanos—, se aproximaba a toda prisa a mi refugio. Los balbuceos se transmutaron en alaridos que lo mismo podían ser producto del gozo o de la cólera: nuestra especie apenas distingue los sonidos de la agonía y del orgasmo. Al taparme los oídos y anhelar una rápida sordera comprobé que mis manos no frenaban las ondas expansivas; si bien esos rebeldes detestaban las reglas, en cambio aullaban al unísono. La turba estaba compuesta por una marea de infantes caprichosos: sólo así podía entenderse la puerilidad de sus consignas y la torpeza de su euforia. ¿Qué pretendían? ¿Por qué vociferaban con tal brío? ¿Ansiaban salvarme, lincharme, maldecirme? Advertía sus rostros maltrechos —sus labios abiertos, sus colmillos, sus lenguas desatadas— muy cerca, al otro lado de la acera. Los insolentes no tardarían en encontrarme y a continuación me golpearían con la misma rabia con la cual reventaban parabrisas y vidrieras. Su marcha me hacía sentir prisionero de una bomba de tiempo o de un reloj torcido: uno, dos, tres, veinte pasos... Cincuenta, cien, mil... Su obstinación reducía el universo a ese convulsivo temblor que presagiaba la muerte de las horas. No soportaba más. Pronto subirían las escaleras, echarían la puerta abajo y me incluirían entre las víctimas de su escarnio. Incapaz de resistir, claudiqué ante sus voces. Ésa era, ay, la revolución.

No me despertó el griterío sino un hedor cavernoso semejante al de un insecticida. Abrí los párpados, envuelto en esa peste que flotaba en la penumbra, sin saber de dónde provenía. Era uno de esos olores intensos y repugnantes que sin embargo poseen cierto atractivo, similar a los quesos fuertes, la gasolina o la pintura fresca. El ardor en las córneas apenas me permitía distinguir el perfil de mi cuerpo, el brillo de las sábanas, la silueta de la lámpara. Leonora no dormía a mi lado: no me arrullaba su respiración entrecortada ni el calor de sus muslos. De seguro había descubierto la fetidez antes que yo —siempre tuvo el sueño más ligero— y ahora estaría afrontando el estropicio. ¿Un ratón muerto debajo de la cama? Era posible. Sandra me contó que había descubierto una cría en el fondo de su armario; casi vomité al imaginar el cadáver del roedor, ennegrecido y cubierto de gusanos. Me erguí, un poco aturdido, apoyándome en la almohada, e intenté alcanzar el despertador; no tenía idea de la hora, pero debía de ser tarde, tal vez el mediodía, porque debajo de la puerta se colaba un hálito de luz como si un cirujano hubiese trazado una delgada incisión en la penumbra.

Al incorporarme, el tufo se hizo tan fuerte que se tornó casi embriagador. Tardé unos segundos en atisbar el contorno de la ventana, torpemente recubierta con una roñosa manta a cuadros. ¡No reconocía ninguna de las formas que me rodeaban! Me relajé e intenté levantarme. Nunca debí hacerlo: las alfombras habían desaparecido y el contacto con el suelo helado me precipitó de nuevo al lecho. Semejante a un marino que ha extraviado su brújula, no conseguía ubicarme en mi propia casa. ¿Cómo explicarlo? La sed me desgajaba las entrañas, necesitaba una aspirina, o tal vez una cerveza...

Ni siquiera recordaba qué día de la semana era aquél. Sosteniéndome contra el muro, deslicé mis dedos hasta localizar un interruptor. Mi pánico se acentuó: el cuarto se había reducido. Me desplazé unos pasos hacia la ventana y arranqué la tela que la cubría. Las paredes y el techo adquirieron una ridícula tonalidad amarillenta, adornada con paisajes marinos (unos espantosos huracanes), mientras el mobiliario se reducía a un ropero y una cómoda. No había nada más, ningún rastro de las fotografías de Sandra, el tocador de Leonora o mis estanterías; tampoco avisté mi título de médico o mi diploma de la Asociación Psicoanalítica de México.

Si el espacio no se había transformado, yo debía de haber enloquecido. Sólo había dos posibilidades: alguien me había secuestrado o yo había perdido la memoria. Eché otro vistazo: aquel sitio parecía un hotel o una pensión. El tapiz se descamaba como la piel de una serpiente, en los rincones se acumulaban cerros de mugre y el suelo tenía tantos desniveles como un campo de minas. Avivado por mis propios movimientos, el hedor de mi entrepierna se

volvió intolerable; sin poder contener la arcada, escupí una masa pegajosa sobre el suelo. Una vez recuperado, abrí el armario y descubrí un espejo. Mi imagen era desoladora: la barba crecida y dispareja, el cuerpo enjuto, las costillas salidas, los tobillos plagados de costras, mi vergonzosa flaccidez. ¿En qué me había convertido? ¿Quién era ése? Me llevé las manos a la cara y, en cuanto observé que mi doble hacía lo mismo, comencé a sollozar. Me precipité hacia la puerta, dispuesto a escapar de aquella pesadilla; afuera se extendía un pasillo largo y anodino. Cerré de inmediato. Tomé una sábana y tallé la mugre de mis manos y pies, pero sólo conseguí pringarlas sin moderar la pestilencia. Volví a la cama y me adormecí de nuevo, plegado sobre mí mismo como un feto.

Al despertar, los murmullos se habían desvanecido, pero seguía sin saber por qué estaba lejos de mi hogar, de mi familia, de mi consultorio. Mi mundo se había desvanecido para siempre. Como si hubiese renunciado a la cordura, ahora yo era incapaz de distinguir la fantasía de la realidad. Aterrado, me asomé una vez más por la ventana. Miré el cielo blanquecino, opaco y sin esperanzas, extendiéndose sobre un conjunto de edificios grises, altos y estrechos, arrancados de viejos escenarios de película. Abajo —me hallaba en un quinto piso—, una manada de jóvenes corría a toda velocidad para huir de un invisible predador. Entonces alguien aporreó la puerta: sin duda venían por mí. Procuré contener la respiración, pero los golpes *no cesaron; se convirtieron* en palabras (sin duda eran palabras) y luego en reclamos. Me ovillé en una esquina. Tras unos instantes de paz, una llave se introdujo en la cerradura. Sabían que yo continuaba allí, a su merced.

—¡Ya le he dicho que no puede permanecer en el cuarto todo el día! —me reprendió una anciana menuda y temblorosa—. En algún momento debo limpiar esta pocilga.

Observé su cabello entrecano, su delantal cubierto de manchas, sus dientes quebrados y amarillos, sin adivinar quién podía ser.

—¿Es que no piensa salir nunca? ¡Ya déjeme limpiar!

—¡Váyase al diablo, vieja bruja! —me escuché decir—. ¡No le pago para recibir sus sermones!

—Pues al menos podría limpiarse un poco...

Tenía razón, pero ello no me impidió insultarla de nuevo antes de ponerme los zapatos (unos mocasines agujereados) y marcharme balbuciendo maldiciones. Nuestra pelea me recordó a esos vecinos que discuten a diario pero no consiguen separarse; la única diferencia era que yo a ella *no* la conocía.

—Tenga cuidado —me advirtió al final—, el barrio está lleno de polis. Más

le vale estar atento.

Crucé el umbral sin volver el rostro y bajé las angostas escaleras. Detrás del mostrador, un hombrecillo macilento revisaba el periódico. Abandoné el lugar y me adentré en una callejuela bordeada por dos cafés. A lo lejos se divisaban el letrero de una panadería y una boca del metro. La ciudad se diluía en una lluvia gris e impertinente, los automóviles y las aceras acribillados por las gotas. Caminé sin rumbo, esquivando a los escasos transeúntes que se alejaban de mí. No comprendí dónde me hallaba hasta que, a la mitad de mi vagabundeo, atisbé las torres de la catedral de Notre-Dame. No había duda: con sólo doblar la esquina me había trasladado al centro de París. Interpreté esta aparición como la prueba definitiva de mi insania; la iglesia se burlaba de mi estupidez. Me dirigí al atrio y permanecí largo rato allí, de pie, con el cuello entumecido, pasmado con la vanidad de los campanarios. En vez de pasar al interior del templo, preferí dar vueltas sin sentido, cruzando el Sena de un lado a otro como si traspasase la frontera entre la cordura y el delirio.

Escarbé en mis bolsillos y encontré una cartera atiborrada de billetes. Busqué otra clave, un teléfono, una dirección, pero sólo descubrí un papel cuidadosamente doblado en dos: un número de cuenta y una ficha de depósito; la cantidad era lo suficientemente grande como para saber que mis apuros no eran económicos. Sin embargo, tenía hambre. Compré un poco de pan en una esquina y, acompañándolo con una garrafa de vino, lo devoré en las cercanías del Jardín de Luxemburgo. Supuse que así recuperaría las fuerzas necesarias para buscar una salida, pero el alcohol me provocó somnolencia y me postré en el césped a unos pasos de la fuente de María de Médicis. Unos policías interrumpieron mi sueño y, luego de gritarme y humillarme, me obligaron a partir. Mientras tanto, las nubes de tormenta suprimían los últimos rayos de sol. Aunque no había anotado mi dirección, la inercia me condujo de vuelta por un camino serpenteante y resbaladizo.

El anciano del mostrador me entregó la llave sin aspavientos.

—Oiga, ¿cuánto tiempo llevo aquí? —le pregunté.

Más que su respuesta (era evidente que yo no le simpatizaba), me sorprendió mi dominio del francés.

—¿Cuánto? —repitió—. ¿Al fin va a marcharse?

—No, sólo quiero saber cuándo llegué.

—¿La fecha exacta? ¡Uf! Yo diría que a principios de enero, hacía mucho frío. Y hoy es... —me señaló el calendario que colgaba detrás de él: 3 de mayo de 1968.

Atemorizado ante aquel vacío, no fui capaz de balbucir ni una palabra. Subí las escaleras y me deslicé a la sala de baño al fondo del pasillo; me

desnudé con dificultad —la tela se pegaba literalmente a mi piel— y me coloqué bajo la ducha. Apenas tuve el valor de contemplar mi cuerpo (si aquello era mi cuerpo) mientras el agua reblandecía la suciedad que me escoriaba los muslos, las ingles y las nalgas. Me tallé con tal violencia que me dejé la carne al rojo vivo, pero incluso así persistió el olor a podredumbre. Regresé a mi habitación, cubrí la ventana con la manta y me tumbé sobre la cama. Cuando intenté dedicarle un último pensamiento a mi pasado, supe que lo había perdido para siempre.

Tras varios años de auxiliar a otros —o al menos de escucharlos—, ahora yo mismo necesitaba depositar mi infortunio en los oídos de un psicoanalista. ¿A quién podía recurrir? No conocía a nadie en Francia; fuera de la mucama y el administrador, apenas había cruzado palabra con algún ser humano. Me di otra ducha y, si bien la peste continuó sin desaparecer, ahora se confundía con el aroma del jabón. Me miré en el espejo: aunque seguía sin ser yo, al menos empezaba a acostumbrarme a mi (desoladora) imagen. Rebusqué en el armario y me topé con una enorme bolsa que, tomando en cuenta el polvo y las telarañas, debía de haber abandonado varios meses atrás; en su interior encontré varias mudas de ropa, un par de zapatos, algunas camisas e incluso un rastrillo. No puede decirse que mi apariencia mejorase luego de peinarme, rasurarme y vestirme con esa ropa —imposible recomponer la añejada desidia en un minuto—, pero al menos me diferenciaba de los *clochards* que invadían puentes y alcantarillas.

Salí de la pensión antes de que la mucama me echase con sus gritos y me dediqué a rondar el Barrio Latino, sumergido en un escenario extrañamente familiar, trasladado de pronto a una novela leída en la infancia. En las calles reinaba una enorme agitación, un aire turbio, una angustia generalizada detrás de la aparente parsimonia. Cerca de las nueve de la mañana el cielo brillaba tenso y solitario, sin nubes. Caminé por el bulevar Saint-Michel hacia la Sorbona y, como el día anterior, traté de llegar al Jardín de Luxemburgo. Decenas de leyendas mancillaban las piedras; una infinita cantidad de letreros de diversos colores y tamaños tapizaba los muros y aparadores de la zona. Una súbita invasión de palabras, similares a arañas que trepan a sus nidos, se adueñaba de la ciudad: *prohibido prohibir; ni dios ni maestro; la playa debajo de los adoquines; corre, camarada, el viejo mundo está tras de ti...*

Aquellas consignas nada me decían; preferí olvidar sus presagios y continuar mi peregrinaje. Mustios, algunos jóvenes se escabullían hacia la Sorbona y, sin saber por qué, decidí seguirlos. Las aceras languidecían bajo el

mezquino sol del mediodía. La ciudad despertó de su letargo y me vi inmerso en un caos de voces; al avanzar un poco más, ingresé en un universo descompuesto. A unos cuantos metros de la universidad, una multitud adolescente edificaba una muralla con desechos, muebles, cajas y automóviles volcados (otro espejismo: un mecano gigante), como castores que apuntalan sus madrigueras previendo una riada. Su empresa resultaba casi cómica: en pleno centro de París, esos jóvenes levantaban almenas medievales. Vencido por la curiosidad, me acerqué a ver cómo transformaban el edificio en una improvisada fortaleza, observándolos con la manía de un entomólogo ante una colonia de termitas.

Cerca de ahí, un joven moreno besaba con impúdico desdén a una chica que lo ayudaba a rellenar con gasolina unas botellas de cerveza; ambos tenían el cabello hasta los hombros —una criatura andrógina apenas desdoblada— y vestían idénticos pantalones de mezclilla y abrigos desvaídos.

—¡No pasarán! —me espetó la chica con acento heroico.

—¿Quiénes?

Sin abandonar su tarea, los dos se volvieron hacia mí, estudiándome para constatar que no era un enemigo.

—Ayer cerraron las puertas de Nanterre —me explicó el muchacho—, pero no vamos a permitir que nos arrebaten la Sorbona.

—¿Quiénes? —insistí.

—Esos cabrones —y me señaló a la policía.

Los estudiantes se apoderaban de la universidad. La cercaban. La invadían. Pronto acompañaron sus maniobras con febriles cánticos que recordaban a los esclavos de las plantaciones de algodón. *¡Abajo el imperialismo! ¡Muera el estalinismo! ¡Viva el socialismo! La resistencia es posible, hay que organizarla. ¡Hagamos la manifestación central de la juventud en París!* ¿Por qué no se callaban de una vez? ¿Qué iban a conseguir con esos alaridos? ¿No podían protestar en voz baja, civilizadamente, en vez de incordiarme con sus lloriqueos? Si su protesta hubiese sido menos escandalosa, me habría dado tiempo de estudiarla; en cambio, resultaba imposible simpatizar con ellos mientras insistiesen en mugir.

Como era de preverse, los gendarmes no tardaron en aparecer; era mejor marcharse antes de que la insensatez me devorara. Aceleré el paso para retomar el bulevar Saint-Michel —no fue la decisión más inteligente— y de pronto me vi atrapado entre dos frentes en pleno campo de batalla. De un lado se parapetaban aquellos airados muchachitos, listos para enfrentarse a unas fuerzas muy superiores a las suyas, armados con palos, piedras y bombas molotov; del otro, los granaderos formaban una muralla construida con escudos

de plástico y, si bien menos aguerridos —a fin de cuentas les pagaban por estar ahí—, no cabía duda de que resultarían vencedores. Me imaginé como el réferi en una demostración de lucha libre. Los estudiantes iniciaron el ataque arrojando las bombas sobre los policías; éstos respondieron bañándolos con gases y atizándolos con chorros de agua helada. Aunque no fuese lo más digno, no me quedó otro remedio que correr. ¿Hacia dónde? Todas las bocacalles estaban copadas. Respiré hondo y me incorporé a la estampida cuando una esquirla de bala o un pedrusco me golpeó la pierna izquierda; no tardé en verme atropellado por otros cuerpos que, esquivando los porrazos, intentaban ponerse a salvo. ¿La guerra civil en París? No era yo quien deliraba, sino el mundo.

Mucho más rápido que yo, un remolino de estudiantes se abalanzó hacia el Sena, rebasándome como las cebras jóvenes que dejan a las viejas a merced del león que las persigue. Tras varias tentativas frustradas —un grupo de mujeres me sepultó a su paso, un granadero imprimió su macana en mi muñeca, una calleja bloqueada por los coches blindados me devolvió al frente —, al fin logré escabullirme. A lo lejos se extendía el olor picante de los gases. Imposibilitado para emprender una nueva huida —se me doblaban las rodillas y me abatía un súbito resuello—, busqué cobijo tras un portón sin cerrojo; por fortuna el umbral de piedra tallada se abría hacia un amplio traspatio. Como reacción a aquel derroche de energía, se me aterían las pantorrillas. Procuré hacer un recuento de los daños: mi pierna derecha era un fardo inmanejable, me manaba sangre de la sien izquierda y aún no se me regularizaba el pulso. Gracias a Dios, estaba a salvo.

—¡Escucha!

Daniel Defert sube el volumen de la radio para que su amigo Michel Foucault escuche, a través del teléfono, los estallidos provenientes del Barrio Latino, las palabras de los reporteros, el eco de los combates y las bombas molotov, los espasmos de la confrontación. Es su regalo: en vez de charlar con él y consolarlo, de discutir de filosofía y literatura, de acariciar sus manos, le entrega esa prueba de fidelidad: una cercanía imposible con el centro del mundo, con ese escenario que —lo sabe— su lejano compañero tanto añora desde Túnez.

—Ha estallado la revolución —le explica con ese arrebatado adolescente que a Michel tanto le gusta—: tendrías que estar aquí, contemplar por ti mismo lo que ocurre, no puedes perdértelo; nunca imaginamos que el momento llegaría tan pronto, los estudiantes han montado barricadas en las calles, se

defienden a sangre y fuego como guerrilleros de verdad. Es fácil hacer una comparación histórica —añade Daniel con pedantería—, pero es que los propios muchachos no han dudado en señalar la coincidencia: hace poco vi una banderola que decía *Viva la Comuna 10 de Mayo*, ¿te das cuenta? Son decenas, Michel, cientos de jóvenes se lanzan a una lucha sin esperanza, armados con lo que pueden, a merced de los gases lacrimógenos. Un auténtico acto de heroísmo, una experiencia límite —agrega, enfebrecido, usando un término que ambos comparten como un talismán o una reliquia—, tal como lo imaginamos...

Al otro lado del auricular, a muchos kilómetros de distancia, Foucault también desfoga su entusiasmo; por una vez lamenta no estar en Francia, esa república de hipócritas y usureros, y continuar con su aventura africana. Cuando llegó a Túnez hace dos años le pareció encontrar un paraíso: en las agrestes tierras que alguna vez estuvieron dominadas por Cartago, disfrutaba de una libertad inimaginable en París, una cultura bien dispuesta a recibirlo, una sensualidad similar a la suya, el sol y la arena después de los tenebrosos años en Uppsala. Como le dijo a Jelila Hafsia, uno de sus amigos locales, mientras paseaban por las ruinas de la antigua capital púnica, Túnez le parecía un país colmado por la historia que, por haber visto vivir a Aníbal y a san Agustín, merecía vivir para siempre jamás.

Instalado en el pequeño pueblo de Sidi-Bou-Saïd, enclavado en una suave colina sobre la bahía, no lejos de la ciudad de Túnez —adonde viaja en tren para dar sus clases en la universidad—, Foucault ha vivido allí algunos de los mejores años de su vida: varios amigos y colegas, incluyendo desde luego a Daniel, lo han visitado en su nueva residencia y todos han terminado por envidiar la blancura del paisaje, la rugosa planicie del Mediterráneo, la abúlica soledad de sus playas, la severa rutina que él se ha construido al margen de Occidente. Apartado de intrigas y rumores, Foucault ha podido consagrarse a leer y escribir sin tregua —aquí redactó su tortuoso libro sobre el método—, pasear sobre la arena, dar sus clases e imaginar un sinfín de proyectos, convertido en una mezcla de eremita y antropólogo.

Pero ahora este refugio, este oasis en medio del desierto, también ha dejado de ser seguro: al igual que en la antigua metrópolis, aquí también los estudiantes —e incluso algunos profesores— son reprimidos por una policía más fiera e intolerante que la francesa. Su hermosa casa en Sidi-Bou-Saïd se ha convertido en un escondite para los prófugos cada vez más numerosos del régimen de Bourguiba. Desde el mes de marzo, cuando se preparaba la visita del vicepresidente de Estados Unidos al país, la represión contra los jóvenes radicales, y en especial contra los miembros del movimiento Perspectivas —

algunos de los cuales han sido sus alumnos—, se recrudeció hasta adquirir proporciones inadmisibles. Enfrentado al dilema de protestar en público o ayudar a sus pupilos desde la sombra, Foucault ha elegido la segunda opción desafiando las recomendaciones de la Embajada francesa y de numerosos colegas. Y es justo ahora cuando, sin que nadie pudiese adivinarlo, una agitación similar azota Francia. Mientras escucha las confusas noticias que Daniel le transmite por teléfono, comprende que no es su amigo, sino la historia, esa historia del poder que tanto lo obsesiona, quien lo llama de regreso a su patria. Reconoce que se muere de ganas de estar allá, al lado de Daniel, escuchando las noticias o marchando al lado de los huelguistas, como si fuera uno más de esos muchachos que exigen el futuro ahora.

—¿Vendrás? —le pregunta Daniel, reprimiendo el tono de súplica que a veces se le escapa de los labios.

Michel continúa en silencio; por su mente se deslizan las escenas que su amigo contempla de cerca, las batallas que siempre ha amado y estudiado pero en las cuales nunca se ha atrevido a participar. ¿Habrá llegado el momento? Se siente como uno de los atribulados sujetos que reciben un mensaje divino y que él ha analizado con tanta pasión en sus escritos.

—¿Vendrás? —insiste Daniel, ansioso, mientras su voz se transfigura en el canto de una sirena, en una llamada de auxilio—. ¿Vendrás?

De nuevo hay unos segundos de silencio. O, más bien, de ese ruido sordo y crepitante que invade los aparatos telefónicos. Foucault piensa que su amigo tiene razón: en Túnez la vida se ha tornado insostenible. Mientras allá es posible que la rebelión provoque la caída del gobierno de Pompidou, Michel sabe que en África no ocurrirá nada semejante; Bourguiba nunca permitirá que unos cuantos intelectuales minen su poder, la represión se hará cada vez mayor y entonces él ya no tendrá capacidad para ayudar a nadie. Tal vez sea tiempo de volver a Francia, de encarar nuevos desafíos, de buscar esa experiencia límite que tanto necesita, pero ya no en los archivos del pasado, sino enfrentándose directamente con el poder. Ha llegado la hora de abandonar su encierro, de involucrarse en la acción y de participar en el delirio.

—Sí, sí —admite Foucault, destemplado y ausente, estremecido—. Iré.

Durante dos días no salí de mi habitación, privado de fuerzas para arrostrar la turbulencia. Atranqué la puerta para impedir la entrada de *madame* Wanda (la mucama y hospedera), y me decidí a permanecer recostado, a salvo del vértigo. Apenas comí algo —imitando a las urracas había acumulado unas hogazas y un poco de queso— y me atiborré con agua del grifo. Las horas

transcurrían como gusanos que se arrastran en busca de alimento. Al segundo día los golpes de *madame* Wanda se hicieron más violentos; no cesaba de ultrajarme y exigirme que le permitiese entrar. Al final, forzó la cerradura.

—¿Está usted loco? —me increpó.

—¡Déjeme en paz!

—Lárguese de una buena vez —me ordenó—, usted necesita el aire fresco y yo debo cumplir con mi trabajo.

—No pienso adentrarme de nuevo en esa jungla, prefiero permanecer aquí, lejos de esos salvajes...

Una vez adentro, la anciana comenzó a sacudir el polvo como si yo fuese una pieza más del mobiliario.

—Esos muchachos no tienen remedio... —anunció al desgaire.

—No me interesan sus opiniones —la corté yo—, qué vergüenza, la Ciudad Luz.

Cerré los ojos, convencido de que tal vez si eludía la verruga que brotaba de su frente podría soportar su compañía. Y, para demostrarle que yo también podía ignorarla, me dediqué a comerme las uñas.

—Ayer encarcelaron a ese judío —prosiguió ella—, al agitador alemán.

No sabía a quién se refería, tampoco me importaba.

—Esa herida no luce nada bien —añadió luego, posando su rugosa mano sobre mi sien.

Me aparté bruscamente.

—Eso me pasa por meterme en lo que no me importa —se quejó—, no será mi culpa si se infecta.

—Yo sólo quiero que se vaya. Le pago puntualmente el alquiler, ¿no?

A regañadientes, *madame* Wanda recogió sus enseres de limpieza y azotó la puerta tras de sí. Una vez más repasé mi situación: sin saber cómo, un buen día había despertado en París, sin memoria de los días anteriores; por lo visto llevaba allí una buena temporada y, cuando al fin me había atrevido a pasear por la ciudad, me encontré en medio de una batalla campal entre policías y estudiantes. Nada marchaba como debía. El desorden era demasiado intenso, como una maquinaria de relojería a la que falta una pieza y se adelanta o se atrasa sin remedio. Quizás me correspondía buscar la tuerca faltante. Lo único cierto era que nunca hallaría una explicación si no olvidaba el miedo e intentaba salir.

Abandoné el hotel al mediodía —*madame* Wanda ni siquiera apreció mi gesto— y, en vez de vagabundear sin sentido, me detuve frente a Maspero,

una de las librerías que, similares a hongos de lluvia, brotaban en cada rincón de la Rive Gauche. Me atrajeron sus estrechos interiores, sus ventanales repletos, los ojillos conspicuos y amenazantes de su dueño. Una vez adentro, descubrí que los libros franceses carecían de cubiertas coloreadas; casi todos se limitaban a incluir el nombre del autor y de la obra sobre una pasta amarilla o color humo, sin más datos que pudiesen ayudar a un neófito a encontrar un tema interesante. Esa falta de distracciones (de comentarios y prejuicios) me obligó a saltar de un volumen a otro, lanzándome hacia textos que de otro modo nunca hubiese tenido la paciencia de ojear. Revisé decenas de obras, deteniéndome a leer páginas sueltas como mantras budistas, hasta que terminé por rendirme a mi formación (a mis recuerdos) y elegí los *Escritos* de Jacques Lacan, publicados en 1966 por las Éditions du Seuil. A diferencia de otros visitantes, a quienes pillé relleniéndose los bolsillos con manuales de marxismo, yo pagué el grueso volumen y me alejé con la tranquilidad de un cristiano medieval que ha comprado una indulgencia. Entre mis manos cargaba mi salvación.

Lacan me conduce a mis orígenes: de pronto soy un recién nacido. Incapaz de distinguir dónde termina mi cuerpo y dónde comienza eso que a falta de mejor nombre conoceré como los otros, imagino que el amasijo de carne que me abriga (mi madre) es una parte de mí mismo. Yo, en cambio, no soy más que un ávido vacío: conforme transcurren las horas, mis miembros se alargan, mis células se reproducen y mis necesidades se multiplican; aunque tal vez no tenga fuerzas suficientes, al menos soy capaz de gobernar, con el más cínico despotismo, a ese ser que me sirve de refugio y de sustento. Mi llanto me permite disponer de sus pechos, de sus brazos e incluso de su voz. Por desgracia, la satisfacción apenas dura. Con una maldad inconcebible, mi madre me obliga a contemplar mi propia imagen; aunque me cuesta interpretar lo que sucede, al final comprendo que *yo soy ese otro* que me observa con idéntica sorpresa. Me comparo con esa cruel copia de mí mismo: por primera vez examino mi cuerpo como un todo. Fascinado, trato de arañar el estúpido gesto de su rostro y me arrastro hasta ese cristal que nos separa. Mis dedos se estrellan contra la superficie sin que logre golpear a ese *yo* que me desprecia. Debido a esta malévol jugarrera, nunca seré capaz de quebrar la muralla que me separa de mi doble. Vislumbro mi imagen y, al reconocerme, me siento perdido. ¿La causa? Muy simple. Abrumado por su belleza, comprendo que él también quisiera liquidar a ese otro que lo mira, curioso y abatido, desde mi lado del espejo.

Cuando aún estaba en México, detestaba a Lacan sin conocerlo. Como la mayor parte de mis colegas de la universidad, yo ni siquiera había hojeado sus artículos (los *Escritos* aún no se habían publicado) pero, a diferencia de nuestro maestro Erich Fromm, el francés tenía fama de confuso y engreído... En opinión de sus críticos, su enmarañado arsenal terminológico poco ayudaba a aclarar los nudos de la problemática freudiana y sólo los volvía más incomprensibles. Uno de los inconvenientes de usar un estilo barroco y desmañado —un eufemismo para referirse a su prosa— era que, si bien intentaba preservar la incomunicabilidad del sentido y acentuar el deseo de penetrar en su misterio al menos así rezaban las explicaciones de sus discípulos, impedía conocer lo que decía en realidad. El problema no sólo consistía en traducirlo del francés —la tarea requería una buena dosis de audacia—, sino del *lacaniano*, ese dialecto empleado en infinidad de estudios críticos, comentarios y artículos redactados por quienes se jactaban de seguir sus enseñanzas. Por desgracia, ninguno de sus alumnos rozaba siquiera la profundidad de su genio, lo que decían sobre él sonaba hueco o rebuscado —otra enfermedad francesa—, irreconciliable con el sentido común.

Hacia unos años me había topado con un antiguo compañero de la Facultad de Medicina que de la noche a la mañana se había convertido en lacaniano (del mismo modo en que uno se transforma en ruso o en chipriota). Entonces Lacan no estaba de moda y este joven era uno de esos vanguardistas de café a quien le había bastado con echarle un vistazo a sus artículos para perorar en su nombre como embajador *ex officio*. Su ardor no me hubiese incomodado —las perversiones ajenas siempre me parecen respetables— si él no hubiese insistido en convencerme de la genialidad de su maestro. Con la idea de ridiculizar su fanatismo, le pedí que me dejara asistir de incógnito a una de sus sesiones, explicándole que sólo si lo veía en acción consideraría la posibilidad de incorporarme a su escuela. Su paciente (su víctima) era una obesa mujer de unos cuarenta años que vivía agobiada por la férrea tiranía de su madre, una viejecilla de ochenta y ocho que se empeñaba en tratarla como a una niña de párvulos. Lo que escuché, escondido en el interior de su armario —la escena era digna de Ionesco—, bastó para vacunarme durante mucho tiempo contra esta particular mistificación del psicoanálisis:

Paciente: Buenos días, doctor.

Psicoanalista: ...

Paciente: Le he dicho buenos días.

Psicoanalista: ...

Paciente: Así que el día de hoy tampoco va a responderme.

Psicoanalista: ...

Paciente: Hace una semana que mi madre tampoco me habla, estoy harta, todo el día me chantajea con su silencio, pero se supone que gracias a usted yo tendré el valor de enfrentarme a su tortura, ¿se imagina lo que es convivir con alguien que ni siquiera te devuelve el saludo?

Psicoanalista: ...

Paciente: Soy una mujer de cuarenta años, bastante atractiva, como usted mismo me ha dicho, soy independiente, trabajadora, y además no gano mal, por eso puedo pagar sus honorarios... y ya estoy harta de que esa anciana me trate como si no existiera, como si fuera un mueble o un objeto inservible, no le voy a permitir su indiferencia, de verdad, doctor, es la última vez que...

Psicoanalista (*interrumpiéndola*): Eso es todo por hoy, señora Bernal. Hasta el viernes próximo.

Paciente: Pero, doctor...

Psicoanalista: ...

Paciente: Doctor, por su madre santísima, no me haga esto, necesito que me diga algo, por lo que más quiera...

Psicoanalista: ...

Paciente: ¡Váyase al diablo!

La mujer tomó sus cosas y se dispuso a marcharse.

Psicoanalista: ¿No olvida algo, señora Bernal?

Paciente (*arrojándole unos billetes a la cara*): Ahí tiene, miserable...

Fin de la escena.

Yo no podía estar más indignado; me parecía inhumano que mi amigo tratase con semejante crueldad a esa infeliz.

—¡Qué has hecho! —lo arrinconé.

—¿Captaste la profundidad de lo ocurrido? —me respondió con suficiencia.

—Yo lo único que vi es cómo esquilma a esa mujer; no estuvo aquí más de cinco minutos y no le dijiste una palabra.

—De eso se trata, ella debe quedarse reflexionando todo el día; a diferencia del análisis ortodoxo, Lacan insiste en un tratamiento continuo: al paciente no hay que ofrecerle conocimiento, sino enigmas.

—Pues, en mi opinión —lo rebatí—, su anciana madre le plantea los mismos misterios que tú, y por lo menos no le cobra.

Poco me importó que este comentario terminase con nuestra amistad: supuse que si intentaba disculparme o zanjar la disputa de otro modo, él se

contentaría con endilgarme el mismo silencio (el mismo tratamiento) que a la obesa señora. A partir de este episodio, simplifiqué mi relación con los lacanianos: procuré evitarlos como a portadores de la peste. En cambio ahora, tantos años después, me daba cuenta de la injusticia: no podía criticar la efectividad de un método por culpa de un imbécil como aquél. Me decidí entonces a leer los *Escritos* de Lacan sin prejuicios, aprovechando ese *impasse* o atolladero que me retenía en Francia, como un suicida que se arroja al vacío desde lo alto de un puente. Tumbado sobre la cama, volví a sentirme en movimiento: las palabras me desplazaban de un confín a otro de la conciencia, sumiéndome en un estado similar a la hipnosis. Aquella marea de conceptos, penosamente arrancados al lenguaje, me precipitaba al fondo de mí mismo. Al principio me costó un gran esfuerzo sortear sus páginas repletas de escollos y arrecifes —juegos de palabras, divagaciones, saltos y retorcimientos de la sintaxis—, pero poco a poco su escritura enrarecida me engulló como un torbellino.

Aquella lectura de Lacan me provocó varias noches de insomnio, al cabo de las cuales me sentía capaz de recitar pasajes completos de su obra. Había aprendido a hablar de nuevo: todo estaba por descubrir. Gracias a él, las palabras adquirían otro sentido; era necesario olvidar los viejos significados y aprender las sutilezas que introducía en cada frase, en cada sílaba, en cada letra. En vez de renovar el psicoanálisis, Lacan volvía a nombrar todas las cosas: era un verdadero creador del idioma. Tal como anunciaba su proyecto, al final pude comprobar que el inconsciente en realidad estaba estructurado como un lenguaje cuyos significantes y significados se unían por casualidad como dos solitarios que se encuentran en un bar y deciden pasar la noche juntos.

Una vez concluidos los *Escritos*, me dediqué a conseguir un deteriorado ejemplar de su tesis doctoral, incapaz de pasar más tiempo lejos de su compañía. Acaso por su relativa juventud, o simplemente porque no podía dejar de repetir el ejemplo del fundador del psicoanálisis, en esta obra Lacan concentraba sus investigaciones en un caso clínico particularmente llamativo. Como la *Dora* de Freud, la *Aimée* de Lacan era un personaje seductor y fascinante, amargo e incomprensible, otro de esos mitos que constituyen las piedras angulares de nuestra disciplina. Encerrado en aquel cuartucho de París, recostado sobre esa cama de sábanas piojosas y almohadas descosidas, sólo perturbado por las consignas de los estudiantes en huelga, me hundí en aquella historia inaugural: gracias a ella, volví a admirar el poder del psicoanálisis.

Es joven, guapo, inteligente, *arreatador*. El personal de la clínica de enfermedades psiquiátricas de Sainte-Anne lo recibe con esa mezcla de fascinación y desconfianza que acompaña a los demonios y a los héroes. Reúne todos los requisitos para emprender una *brillante carrera*: además de sus dotes naturales para la observación y la suspicacia, Lacan posee la vanidad de quien está dispuesto a conseguir la fama. Aún no es más que un engreído estudiante de psiquiatría —acaba de cumplir treinta años—, pero su nombre ya circula en los medios académicos. Tras una fructífera estancia en el Bûrghözli de Zúrich, la famosa clínica donde oficia Carl Gustav Jung, se ha convertido en uno de los especialistas más prometedores de Europa. Si bien durante su estancia en Suiza apenas pudo charlar con el antiguo discípulo y ahora desconsolado enemigo de Freud, al menos comprendió que no debía cometer el mismo error: a diferencia de Jung, cuyo temperamento místico le impidió convertirse en el nuevo papa del psicoanálisis, Lacan se prepara para intentar una empresa todavía más arriesgada: asumirse como heredero del maestro y traicionarlo al mismo tiempo.

Pero falta mucho tiempo para eso: ahora, mientras se adentra en los angulosos pasillos de Sainte-Anne, impregnados con el olor a éter que siempre le atrajo mientras realizó allí su residencia de tres años, no piensa más que en concluir su tesis y someterse por primera vez a un análisis. Formado en la tradición clínica francesa que va de Charcot a Clérambault, por el momento Lacan no se ha atrevido a dar ese paso que lo alejará de sus preceptores y lo acercará a esa escuela que, a principios de los treinta, aún despierta tantas suspicacias. A pesar de que ya se ha entrevistado con Rudolph Löwenstein, antiguo discípulo de Freud, no ha tenido el valor de convertirse en su paciente: la confesión aún le provoca cierta desconfianza aristocrática. Nunca ha sido bueno para narrar sus peripecias —o quizás piensa que no hay nadie digno de escucharlas—, y en realidad preferiría ocupar cuanto antes el lado de quien las escucha.

Desde joven, Lacan constató que no existe mejor manera de conocer a los otros (de controlarlos) que desentrañando sus temores. Heredero de una añeja fábrica vinagrera, su padre había sido una presencia elusiva y caprichosa que, asediada por el rencor que sentía hacia su propio progenitor, nunca se preocupó por el bienestar de su esposa y de sus hijos. En su condición de primogénito, a Jacques no le quedó otro remedio que llenar ese vacío de autoridad reivindicando para sí el papel de protector de sus hermanos; convertido en jefe de familia sustituto, no tardó en rebelarse contra el despotismo del abuelo, a quien no dudaba en calificar de *execrable pequeño burgués* y gracias al cual probó esa función esencial del ser humano

que consiste en maldecir a Dios, como llegó a escribir más adelante. En franca competencia con el viejo, Jacques descubrió que la mejor manera de oponerse a su poder consistía en escudriñar sus palabras; lo que importaba era lo que *no* se decía, esos resquicios intercalados entre las frases, esos sobreentendidos, ironías y amenazas que constituyen el argumento de cualquier novela de familia. Estudiando la tiranía de su abuelo, Jacques comprendió que las personas no hablan para transmitir sus deseos clandestinos, sino para camuflarlos.

Esa diferencia entre las apariencias y la realidad —uno de los grandes temas de la literatura— lo condujo de modo natural a la psiquiatría. En la misma época en que se inscribió en la Facultad de Medicina de París, comenzó a entablar contacto con los poetas y artistas que entonces se reunían en torno a André Breton. Los surrealistas le mostraron que la literatura no la escriben sus autores, sino una corriente secreta que los traspasa sin que éstos apenas se den cuenta. Los juegos literarios animados por Breton y sus compinches, de la escritura automática a los cadáveres exquisitos, constataban la veracidad de este argumento: uno es muchos, y de esos muchos quien gobierna es invisible. Los surrealistas borraban la demarcación entre la cordura y la demencia, el incierto límite que fija la normalidad (una simple imposición de los más fuertes) y en cambio reivindicaban el poder del sueño y las alucinaciones. Al escucharlos, mucho más que al tomar sus lecciones de neurología o al estudiar los voluminosos tratados de psiquiatría clínica, Lacan encontró su verdadera vocación: la necesidad de hilar la locura y las palabras. No fue casual, pues, que fuese uno de los asistentes a la primera lectura pública del *Ulises* de Joyce en la librería Shakespeare & Co., ni que más adelante siguiese con entusiasmo las extravagancias de Dalí. Gracias a estas experiencias, Lacan entendió que la psicosis no representa un mero desapego de lo real, una evasión o una fuga sin sentido, como aseguraban sus maestros, sino que los delirios constituían una manera de interpretar el mundo tan creativa y *lógica* como el arte. La paranoia, las fantasías y los sueños reinventaban el universo, lo recreaban y engrandecían, como Lacan insinuó en uno de sus primeros artículos.

Ahora corre el año de 1931 y, semejante a un soldado que esconde una moderna arma destructiva, Lacan transita con paso militar los desolados pasillos de Sainte-Anne. Aunque no lo sabe con certeza, intuye que está a punto de conocer al personaje central de la historia (de la novela) que ha comenzado a escribir como tesis doctoral. Como dos amantes que al fin se encuentran tras un largo intercambio epistolar, el médico y su futura paciente tiemblan en los extremos opuestos del sanatorio. Desde que leyó la historia de aquella mujer en un periódico sensacionalista, Lacan sintió una punzada en el

estómago. Olvidando el escándalo desatado por aquella perturbada joven de provincias —la loca que atentó contra la vida de una actriz de moda—, supo que había encontrado a la única persona capaz de ayudarlo. Fue como si ella le hubiese enviado una señal por medio del periódico, un mensaje expresamente redactado para él. Desde entonces, como un adolescente enamorado, ha reunido toda la información disponible sobre la fracasada homicida. Jacques se asume como un salvador dispuesto a rescatar a una princesa de las garras del dragón de los delirios. No le cabe duda de que en esta aventura él es el héroe y ella, la víctima; de que él posee la verdad y la virtud, y ella, en cambio, sólo la maldición y el infortunio.

Aparentando una seguridad que no posee, Jacques es presa de una incontrolable taquicardia. Uno de los residentes del sanatorio le da una seca bienvenida, le recita un desapasionado resumen del caso y luego, sin más preámbulos, lo conduce a la celda de quien habrá de convertirse, más que en su paciente, en *su* mujer. Un viejo enfermero destraba el cerrojo y, como un sultán que en la noche de bodas contempla por vez primera el cuerpo de su esposa, el joven psiquiatra la escudriña, la observa, la examina. Frente a él no descubre un rostro humano, sino el rostro de la psicosis, el rostro que demostrará sus teorías, el rostro que le otorgará el poder que necesita.

—Doctor Lacan —le susurra el médico de guardia—, ésta es Marguerite.

Encontré su consultorio casi por descuido, transportado por la inercia de mis pasos (esa fatalidad que me guiaba), bajo la viscosa lluvia de la tarde. El lugar, de cuyo número sin duda me acuerdo, quedaba en el 5 de la rue de Lille. Me punzaban los talones y me ardía la boca del estómago como a un vendedor de enciclopedias al que nadie ha comprado su pesada mercancía. ¿Qué buscaba yo al presentarme ahí de pronto? ¿Tocar el timbre y esperar a que el doctor Lacan me recibiese? A pesar de mi angustia, sabía que en Francia hasta los locos necesitan cartas de recomendación. Además, pasaban ya de las siete de la tarde, pésima hora para exigir una cita.

Convertido en un anónimo ujier, me aposté frente al portón verde con el ansia de un perro que aguarda la llegada de sus amos. El aguacero me torturaba como una plaga de mosquitos, pinchándome la frente y las orejas. No reuní el valor de tocar ni la desazón para marcharme. En mi cabeza cundía un tremor constante y vago, como si la tormenta también se hubiese desatado en mi interior. Yo mismo me diluía como si estuviese hecho de barro; de pie bajo el temporal, tiritando frente al número 5 de la rue de Lille, lo único que quedaba de mí era la espera. Lo peor era que ni siquiera sabía qué aguardaba. Iluso,

pensaba que más allá de ese portón no sólo encontraría la calidez de una chimenea, sino un solaz eterno.

A pesar de la hora —y de los disturbios cercanos—, a lo largo de los siguientes minutos pude observar el peregrinaje de media docena de personas que, repitiendo un guión preestablecido, timbraban, esperaban unos segundos y, después de intercambiar unas cuantas palabras con la mujer que hacía las veces de conserje, al fin se introducían en el edificio. Al cabo de un tiempo (según mis cálculos, nunca más de media hora), los pacientes salían de nuevo, aunque yo no alcanzaba a distinguir en sus semblantes si más aliviados o más ansiosos que al inicio. ¿Cuántas vidas, cuántos recuerdos, cuánta angustia sería expulsada en aquel sitio? Azotado por una súbita nostalgia, quise recordar la época en que a mí también me visitaban almas afligidas para que yo aliviase su dolor... ¿De verdad había sido psicoanalista? A veces lo dudaba: quizás no era sino otra porción de mi delirio, una excusa para sentirme más cerca de Lacan. Serían las nueve de la noche cuando la llovizna cesó al fin; yo estaba convertido en un amasijo de grasa y lodo. Hacía más de una hora que había visto salir al último visitante; pronto no quedaría nadie más en la calle y yo me transformaría en un mirón o en un espía, un sospechoso al cual los granaderos no vacilarían en arrestar. Decidí marcharme. Fue entonces cuando lo vi. No cabía duda, era Jacques Lacan. Me dispuse a cruzar la acera para encontrarme con él (no podía desaprovechar la ocasión), cuando me di cuenta de que el analista no estaba solo: lo acompañaba una joven, acaso su última paciente. Pronto comprobé la falsedad de mi sospecha: Lacan vestía una larga bata roja, un atuendo muy poco apropiado para una sesión de análisis, y la mujer, que no debía de tener más de veinte años, intentaba escapar de su abrazo. Pensé que podía tratarse de una de sus hijas, pero esta teoría también se derrumbó cuando percibí los ecos de una disputa.

Oculto entre las sombras, observé cómo Lacan no sólo respondió a los reclamos de la joven con un brusco beso en los labios, sino que le apretó las nalgas durante un tiempo suficiente para negar cualquier error de perspectiva. No me equivocaba: el doctor Lacan manoseaba el trasero de una muchacha que, si no era su hija, bien podía serlo... Tras unos cuantos forcejeos, al fin se separaron. Ella se limitó a contemplar al psicoanalista con una mezcla de ternura y repugnancia, o acaso sería la repugnancia y la ternura que yo mismo le imponía. A continuación oí sus voces —destemplada la de ella, irónica la de él— y luego el áspero silencio de la noche. Me sacudió una náusea repentina. Cuando volví en mí, la entrada al 5 de la rue de Lille se había cerrado y su interior permanecía mudo y solitario, prohibido. A lo lejos, la joven se apresuraba a doblar la esquina. Sin reflexionarlo, la seguí.

Cómo no guardarle rencor y cómo no repudiarlo de por vida: si me visitaba a diario no era para curarme o reanimarme, sino para convertirme en un caso clínico que le concediese la fama (su *Dora* particular), indiferente a mi suplicio. El imberbe psiquiatra confiaba tanto en su genio que se creía heredero directo de Freud, cuando su actitud más bien insinuaba su propensión hacia el *fraude* (¿no le encantaban los juegos de palabras?). Desde la primera vez que me buscó en la clínica de Sainte-Anne —no logro borrar la fecha de mi mente: 18 de junio de 1931—, venía dispuesto a pergeñar las ilegibles páginas de su tesis, a la que luego habría de titular *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*, sin hacer caso de mis palabras. Con la arrogancia de quien conoce los resultados antes de realizar las pruebas pertinentes, me obligaba a comportarme como su conejillo de Indias, un mero pretexto para apuntalar sus especulaciones. No contento con cambiarme de nombre —según él para proteger mi intimidad, pero en realidad para bautizarme como un dios en miniatura—, se obstinó con reinventar mi vida, expoliando mis recuerdos y arrancándome mis escasas pertenencias.

Como en alguna época yo también escribía historias de ficción —sólo la maledicencia de los editores y los prejuicios de la época me impidieron publicarlas—, tengo el derecho de afirmar que él no era un médico, mucho menos un científico, sino un simple novelista, un *pésimo* narrador que se limitaba a ilustrar sus textos con sus propios conflictos personales. Comportándose como un demiurgo entretenido en jugar con sus criaturas, quiso convertirme en un personaje a la medida de sus caprichos: una mujer inculta, provinciana y desequilibrada, heredera directa de su linaje materno. Que quede muy claro: si en esta historia existió un paranoico, ése fue él, no yo. Creo que a estas alturas ya he pagado mis errores como para tener que justificarme de nuevo; por desgracia, debo repetir una y otra vez las circunstancias que provocaron nuestro encuentro.

Lo reconozco: quería matarla. Deseaba acabar con esa pésima actriz y de paso borrar el daño que su ejemplo nos hacía a todas las mujeres. Luego el doctorcito escribió que en realidad yo quería asesinar mi propia imagen —vaya estupidez—, pero se equivoca: yo aborrecía a Huguette ex Duflos, la cual había sido bautizada con el nombre más cacofónico y prosaico de Hermance Hart. Recuerdo muy bien cuando, exagerando el talante lacrimógeno de sus películas, se disponía a cruzar la entrada de artistas del teatro Saint-Georges, donde debía pervertir, por cuarta noche consecutiva, el delicioso papel protagónico de la pieza *Tout va bien*, de Henri Jeanson. Decenas de curiosos se aprestaban a solicitarle un autógrafo mientras ella les demostraba la banalidad de quien adora los pasquines de sociales. Para colmo, usaba uno de

esos vestidos rojos cuyo magnífico escote permitía admirar la abrupta redondez de sus pechos —e incluso el contorno de sus pezones— bajo la serpiente rosada que le cubría el cuello; un sombrerillo le ocultaba el lado derecho del rostro, disimulando sus pestañas y sus drásticas ojeras. A pesar de mi ira, casi me atrevería a decir que lucía preciosa.

Yo llevaba más de media hora esperándola en medio del viento de abril, cuando al fin tuvo la delicadeza de presentarse; de pronto la tenía a sólo unos metros, inocente y vulnerable, sin adivinar que su insípida existencia estaba a punto de llegar a su fin. No lo dudé: en cuanto vi la oportunidad, saqué el arma de mi bolso —un cuchillo de cocina, lo único que encontré— y me lancé hacia ella, convencida del beneficio que estaba a punto de hacerle a la humanidad. No conté con las fuerzas que albergaba su delicado cuerpecito: en vez de que el filo la atravesase como mantequilla (uno de mis sueños recurrentes), Huguette me lo arrebató con la mano y desvió el golpe que se dirigía contra su pecho. ¡Yo no podía creerlo! Nunca imaginé que esa mujercuela esquivaría mi furia, creí que se moriría de miedo como las doncellas que encarnaba en las pantallas. Sorprendida por su reacción, no tuve los reflejos para volver a la carga y un grupo de mirones me amordazó y luego me depositó en una asquerosa comisaría.

Tras un período de angustia del cual no conservo una sola imagen — dicen que permanecí veinte días en la prisión de Saint-Lazare—, fui internada en el sanatorio de Sainte-Anne, donde se me declaró víctima de un «delirio sistemático de persecución basado en interpretación con tendencias megalómanas y un sustrato erotómano». Los diarios no me trataron mejor: «En mi opinión», escribió un reportero, «se trata de un caso muy claro de delirio de persecución que se ha manifestado anteriormente por irregularidades en su vida o por extravagancias de las cuales su medio inmediato ha debido darse cuenta». El diagnóstico que el doctorcito me realizó poco después tampoco resulta muy estimulante: «Psicosis paranoica. Delirio reciente conduciéndola a un intento de homicidio. Temas aparentemente resueltos después del acto. Estado oniroide. Interpretaciones significativas, extensas y concéntricas, agrupadas en torno de una idea primordial: amenazas a su hijo. Sistema pasional: tareas a cumplir hacia éste. Impulsiones polimorfos dictadas por la angustia: quejas hacia un escritor, alrededor de su futura víctima. Ejecución urgente de escritos. Envío de éstos a la corte de Inglaterra. Escritos panfletarios y bucólicos...» *Ejecución urgente de escritos*. ¿Estaría refiriéndose a sí mismo? A diferencia de los suyos, mis textos al menos resultan comprensibles...

Mi verdadero calvario se inició con sus visitas. Al principio me pareció uno

más de los médicos despóticos que me habían tratado hasta entonces; la única diferencia radicaba en su juventud y su gallardía —reconozco que entonces no era feo—, y tal vez por ello me abandoné con tanta inocencia a sus cuidados. Nada delataba su maldad: su bata blanca, su compostura y su erudición me hicieron considerarlo de inmediato un hombre de bien. Aunque entonces creía que los médicos son carniceros disfrazados de santos, sentí cierta atracción por aquel entusiasta practicante. Muy pronto me reveló su lado oscuro: pretendía seducirme para volverme más lábil a sus teorías. *Yo tenía que ser lo que él quería que yo fuera*. Si por alguna razón cuestionaba sus conclusiones —quién sabe qué maniática obsesión guardaba por el sexo—, él se enfurecía y me mortificaba con su silencio y su maltrato. Nuestra convivencia se volvió imposible; yo no quería verlo más, pero nadie prestó atención a mis quejas. Debí permanecer a su merced, atrapada en los perversos mecanismos de la sanidad mental. Nunca he podido comprender cómo el doctorcito se transformó en un adalid de la liberación de los instintos cuando, al menos en lo que me concierne, se comportó como el dictador más represivo: me saqueó, me vejó, me anuló y luego me inventó una historia. Por eso ahora yo debo contarla de nuevo: para cancelar las deformaciones que él introdujo y volver a ser la propietaria de mi destino.

Robándome el nombre de uno de los personajes de mis novelas, el doctorcito me bautizó como *Aimée*, la *amada*. Mediante un embuste similar, mis padres me habían llamado Marguerite, Marguerite Pantaine. La verdad es que ninguno de esos dos nombres me pertenecía: de hecho ahora no poseo ninguno, soy una criatura anónima y por ello más libre o más ligera que los demás seres humanos. Si resulta evidente que no tengo nada que ver con la *Aimée* de Lacan, mi relación con *Marguerite* resulta más complicada: la verdadera Marguerite Pantaine —mi hermana mayor— nació el 19 de octubre de 1885 en Cantal y murió en diciembre de 1890, cuando acababa de cumplir cinco años.

Según cuentan, la pobre murió una mañana de domingo especialmente oscura mientras los peregrinos acudían a la misa. La penumbra cubría los campos de mijo y las ramas de los árboles e incluso la nieve parecía hecha de ceniza. Entonces, como si un dios benevolente se hubiese apiadado de aquel reino de tinieblas, una hermosa flama iluminó la escena. De no ser por los atroces gritos que salían de su centro —ayúdame, mamá, me quemo, mamá, sálvenme, por favor, auxilio, me quemo—, los parroquianos hubiesen creído que se trataba de la aparición de una santa. Como una luciérnaga o una estrella fugaz, Marguerite Pantaine, la primera, la única, ardió y se extinguió para siempre. Un silencio sepulcral rodeó la muerte de esa hermana, de esa

doble que me precedió y que desde entonces llevo a cuestas; su infortunio continuó acechando a mi familia como un ave de mal agüero.

Dos años después, el 4 de julio de 1892, mi madre me dio a luz — aterradora metáfora— y, como un regalo envenenado, me concedió el nombre de mi hermana muerta. ¿Cómo llevar una vida normal evocando su cadáver putrefacto? En definitiva, yo no pude disfrutar de mi infancia, aunque ello tampoco me convirtió, como el doctorcito escribió en su tesis, en un monstruo ofuscado por aquel espectro. Al contrario, mi niñez fue bastante cálida: los campos reverdecían en primavera, el viento de la tarde se filtraba entre las hojas de los cedros, mi imagen se proyectaba en la laguna... Si no me convertí en una típica campesina, no fue debido a mis tendencias morbosas, sino a mi inteligencia: por desgracia, la escasa comprensión que se le brinda a las mujeres me obligó a truncar una prometedora carrera de institutriz.

A los dieciocho años yo me había convertido —sin falsa modestia— en una adolescente hermosa, despierta y mucho más culta que las otras chicas de mi edad, aunque no disponía de un futuro promisorio, de un pretendiente a mi altura o de una tarea que conviniese a mis talentos. Frenadas mis expectativas, me instalé con otra de mis hermanas, casada entonces con un tío nuestro, y me conformé con la poco distinguida labor de empleada de Correos. Como el doctorcito señala en su tesis, en esa época me enamoré por primera vez. Él afirma que fui utilizada por mi amante, a quien muestra como una especie de rústico don Juan, cuando la verdad fue menos simple. Todos los hombres —y el doctorcito no es precisamente la excepción—, se empeñan en creer que las mujeres nos dejamos llevar por nuestros averiados corazones, incapaces de competir con la retorcida inteligencia de los machos. ¡Es falso! Tal vez yo cometí un error al encapricharme con ese tipo que nunca apreció mi cariño, pero ello no me condujo irremediamente a la psicosis.

El doctorcito se equivoca todavía más a la hora de juzgar mi siguiente relación: afirma que caí en las garras de una mujer astuta y seductora, también empleada de Correos, de una *intrigante refinada* (así la llama) que me hizo soñar con un porvenir romántico, suntuoso y novelesco, derruyendo mi sentido de la realidad. Nueva exageración: ella nunca fue mi amante, manteníamos una simple amistad; no niego que su carácter tenía un lado malévolo, pero es mentira que, herida por el seductor que me abandonó, yo me precipitase en sus brazos. Si se ha dicho que las tramas de mis libros son predecibles y cursis, basta con escuchar esta historia para comprobar que era el doctorcito quien concebía los peores estereotipos.

A fin de alejarme de aquellas intrigas, tomé la decisión de casarme con René, mi jefe en Correos, quien había solicitado mi mano desde que comencé

a trabajar en la oficina. Si bien no sentía una pasión arrebatadora por él, lo estimaba lo suficiente como para vencer las resistencias de su familia, la cual se oponía a nuestra unión aduciendo que yo pasaba demasiado tiempo con los libros. Al principio René se mostró tolerante con mis preferencias, pero a la larga sus parientes le envenenaron el alma y él también empezó a reprocharme mi libertad de espíritu, celoso de mis ilusiones o de que yo aprendiese idiomas que él no comprendía.

En 1920 murió Guillaume, el esposo de mi hermana Élise, y ella se mudó a vivir con nosotros a Melun. Si bien su llegada ayudó a relajar la tensión que reinaba entre mi marido y yo, poco a poco ella se adueñó de mi casa, decidida a suplantarme. No hacía otra cosa que reprochar mis descuidos —en su opinión, yo no seguía al pie de la letra el recetario de la mujer sumisa— y pronto resolvió ocuparse de las tareas que a mí me incomodaban. Durante un último remanso de paz con mi marido, quedé encinta; olvidando los conflictos familiares, volví a sentirme feliz, llena de vida: al fin poseería algo *mío*. En cambio René y Élise se creyeron amenazados: sabían que ya no los necesitaba, que ahora mi amor se dirigiría hacia mi hija (siempre supe que sería niña) y, devorados por la envidia, propagaron todo tipo de rumores en mi contra.

En su tesis, el doctorcito escribió que la psicosis me hacía ver amenazas por doquier, que yo imaginaba conjuras —en mi contra, que me inventaba los insultos en la calle, las miradas recelosas, los susurros emponzoñados. Resulta muy sencillo acusarme de paranoica si uno olvida lo que sucedió después. Mi niña —¡ay de mí!— nació muerta, muerta como su tía, la verdadera Marguerite, estrangulada por su propio cordón umbilical. ¡Claro que enloquecí en ese momento! ¿Y quién no lo haría? Para probar su diagnóstico, el doctorcito aduce que yo me encerré en mí misma y me aparté de mis convicciones religiosas. ¿Y qué esperaba? ¿Que me comportase como siempre tras acunar el cadáver de mi niña? Incluso tuve fuerzas para recuperarme. En contra de todos los pronósticos, un año más tarde nació mi pequeño Didier. Me han acusado de convertirlo en el único objeto de mis desvelos, de mimarlo en exceso, de protegerlo hasta la asfixia pero, ¿qué no haría una madre que ya ha perdido a uno de sus vástagos para salvar la vida del otro que le queda? Si yo había sido la desdichada continuadora de la verdadera Marguerite, no iba a permitir que mi niño repitiese la suerte de mi primera hija. Élise hizo hasta lo imposible para quitármelo hasta que la maldita logró separarlo de mí, insistiendo en que yo era incapaz de cuidarlo...

Furiosa, decidí marcharme de esa casa: René y Élise me arrebataron todo lo que me pertenecía. Les encomendé a mi criatura y les dije que me

consagraría a mi carrera de novelista; tal vez viajaría a América en busca de mejores oportunidades. Cerré así ese horrendo capítulo de mi historia, mas no imaginé la magnitud de su rencor. Sin preguntarme mi opinión, me internaron por la fuerza en un sanatorio de Épinay: ésa fue su manera de domeñar a una mujer independiente. El doctorcito ha escrito en su tesis que, internada en ese manicomio, perdí todo contacto con la realidad. Yo me pregunto: ¿qué contacto con la realidad podía conservar en una celda, sometida a la incuestionable autoridad de las guardianas, el rigor de los horarios y la compañía de auténticas dementes? Arrepentidos, al cabo de seis meses René y Élise tramitaron mi liberación; en 1925 abandoné Melun y me dirigí a París, donde volví a mi empleo de Correos. Según la odiosa tesis, entonces mi personalidad se escindió en dos porciones antagónicas: por un lado yo trabajaba correctamente, mientras por el otro me comportaba *como una intelectual*, leyendo y escribiendo, estudiando por mi cuenta, frecuentando los cafés y esmerándome por estar al tanto de la actualidad literaria. ¿Cuál era mi pecado? ¿La escritura me volvía psicótica?

Fue entonces cuando tropecé con Huguette Duflos; su imagen aparecía por todas partes, en el cine, en los afiches, en las crónicas de sociedad e incluso en las salas de teatro, como cuando la vi malograr una adaptación del *Koenigsmark* de Pierre Benoît, uno de mis autores favoritos. La frívola caracterización de la ex Duflos trastocaba el papel de la gran duquesa Aurora —un temperamento fino y misterioso— y lo tornaba sucio y deprimente. ¡Era una lástima! Traté de resignarme: el universo se pudría y yo nada podía hacer para cambiarlo. Sólo más tarde comprendí que tenía en mis manos la posibilidad de contribuir con la sociedad de mi tiempo: no era justo que una hembra como ella se convirtiese en un modelo cuando no hacía sino lloriquear a todas horas, degradando el esfuerzo que tantas otras mujeres realizábamos para emanciparnos del desdén masculino. No era justo que esa prostituta fuese célebre y aclamada a diferencia de millares de honestas trabajadoras. Si nadie tenía el coraje de intentarlo, yo debía terminar con esa dolorosa afrenta a la condición femenina.

Después de todos estos años, admito mi falta. No me excuso, pero tampoco tolero la versión difundida por el doctorcito según la cual al herir a esa puta yo deseaba mutilarme a mí misma; no acepto la sugerencia de que lastimé a Huguette Duflos por lo que representaba para mí y no admito la idea de que al atacarla quisiese destruir mi propia imagen. Si intenté asesinar a Huguette Duflos fue porque su presencia me parecía repugnante —ya lo he dicho—, porque su desempeño en el escenario me ofendía, porque sus actuaciones eran un agravio para mi sexo y porque no soportaba compartir el

mismo aire con una embustera como ella. *Punto*. El doctorcito puede afirmar lo que le dé la gana, extraer todas las conclusiones posibles de su herrumbrosa imaginación, tratar de utilizarme como ejemplo, pero ello no le otorgará la verdad. Al final, sólo yo sé por qué lo hice. Lamento no haber tenido éxito.

Aquí estoy de nuevo, lampiño e indefenso, recién nacido. Lloriqueo, berreo y me orino, convertido en una máquina programada para desquiciar a mis mayores. Luego gateo de un lado a otro, me retuerzo sobre la alfombra, giro como un gato y al fin trato de comerme una bola de estambre. *¡Deja eso!*, me grita alguien. No comprendo las palabras, pero la amenaza es tan potente que escupo los hilachos. Desde el instante de mi nacimiento estoy obligado a lidiar con un lenguaje que me precede. Así de simple y así de trágico. Sin comprender que me violenta, mi madre me repite hasta el cansancio canciones de cuna, órdenes, arrullos, nanas y otras tonterías que mi cerebro memoriza sin apenas darse cuenta. Transformada en una tiránica productora de sonidos, mi madre me obliga a aprender un sinfín de matices, tonos y acentos. El lenguaje me envuelve (me devora), idéntico a un pez que se revuelca en una red de palabras. Sólo los ruidos parecen importarle a los adultos. Los objetos se pierden en la distancia, encubiertos por la neblina de sus nombres. Por un momento se me ocurre saltarme las letras que identifican a las cosas —los significantes, para usar el término que Lacan robó a los lingüistas—, pero pronto comprendo que mi anhelo es similar al de Aquiles cuando pretende alcanzar a la tortuga. La maldición suprema, el mayor absurdo, radica en que las palabras nunca conducen a la realidad; no son escaleras que permiten escalar a la cima de las cosas, no son ductos, cables o puentes en el mar del sinsentido; no, las palabras, las malditas palabras son obras del infierno y sólo conducen a otras palabras en una telaraña que a medida que avanzas más te envuelve. Exasperado, me retuerzo de un lado a otro, intento escapar, pero sólo consigo hundirme en las arenas movedizas del lenguaje. Sepultado en esta espantosa cadena, obligado a ensamblar sonidos, a construir un mundo paralelo, me resigno a ya nunca salir, ni siquiera en el extremo de la muerte, de esta infranqueable mazmorra de sentidos.

Transmutada en un campo de tiro, la ciudad se incendiaba con las bengalas y el espasmódico tremolar de las patrullas. El cruce de los bulevares Saint-Michel y Saint-Germain bullía como una salida de emergencia: decenas de jóvenes corrían uno tras otro, esquivando los proyectiles y la embestida de los

granaderos... Los combates se prolongaban desde hacía horas. Me vi sumergido en una nueva pesadilla, esta vez por voluntad propia. Decidido a encontrar a esa joven misteriosa, asumí que su cabello rubio me permitiría reconocerla en cualquier parte; después de circular entre el caos y las sombras durante un buen rato, al fin me pareció verla. En contra de lo que podía haber imaginado, ella no intentaba escapar, sino que se enfrentaba a la policía con determinación. Excitada, recogía todo lo que hallaba a su paso y lo arrojaba contra los cascos de los granaderos; luego, esquivando a quienes pretendían detenerla, volvía a la carga con nuevos bríos.

No sé cuánto tiempo resistimos allí, apenas separados, en medio de las llamas y la noche, ella batiéndose contra las fuerzas del orden y yo limitándome a contemplarla, tenso y admirado, listo para rescatarla en el último segundo. En ambos bandos el odio se había recrudecido, unos y otros se comportaban como si en aquella partida se jugase el fin del mundo. Los estudiantes vibraban con una fiebre que yo imaginaba extinta. Los alrededores de la Sorbona ofrecían el panorama de una ciudadela protegida, tapizada con cadáveres de automóviles, muebles y piedras; del otro lado, los granaderos abordaban las improvisadas trincheras con la saña de quien persigue a un homicida. A pesar de su arrojo, era evidente que los jóvenes no serían capaces de resistir por mucho tiempo. Cerca de las dos de la madrugada, la desorganización y la falta de pertrechos provocó que los últimos combatientes terminasen por rendirse. Piquetes de soldados se apresuraron a ocupar los espacios vacíos como si conquistasen un país extranjero.

Cuando al fin ella reparó en mi presencia, me ordenó traer más piedras, convirtiéndome en su artillero. Acaso porque no tenía otra opción, o porque no quería arriesgarme a una disputa, recuperé trozos de adoquines, cristales, palos y refacciones de automóviles y se los fui entregando para que ella los lanzase. Me sorprendía su tino y su entereza: de seguro no era la primera vez que participaba en una acción semejante. Luego de otra media hora de combate —la sangre brillaba en las aceras—, no quedaba otra opción que emprender la retirada. Cuando le dije que debíamos marcharnos, ella se contentó con exigirme más piedras. Era como un animal salvaje y arriesgado. Sólo aceptó emprender la fuga cuando ya no había nada más que utilizar como defensa.

Huimos con las manos entrelazadas. Yo había logrado divisar una ruta de escape, o al menos un camino menos peligroso. El Barrio Latino quedó atrás, humeante y mutilado. Una vez a salvo —yo sólo había recibido unos golpes sin consecuencias y ella un porrazo en el pómulo izquierdo—, parecíamos una pareja de enamorados en busca del amanecer. Nos detuvimos para recuperar

energías; si bien llevábamos varias horas juntos, el anonimato de la lucha ni siquiera nos había permitido mirarnos de frente. Supervivientes repentinos, ella incluso me dejó abrazarla; sus ojos estaban cubiertos de lágrimas y tizne.

—¿Conoces un lugar donde escondernos? —su tono era fantasmagórico.

—Me quedo en una pensión no muy lejos, no sé si podemos llegar hasta allá.

La joven recobró su autoridad y me tendió la mano. La noche continuaba protegiéndonos.

—¿De dónde eres? —me preguntó de pronto.

Su mente saltaba de un lugar a otro hasta que por fin una idea salía de sus labios. Sonrió.

—De México.

—América del Sur siempre me ha fascinado —murmuró ella—. Uno de mis sueños es vivir allí. Fidel y el Che son mis ídolos desde hace años. No sabes cómo me gustaría incorporarme a su revolución. Bueno, dime cómo te llamas...

—Aníbal.

—Yo soy Claire.

Me estrechó la mano con un apretón apenas femenino. Reconocimos las luces de unas patrullas y cambiamos de dirección.

—¿Sólo Aníbal? —insistió.

—Aníbal Quevedo. O *doctor* Quevedo, si prefieres.

—¿Médico?

—Psicoanalista. Como Lacan...

Al oír mi respuesta, Claire se detuvo en seco y me observó con un gesto de antipatía; sus ojos verdes brillaban como luciérnagas.

—¿Conoces a Lacan?

—Lo he leído, sí —pareció aliviada; yo añadí—: Hace unas horas te vi con él.

Una descarga eléctrica atravesó su cuerpo.

—¿Qué has dicho?

—Fue pura casualidad, yo estaba frente a su consultorio...

—¡Nos viste! —asintió—. ¡Y desde entonces me has seguido!

—Déjame explicarte...

Me imaginé como una sabandija a punto de ser devorada por un buitre: aquella joven no poseía un temple precisamente delicado.

—¿Te paga por espíame?

—¿Pagarme? ¿Quién?

—Él —su voz se convirtió en un aullido—, Jacques.

—¿Lacan? —me asusté.

—¿Cuánto, cuánto valgo para él? Respóndeme: el precio.

¿Seguirla? ¿El precio? Nos habíamos estrellado uno contra otro como dos trenes a alta velocidad. Aquello era un accidente, sólo un accidente. Pero ella no podía creerlo.

—Debí imaginarlo, Jacques finge que no le importo, pero es más celoso que un perro...

Claire me zarandó con violencia. Cuando volvimos la vista, el daño estaba hecho: sus chillidos habían atraído a un par de granaderos. Ambos sostenían dos enormes macanas, grotescamente fálicas, listos para sofocar cualquier provocación.

—¿Qué sucede aquí? —nos interrogó uno de ellos.

Claire no dudó en escupirles. Acaso porque la penumbra disimulaba mi condición, o porque a pesar del descuido yo conservaba la apariencia de un honesto ciudadano —al menos tenía más de treinta años—, los policías no pusieron en duda que ella era la culpable del ultraje. Ser joven e irascible era la peor carta de presentación que podía exhibirse aquella noche.

—No se preocupe, oficial —expliqué, acomodándome la camisa—. Mi hija y yo discutíamos, usted sabe cómo están las cosas, he tenido que venir a buscarla hasta aquí, ¿se imagina? Una buena tunda la hará entrar en razón. Le suplico que nos permita ir, yo me encargaré de corregirla.

Claire me miró con odio, sin entender que era la única forma de salvarla.

—Lo mejor es que se marchen cuanto antes —me reconvino el granadero—. Como usted ha dicho, en estos tiempos los jóvenes se han convertido en delincuentes. Vigile bien a esta jovencita, si no terminará en la cárcel con sus amigos.

—¡Cerdos! —les gritó Claire antes de abalanzarse sobre ellos, decidida a desgarrarles el rostro con las uñas.

Incapaz de detenerla con palabras, le asesté una bofetada. No pretendí hacerle daño, sólo impedir que su rabia la condujese a la prisión.

—A veces es necesario recurrir a la fuerza... —reflexioné en voz alta para satisfacción de los granaderos.

—Muy bien hecho, señor —me respondió uno de ellos con un guiño—. Si todos los ciudadanos fuesen como usted e impidiesen que sus hijos cayeran en las garras comunistas, este país iría mucho mejor.

Mientras los policías se alejaban, Claire parecía extraviada. Yo no le había dado un golpe decisivo, pero la sorpresa la había hecho perder la conciencia. Convertida en una niña, la conduje en silencio a través de las impías calles de París.

Quienes conocieron de cerca a las hermanas Papin coinciden en afirmar que eran unas jovencitas ejemplares, tal vez no muy hermosas ni muy inteligentes, dulces y atildadas, siempre dispuestas a atender a sus patronas. Interrogados durante el juicio, los vecinos hicieron hincapié en su gentileza y su cortesía, doblemente escandalizados por el horror que ellas habían perpetrado: no les parecía concebible que esos dos ángeles (esos zombis) pudiesen siquiera concebir un pecado tan espantoso. Para concederle más elementos a la parábola social, las infelices habían perdido a sus padres y habían sido educadas —es decir, reprimidas— en el Orfanato del Buen Pastor. No hace falta ser psicoanalista para reconstruir los sinsabores de su niñez: poseemos tantos relatos de educaciones semejantes, de esa interminable sucesión de maltratos, discriminación, castigos, ofensas y soledad —la norma pedagógica de entonces—, que apenas vale la pena detallar el apacible infierno que habitaron en su infancia.

La historia de su crimen posee una economía dramática ejemplar. Imaginemos la escena: en una típica casa burguesa de provincias, la estricta señora Lancelin y su hija Gèneviève pasan la tarde bordando pañuelos o jugando a las cartas; en el otro extremo de la propiedad, sus dos sirvientas, pulcras y uniformadas, bregan con sus propias labores: mientras Christine plancha la ropa —nadie deja los corpiños tan bien almidonados como ella—, la pequeña Léa pliega las prendas y las coloca en las gavetas de sus amas. La previsible rutina se quiebra de pronto cuando uno de los apagones que con tanta frecuencia se producen en la zona sumerge la casa de la señora Lancelin en una tiniebla violenta y azulosa. Como una señal acordada —esa imprevista oscuridad es la llamada al reino de la insania—, Christine se transforma en un ángel de venganza, en una parca, en la irracional ejecutora de un dios enloquecido.

¿Cuál es el motivo de su ira? ¿Por qué esas dos inofensivas criadas se convierten de pronto en carniceras (en revolucionarias)? Las piadosas hermanas Papin no se limitan a segar las vidas de sus amas; como si resarciesen una humillación que dura siglos, Christine y Léa las torturan con pereza no sin antes arrancarles los ojos para que no espíen lo que ocurre con sus cuerpos. A continuación, aplicando su habilidad con los instrumentos de cocina, destazan las carnes blandengues de sus patronas, las cortan en pedazos y las aplanan hasta convertirlas en filetes; eliminan sus vísceras y esparcen sus restos por el suelo como sobras para los perros. Al final, con esa boba naturalidad que las define, las hermanas Papin comprueban que las puertas permanecen cerradas, se desvisten, se enjuagan un poco la sangre, se colocan sus sempiternos camisones y se acuestan a la hora de siempre. No

hay en ellas el menor despilfarro de energía o conciencia de su encono: acometen cada paso de su crimen con la misma abulia con que suelen limpiar la loza o servir el vino. Su agravio no obedece a ninguna razón, la señora Lancelin y su hija G enevi eve nunca las maltrataron, nunca abusaron de ellas, nunca se aprovecharon de su posición, nunca las golpearon.

Una vez en la cárcel, Christine no tarda en mostrar síntomas de demencia —no viene a cuento detallar sus delirios sexuales—, pero la implacable corte de Sarthe no duda en condenarla al patíbulo. Entre los defensores de las condenadas se encuentran los poetas surrealistas  luard y P eret, a quienes el crimen de las hermanas Papin les parece consecuencia natural de la tiranía burguesa: si esas inofensivas muchachas se convirtieron en asesinas no se debió a su perversidad intrínseca, sino al sistema capitalista que las reprimió desde el día en que nacieron.

Lacan aparece en escena poco después. Concentrado en su tesis sobre la psicosis —y en sus peleas con *Aim e*—, la locura de las hermanas Papin se le presenta como la guinda que puede coronar sus investigaciones. Desechando el diagnóstico de histeroepilepsia sugerido por otro médico, Lacan se decanta por una explicación que con el paso de los años suena más literaria que clínica. Aunque el psiquiatra apenas ha comenzado su conversión al psicoanálisis, sostiene que el corte de corriente desató la furia de las hermanas: de manera simbólica, el percance se convirtió en un significante que expresaba la falta de comunicación entre las damas y sus sirvientas. Si bien las señoras Lancelin se relacionaban con las muchachas con cierta cordialidad, nunca desapareció el abismo que impedía cualquier contacto verdadero entre sus mundos. En esa casa de provincias la falta de luz mostraba la línea divisoria entre esos dos extremos de la escala social: si Christine y luego Léa se transformaron en homicidas, fue porque no podían soportar el silencio de sus amas.

Presionado por la opinión pública —y por el activismo de figuras como  luard, P eret y Lacan—, unos meses más tarde el tribunal de Sarthe conmutó la pena de muerte dictada contra Christine y acordó enviar a las hermanas Papin a un manicomio. Habían nacido en un orfanato y su destino era morir en una institución similar.

Cuando al fin llegamos a mi pensión, Claire aún no se había recuperado del golpe (se comportaba con una pasividad que contrastaba con su arrojito previo) y subió conmigo sin rezongar. El portero ni siquiera me preguntó lo que ocurría, convencido de que mi acompañante era una de las tantas prostitutas que sus

clientes solían llevar a sus dormitorios. En cuanto entró, Claire se quitó los zapatos y se dejó caer sobre la cama; extrajo un cigarrillo de su bolso y lo chupó con indolencia.

—Tuve que golpearte para que nos dejaran ir, de otro modo ahora estarías en una comisaría con el resto de tus amigos —me justifiqué.

Ella perseveró en su silencio.

—No era mi intención hacerte daño...

Claire se incorporó, indiferente, y se puso a revisar los libros que yo había acumulado en esos días y que se hallaban esparcidos por el suelo. Tomó mi ejemplar de los *Escritos* de Lacan y lo ojeó con displicencia.

—Así que además debo agradecértelo.

En vez de dirigirse a mí, parecía hablarle al espectro de su amante cuya obra sostenía entre los dedos.

—Ya te dije que no tengo nada que ver con Lacan; fue pura casualidad que los descubriese frente a su consultorio y que luego te reconociera en los enfrentamientos...

—¿Y qué diablos hacías allí entonces, espiarlo a él?

—No, o más bien no sé, creo que simplemente necesitaba verlo de cerca. Yo también soy psicoanalista, en México fui alumno de Erich Fromm, y pensé que tal vez Lacan podría ayudarme. No sé qué más decir...

Claire modeló una cara de fastidio, hundió la colilla en un plato sucio y se apresuró a encender otro cigarrillo. Yo entreabrí la ventana y saqué una botella de vino del armario.

—Es lo único que tengo.

Se encogió de hombros. Nos sentamos en la cama, muy cerca uno del otro; le di un trago a la botella y luego se la pasé. Claire le dio un largo sorbo. Parecía aliviada. Nos refugiamos en el alcohol como cangrejos que se entierran en la arena. Debía tener unos veinte años menos que yo, y me cohibía.

—¿Puedo preguntar cuál es tu relación con Lacan? —le dije después de varios tragos.

—Ya lo has hecho —me respondió— y, lo que es peor: nos has visto. Pero no te dejes llevar por las apariencias, *también* soy su paciente...

Continuamos bebiendo recostados sobre las almohadas. No puedo decir que su tono se dulcificase —Claire era siempre directa, brutal y un punto sádica—, pero sí que por algún motivo comenzó a contarme su historia (o tal vez sólo la recitó en voz alta, sin que le importase mucho que yo la escuchara). La fiebre de la noche, el desconcierto y la mezcla de excitación, fatiga, dolor y sueño doblegaban sus resistencias. En un estado similar a la hipnosis, Claire hablaba con los ojos entrecerrados, como una médium que extrae las palabras de otra

dimensión. Mientras la escuchaba, yo me sentía feliz de recuperar, por unos instantes, mi antigua profesión de confesor.

Ahorrémonos las explicaciones fáciles: de niña sus padres nunca la golpearon, nunca usaron reglas o fuetes para castigar sus travesuras, nunca estuvo sometida a tormentos físicos, nunca la encerraron contra su voluntad, nunca abusaron de su inocencia. Claire se jactaba de ser, sin embargo, una activista, una rebelde y poco menos que una criminal. Detrás de su imagen desvalida ocultaba una furia ilimitada, un torbellino enfrentado a todas las normas sociales, dispuesto a aniquilar el orden del mundo (de mi mundo) a cualquier costo. ¿Qué sinrazón la animaba? ¿Por qué se había sumado a esa horda de maniáticos que bloqueaban calles y descalabraban policías? ¿Por qué amaba tanto la violencia?

Claire provenía de una familia burguesa más o menos acomodada; durante su infancia en la inmediata posguerra había padecido menos privaciones que sus coetáneos y había tenido la oportunidad de asistir a las mejores escuelas. El único anuncio de su ulterior fascinación revolucionaria provenía de cuando ni siquiera había nacido: con más rencor que simpatía, su madre le reclamaba los tremendos dolores que le habían provocado sus patadas. Por el contrario, una vez fuera del vientre materno se convirtió en una niña tímida y misteriosa. Claire apenas lloró durante su infancia, aprendió a hablar a una edad relativamente tardía y procuraba nunca separarse de sus padres. Durante mucho tiempo se le consideró una niña modelo y sus tías no se cansaban de exaltar su paciencia y su dulzura. Sin que su historia sirva para confirmar las más burdas interpretaciones del psicoanálisis, sus alteraciones anímicas coincidieron con los severos conflictos que derrumbaron la estabilidad de su familia.

Aunque no era rico, tras su paso por el ejército del aire su padre había iniciado una prometedora carrera como ingeniero; su madre provenía, en cambio, del entorno aristocrático de Lyon. Pálida y estrecha, de ojos negros y pómulos enrojecidos, Louise Vermont era similar a esas figuras de porcelana que siempre están a punto de quebrarse. Había en ella un dolor oculto, una afección que la tornaba débil y enamoradiza, si bien la transparencia de sus facciones, sus modales cuidadosos y su atención por los detalles disimulaban los desarreglos de su espíritu. Tras seis meses de perfecto y gélido noviazgo, Yves le propuso matrimonio y ella aceptó con la única condición de permanecer en el *hôtel particulier* de su familia. Al principio al joven ingeniero no le pareció mala idea: la casa era amplia y él no poseía capital suficiente para proponer

otra alternativa. Por desgracia, nunca amasó los recursos necesarios para adquirir una propiedad digna y debió resignarse a continuar en el hogar de su esposa; jamás sintió que los muebles astillados, los tapices rotos y los muros ennegrecidos que lo rodeaban fuesen suyos y con el tiempo llegó a creer que ni siquiera su mujer le pertenecía.

Aunque Louise era una mujer recia, acostumbrada a ser obedecida, se sentía traicionada por un mundo que no respetaba sus privilegios. Yves se transformó en el único objeto de su deseo y, a la vez, en el receptáculo de su amargura; en la sola razón de su existencia y en lo único que, como llegó a decirle en uno de sus chantajes cotidianos, la alejaba del suicidio. Después de unos meses, el contraste entre el temple expansivo de Yves y la perenne melancolía de Louise terminó por desgastar su precaria alianza. Como el matrimonio estaba a punto de romperse, a ella no se le ocurrió mejor forma de salvarlo que dando a luz una hija.

Cuando la pequeña Claire cumplió seis años, Yves no resistió más, empacó su ropa y sus escasas pertenencias y se marchó sin despedirse. Según le confesó a sus amigos, además de dejar a Louise y a Claire —y esa casa que tanto odiaba—, también decidió abandonar la ingeniería. A partir de ahora volvería a su carrera de piloto de aviación. En la anónima soledad del cielo, flotando en el vacío, se creía capaz de compensar la infelicidad que lo oprimía en la tierra. Louise perdió la razón ese mismo día, o al menos se convenció de ello con tal vehemencia que los médicos confirmaron su diagnóstico. Claire nunca logró borrar de su mente los ojos sin expresión y sin lágrimas, insomnes, espantosamente huecos de su madre: se negaban a ver el mundo, a compartirlo o retenerlo, concentrados en su propia aniquilación. Louise pasó varias semanas en un asilo y, cuando regresó, se atrincheró en su habitación como si fuera una fortaleza. Pese a los golpes que Claire dio a su puerta, ella no le permitió entrar.

Las consecuencias de esta lejanía se hicieron palpables de inmediato: de un día para otro la voz de Claire se volvió chillona y desentonada. Hasta antes de la separación de sus padres había cantado en el coro de la iglesia; ahora, en cambio, los adultos le pedían que bajase el tono de voz o de plano insistían en que se callara. Más adelante se volvió incapaz de distinguir los sonidos; corroídas por una termita, para ella las palabras se vaciaban de sentido. Preocupado por la repentina falta de atención de la niña, su abuelo consultó con un experto: no, la pequeña no presentaba un brote autista ni se había vuelto sorda; los exámenes físicos no dejaban dudas al respecto. Las alteraciones que experimentaba debían de ser producto de una depresión (o un secreto inexpresable) y, según el médico, lo único que podía hacerse era

esperar.

Las molestias no disminuyeron: sílabas rotas, vocales torcidas, inflexiones insoportablemente agudas... Incluso había frases y en ocasiones charlas enteras que ella no alcanzaba a comprender. Siempre que hablaba con los demás tenía la sensación de perder algo, sin saber muy bien qué. No reía con los chistes y los juegos de palabras, los trabalenguas y las infinitas sutilezas del habla cotidiana —sus sobreentendidos y connotaciones— se le escapaban haciéndola parecer tonta o perezosa. Según Lacan, el dolor es lo *no-dicho* y los síntomas de una enfermedad, las formas en que este dolor se manifiesta: cada vez que Claire se insertaba en una conversación, las palabras se volvían en su contra, demostrándole su incapacidad para comunicarse.

Cuando se hallaba en medio de la gente prefería volverse invisible; no quería que nadie le hiciese preguntas por temor a suscitar escarnio o compasión. Su fantasía era pasar inadvertida, disimulada como un mueble o un paisaje. Lo más paradójico y terrible era que, si no podía relacionarse con sus semejantes, tampoco gozaba de la soledad. Como una reacción a su necesidad de escuchar otras voces, en el interior de su cabeza nació un murmullo abrupto e incontenible. A todas horas un incesante rumor le taladraba el cerebro: un ruido persistente, similar al de la estática, que sólo se apagaba con el sueño. A veces procuraba mantenerse atenta y desentrañar el significado de las crepitaciones, esforzándose por capturar ecos lejanos, murmullos o balbuceos, pero por lo general se sumía en un letargo denso y pegajoso.

Con el paso del tiempo, la enfermedad evolucionó como un parásito que se amolda poco a poco al cuerpo de su víctima. Durante varios meses los síntomas continuaron siendo los mismos, hasta que un día Claire se dio cuenta de que algo había cambiado: los sonidos que la invadían se transformaron en un violento griterío. Al principio no era capaz de comprender una sola palabra en medio de aquel caos, pero poco a poco comenzó a distinguir algunas sílabas. No importaba que Claire se concentrase en otras cosas, que se encerrase en un lugar apacible o que se escudase en medio de una manifestación o de un concierto: su íntima barahúnda no le concedía un segundo de paz.

Desesperada, la joven intentó acabar de una vez por todas con cualquier sonido; a escondidas entró en el cuarto de su madre y sustrajo varios frascos de somníferos que deglutió con grandes buches de coñac. Fuera de una diarrea incontenible, su intento sólo tuvo como consecuencia que su abuelo llorase durante horas, incapaz de comprender por qué su familia se derrumbaba de modo tan abrupto. Agotada por el esfuerzo, Claire al fin tuvo la

paciencia de descifrar sus voces; en medio de la confusión rescató una palabra del interior de su cabeza: *guerra*. Profundamente sorprendida, volvió a concentrarse: *guerra*. Ahí estaba de nuevo, no era una fantasía ni un engaño. ¿Qué significaba aquello? ¿Se trataría de un mensaje, una de esas revelaciones que escuchan los santos y los profetas? ¿O sería el reflejo de su desvarío? Al no poder distinguir nuevas expresiones, optó por restarle importancia a su descubrimiento; sin embargo, aquellas sílabas se obstinaban en bombardearla. Por fin una tarde le dio crédito a sus voces: debía tratarse, efectivamente, de un grito de batalla. No había otra explicación. Debía prepararse para el combate. ¿Contra quién? Aún no lo sabía, pero al menos había encontrado un motivo para perseverar con la existencia.

Si bien aquella revelación no alteró su vida de un momento a otro —había semanas en las cuales se obstinaba en permanecer en cama—, al menos le otorgó ciertas esperanzas. Al terminar el liceo su elección por las Ciencias Políticas se llevó a cabo de modo natural y, una vez en la universidad, resultó igualmente espontánea su adhesión a diversos grupos de extrema izquierda, los cuales ya se disponían a prender la mecha de la insurrección estudiantil. Claire se involucró en acciones organizadas por la Internacional Situacionista y no tardó en sumarse al vasto clamor que se aprestaba a tomar las calles de París. A partir de enero de 1968 se incorporó a un grupo aún más violento que los anteriores —no por nada sus miembros se denominaban *enragés*—, a cuyo cargo se hallaría luego la ocupación de la Sorbona. Claire se sentía satisfecha: en vez de ser el depósito de murmullos apenas comprensibles, se había convertido en portavoz de aquellos subversivos. Por fin había encontrado la forma de rebelarse contra el destino y de dar escape a su ira, uniendo su voz al coro que anunciaba la revolución. Ésa era la guerra que debía emprender.

Sería la hora del alba cuando Claire concluyó esta porción de su relato. Para entonces ya habíamos vaciado varias botellas de vino y nos habíamos liberado de los conflictos que nos habían envenenado; recostados sobre la cama, con los cabellos revueltos y los ojos enrojecidos, parecíamos los últimos sobrevivientes de un naufragio. Frente a mí, Claire no padecía ninguno de los espasmódicos silencios que, según me dijo, solían ofuscarla con Lacan. Como a fin de cuentas yo era un desconocido (un mexicano, casi un extraterrestre), tampoco le importó narrarme, en medio del lechoso amanecer, la aventura que había vivido con su maestro.

—¿Sabes cuántas veces traté de suicidarme antes de conocerlo? —su pregunta estalló de pronto, irritante como una bala que pasa demasiado cerca

—. *Tres.*

Yo permanecí callado, sin compadecerla. A pesar de su inteligencia, o quizás a causa de ella, Claire creía ser una de esas preferidas de los dioses condenadas a bordear la desventura.

En un intento por evadir sus incesantes depresiones, tuvo la idea de asistir a los seminarios que Lacan impartía en la Normal Superior. Intimidada por la jactancia y los exabruptos del maestro, no se atrevió a acercarse a él. Sólo cuando su desaliento se volvió inmanejable —por momentos perdía la noción de sí misma—, se atrevió a pedirle a la hija de Lacan, a quien había conocido en una reunión clandestina de grupos extremistas, que la presentara a su padre. Acaso porque imaginaba el destino que una joven tan hermosa y perturbada como Claire correría en el gabinete del 5 de la rue de Lille, Judith trató de disuadirla, pero ésta insistió tanto que al cabo de unas semanas acabó por complacerla.

El maestro no esperó siquiera tres sesiones —todas sumamente cortas— para proponerle a Claire que se acostase con él.

La proposición fue tan repentina que ella ni siquiera pensó en rehusarse; simplemente dejó que la mano del analista la llevara hasta la cama (ese otro diván), dejó que la desnudara sin oponer resistencia y lo amó con la falsa euforia del reo que paga un soborno para recibir un cigarrillo. Suponía que, como por arte de magia, recibiría un poco de alivio o de cordura. La previsión resultó del todo inexacta: a partir de ese día Claire no sólo no apaciguó sus demonios, sino que tuvo que cargar con los de quien debía de haberla redimido.

Aunque se negaba a aceptarlo, desde esa primera tarde la joven quedó prendada de Lacan. Mientras para el psicoanalista ella sólo era una más de sus pacientes (de sus conquistas), Claire lo convirtió en una figura imprescindible. Consciente de su desventaja, se prometió no demostrarle su cariño, pues sabía que de otro modo perdería su respeto. Su tendencia natural a disimular se acentuó drásticamente: si deseaba pertenecer al círculo íntimo del sabio sin interrumpir su cura, debía comportarse como si él no le importara en absoluto. Al inicio se salió con la suya: aparentaba un desinterés que no sentía, trataba a Lacan con una agresividad que ninguna otra mujer se hubiese permitido y le prodigaba unos castigos que él incluso parecía disfrutar. Muy pronto se dio cuenta de que la única que padecía con el maltrato era ella misma. Después de una insípida noche de amor en la rue de Lille, Claire le espetó a Lacan que no estaba dispuesta a ser como las *otras*.

—¿Te imaginas? —me preguntó, irritada—. ¿Alguien como yo imponiéndole condiciones *al maestro*?

En ese momento ella pensó que tenía posibilidades de ganar la partida apostando el todo por el todo. En efecto, su coraje fascinó al analista, pero ello no le impidió exigirle, sin el menor atisbo de piedad, que se largase de inmediato de su casa. A partir de ese día, Claire intentó apartarse de su influencia (su deseo de castrarlo excedía lo simbólico), aunque en realidad no dejaba de pensar en él. Incapaz de ver a una familia sin analizarla conforme a los paradigmas establecidos por su amante, no paraba de toparse con metáforas y metonimias, perdiendo de vista la sustancia de los objetos; le resultaba imposible no hilar frases salpicadas de *falos, estadios del espejo, fantasmas, goces y objetos a y*, para colmo, sus amigos eran adictos a la escuela de su amante: el mundo amenazaba con volverse lacaniano. No parecía quedar ningún resquicio al margen de sus enseñanzas, un solo rincón que él no hubiese atiborrado con sus teorías y neologismos. No pasó mucho tiempo antes de que sus insensibles voces interiores adquiriesen el tono severo y gangoso del analista. Lo que más la perturbaba, lo que no soportaba de ningún modo, era que su deseo siguiese fijo en él. Rendida ante la evidencia (era peor sufrir su lejanía que su maltrato), se resignó a volver a su lado.

—Podrán decirte lo que quieras —me explicó Claire de pronto—, que es fatuo y orgulloso, que su frivolidad excede su talento (ambos inmensos) o que apenas toma en cuenta a sus pacientes, pero no conocerás a nadie como él. Te desvela con una sola mirada, te define con una inflexión de voz. Lacan hace que nunca se extinga tu deseo...

Confrontada con sus propias palabras, Claire comenzó a llorar. Sus lágrimas no eran de dolor y ni siquiera de rabia: se trataba más bien de un llanto débil, inaccesible. La joven colérica que yo había conocido ahora no paraba de sollozar. La tomé entre mis brazos con cuidado: sus hombros eran tersos, su piel frágil, de neonato. Ella se enjugó las lágrimas y me estrechó con una urgencia incontenible. Atrapado entre sus piernas, me abandoné a su voluntad. Apenas me atrevía a despojarla de su ropa, torpemente, cegado por su desnudez. Su cuerpo subía y bajaba sobre el mío alternando la violencia con la calma —su vaivén poseía un ritmo secreto—, sin dejar de mostrarse inalcanzable. Yo *no* la poseía... Agotados, al final nos separamos sin intercambiar otras palabras. Claire comenzó a fumar de nuevo y, cuando comprobó que yo dormía, volvió a vestirse y abandonó la habitación.

Eran sólo ocho personas: más que un grupo de artistas de vanguardia, un piquete de soldados, de conspiradores, de salvadores del mundo. Acudían de todas partes —de ahí la universalidad de su desafío—, aunque ellos no

guardaban ninguna simpatía hacia las naciones. Perteneían a una raza de desarraigados y prófugos, de exiliados voluntarios que, en vez de escapar de los campos de concentración como sus padres, intentaban hacerlo de esa otra prisión acaso más cínica y opresiva: la sociedad burguesa (y el aburrimiento). Aunque eran jóvenes, no poseían ninguna de las características que se asocian con este período de la vida: no eran ni inocentes ni ingenuos ni incultos ni soñadores; no buscaban transformar el mundo agitando banderas, combatiendo a la policía o portándose como niños malcriados. Su conjura era más profunda, más intensa, menos predecible. En el mes de julio de 1957, sólo eran ocho, y buscaban producir acciones memorables. Nunca tan pocos perturbaron tanto en tan poco tiempo.

El lugar de reunión era un pueblecito de la costa de Liguria, Cosio d'Arroscia. Si alguien los hubiese visto entonces, habría imaginado que formaban uno de esos grupos que se desplazaban por las carreteras europeas de la posguerra disfrazados de vagabundos o de artistas. Sólo que ellos vestían sin distinción, incluso con cierta sobriedad: querían pasar inadvertidos. Sabían que la única manera de intervenir era manteniéndose al margen. Su metáfora perfecta era la pequeña bola de metal que echa a andar las luces y la música de los *pinballs*, la chispa de cigarro que incendia un bosque, el copo de nieve que desata una avalancha. ¿Qué pretendían? Difícil saberlo. Tal vez no les importaba decirlo. O no buscaban nada, sin más. Los definía su voluntad de cambiar, de resistir, de oponerse. ¿A qué? A todo, incluso a sí mismos. Aunque jóvenes, llevaban varios años reuniéndose, dispersándose, recomponiéndose. Ahora, en ese minúsculo pueblo de la costa ligur, fundaban una minúscula empresa cuya trascendencia se volvería inimaginable: no una revista ni un movimiento, no una revolución ni un llamado a las armas, aunque contuviese elementos de todo ello, sino algo más vasto e indefinible. Como toda acción necesita un nombre, ellos también bautizaron su desafío: ese día de julio de 1957, en Cosio d'Arroscia, esos ocho locos inventaron la Internacional Situacionista.

Todo había empezado unos años antes, cuando Guy-Ernest Debord — todavía firmaba así— tenía veinte años. Era un muchacho delgado, con anteojillos redondos que lo hacían parecer un anticuado profesor de filosofía. A diferencia de la mayor parte de sus coetáneos, había decidido no seguir una carrera universitaria, resistiéndose tanto a la tradición como al prestigio. Mientras Foucault o Barthes se debatían con sus tesis doctorales, Debord deambulaba por las calles de París. No pensaba trastocar el mundo a través de los libros, sino vagando. Abatido por la falta de perspectivas, el temor a la bomba, la guerra fría y la tiranía ejercida por los comunistas y el mercado,

llevaba varios años buscando el modo de dinamitar los pilares de la sociedad moderna. Para distraerse —y de paso demostrar la vacuidad de su intento— se le ocurrió rodar una película, *Aullidos a favor de Sade*. Tratando de averiguar si existía alguien con ideas semejantes a las suyas, en la primavera de 1951 decidió asistir a las representaciones experimentales que se llevaban a cabo paralelamente al Festival de Cannes. Lejos de las estrellas y los premios, se introdujo en una pequeña sala en donde un público furioso abucheaba un filme titulado *Tratado de baba y eternidad*. Desde luego, el filme no le gustó —¿a quién podía gustarle esa acumulación de gritos y onomatopeyas desprovista de imágenes?—, pero se animó a buscar a sus realizadores mientras éstos huían de la rechifla general.

El gurú de los provocadores era un rumano extravagante y exquisito que se hacía llamar Isidore Isou. Como antes Tristan Tzara, a quien usaba de modelo, Isou estaba empeñado en destruir el arte con el arte mismo. Si Baudelaire cantó la catástrofe y Mallarmé arañó el silencio, si los dadaístas acariciaron el absurdo y los surrealistas desdibujaron las fronteras de lo real, los *letristas* de Isou pretendían reducir la poesía a su última expresión, a su componente mínimo: la *letra*. Como los físicos en esa misma época, sus seguidores anhelaban la pureza de las partículas elementales y, en vez de versos y rimas, cantaban la perfección de los sonidos o la luminosidad de las grafías. Convencidos de que en el ocaso del siglo XX resultaba imposible crear sin antes haber arrasado lo existente, la principal labor de los letristas no consistía en *hacer* cosas, sino en *sabotear* las cosas que los otros hacían. Así, el grupo se consagró a sabotear piezas de teatro, exposiciones, conciertos y funciones de cine, e incluso una misa de Pascua en Notre-Dame, durante la cual uno de los suyos, disfrazado de monje, se levantó en medio de la celebración para gritar a voz en cuello: *Dios ha muerto*.

Seducido por su extravagancia, Debord inició una difícil colaboración con Isou hasta que no le quedó más remedio que separarse de él (la sinrazón a veces no sólo resulta intolerable, sino inútil). En noviembre de 1952, junto con otros disidentes, fundó otro grupo, la Internacional Letrista, y para dar a conocer sus principios (y expandir sus bombardeos) creó un boletín homónimo que luego daría lugar a la revista *Potlach*. «Casi todo lo que hay en el mundo nos provoca rabia y disgusto», afirmaron allí mientras invitaban a sus lectores a *crear situaciones* capaces de apartarlos de los necios parámetros del mundo contemporáneo. Su idea era virar hacia lo sorpresivo, superar el arte y, como señaló el filósofo marxista Henri Lefèvre (en esos años muy cercano a Debord), «inventar una nueva vida cotidiana». Enfrentando a comunistas y capitalistas por igual, los miembros de la IL exigían que la vida y el arte fuesen idénticos.

Todas las sutilezas y recursos del arte moderno se habían repetido hasta el cansancio y hasta perder todo su poder; arte y literatura eran un cadáver que unos cuantos vanguardistas decadentes —como Godard o Robbe-Grillet— sólo intentaban carcomer. En lugar de conformarse con esos artificios, los letristas anhelaban una nueva forma de expresión. Como enunciaron en uno de sus apotegmas más célebres: «El aventurero es aquel que hace suceder las aventuras, no aquel a quien las aventuras le suceden.» En esos días muy pocos escuchaban sus arengas, sus herejías pasaron inadvertidas y su subversión se sumió en el olvido.

En 1957, en compañía del pintor danés Asger Jons, del italiano Pinot Gallizio y otros cinco rebeldes, reunidos con él en Cosio d'Arroscia, Debord proclamó el nacimiento de un nuevo grupo cuya influencia resultaría muy superior: la Internacional Situacionista. Eran sólo ocho: ocho terroristas dispuestos a cambiar el mundo y el arte. En gran medida ellos fueron responsables de lo que ocurrió en 1968 en las calles de París. El propio Debord lo había advertido: «Yo no soy un filósofo, soy un estratega.» Aunque pocos de los estudiantes que ocupaban la Sorbona y se enfrentaban con la policía habían leído sus consignas, las masas que toman las universidades de Nantes, Nanterre o París —y las de todo el mundo— no eran sino los involuntarios discípulos de esos ocho hombres que se habían animado a decir *no*, convencidos de que hacía falta arrasar la civilización para después reconstruirla. Claire era de ellos.

Abandoné mi pensión y enfilé el camino hacia la rue de Lille. Al carecer de cualquier otro dato que pudiese conducirme hacia ella, regresé a mi condición de guardaespaldas de Lacan: tarde o temprano Claire se presentaría en su gabinete. A diferencia de la vez anterior, ahora la espera me resultó menos tolerable: a lo largo de cuatro horas vi entrar y salir una gran variedad de personajes pero ella nunca apareció. A falta de mejor ocupación, me entretuve diagnosticando sus síntomas ocultos: a esas ojeras les asociaba una neurosis obsesiva; a ese aire descuidado, un toque de paranoia; a aquella rigidez, la típica ansiedad de los histéricos... Cerca de las seis, cuando ya había inventariado a toda la clientela de Lacan, me convencí de que Claire no lo visitaría aquella tarde. Agotado, me senté en la acera y, devuelto a mi condición de *clochard*, me dejé vencer por el sueño.

—¿Otra vez aquí? —las palabras se estrellaron contra mi cuerpo como los puntapiés de un policía—. ¿No tienes otra ocupación que espiarnos? ¡Vamos, levántate antes de que Jacques te descubra!

Era Claire. Había oscurecido y el cielo poseía un inquietante color púrpura.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí afuera?

—Llegué poco antes del mediodía —balbucí.

—De nuevo hay enfrentamientos en el Barrio Latino —me previno Claire—. Se ha declarado una huelga ilimitada a partir del domingo.

—No lo sabía.

—¡Desde luego! —me amonestó—. ¡A ti nada te interesa!

Cruzamos a la orilla derecha a través del Puente de las Artes e ingresamos en ese otro París que aún escapaba del caos.

—¿Adonde vamos?

—Quiero que conozcas a unos amigos.

—¿Otros revoltosos como tú? —la provoqué.

—Exactamente.

—¿Y al menos podrías decirme por qué protestan?

Claire decidió que era tiempo de darme una rápida lección de teoría revolucionaria y comenzó a perorar sin tregua.

—Para denunciar la opresión capitalista. Para mostrar las contradicciones de esta sociedad de mierda. Para oponernos a la guerra de Vietnam y a la ocupación soviética de Praga —su lista de reclamos sonaba como un trabalenguas—. Queremos denunciar la imposibilidad de ser libres, la enajenación, el aislamiento, el consumo... Y terminar de una vez por todas con la humillación que provoca el trabajo...

Yo apenas contuve la risa.

—Todo eso suena muy bien; sobre todo, eso de acabar con el trabajo.

—¡Tú no entiendes nada! —se enfureció—. La sociedad espectacular nos estrangula porque, donde impera lo espectacular, también gobierna la policía.

Era evidente que pertenecíamos a universos lingüísticos distintos: para mí sus frases no tenían ningún significado.

—A ver, explícame de nuevo —insistí—. ¿Qué pretenden? ¿Acabar con la sociedad?

—Exacto. Para mejorarla, antes tenemos que destruirla.

—Perdona que te contradiga, pero mira nada más tu propio caso: luchas para liberarte de la opresión burguesa y ni siquiera consigues separarte de tu amo.

Aunque no era mi intención lastimarla, necesitaba echarle en cara su debilidad por Lacan. Como cada vez que se ponía nerviosa, Claire encendió un cigarrillo.

—¿Y tú? —me respondió—. ¿Tú qué haces? Eres patético. La inacción

es una forma de complicidad, tú también eres un esclavo. Sólo que ni siquiera te das cuenta.

—¿De qué me serviría rebelarme como ustedes? —le inquirí—. ¿Cuánto tiempo crees que durará su protesta? ¿Un mes? ¿Dos? Al final se desgastará como todas, sus líderes pactarán con el gobierno y en unos meses todo habrá concluido. Ustedes gritarán, marcharán, se cubrirán de sangre y de palabras, y al final todo será como al principio.

Claire ni siquiera se molestó en desmentirme. Nos detuvimos frente a un edificio mohoso y solitario cerca de la Place de la République, subimos cinco pisos y nos introdujimos en un pequeño apartamento impregnado por el humo y las voces de una decena de jóvenes que discutían sin parar. Claire me abandonó en medio de esos desconocidos como si le entregase un trozo de carne fresca a una familia de hienas y se marchó a buscar algo de beber. Todos eran brillantes, mordaces, iracundos. Y ninguno tenía más de veinticinco años.

—Lo que le falta a la inteligencia es lo tajante —pontificó uno.

—El problema es que todo el mundo hace concesiones —intervino otro.

—La podredumbre está en quienes se dicen en la vanguardia —agregó un tercero—. Nada más hay que escuchar a esos izquierdistas de salón como Godard, Aragón o Althusser.

—Su interés ecléctico es espurio —se animó un cuarto.

—Esos *modernistas* son los peores, se han apropiado de los hallazgos de la vanguardia sin llegar a comprenderlos —concluyó el primero.

Era como si ensayasen una pieza de Ionesco. Para mi sorpresa, ni siquiera se presentaban como estudiantes, sino como simples *agitadores*.

—Formamos una Conspiración de Iguales —me explicaron críticamente, tal vez un poco ebrios—. Un estado mayor sin tropas...

—No nos interesa tener discípulos, ni acaudillar a las masas, ni convencer a nadie...

—Sólo prender la mecha...

—Instalar el detonador...

—Queremos que la explosión se nos escape de las manos, que se vuelva incontrolable incluso para nosotros mismos...

—Así empezó la rebelión en Nanterre...

—Al principio no éramos más que cinco...

—Cinco bastaron para desatar la reacción en cadena...

—Y mira lo que ha pasado desde entonces...

—Los enfrentamientos en el Barrio Latino, los combates en Saint-Michel, la ocupación de la Sorbona...

—Y no es más que el principio...

A lo largo de toda la noche continuaron charlando y festejando, intercambiando ideas y brindis, indiferentes a mi asombro o a mis críticas. Yo no le hallaba ninguna lógica a lo que decían, o su lógica pertenecía a un universo distinto. Al final incluso coreaban consignas esotéricas: *¡Viva la Zengakuren! ¡Viva el Comité de Salvación Pública de Vandalistas! ¡Vivan los Enragés! ¡Viva la Internacional Situacionista! ¡Viva la Revolución Social!* Me resigné a continuar bebiendo sin parar. Ahora entendía por qué Claire me había llevado allí, con sus compinches: era una forma de castigo. Esos jóvenes bordeaban la demencia igual que ella.

Al final de la noche, Claire se apiadó de mí e intentó rescatarme, pero yo ya estaba demasiado borracho como para perdonarla.

—Ahora me toca a mí llevarte a casa —me susurró al oído, insinuante.

Sin darme cuenta, esa noche perdí algo más que la sobriedad.

¿Se acuerdan de la miserable criatura que se arrastraba por el suelo? Pues heme aquí de nuevo, sometido a otra de las infamias que Lacan me ha preparado. Si antes me convirtió en prisionero de los espejos y del lenguaje, ahora me reserva una sorpresa aún más ingrata. Apartado de la seguridad del útero, al menos tenía el consuelo de que mi madre siempre estaría dispuesta a satisfacer mis deseos: su presencia constituía mi única certeza. Sin embargo, Lacan insiste en que ella también se apresta a traicionarme. Si por lo general asociamos a las madres con esos anuncios publicitarios que las presentan eternamente dispuestas a cumplir los caprichos de sus vástagos, la verdad es que las mujeres no satisfacen los deseos de sus hijos por gusto. Mi madre nunca me ha deseado *a mí*: yo no soy más que un simple sucedáneo. Entonces, ¿qué es lo que desea? La respuesta es atroz: eso que Lacan llama, con soberbio mal gusto, *el falo*. Obviamente no se puede anhelar más que lo que no se posee y mi madre, como todos los individuos de su género, nunca podrá subsanar esta carencia. Debo aceptarlo: por mucho que lo intente o me desviva —por mucho que llore, sonría, grite o enloquezca—, yo nunca seré idéntico a ese turbio objeto inscrito en su mente y nunca lograré colmar su vacío. Como en una novela erótica, la infancia es la historia de un perverso triángulo amoroso entre mi madre, yo y el falo. *No sufras demasiado*, me insinúa ella, *mi deseo se dirige hacia eso que no tengo pero que algún día tú tendrás*. Su promesa —lo adivino— es falsa: el falo no es un órgano ni una marca sexual, sino el nombre que Lacan le da a la ausencia.

La condición indispensable era el silencio. Como si hubiesen suscrito un contrato, las palabras quedaron proscritas entre ellos. Y lo mismo ocurría con los demás sonidos que escapaban de su cuerpo: el llanto, los gritos e incluso los gemidos de placer. Acaso porque él pasaba la mayor parte del día escuchando las confesiones de sus pacientes, el psicoanalista no toleraba que Claire hablase mientras hacían el amor. Si ella contravenía esta regla, él la echaba de inmediato. Obligada a callar, la joven se sumía en un pozo o una burbuja imaginaria, expuesta a las voces que la increpaban desde su interior.

Esta vez Claire lo esperaba desde hacía una hora con una apatía apenas dolorosa. Antes se enfurecía pero, tras incontables peleas, al fin se había resignado a sufrir esta especie de prueba. Incluso le gustaba disponer de unos cuantos instantes a solas antes de enfrentarse con él. Así, en vez de hojear una revista o de releer las tesis sobre Feuerbach —uno de sus libros favoritos—, prefería llegar con las manos vacías, dispuesta a purificarse; se sentaba en la sala de espera y se dedicaba a mirar las paredes.

Al verla, el psicoanalista nunca se mostraba expansivo, ni siquiera vehemente, y no permitía que ella apagase las luces: necesitaba iluminar (herir) cada parte de su cuerpo. Sin decírselo, en esta ocasión quería demostrarle que, pese a sus desplantes, ahí estaba ella de nuevo, sumisa y obediente, tal como él lo había predicho. Claire procuró digerir la humillación con entereza. Con una simple mueca él le hizo ver que había llegado la hora de empezar. La joven se desabotonó la blusa con descuido; su piel blanquísima relucía bajo los encajes negros que ella tanto odiaba y que él le ordenaba utilizar. Siguiendo un ritual preestablecido, a continuación desató el pequeño lazo que le recogía el cabello. Su modo de contemplarla traslucía una obscenidad inquietante: bastaba con que él le clavase las pupilas para que ella quedara a su merced.

El psicoanalista comenzó a acariciarla; luego le hizo alzar las piernas, una tras otra, le arrebató los zapatos y comenzó a jugar con sus pantorrillas. Mientras ella se esforzaba por mantener el equilibrio, el psicoanalista procedió a arrancarle las medias y la falda; con las piernas abiertas y el pubis semejante a una súbita intrusión de la noche, Claire se dejó caer sobre la cama. El viejo acercó el rostro a su sexo; nunca dejaba de perturbarlo esa imagen brutal y primigenia, esa piel lustrosa y suave, tenuemente enrojecida: su origen del mundo. Excitado, comenzó a recorrer sus pliegues con la lengua, primero con suavidad y luego con fruición; más que impulsarlo, ella lo dejaba actuar, su alma suspendida en otra parte, muy lejos de allí. Como un conquistador (como un verdugo), él se abrió paso en su interior mientras ella apretaba los dientes para esconder un suspiro.

Incapaz de contenerse, Claire se incorporó y, con la misma ansiedad que él, le arrancó el cinturón y le bajó los pantalones para encontrarse con su sexo. El psicoanalista impidió que ella lo tocara y, arrebatándole el falo (vaya ironía), prefirió introducirlo entre sus piernas. Por fortuna el viejo aún poseía la suficiente habilidad como para conducirla a un rápido orgasmo. En cambio, él todavía tardó un buen rato en alcanzar su propio clímax; sólo podía gozar después de ella, nunca antes y nunca al mismo tiempo, como si precisase que Claire le concediera su placer (su rendición) antes de entregarle el suyo. Al terminar, él se acomodó la ropa cuanto antes y, sin ninguna caricia suplementaria —su tacañería no admitía distinciones—, sin un beso y desde luego sin ninguna palabra de afecto, se dedicó a observarla con apacible admiración. En ese mínimo instante de quietud se cifraba el amor que Claire sentía por él.

Didier Anzieu desprecia a los estructuralistas y abomina a Lacan. No le faltan razones para ello. Cada vez que escucha los reportes de las batallas que se libran en el Barrio Latino, se convence de que una época está a punto de morir, y con ella algunos de sus más perniciosos protagonistas, ese fatuo círculo de mandarines infiltrado en todas las instituciones académicas de Francia. Por fortuna, la caída de la sociedad burguesa traerá consigo el fin de su reino. Enmascarado tras un seudónimo que lo convierte en una suerte de árbitro en la contienda del saber —*Epistémón*—, Anzieu proclama la buena nueva por doquier, preparándose para darle el tiro de gracia a esos arrogantes *maî-tres à penser*. Al enfrentarse al orden burgués, esos jóvenes también ridiculizan a esa panda de intelectuales que tanto se pavonea de sus méritos.

Si bien se regocija por el castigo que reciben Lévi-Strauss, Barthes o Althusser, Anzieu abriga una sensación todavía más placentera mientras escucha los abucheos contra Lacan. Después de mantener una ambigua relación con el psicoanalista, hace apenas unos años que se dedica a cuestionarlo en público. Sabedor de su escaso aprecio hacia Lacan, Maurice Nadeau le había solicitado que escribiese un artículo «en contra» de los *Escritos para La Quinzaine Littéraire*. Anzieu redactó un texto titulado «Una doctrina herética» en donde señalaba, con regusto maquiavélico, que su antiguo analista no prolongaba las ideas de Freud, sino que las deformaba y traicionaba sin decirlo. ¿Y qué podía esperarse? El destino lo había unido a Lacan de manera tan insólita y aciaga que le resultaba del todo imposible ser objetivo a la hora de juzgarlo.

Su primer encuentro fue ya bastante extraño. Ocurrió en 1949 y Anzieu

era un muchacho de veintiséis años; acababa de pasar una agregación en filosofía pero, debido a los conflictos que había padecido su familia, siempre se había interesado por el psicoanálisis. Oprimido por el abandono que sufrió de niño y por la perenne enfermedad de su madre, el joven se sentía hechizado por la locura y sus mutaciones. Esta curiosidad lo llevó a asistir al seminario de Lacan, cuyo discurso lo impresionó desde el primer momento. Una tarde se acercó a charlar con él, le habló vagamente de su vida y le manifestó su pasión por su trabajo. Durante uno de sus insólitos cambios de humor, Lacan le propuso que se sometiese a un análisis didáctico. Un tanto nervioso, Anzieu aceptó. ¿Cómo iba a rehusarse a dialogar con el psicoanalista más famoso de Francia?

Durante las primeras sesiones con Lacan, Anzieu hablaba sin parar, como si buscara contrarrestar el poder de quien lo escuchaba; más que una lucha por el control del tiempo, se dejaba llevar por un mutuo flirteo que lo asqueaba y deleitaba a la vez. Su relación con Lacan se tornó cada día más violenta. Al oírlo (al embelesarlo), su analista le provocaba un odio incomprensible. Hacia 1952 o 1953, una suma de coincidencias terminó por revelarles el origen de su ira.

Tras muchos años de no ver a su madre —a esa madre enloquecida que lo abandonó de niño—, Anzieu al fin se había decidido a visitarla. Su sorpresa fue enorme cuando se enteró de que por entonces ella trabajaba como gobernanta en casa de Alfred Lacan, el padre de su analista. ¿Cómo era posible? Anzieu le confesó su pasmo sin adivinar que las palabras de su madre lo dejarían todavía más perplejo. Igualmente azorada, la mujer le dijo que, si bien ahora era empleada de Alfred, también había sido paciente de Jacques. ¡Imposible! ¡Madre e hijo tratados por el mismo analista con veinte años de diferencia y sin que nadie se hubiese dado cuenta! Didier no podía creerlo: su historia parecía repetir una tragedia griega.

—¿Dónde lo conociste? ¿Cuándo? —la interrogó Anzieu.

—A principios de los años treinta, en el sanatorio de Sainte-Anne... — Luego, la mujer agregó—: Yo le entregué todos mis manuscritos a ese desdichado, pero él nunca quiso devolvérmelos. Hace poco vino a visitar a su padre (lo hace muy rara vez) y desde luego le sorprendió muchísimo encontrarme aquí; en cambio a mí no me importó y le exigí que me entregase mis cosas. El doctorcito me ignoró, como si yo continuase siendo una demente, y me dejó a un lado del camino...

Como Edipo al escuchar las infaustas revelaciones de Tiresias, Anzieu no tardó en atar los cabos sueltos.

—Entonces, madre, tú eres...

—Sí, hijo mío, Jacques me entrevistó durante varios meses para escribir su tesis doctoral, me utilizó y luego me robó...

Anzieu no podía creerlo. ¡Su madre, la madre que lo abandonó de niño, la madre que permaneció tanto tiempo en instituciones psiquiátricas, la madre que lo amó hasta la demencia, Marguerite Anzieu, de soltera Pantaine, no era otra que *Aimée*, la paciente que había vuelto célebre a Lacan! ¡Su madre era la loca que trató de asesinar a Huguette ex Duflos! ¡Su madre era el personaje central de *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*! Presa de una urgencia incontrolable, Didier se precipitó en busca de la tesis de Lacan. Al leerla no se limitaba a repasar uno de los libros fundadores del psicoanálisis francés, sino a entrever la expoliación sufrida por su madre. Los dioses del Olimpo no podían haber sido más crueles: su madre había sido la paciente estelar de Lacan y ahora éste analizaba a su hijo, al hijo de *Aimée*.

Anzieu decidió revelar la verdad a Lacan. Al escuchar la historia, el psicoanalista intentó disimular su estupor, su vergüenza o su mentira. ¿En realidad no se había dado cuenta de nada? ¿Había olvidado el apellido de su paciente más famosa? Pillado en falta —en ese lapsus inconfesable—, a Lacan sólo se le ocurrió argumentar que, gracias a su análisis, Didier había sido capaz de reconocer quién era. Por si fuera poco, le juró que nunca había reparado en el apellido de casada de Marguerite, pues según los registros de Sainte-Anne había sido ingresada con su nombre de soltera, de modo que nunca hubiese podido relacionarla con su *Aimée*. ¿Era verosímil que un psiquiatra que trata a alguien durante meses, y que incluso escribe una tesis doctoral sobre el caso, nunca se haya topado con su verdadero nombre?

A partir de entonces, cada vez que Anzieu acudía a Lacan no podía borrar de su mente la idea de hallarse frente al antiguo psiquiatra de su madre y, en consecuencia, ante el poseedor de sus orígenes. Hacia el verano de 1953, le comunicó su decisión de terminar la cura. Lacan trató de disuadirlo: no soportaba que un paciente tan valioso se le escapase de las manos. Le dijo que estaba pensando escribir un libro sobre su caso (una segunda parte de su tesis, forzosamente titulada *Veinte años después*), y para ello necesitaba su ayuda: Anzieu debía entregarle las notas que había tomado durante el análisis. En una especie de postrer acto de justicia, el hijo de *Aimée* se limitó a postergar su entrega *ad infinitum*. Mientras tanto, su hostilidad hacia Lacan se avivó: primero empezó por cuestionar sus prácticas y al final se transformó en uno de sus detractores más severos. El círculo se cerraba.

Quince años después de interrumpir su cura con Lacan, Didier Anzieu, travestido en *Epistemón*, continúa lanzando sus dardos contra él, y de paso contra todos sus colegas. Los jóvenes que ahora se alzan contra el poder se le

parecen mucho: también se rebelan contra sus padres y maestros, también luchan contra ese destino que los rebasa, intentando escapar del ominoso *no-del-padre* que Lacan encarna y resucita. Didier Anzieu no tiene dudas: mayo de 1968 representa el acta de defunción del estructuralismo. Y la definitiva venganza de *Aimée*.

—¡Debemos irnos!

La voz de Claire me arrancó de la lectura. ¿Acaso la gente de su edad no conocía otra forma de expresión que los chillidos? Abandoné mi libro —*De la miseria en el medio estudiantil*, que ella misma me había regalado— y le abrí. Sus ojos encendieron la estancia.

—¿Por qué la prisa? —le pregunté mientras me amarraba los zapatos.

—¡Se pondrá furioso si llegamos tarde!

—¿Quién?

—¿Pues quién va a ser? Lacan.

Descendimos las escaleras a toda velocidad y al salir de la pensión Claire me arrastró al metro; yo detestaba ese escabroso medio de transporte —es indigno permanecer tanto tiempo bajo tierra—, pero no hubo modo de disuadirla. Aunque en Francia no es de buen gusto mirar a las personas a los ojos (es como si uno las violara), fue la única manera que hallé de paliar mi claustrofobia. Entonces reparé en otra peculiaridad local: en el metro de París nadie hablaba, o lo hacía *sottovoce*, como si los pasajeros lo considerasen una capilla o un santuario. Con razón los jóvenes gruñían tanto: debían romper la loza que les imponían sus mayores.

—Todo saldrá bien si no abres la boca —me advirtió Claire cuando llegamos a la rue de Lille—. Deja que sean los otros quienes hablen.

¿Los otros? Extraviado en mis maquinaciones, no había prestado atención a la lista de nombres que Claire me había recitado en el trayecto. Me sentí paralizado. Tal vez Lacan fuese un hombre como cualquier otro, pero yo no lograba apartar de mi mente la idea de que estaba a punto de encontrarme con un genio.

En cuanto Claire tocó a la puerta, Gloria nos hizo pasar.

—¡Ayayay! —exclamó con inconfundible acento castellano—. ¡El maestro los espera desde hace más de media hora! ¡Dios mío, a ver ahora quién lo calma!

Pensé en replicarle en español, pero recordé que Claire me había ordenado ser prudente.

—¡Suban de una vez por todas! —nos ordenó Gloria—. ¡A quién se le

ocurre invitar a esos revoltosos, *ayayay!*

Seguimos a la secretaria hasta el tercer piso del inmueble, cruzamos un par de minúsculas salas de espera y al fin nos depositó en su despacho. El escenario era a un tiempo sobrio y acogedor; sólo el infaltable diván le confería cierto aire profesional al decorado. Rodeando al psicoanalista, un grupo de jóvenes le explicaba las causas de la revuelta estudiantil; mientras tanto, un par de adultos tomaba notas y criticaba ferozmente las opiniones de los jóvenes. En medio de la barahúnda, nadie reparó en nuestra tardanza.

—Ése es Danny *el Rojo* —me susurró Claire al oído—. Y ese de allá, Serge Leclair, uno de los miembros de la Escuela.

La escena sugería el encuentro de un grupo de antropólogos y una tribu de caníbales. Cada una de las partes defendía sus puntos de vista pero, si bien tanto los lacanianos como los estudiantes se decían favorables a la revolución, esta palabra adquiriría significados antagónicos según quien la pronunciara. Casi indiferente a la disputa, Lacan preservaba su condición neutral. ¿En ese instante me pareció más imponente, más irresistible, más intolerable, más cruel de lo que había imaginado? Pese a que lo tenía a unos pocos centímetros de distancia —casi podía rozar su chaqueta de *tweed* y percibir su aliento enrarecido—, no lograba formarme una opinión sobre sus intenciones. ¿Por qué había invitado a aquellos muchachos? ¿Quería mostrarse paternal o, por el contrario, implacable? Su conducta poseía un carácter incierto que me impedía husmear en su deseo. Rápidos y contundentes, sus comentarios ponían en entredicho las vagas especulaciones de sus interlocutores, si bien procuraba no juzgarlos con excesiva severidad. Más desconcertados que irritados, los jóvenes no lograban escapar de sus trampas dialécticas —Lacan era un retórico experto— y al final se estrellaban con su indiferencia o su hermetismo. En sus mítines y asambleas insistían en la necesidad de eliminar a los mandarines de la cultura pero, a la hora de enfrentarse a uno de ellos, se comportaban como ratones asustados. ¿Por qué habían acudido a la cita? Cohn-Bendit y sus secuaces se habían metido en la boca del lobo.

—Y si al final obtienen la victoria, ¿qué piensan hacer? —le soltó Leclair a Danny *el Rojo*—. ¿Fundar una Escuela Nacional de Administradores de la Revolución?

Lacan no reprimió una carcajada. Desprevenido, Danny no atinó a responder a la provocación y se conformó con balbucir unas cuantas incoherencias: aseguró que todas las guerras son distintas, que los soldados nunca son los mismos, que no era posible comparar a los republicanos españoles con los combatientes de Verdún... ¿Y eso qué diablos importaba? Lacan rió de nuevo: el pobre chico no estaba a su altura. Disfrutando de esta

ventaja, transformó la disputa en una clase magistral y procedió a examinar los conocimientos psicoanalíticos de sus improvisados alumnos. Confusos, los muchachos se limitaron a admitir que, en efecto, no habían leído a Freud.

—¡Resulta inadmisibile que alguien que se dice revolucionario no conozca sus obras completas de memoria! —tronó Lacan—. ¡Largo de aquí, ignorantes! Los jóvenes no comprendían por qué el viejo se enfadaba tanto.

—Pero doctor... —balbuceó Cohn-Bendit.

—¡Doctor, nada! ¡Fuera!

Muy a su pesar, Claire trató de hacer de mediadora y, como todos los redentores, salió crucificada. Antes de iniciar siquiera su alegato, Lacan le arrebató la palabra descargando el puño contra el escritorio.

—¡Si no estás de acuerdo, tú también puedes irte!

Los muchachos se miraban unos a otros sin saber qué hacer. Fue entonces, en uno de esos instantes en que se decide el futuro, cuando me arriesgué a intervenir. Yo no tenía intenciones de incordiar a Claire y sus amigos, pero una voz salió de mi interior y habló en mi nombre.

—¿No escucharon al doctor Lacan, papanatas? —vociferé—. ¿O sus orejas revolucionarias están repletas de cerilla? ¡A la chingada, mamarrachos!

Todos los presentes me miraron con estupor, sin tener la menor idea de quién era yo. Desde luego, la más sorprendida era Claire. ¿Es que me había vuelto loco? Fuera de sí, me cubrió de insultos; sólo la prudente intervención de Lacan logró detenerla.

—Claire, déjalo en paz —le ordenó, y luego, dirigiéndose a los demás, añadió—: Lo mejor es que se retiren, no tenemos nada más que hablar.

Claire fue la primera en marcharse; sus compañeros no tardaron en seguirla. Antes de abandonar el consultorio, Danny se detuvo de repente.

—¿Sabe una cosa, doctor? —le preguntó a Lacan—. La revolución necesita combustible. ¿Sería usted tan amable de contribuir con nuestra causa?

—¿Me está pidiendo dinero? —se escandalizó el psicoanalista.

—Una aportación simbólica —insistió Cohn-Bendit con descaro—. Usted sabe, tenemos muchísimos gastos: pancartas, volantes, folletos, medicinas...

Lacan rebuscó en su billetera y extrajo unos billetes de baja denominación; a pesar de su enojo, no quería ser tachado de mezquino. Danny se guardó el dinero y se alejó sin siquiera dar las gracias: a fin de cuentas sólo había esquilado a otro asqueroso burgués. Leclair y los otros miembros de la Escuela aprovecharon para despedirse; yo me apresuré a imitarlos.

—Espere, me gustaría conversar un poco con usted —me detuvo Lacan—. Claire ni siquiera tuvo la delicadeza de presentarnos.

—Mi nombre es Aníbal Quevedo —musité—. *Doctor Aníbal Quevedo.*

Durante mi primer año de vida ni siquiera soy humano. Mi condición es la de *infans*, un ser disminuido que, a diferencia de los adultos, no es capaz de valerse del lenguaje. Si las palabras son las únicas armas que le otorgan realidad a los objetos, uno no existe antes de sus primeros balbuceos. Mientras no consiga articular sonidos comprensibles, soy un explorador arrojado en medio de una tribu de aborígenes: aunque escucho cómo hablan los otros y poco a poco comprendo lo que dicen, la deficiencia de mis cuerdas vocales me condena al ostracismo. Sólo cuando pronuncio una palabra me convierto en *persona*. San Juan acertaba al escribir que en el principio era el Verbo, sólo que el verbo en realidad es un pronombre —yo— que equivale a una declaración de independencia: ese yo me diferencia del *otro*. ¿Y quién es ese *gran otro*, fiero y amenazante, sino el padre, cuyo nombre abomino sin saberlo? Como cualquier soberano que se respete, él no piensa admitir mi desafío. ¡No!, me grita. Y, con esta prohibición, preserva el poder que tiene sobre mí. Poco importa que yo me rebele —que juegue con mis excrementos, lama el piso, golpee al gato o desee a mi madre—: su negativa reprimirá todas mis conductas. ¿Cómo no querer asesinarlo? Para mantenerme vivo, maldigo, una y mil veces, el aborrecible nombre del padre.

Resultaba muy fácil confundirlo con un zorro: las matas blanquecinas que invadían sus parietales insinuaban un obvio parentesco que se desvanecía al imaginarlo huyendo a toda velocidad de una jauría. Para sus críticos, Lacan se asemejaba más bien a una serpiente, la encarnación de la fatuidad y la sevicia, mientras que su cada vez más acuciada pasión por los coches de carreras, los abrigo de pieles y las obras de arte extravagantes (baste recordar su legendaria adquisición del *Origen del mundo*) lo asemejaban a esas comadreja decadentes y ampulosas que a veces ilustran el *París-Match*. En cambio, sus partidarios lo veneraban como a un semidiós, un titán merecedor de libaciones y sacrificios, un Moisés laico que, en vez de las tablas de la ley, había descendido del Sinaí del inconsciente cargando los conceptos fundamentales del psicoanálisis. Las razones de esta divergencia de criterios se originaban en la propia naturaleza de su trabajo: si hubiese tramado un *corpus* claro y legible, si le hubiese concedido a sus escritos cierta transparencia, nadie se habría atrevido a cuestionar su talento; al renunciar a la inteligibilidad, adentrándose en el reino del ocultismo y el secreto, tácitamente

autorizó que cada cual lo interpretase a su manera, provocando la creación de un sinnúmero de escuelas, sectas y herejías *lacanianas*.

A pesar de estos prejuicios, aquella vez Lacan me pareció tan afable como un hermano mayor. Una nota de timidez distinguía sus modales, un matiz de pudor se filtraba en su vehemencia y su voz desentonada señalaba a un individuo inseguro y falto de cariño, un hijo cuyo padre nunca fue capaz de transmitirle la confianza necesaria, un sabio endeble y apasionado que, a pesar de sus caprichos, no se sentía cómodo en el mundo. Nada en su trato íntimo recordaba al grave conferencista ensalzado por cientos de devotos o al violento reconstructor del psicoanálisis que yo admiraba. Lejos de los reflectores, destacaba la crueldad de su humor, la rapidez de su ingenio y su natural capacidad de seducción. De pronto vislumbré los motivos que mantenían a Claire atada a él: si bien sus detractores lo tachaban de banal y mezquino, de sordo y rencoroso, ciegamente embelesado de sí mismo, aquel día yo vi (deseé) un Lacan curioso, atento y tolerante. Un igual.

Cuando al fin nos quedamos solos, Lacan me invitó a sentarme; extrajo un habano de su escritorio —esa fascinación de los analistas— y le dio un par de lentas fumadas.

—¿Qué piensa de estos jóvenes, doctor Quevedo? —me preguntó—. Uno no puede menos que simpatizar con sus ansias de libertad, pero ¡vaya inmadurez!

Asentí. Soñaba: Lacan y yo conversábamos como si fuésemos íntimos amigos.

—¿De dónde viene usted?

—De México.

—¿Y hace mucho tiempo que está aquí?

—Unos meses.

Yo no me atrevía a decir nada comprometedor. Él le dio una última chupada a su cigarro y consultó su reloj: mi tiempo se agotaba.

—Yo también soy analista —me apresuré a confesarle—, o al menos solía serlo.

—¿Ya no practica?

—Me siento abandonado por el psicoanálisis; no sé bien lo que me ha sucedido, de pronto extravié el resto de mi vida, ni siquiera sé cómo llegué a París. Me han pasado cosas muy extrañas en los últimos días y ahora se me ocurre que acaso lo único que puede explicarlo todo es mi encuentro con usted...

Lacan resopló como un búfalo.

—¿Sabe cuántas personas solicitan mi ayuda, doctor Quevedo?

—Una infinidad, supongo.

—¿Y aun así se atreve a pedírmela?

—No tengo otra salida.

A pesar de su reticencia, lo sentí intrigado por mi caso.

—Está usted loco —me increpó.

—Por eso lo necesito tanto.

Lacan soltó una carcajada. El hecho de que no me expulsase a patadas de su gabinete me permitía mantener una esperanza.

—Estoy desesperado, doctor —añadí—. ¿Cómo puedo convencerlo? Al menos déjeme pagarle esta charla como si hubiese sido nuestra primera sesión.

Como era de preverse, Lacan rechazó mi oferta; yo insistí hasta que, fastidiado, intentó desanimarme proponiéndome una cifra exorbitante. Yo no estaba en condiciones de regatear y le entregué los billetes. Sorprendido, procedió a almacenarlos en un cajón sin siquiera haberlos contado.

—Muy bien, como usted quiera. ¡Nuestra primera sesión ha concluido! —rió—. Le confieso que todo este ajeteo me ha provocado un poco de hambre. ¿Me haría el honor de acompañarme a cenar, *doctor* Quevedo?

Era prodigioso: Lacan no sólo había aceptado analizarme, sino que me trataba como a un colega. Tomamos un taxi y nos dirigimos a La Coupole. Al entrar al restaurante nuestra sorpresa fue mayúscula: en una de las mesas del fondo, Danny *el Rojo* y sus compinches se apresuraban a devorar la contribución revolucionaria que Lacan acababa de ofrecerles. Indiferente a su despilfarro (o acaso celebrándolo en secreto), el psicoanalista ordenó unas ostras de Bretaña.

Los seres humanos sufren. *Yo sufro*. ¿Por qué? No lo sé con precisión: no se trata de una enfermedad física, una cardiopatía o una meningitis, tampoco de una patología viral, de un resfriado o una enfermedad contagiosa. Mi sufrimiento no parece ubicarse en mi organismo. Deprimido y anulado, o exaltado y enfebrecido, necesito la ayuda de alguien que descifre mi tortura y esclarezca los abismos de mi infierno. Decido consultar, pues, a un psicoanalista: el doctor Jacques Lacan. Me veo en su despacho como un peregrino extraviado, alguien que ha perdido algo sin saber exactamente qué. Tras saludarlo con suspicacia, me acomodo en el diván. Y comienzo a hablar. Parece algo mágico y absurdo: lo único que puedo ofrecerle son palabras, el desolador y frágil relato de mi vida, y sin embargo esas mismas palabras me rebasan, siento que no soy yo quien las pronuncia, que una voz ajena me

traspasa —y traspasa la historia de la lengua—, valiéndose de mí. Intento escucharme a mí mismo, sorprendido. Sería absurdo pensar que Lacan provoca este trance o este delirio; el tiempo de los chamanes ha expirado, y cuando hablo en realidad no me dirijo a él. Como si se tratase de un deseo largamente aplazado, me abandono a la corriente que surge de mis cuerdas vocales, de mi cerebro, de quién sabe dónde... He aquí la gran idea de Lacan, la que lo elevó a la condición de reconstructor del psicoanálisis y de su nuevo (herético) pontífice: en la cura sólo cuentan las palabras del paciente: no hay otro material de trabajo para el analista. Fue tras escuchar esa infinita cantidad de historias —y de comprobar que bajo ellas fluía una marea subterránea—, cuando Lacan comprendió que *el inconsciente está estructurado como un lenguaje*. ¡Si era tan evidente! Yo sufro en silencio pero, si quiero expresar ese dolor (esa ausencia), debo valerme de signos. ¡Así de simple! ¿Y qué es un signo sino una metáfora, una cosa que ocupa el lugar de otra? Igual que una palabra o una señal de tránsito, mi padecimiento habla por mí. Los síntomas me modelan. Los dolores de cabeza, las pesadillas, la angustia o la amnesia son las marcas de mi inconsciente. Como un profeta, el analista se limita a recibir el mensaje (el verbo) que yo le envío y, con un poco de suerte, me ayuda a descomponerlo. Encerrados en su consultorio, el analista y yo nos mantenemos atados por mis síntomas. Ellos revelan la existencia de un *saber estructurado*, de una palabra atrapada en mi interior que, semejante a una larva, me martiriza en secreto. Torpemente, yo confundo ese oscuro sufrimiento con el placer: de ahí que Lacan lo llame *goce*. Un goce que se empeña en carcomerme. Tras una corta pero fatigosa sesión de análisis, reconozco que continuaré siempre dividido: con un poco de suerte, lograré cambiar un parásito por otro. Mientras tanto, el *goce* seguirá ahí, devorándome, seduciéndome, colmándome, aliviándome, destruyéndome...

¿Era necesario sacrificar a Claire para obtener la simpatía de Lacan? Invasado por el remordimiento, lamenté mi error. Yo la deseaba. Y había comenzado a destruirla. Lacan tenía razón después de todo: amar es dar lo que no se tiene a alguien que no lo quiere.

—Y bien... —el psicoanalista me arrancó de mis cavilaciones.

Yo llevaba más de diez minutos cómodamente instalado en su diván. Antes de llegar había anotado en un trozo de papel los temas que pensaba exponerle, a fin de aprovechar al máximo los escasos minutos que me iba a conceder. Tras rebuscar en mis bolsillos, comprendí que lo había extraviado. De no ser por la ansiedad que me provocaba, la situación hubiese resultado

hilarante. Temeroso de que Lacan descubriese mi evidente acto fallido, me puse a buscar la maldita hoja por el suelo. De hinojos, parecía un sabueso que intenta capturar una alimaña. Al principio Lacan no prestó demasiada atención a mis devaneos y aguardó a que concluyese mis pesquisas debajo del diván. Sin dejar de arrastrarme, imaginé lo que estaría pensando de mí: si me revolcaba a sus pies, debía ser por el pánico que él me generaba. Casi percibí su aburrimiento.

Mi conducta terminó por sacarlo de quicio: una cosa era creerse un simple instigador de mi discurso, y otra muy distinta tener que contemplarme pecho a tierra en su consultorio. Furioso, Lacan se inclinó para poder mirarme a los ojos. Entre tanto, yo al fin había divisado el maldito papel y me estiraba para alcanzarlo, ajeno a la irritación de mi analista. Rompiendo las reglas de su método (y a punto de expulsarme para siempre), Lacan me preguntó qué me ocurría. Demasiado concentrado en mi maniobra, yo no le hice caso. Paranoico, Lacan pensó que yo lo desafiaba.

—¡Maldita sea! ¿Por qué diablos no me responde, doctor Quevedo? —su voz trepidaba—. ¿Me convenció de recibirlo para que lo viese refocilarme en mi alfombra?

Lacan estaba convencido de que yo le jugaba una broma de mal gusto. Decidido a que no le arruinase la velada (más tarde tenía cita con una antigua alumna), intentó respirar pausadamente. Yo volví al diván, dispuesto a comportarme como Dios manda. Más tranquilo, él recuperó el control de la situación: ahora yo comenzaría una larga perorata y entonces él tendría la oportunidad de silenciarme —un poco para ser fiel a su sistema y otro poco por venganza—, y luego me cobraría a precio de oro el tiempo que le había hecho perder.

Después de imaginar la escena durante semanas, ahora que me hallaba frente a Lacan de pronto no tenía nada que decirle. Mis notas resultaban tan absurdas que decidí desecharlas. Presa de un súbito bloqueo, me concentré en escrutar los muros de su despacho. Por enésima ocasión en esa tarde, Lacan se armó de paciencia: tarde o temprano yo tendría que hablar. ¡Cientos de pacientes lo perseguían para que él los escuchara, y en cambio yo me atrevía a ignorarlo, decidido a no articular una estúpida frase! ¿Es que no le tenía ningún respeto? ¿Le pagaba sólo con afán de despreciarlo?

—¿A qué juega, doctor Quevedo?

Alarmado por su evidente malestar, intenté tranquilizarlo.

—¿Se siente bien, doctor Lacan?

—¿Que si me siento bien? —estalló—. ¡Que si me siento bien! ¡Lleva aquí casi una hora y no ha articulado un monosílabo! ¿Para qué ha venido?

¿Se burla de mí?

Su rostro se inflamó como un globo.

—Perdone que se lo diga, doctor, pero lo noto muy exaltado, recuerde su presión...

—¡Mi presión le importa un bledo! ¡No pienso tolerar...!

—No se agite, doctor —lo interrumpí—. Mejor cuénteme qué le pasa, recuerde que somos colegas.

—¿Quién se cree? —Lacan destilaba odio—. ¡Déjeme en paz!

—Todos tenemos problemas, doctor —proseguí—, es algo natural...

Antes de que Lacan pudiese replicar —sólo alcanzó a pronunciar una *m* que no presagiaba nada bueno—, un espasmo lo tumbó sobre el diván como si lo hubiese propinado un bofetón.

Asustada por el grito, Gloria irrumpió en el despacho; postrado, Lacan farfullaba incoherencias (acaso maldiciones) mientras yo lo reanimaba.

—No se preocupe, Gloria, ha sido un sofoco —le expliqué—. En mi opinión, el doctor ha estado sometido a demasiada tensión en estos días. ¿Lo ve? No es nada grave, ya le vuelve el color. Menos mal; no se preocupe, de veras, yo también soy médico. Lo mejor es que me quede aquí hasta que se recupere.

Aliviada por mi diagnóstico, Gloria me dejó a solas con él.

—Cuídelo mientras yo voy a prepararle un té —suspiró—. Es que el hombre tiene un carácter, *ayayay...*

Como otros intelectuales de renombre, Algirdas Julien Greimas —Guy para sus amigos y A. J. para las citas académicas— también detesta los quejidos monocordes de los jóvenes. Ha consagrado su vida a abordar el lenguaje como una estructura polifónica y no tolera que esa profusión de gemidos cacofónicos perturbe sus estudios. *¡Basta de ruido!* Pese a su engañosa indiferencia —no quiere que se ensañen con él a la hora de los juicios sumarios—, Greimas aborrece a sus alumnos: su asonada no le parece más que una gigantesca pataleta, el berrinche de unos adolescentes desvergonzados conducidos por unos terroristas sin escrúpulos.

A diferencia de Lévi-Strauss, quien ha preferido recluirse mientras aguarda la derrota de los jóvenes, Greimas continúa asistiendo a sus clases puntualmente; no le importa carecer de oyentes o que las manifestaciones ahoguen sus explicaciones, él se obstina en dictar sus clases de semiótica, convencido de que al hacerlo le presta un mayor servicio a la humanidad que todas las revoluciones juntas. Con esa paciencia heredada de sus ancestros

bálticos, finge no escuchar las interpelaciones o bien se resigna a hablar frente a un auditorio de fantasmas donde nadie entiende su tesis sobre la arbitrariedad del significante. Con su voz chillante, idéntica al zumbido de un mosquito, prosigue su propia batalla: demostrar que la única forma de progreso yace en el rigor de la academia y que sólo es libre quien preserva el saber de los exegetas. De haber vivido en otro siglo, sin duda hubiese sido teólogo y, en vez de experimentar con signos y funciones, se hubiese dedicado a repasar los mil nombres del Maligno.

Greimas no sólo es uno de los mejores amigos, sino acaso el compañero más querido de Roland Barthes. Ambos imparten sus seminarios en la Escuela de Altos Estudios y manifiestan la misma distancia y el mismo desapego (el mismo horror) frente a la histeria juvenil. Para su desgracia, los vientos no soplan de su favor: sus propios alumnos se han convertido en dictadores y los obligan a animar cursos revolucionarios en la Sorbona. En ese mundo al revés que es mayo del sesenta y ocho, Barthes y Greimas se alternan como rehenes de esos nuevos salvajes y, en vez de impartir sus cátedras —ahora resulta inadmisibles usar este vocablo—, se limitan a escuchar las largas peroratas de sus discípulos, maratones de disparates que se prolongan durante horas sin siquiera poseer derecho de réplica. Despojados de su investidura magisterial, se conforman con responder a las preguntas que les formulan como delincuentes que dan cuenta de sus crímenes.

Esa tarde, Greimas se apresta a divagar en torno a la función de los actantes al tiempo que sus captores reparten octavillas con la foto del Che. Siguiendo los pasos de un ejercicio espiritual, él intenta concentrarse en sus signos para no escuchar aquellas necesidades: *sean realistas, exijan lo imposible*, qué estupidez. Después de dos horas de suplicio —¿qué puede torturar más a un lingüista que los errores de gramática?—, de pronto Greimas observa como Catherine Backès-Clément, una de las asistentes más entusiastas de su seminario, irrumpe en el aula como jubilosa portadora de noticias.

—¡Compañeros! —chilla la joven con un entusiasmo deplorable—, vengo de la asamblea general de Filosofía. Acabamos de votar una moción que termina con estas palabras: *Es evidente que las estructuras no salen a la calle...*

Como si hubiera anunciado la victoria sobre un ejército enemigo, la multitud aclama a la mensajera. A la mañana siguiente, en el pasillo de la sección IV de la Escuela de Altos Estudios, aparece un enorme letrero en la pizarra:

Barthes dice: «Las estructuras no salen a la calle»
Nosotros decimos: «Y Barthes tampoco»

Greimas no puede ocultarlo: la frase tiene su ingenio. No tiene la menor idea de por qué razón le han atribuido ese lema a su amigo, pero a partir de entonces comienza a toparse con él en todas partes —incluso en una universidad estadounidense—, convertido en el *leitmotiv* de quienes proclaman la muerte del estructuralismo. Barthes, en cambio, no se toma las cosas con la misma calma: él siempre ha denunciado las lacras de la burguesía (y las propias) y no tolera convertirse en el hazmerreír de esos muchachos.

¿Por qué se ensañan con él de esa manera? ¿Por qué lo detestan? Aunque parezca una nimiedad, una burla inocente y sin repercusiones, él se imagina que desean crucificarlo. Después de esos días de mayo del sesenta y ocho, Barthes no volverá a ser el mismo: una de sus fibras invisibles se ha roto para siempre. Resentido, a las pocas semanas acepta una invitación para dar clases en Marruecos —hubiera podido irse al infierno— a fin de paliar su desencanto. Tal vez nadie lo nota, pero es en esos momentos, muchos años antes de que un tranvía lo arrolle en la rue des Écoles, cuando Barthes inicia su lento periplo hacia la muerte.

Contra todos mis pronósticos, Lacan me concedió una nueva cita. Esta vez la entrevista no duró más de cinco minutos —y me costó el triple que la anterior—, pero al final yo me sentí efectivamente liberado. La tensión que se sufría en su presencia era tan poderosa que unos instantes suplían con creces varias horas de análisis freudiano. Durante mis siguientes visitas al número 5 de la rue de Lille, mi relación con Lacan continuó padeciendo algunas turbulencias —en más de una ocasión estuvo a punto de expulsarme—, pero poco a poco me gané algo similar a su resignación. La clave de este progreso tuvo que ver con mi forma de encarar las particularidades de su método, en especial su defensa de las sesiones cortas, esa desviación de la ortodoxia que tanto lo había enemistado con los dirigentes de la IPA.

Convencido de que la duración del análisis no debía ceñirse a un patrón rígido —los cincuenta minutos reglamentarios—, Lacan había introducido la duración variable. Más adelante, sus pacientes atestiguaron cómo el tiempo que les concedía se iba reduciendo poco a poco como si hubiesen mordido la galleta que vuelve más pequeña a Alicia cada vez. Así, los cincuenta minutos se redujeron a veinte, los cuales a su vez disminuyeron a diez, cinco e incluso, en los casos más extremos, a unos cuantos segundos que se acercaban al

ideal de la *no-sesión*. Para Lacan, resultaba inútil que el analizante escupiese todos sus temores, sueños, pasiones y desvaríos (la locuacidad era una barrera colmada de palabras vacías) y consideraba más provechoso enseñarle al paciente a expresar su *pregunta* del modo más rápido posible.

Una de las desventajas típicas del psicoanálisis ortodoxo es que transforma al analista en una suerte de sacerdote laico o amante platónico, convertido por obra de la transferencia en un pobre consejero sentimental que en el mejor de los casos mina la ansiedad del otro sin nunca cancelarla. En este esquema, el analista está obligado a digerir auténticos melodramas mientras el paciente se regodea hablando de sí mismo. A fin de evitar esta trampa —y de escapar del tedio—, Lacan cortaba de tajo las tendencias fabuladoras del paciente, amenazándolo con interrumpirlo en cualquier momento. La idea era mantenerlo en vilo, impidiendo que se relajase demasiado, a fin de evitar odiosas recapitulaciones. Así el analista podía concentrarse en una tarea más importante: *puntuar* las sesiones, y conferirles un sentido. A diferencia de los serviles adeptos de la IPA, Lacan no tenía piedad a la hora de cancelar las sesiones en el momento más inesperado, aplazando la resolución de los enigmas. Para muchos pacientes la experiencia resultaba frustrante o claustrofóbica, pero en la práctica generaba resultados que el método clásico hubiese tardado años en provocar. Cuando yo desentrañé esta estrategia, no quise resignarme a ser víctima de su sistema y yo mismo procuraba concluir las sesiones antes de que Lacan me detuviese. Esta insólita batalla entre ambos, analizante y analizado, dotó a nuestros encuentros de una tensión inesperada: como dos jugadores de póquer que esconden sus cartas o intentan un *bluff*, Lacan y yo competíamos para ver quién interrumpía el análisis primero.

No obstante, el verdadero inicio de nuestra amistad se produjo unas semanas después, gracias a una circunstancia que poco tenía que ver con nuestra pugna. Como de costumbre, yo me encontraba recostado en el diván, listo para iniciar nuestro *juego del final* —así empezaba a llamarlo en secreto—, cuando Claire irrumpió de pronto en el consultorio. Detrás de ella, el severo rictus de Gloria se preparaba para una catástrofe. Yo no había vuelto a verla desde la malograda reunión de Lacan con Danny *el Rojo*. Su semblante enfebrecido anunciaba lo peor.

—¡No soporto más! —le gritó a Lacan; y luego, dirigiéndose a Gloria y a mí—: ¡No intenten detenerme!

Extrajo un cuchillo de su bolso y nos lo mostró con delectación exhibicionista.

—¡No se acerquen!

En un alarde teatral, extendió su muñeca izquierda frente a nosotros —la pobre había leído demasiados folletines o demasiados casos clínicos— e intentó cortarse las venas con aquel filo inservible: se trataba de un cuchillo de cocina, semejante al empleado por *Aimée*. Apenas se había abierto un poco la piel —una mínima gota de sangre se deslizó por su antebrazo— cuando yo la atajé por la espalda. Impertérrito, Lacan ni siquiera se movió.

—Vamos, te acompaño a tu casa —le dije y, sin esperar su consentimiento, la abracé escaleras abajo.

Durante el trayecto no cruzamos palabra, cada uno concentrado en sus propios remordimientos. Con la mirada rota, Claire no hacía otra cosa que morderse las uñas. ¿Cómo era posible que una joven tan inteligente se convirtiese por momentos en ese remedo de sí misma? Unidos allí, en la mediocre oscuridad de los suburbios, mi deseo por ella se volvió más fuerte que nunca. La miré de reojo: aun en ese estado próximo a la disolución —unas densas ojeras le ennegrecían el semblante y sus párpados continuaban inflamados—, Claire poseía una luz interna que atenuaba su fragilidad y su demencia. Una vez en su habitación, se descalzó, se tumbó sobre la cama y se cubrió la cabeza con una almohada: no quería que yo la viese llorar. Me senté a su lado y le acaricié el cabello.

Cerró los ojos y no volvió a abrirlos hasta que, unas horas después, se despertó sobresaltada y sudorosa al escuchar su propio grito.

—Calma, tuviste una pesadilla... —le susurré al oído—. ¿Ya estás mejor?

—¿Qué hora es?

—Las tres de la mañana. Por si no lo recuerdas, hoy trataste de cortarte las venas enfrente de Lacan.

El sueño la había hecho olvidar su desplante.

—Pues mejor debí cortárselas a él —exclamó mientras buscaba un cigarrillo—. Ven, acuéstate a mi lado, que me congeló.

Yo la abracé con una sensación de peligro. Al sentir sus labios sobre los míos comprendí por qué me resultaba tan atractiva: en su vida (en su delirio) se confundían la revolución y el psicoanálisis.

Lacan era un escritor polifacético: lo mismo cultivaba el relato de terror que el erotismo, el melodrama que la comedia de costumbres aunque era, por encima de todo, un espléndido humorista. Sospecho que sus admiradores se indignarán al escuchar este juicio, pero basta una pizca de atención para advertir su talento satírico. Detrás de sus proposiciones, siempre rigurosas —su intención no es provocar risa, sino mantener el suspenso—, siempre se

esconde un espíritu lúdico que se burla del mundo entero. ¿Su mejor chiste? En 1966, cuando Lacan tenía sesenta y cinco años, las Éditions du Seuil publicaron sus *Escritos*, un grueso volumen editado por François Wahl que recopilaba la mayor parte de los artículos que había pergeñado en los últimos años. En contra de todos los pronósticos, el libro tuvo un éxito sin precedentes: cinco mil ejemplares vendidos en menos de quince días y cincuenta mil a lo largo de los siguientes meses, mientras que la edición de bolsillo, dividida en dos tomos, alcanzó los ciento cincuenta mil. Y a ellos habría que sumar las traducciones a otras lenguas y las incontables reediciones que se han sucedido desde entonces... Lo cómico —no hay otra forma de decirlo— radica en la peculiar naturaleza de este *best seller*: sin querer sonar ofensivo, lo cierto es que, para quien no se haya iniciado en el culto lacaniano, los *Escritos* resultan absolutamente incomprensibles. ¿Habría en Francia tal cantidad de lectores dispuestos a apreciar la complejidad de sus teorías? Desde luego que no. ¿Entonces? El psicoanalista no dudó en colocar los *Escritos* en manos de gente que, como él mismo sabía, no iba a pasar de la primera línea. Según algunos, Lacan pretendía que su lector ideal se esforzase al máximo para destilar el sentido de sus palabras; otros, en cambio, han insinuado que simplemente no sabía escribir; la verdad se halla entre los dos extremos: el psicoanalista se mofaba de todos por igual.

Entusiasmado por este triunfo, Lacan llevó su broma a límites cada vez más arriesgados. Muy pronto se le ocurrió aderezar sus teorías con elementos geométricos y topológicos —e incluso inventó un mundo de ciencia-ficción al cual bautizó como «planeta borromeo»—, decidido a probar que el inconsciente podía ser explorado como un modelo matemático. Me atrevo a retar al mejor especialista a que descifre textos como *La topología y el tiempo*: obsesionado con imitar a Joyce, al cual dedicó uno de sus famosos seminarios, Lacan quiso llevar la lengua hasta las fronteras de lo incomunicable. En sus últimos artículos uno se topa con esquemas, bucles, toros y bandas de Moebius —significantes desprovistos de significado—, cuyas figuras imposibles sólo revelan su pasión por la literatura fantástica. Para colmo, ninguno de sus términos se refiere a los objetos que comúnmente asociamos con ellos: en sus obras, el *falo* no es el falo; el *goce* no es el goce; lo *real*, lo *simbólico* y lo *imaginario* no se refieren a lo real, lo simbólico o lo imaginario; el *padre* nunca es sólo el padre; las cosas y las personas desaparecen para dar lugar a funciones, representaciones y vacíos... ¡Y ello para no hablar de sus neologismos! En este campo, sólo Joyce lo supera en ingenio y agudeza: *père-version, lalangue, sinthomme, hommelette, discours uni-vers-cythère*... La lista resultaría interminable. Desde la tumba, Lacan aún se ríe de quienes se

obstinan en tomarlo en serio.

El incidente con Claire modificó por completo el trato que Lacan me concedía. Si antes me aceptaba con una mezcla de entereza y fastidio, ahora casi me admiraba. ¡Mi mérito consistía en haberlo salvado de esa loca! Cuando al cabo de dos días volví a instalarme en *mi* diván, él se ahorró cualquier preámbulo.

—Lo felicito, doctor Quevedo. ¡Yo ya no sabía cómo desembarazarme de ella!

Y, no conforme con exteriorizar esta queja, procedió a narrarme algunos embarazosos detalles de su relación con Claire. Nunca me preguntó mi opinión sobre su conducta o sus decisiones, simplemente requería de un interlocutor que lo escuchase sin prejuicios. Demasiado aislado por la fama, no tenía a quien confiarle sus contrariedades por temor a sonar fatuo, pedestre o incluso endeble. En cambio frente a mí, que en Francia no era nadie, podía explayarse sin temor. Abandoné el número 5 de la rue de Lille arropado por la gracia: al fin había encontrado un ápice de humanidad en el maestro. Durante mi siguiente visita procuré repetir lo ocurrido y, en vez de contarle un episodio de mi vida, me inventé una escena que reproducía al máximo la relación que él mantenía con Claire. Tras meditar unos segundos, Lacan mordió el anzuelo y me preguntó si yo había vuelto a ver a su amante.

—Sí, y la encuentro un poco mejor —mentí—. Usted sabe que ella siempre es impredecible.

Al cabo de un tiempo de plano fui yo quien, sin precisar de más subterfugios, lo cuestionaba sobre Claire.

—¿Qué le pasa? —le inquirí, disimulando mi deseo.

—¡Si yo lo supiera!

A partir de entonces ya no hubo necesidad de fingir: yo me dirigía a su consulta como el resto de sus pacientes pero, en vez de escucharme, él me refería su vida con Claire, mientras yo lo escuchaba apoltronado en el diván. Haciendo a un lado su desconfianza, intercambiamos nuestros papeles y, para nuestra sorpresa, a la postre aquellas charlas se transformaron en un verdadero análisis. Durante los meses que duró su cura, me trataba en público con aparente desinterés. Pero, aunque yo no fuese más que un hombre perdido en una época y un lugar que no me correspondían, disfrutaba de un privilegio por el que numerosos discípulos suyos hubiesen vendido su alma al diablo. Mas yo no había solicitado ese don: fue el propio Lacan quien me escogió y, en un acto de suprema generosidad, me convirtió en su analista.

Durante varios días no hice otra cosa que leer opúsculos como *El pequeño libro rojo*, *La sociedad del espectáculo*, *De la miseria en el medio estudiantil* o el *Tratado de saber vivir para el uso de las jóvenes generaciones*. En un mundo que resultaba cada vez más hostil, decidí que mi misión consistía en proteger a Claire tanto de Lacan como de los granaderos. *Debía salvarla. Debía hacerla vivir*. Para lograrlo, no me quedaba más remedio que tratar de comprender su desafío.

En esta etapa de redefiniciones, me dediqué a revisar los periódicos por primera vez en muchos meses: consternado, constaté la unanimidad con que se descalificaba a los jóvenes. Si todos los medios se unían en su contra, si en mayor o menor medida todos los condenaban, quizás los estudiantes tuviesen algo de razón. No poseían ninguna esperanza y acaso por ello representaban la única esperanza posible. Poco a poco, sin apenas darme cuenta, mi simpatía hacia ellos se acrecentó.

Al principio me costó convencer a Claire de mi transformación, pero cuando le dije que yo ya no soportaba la fatuidad de mi existencia burguesa y que deseaba involucrarme en el movimiento, sus reticencias disminuyeron de inmediato. Comencé a citarme con ella a diario o bien la perseguía hasta los sórdidos cafés donde se encontraba con sus camaradas para escuchar atentamente su denuncia de la alienación capitalista, su entusiasmo por el Che y por el joven Marx, su pasión por Debord y por los Beatles, su furia contra los Estados Unidos, la guerra de Vietnam y el imperialismo soviético.

—Pensé que nuestra revolución te daba asco.

—Ya no veo las cosas como antes, tú me has hecho cambiar —le confesé —. Ponme a prueba.

Claire me observó con suspicacia, pero al final accedió.

—De acuerdo. Mañana habrá otra manifestación. Y nunca faltan manos para romperle la madre a un granadero.

Tras una ausencia que les ha parecido interminable, Foucault por fin abraza a Daniel. Han pasado apenas unas horas desde que su avión aterrizó en el aeropuerto de Orly, pues, si bien trató de precipitar su viaje, la situación política en Túnez lo obligó a retrasar la partida. Daniel lo llamaba por teléfono sin tregua, insistiéndole en que no fuera a perderse ese estallido que, según él, preludiaba la revolución en Francia. «Tienes que venir», lo apremiaba Daniel para arrancarlo de las playas de Túnez, «el final está muy cerca, te necesitamos aquí».

Tras la noche de las barricadas, cuando todo el país se sumó a los

jóvenes apoyando una huelga general que en otro momento hubiese sido impensable, la urgencia de Defert se vio reforzada. No se trataba ya de la agitación de unos cuantos universitarios, sino de que innumerables sectores de la sociedad, sindicatos, obreros, intelectuales e incluso la izquierda comunista, se sumaban al descontento. Para el lunes 20 de mayo ya había más de diez millones de personas en huelga. Y el viernes 24, después de un incómodo discurso en el cual el General De Gaulle fue abucheado al proponer la celebración de un referéndum, la noche de las barricadas se reprodujo con más violencia que antes... No había tiempo que perder.

Desde su llegada a París, Defert ha tomado a Foucault como una especie de rehén y le relata una y otra vez sus impresiones. Sin permitirte rechistar, le revela los lazos que mantiene con algunos jóvenes extremistas, en particular con Benny Lévi y, como en otras ocasiones, lo invita a incorporarse a su lucha, recordándole la función social que le corresponde desempeñar como filósofo. Para culminar, le insinúa que debe convertirse en un nuevo Sartre —o, mejor: que debe superar a Sartre— y le solicita su apoyo a la causa sin remilgos. Michel lo escucha en silencio, cada vez más dispuesto a transformarse en el intelectual *engagé* que Daniel le exige que sea. Después de lo que ha vivido en Túnez, está más dispuesto que nunca a participar activamente en la protesta.

Por otra parte, desde hace días tiene en mente la idea de crear un grupo de información que ponga en evidencia los excesos del poder justo en el terreno en el cual la sociedad moderna lo ejerce de forma más indiscriminada: las prisiones. En cuanto Foucault le narra sus planes a Defert y le pide nombres de figuras dispuestas a participar en el proyecto, éste reconoce la transformación que se ha operado en su amigo: es el fin de su destierro. Sin poder contener su alegría, se abalanza sobre él y lo atrapa en un abrazo que no tarda en transformarse en una brutal muestra de pasión.

Un nido de hormigas guerreras, crispadas e hipersensibles, que se disponen a engullir el cadáver de una mosca putrefacta. Un banco de pirañas que danza alrededor de los pellejos de un húmero o de un fémur. Una colonia de termitas, violentas e irritadas, mordisqueando la corteza de un ciprés... Al vislumbrar la multitud que invadía los alrededores de la Sorbona apenas podía vencer las náuseas que me provocaban tantos cuerpos hacinados: demasiado sudor, demasiadas voces y demasiados olores juntos. Yo siempre había padecido una innata repugnancia hacia la masa, ese monstruo de mil cabezas —y ningún cerebro— que tanta relevancia adquirió en nuestro siglo. No se trataba de un resabio aristocrático: simplemente no creía que la suma de muchas voluntades

(y sus infinitos caprichos) significase asimismo un incremento de su inteligencia. Mi desconfianza se escudaba en la defensa de mi espacio. Agobiado por los brazos y los hombros que me oprimían, me imaginaba como una brizna de paja en medio de un vendaval. Prisionero de la muchedumbre, yo encarnaba el mayor dilema de nuestra época: la disyuntiva entre la persona y la sociedad, entre los intereses de grupo y las libertades individuales, entre lo propio y lo ajeno, entre lo uno y lo múltiple. ¿Cómo sentirse parte de una nación, un partido o un grupo cuando uno ni siquiera es capaz de tolerar el aliento de los otros?

—¿Nervioso? —me preguntó Claire.

—No —mentí, inmerso en ese baño de multitudes—. ¿Hacia dónde nos dirigimos?

—Hacia adelante —se desgañó ella, convencida de que esa dosis de cursilería revolucionaria contribuiría notablemente al mejoramiento social.

A mí, en cambio, el mitin se me antojaba una especie de misa laica, un ritual primitivo en donde los participantes, impulsados por un ídolo carismático —Cohn-Bendit, para el caso—, se sumergían en un éxtasis inútil. Pero tampoco quería defraudar a Claire: al verla ahí, agitando sus delgadas muñecas como si con ellas rompiera las cadenas de la intolerancia, al admirar sus enormes ojos verdes iluminados por el heroísmo, al advertir su energía, su fuerza y su arrojo, yo no podía sino anhelar esa misma exaltación, convencido de que, si un ideal era capaz de provocar tanta belleza, dejaba de importar que fuese falso.

Al advertir mi euforia, Claire debió de pensar que yo no era tan frívolo como ella suponía. Me tomó del brazo y, aguijoneando cada uno de mis nervios, se colocó a mi lado, abrazándome de la cintura como si fuese mi mujer. Cuando me disponía a corresponder a su acogida besándola en los labios, su cuerpo me fue arrebatado por los torbellinos que gobernaban la riada de manifestantes. Intenté sortear el vaivén para reunirme con ella más adelante, en vano. Sólo poseía atisbos del frente: varios amigos entrelazados como siameses, un mendigo que fingía ser estudiante, algunos homosexuales acariciándose sin pudor, un batallón formado por muchachas de largas cabelleras y, encabezando la marcha, la paradójica vanguardia de la revolución: intelectuales, líderes estudiantiles, profesores, dirigentes sindicales...

Resultaba imposible seguir el flujo de esa anémona humana. Persuadido de que debía confundirme con ellos en vez de criticarlos, me contenté con alzar los puños, enardecido por sus salmos comunistas. El estrépito me sumió en una especie de trance y por un segundo me sentí parte de un organismo vivo,

gigantesco, infinito...

—*¡Ya vienen!*

La señal de alarma me tensó los nervios. Nuestra marcha se aproximaba a su fin. Estudiantes y granaderos se colocaron en los extremos opuestos de la calle y, midiendo sus distancias, se prepararon para la embestida. Convertidos en cangrejos a punto del combate, ambas escuadras afinaron sus tenazas. La diferencia entre unos y otros radicaba en que, mientras los policías se protegían con gruesos escudos y blandían sus macanas, nosotros sólo contábamos con un pobre arsenal de palos, piedras y bombas molotov. A la distancia, el enemigo lucía como un Argos cuyos ojos se escondían bajo el metal de los cascos. Un instinto prehistórico me animó a encabezar la batalla y de pronto me transmuté en un guerrero antiguo, en un caballero andante, en un mártir, en un suicida...

—¡Aplastemos a los infames! —aullé con todas mis fuerzas—. ¡Acabemos con ellos! ¡Camaradas, no nos dejemos amedrentar! ¡A la carga!

Aunque al principio mis arengas los desconcertaron, algunos de los muchachos que me circundaban no tardaron en sumarse al ataque (tampoco tenían muchas opciones) y, envalentonados, se arrojaron contra los escudos translúcidos que resguardaban a la gendarmería. Mientras tanto, yo repartía golpes a diestro y siniestro, animando a mis huestes como un mariscal de campo, alertándolos sobre los puntos débiles o reagrupándolos cuando se dispersaban. Nunca imaginé poseer tanto vigor. Recogía piedras de la calle y las arrojaba contra las testas policíacas, auxiliaba a los heridos, esquivaba los garrotazos que se dirigían contra mí, y atizaba a uno o dos policías a un tiempo. Entonces la victoria aún era posible.

—¡Eso es, viejo, dales lo que se merecen! —me vitoreaban mis ejércitos.

Tras largos minutos de combate, al fin divisé a Claire a la distancia. Antes de rematar a un granadero, me detuve en seco, tratando de atraer su atención —y ofrendarle mi triunfo—, cuando un intenso calor en la sien derecha me hizo perder el equilibrio. Antes de desvanecerme alcancé a distinguir el repliegue de nuestras filas, asustadas como los indios que saben capturado su estandarte. Nuestras últimas fuerzas se dispersaron en desorden y la refriega se convirtió en una humillante corretiza.

Tendido sobre los adoquines rotos —no había un solo grano de arena abajo de ellos—, con la boca herida y los ojos amoratados, transcurrió una eternidad antes de que alguien viniese a socorrerme.

—Por Dios, ¿estás bien?

La hinchazón en los ojos apenas me permitió reconocer a Claire. Me ayudó a incorporarme (el enemigo se aproximaba) y me limpió la sangre de los

párpados. Entonces reparé en mi error: las manos que me sostenían no eran blanquísimas, sino romas y mullidas; su cuerpo no era ágil y altivo, sino ancho y rechoncho; y, pese a su derroche de energía, en su rostro no había ninguna nobleza, sino unas facciones torvas escondidas detrás de unos enormes anteojos rectangulares.

—Vamos, levántate —me apuró aquella mujer con una voz gutural.

La amenaza de un nuevo mazazo me hizo obedecerle.

—Tenemos que apresurarnos —insistió en español y, con un obtuso sentido del humor, añadió—: Más vale que digan aquí corrió que aquí murió.

Pequeña, regordeta, de unos incalificables veinte años y con una enorme medalla de la Virgen de Guadalupe colgándole al cuello, sólo el brillo de sus ojos negros anunciaba su determinación. Aunque debí sentirme agradecido —su coraje me había salvado de un arresto seguro—, apenas lograba ser amable.

—¿Y Claire?

—Lo siento, no conozco a ninguna Claire. Mi nombre es Josefa. Y lo mejor es que me sigas, necesitamos encontrar un sitio seguro.

La multitud aguarda a Lacan con la expectación reservada al mesías. Como si formasen un grupo de peregrinos que se apresta a visitar los lugares santos, decenas de personas se dan cita en la avenue de l'Observatoire para escucharlo. Desde hace días se ha corrido la voz: ese 21 de junio de 1964, el doctor Lacan hará un anuncio que, si no transformará el destino de la humanidad, al menos sí estremecerá el pequeño e influyente mundo de los psicoanalistas. Dominados por una curiosidad irrefrenable, estos nuevos apóstoles se aprestan a presenciar el milagro, deseosos de averiguar con qué nueva estratagema sorteará el maestro los vientos que soplan en su contra.

Hostigado desde hace años por quebrantar los sacrosantos preceptos de Freud, los mandarines de la IPA al fin se han atrevido a prohibirle que continúe con sus análisis didácticos. Más que a una excomunión, la condena equivale a un laudo de inexistencia: sin enseñar, pronto Lacan no será nadie. Por eso ha convocado en el apartamento de François Perrier a sus discípulos más cercanos, esos pocos elegidos que, pese a la interdicción que ha caído sobre él, están dispuestos a seguirlo hasta el final. Los escépticos sugieren que dictará una más de las rimbombantes piezas oratorias concebidas por su talento histriónico; los más fervorosos, en cambio, se preparan para asistir a la reedición de la Última Cena.

Entretanto, recluido en una de las habitaciones posteriores de la casa de

Perrier, Lacan supervisa la puesta en escena hasta en sus mínimos detalles. Es consciente de que está a punto de clausurar una época y de abrir un nuevo ciclo en la historia de su disciplina. Si bien nunca dejó de enfrentarse a los perros guardianes de la IPA y que sus teorías a veces sólo desarrollan simples notas a pie de página del fundador del psicoanálisis, lo cierto es que nunca ha perdido su devoción hacia el Maestro. De ahí su proclamado regreso a Freud: según él, la única manera de continuar su ejemplo es trastocando sus teorías, o incluso pervirtiéndolas.

El 15 de junio de 1953, Lacan había protagonizado ya su primera batalla contra la dirección de la IPA. En esa ocasión apoyó a Daniel Lagache, Françoise Dolto, y Juliette Favez-Boutonier cuando decidieron separarse de la Sociedad Parisiense de Psicoanálisis —la única reconocida por Londres— para fundar una nueva escuela, la Sociedad Francesa de Psicoanálisis. Igual que ahora, en ese momento la intención de sus colegas no era desprenderse del bagaje freudiano, sino combatir la hostilidad de la princesa Marie Bonaparte. ¡La vieja bruja creía que su apellido —y la acogida que le dio a Freud en 1939— la convertían en la única heredera del Maestro y que por tanto Lacan debía obedecerla ciegamente, rindiéndose a sus caprichos, incluidos aquellos que se alejaban de lo estrictamente profesional! No, Lacan no pensaba someterse a la voluntad de nadie, y menos a esa arpía.

A partir de esa batalla inaugural, las escaramuzas con la IPA ya nunca cesaron. Durante el congreso de Londres de 1953, ésta rechazó contundentemente la afiliación de los disidentes y más adelante, cuando en 1959 los miembros de la Sociedad Francesa de Psicoanálisis volvieron a demandar su adhesión, el Ejecutivo internacional se contentó con crear un comité para examinarlos. Con un método que hacía pensar en las encuestas policiales o las purgas comunistas, los integrantes de la comisión (esos testarudos detectives) viajaron a París para encontrar las pruebas definitivas de sus crímenes. La principal acusación contra Lacan se centraba justamente en las sesiones de duración variable que éste se obstinaba en practicar de modo clandestino. La intervención de otros miembros de la SFP, supuestamente más conciliadores, no hizo sino tensar aún más el ambiente hasta que la ruptura se volvió inevitable.

Al recordar estos hechos, Lacan aprieta los dientes: esos ineptos no se daban cuenta de que él era el auténtico sucesor de Freud porque, como el Maestro, también era un verdadero revolucionario. En esa época debió adivinar que resultaría inútil discutir con esa pandilla de mentecatos, pero aun así tuvo el gesto de viajar a Londres para sostener su defensa en persona. Todo fue en vano. En agosto de 1963, la IPA pronunció la *Directiva de Estocolmo*, su

condena definitiva. No excluyó a Lacan de la asociación, pero sí de su lista de enseñantes. Entre las culpas que se le achacaban se contaba seguir un procedimiento técnico imposible de conciliar con las normas establecidas, propiciar el culto a la personalidad, desestabilizar a sus pacientes con promesas que no cumplía y transgredir los principios que limitaban la transferencia. La *Directiva* era, pues, implacable. ¡Imbéciles! No sabían que, al condenarlo, a la larga serían ellos quienes terminarían por desprestigiarse.

En el salón de François Perrier no cabe un alma: los murmullos de los invitados se elevan como una letanía, un rezo o una invocación. *Tercera llamada. Tercera. Suplicamos al público ocupar sus localidades.* Poco faltó para que las luces se apagasen. Convertido en maestro de ceremonias, Jean Chavreul se coloca en el improvisado escenario y anuncia que Lacan ha grabado una declaración en el magnetófono. ¡Qué golpe de genio! Como si presenciasen una sesión espiritista, la voz metálica que sale de los altavoces les sugiere que no es un ser humano quien habla, sino la Historia, y que sus palabras representan la Verdad. Entonces se escucha una lejana carcajada. El profeta se desternilla a solas, consciente de su victoria. Agitado, se palmea las mejillas y desenvuelve uno de sus cigarrillos retorcidos: la posibilidad de que el humo revele su presencia no deja de agradecerle. Tras bambalinas, Lacan se escucha a sí mismo mientras se dirige a su pueblo:

—Yo fundo (tan solitario como siempre he estado en mi relación con la causa psicoanalítica) la Escuela Francesa de Psicoanálisis, de la cual asumiré, por los próximos cuatro años, que nada me impide renovar, personalmente la dirección. Ese título, es mi intención, representa el organismo donde debe cumplirse un trabajo que, en el campo que abrió Freud, restaure el choque tajante de su verdad, que vuelva a traer la praxis original que él instituyó bajo el nombre de psicoanálisis al deber que le corresponde en nuestro mundo que, mediante una crítica asidua, denuncie en él las desviaciones y los compromisos que embotan su progreso degradando su uso. Ese objetivo de trabajo es indisoluble de una formación que ha de dispensarse en este movimiento de reconquista. Lo que equivale a decir que están habilitados en él de pleno derecho aquellos que han sido formados por mí mismo, que están convidados a él todos los que pueden contribuir a poner a prueba el legítimo fundamento de esta formación.

Sólo entonces, al término de su lejana perorata, Lacan se digna aparecer en escena. Como si acabara de resucitar de entre los muertos.

—¡No se la tragó la tierra!

Ambos padecíamos el mismo dolor, idéntica impotencia: hubiese resultado imposible saber quién se sentía más afectado por la desaparición de Claire. Lacan se acariciaba las anchas cejas para ahuyentar una migraña y yo, en cambio, tosía espasmódicamente.

—Dudo mucho que esté en la cárcel —aventuró él—, si no ya lo sabríamos.

—Usted conoce gente, doctor —lo apremié—, tiene contactos...

Me observó con fastidio, como si mi comentario pusiese en entredicho su voluntad de encontrarla. Hacía más de una semana que no teníamos noticias de ella. Que *nadie* las tenía.

—¡Conozco a mucha gente, sí! —replicó, irritado—. ¡Pero nadie sabe nada! Quizás esté herida, o haya perdido la memoria.

No lográbamos apartar nuestros temores. Tal vez nos preocupábamos en vano: Claire siempre se había valido por sí misma y, de hallarse en una situación extrema, de seguro hubiese recurrido a Lacan. Pero, si en realidad estaba bien, si su salud o su vida no peligraban, ¿por qué no se comunicaba con nosotros? ¿Nos infligía una especie de castigo o de venganza? Quizá nos merecíamos su ausencia.

La desaparición de Claire tuvo otro resultado: me distanció de Lacan. Después de aquellas intensas semanas de análisis, ya no podía continuar siendo mi paciente, ni yo el suyo.

—¡No sé dónde más buscarla!

—¡Pues sígalo intentando! —me apremió Lacan, como si él fuese el único interesado—. ¡En los manicomios, en los cementerios, con sus parientes de Lyon!

—Nunca pensé que Claire le importase tanto, doctor —lo agujoneé.

—Es una de mis pacientes, debo responsabilizarme de ella.

Lo odié cuando pronunció estas palabras: él había sido analista, había hurgado en su mente y conocía los secretos de su carne. *Yo, no*. Para ser justos, Claire a mí no me debía ninguna explicación.

—Es hora de que se marche, doctor Quevedo.

—¿No debo ser yo quien termine la sesión?

—¡He dicho que se acabó por hoy!

Tal vez Claire tenía razón y Lacan la amaba en secreto. O tal vez no, tal vez sólo lo enfurecía no saber cómo controlarla.

—De acuerdo —me despedí—. Si tiene alguna noticia, no deje de avisarme.

Lacan ni siquiera me respondió: si en verdad sufría, procuraba que nadie lo notara. Por mi parte, no podía cruzarme de brazos y conformarme con

retenerla en mi memoria: acaso no la conocía tan bien pero yo había estado allí, a su lado, esa última tarde... Yo la acompañé a esa manifestación, yo luché con ella, yo fui golpeado y derribado con su nombre entre los labios... No, no éramos iguales: necesitaba ponerme en marcha, intentaría todo con tal de encontrarla. No me importaba exponerme, estaba dispuesto a enfrentarme a la policía y a ingresar en las filas de los extremistas. Tal como ella había deseado, al fin sería uno de los suyos. Quizás ésa fuese la razón de mi desvarío. Había descubierto mi misión.

Josefa era la única persona que podía ayudarme o al menos comprenderme. A partir de la tarde que me rescató de la batalla no pasó un día sin que me visitase; como las dos mitades de un espejo roto, nuestros espíritus ensamblaron de modo natural. ¿Quién era ella? ¿Y qué hacía en París? A veces terminaba por creer que Josefa carecía de pasado, que había surgido de la nada en medio de aquella marcha, como una criatura celeste (o un demiurgo) destinado a vigilar mi camino. Lo único que me constaba era su nacionalidad mexicana: no sólo la delataba el tono de voz, sino el veneno de su lengua.

Siempre que la cuestionaba sobre su origen, ella me arrojaba una mueca cuya naturaleza oscilaba entre la timidez y el sarcasmo, y de inmediato cambiaba de tema. Yo sospechaba que una vergonzosa desgracia (o un delito) la habría obligado a refugiarse en París, apartándola de su hogar, pero al hacerlo sólo le endilgaba una parte de mi historia. Quizá no la asediaba ningún misterio, no atesoraba ningún enigma y simplemente era así, llana y escurridiza, aguda y picante, demasiado ocupada con sus menesteres cotidianos como para proteger un lado oscuro. Como fuese, poco a poco me acostumbré a su carácter elusivo porque, exceptuando su pasado, Josefa poseía una locuacidad sin límites: se valía de un lenguaje florido y barroco, lleno de retruécanos y malas palabras que parodiaban torpemente el habla de los *hippies*.

—¿A qué te dedicas? —le pregunté de nuevo—. ¿Y qué haces en París?

Josefa soltó una risa bienintencionada.

—A veces cuido a los hijos de la señora Fourier —me explicó.

—¿Y tu familia? ¿Tienes padres, hermanos, amigos?

—Soy huérfana.

—Así que no tienes a nadie en el mundo —me compadecí.

—Al contrario, tengo a un chingo de gente, y ahora también te tengo a ti...

Además de su habla ordinaria, sus réplicas eran cursis y *naïves*.

—Entonces te propongo que trabajes para mí —le dije—, puedo pagarte el doble que la señora Fourier.

No hizo falta insistirle demasiado.

—¿Y tú? —me interrogó—. ¿Tú qué haces?

El peso de las semanas previas se me vino de golpe a la cabeza y de pronto me descubrí impartándole una clase sobre estructuralismo y compromiso político... Le hablé de Lacan y Althusser, de Barthes y Foucault, de Sartre y Danny *el Rojo*, de la necesidad de transformar el mundo, la justificación de la violencia, el movimiento estudiantil, sus consignas, sus desafíos, su espíritu libertario y de la lucha contra la opresión que mantenían los jóvenes... Y luego, inevitablemente, le confesé el torvo anhelo que me impulsaba hacia Claire.

Josefa toleró mi confesión sin aspavientos, como quien oye las noticias de la radio, apenas mostrando interés por los detalles. Pronto descubrí que su distracción no revelaba indiferencia: por el contrario, sentía hacia mí una afinidad incomprensible, como si me conociese de toda la vida.

—Pienso apoyar a esos muchachos —le anuncié—. Debo hacerlo por ella...

—¿Y qué quieres que yo haga?

—Sólo sígueme —le contesté—. Haz lo que yo no puedo hacer, ve donde no veo, escucha donde no escucho, conviértete en una prolongación de mí mismo.

Josefa mostraba la falsa seriedad de quien atiende a un desquiciado.

—No te preocupes —me consoló—. La encontraremos.

Entonces recordé. Como si los golpes sufridos a lo largo de esas semanas hubiesen activado mi memoria, de pronto contemplé mi último día de cordura. Había regresado a casa en medio de una de esas bíblicas tormentas que a veces castigan a la ciudad de México. No llevaba paraguas y los cabellos empapados me caían sobre la cara convirtiéndome en la burda imitación de ovejero. Mi humor era tan agrio que apenas me di el tiempo de darle un beso a Sandra, la cual jugaba con sus muñecas con la televisión encendida como música de fondo.

—¡Papá, eres un pescado! —exclamó.

En vez de causarme gracia, su chiste me provocó un escalofrío: una burda asociación de ideas me hizo imaginarme como un enorme esturión con las agallas esponjosas y babeantes. Corrí al baño, me quité la ropa y me sequé con urgencia; quería encerrarme en el estudio cuanto antes. Me serví un

whisky y traté de repasar mis notas, hostigado por los incesantes sonidos del televisor.

—¡Basta de ruido! —le ordené a Sandra, disgustado.

¿Por qué tanta irritación? Aún me incomodaba lo ocurrido con mi último paciente aquella tarde. Cuando R. me visitó por primera vez, hacía unos meses, pensé que su caso no resultaría especialmente complicado, sólo un poco enfadoso. Desde pequeño, R. había desarrollado una prematura fascinación por la violencia y, sin darse cuenta, se había dedicado a alentar los conflictos entre sus compañeros y amigos. En cambio, él nunca intervenía en las peleas; no era un hombre de acción, sino un sujeto más bien debilucho, de brazos delgados como hilos y muñecas diminutas. Si hubiese que definirlo en términos dramáticos, cabría decir que era un *intrigante refinado*.

R. se desempeñaba como gerente en una gran empresa de la ciudad. Igual que en la escuela, allí también se deleitaba azuzando todo tipo de rencillas. Aunque en apariencia incitaba la camaradería entre sus empleados, en realidad no paraba de contraponerlos en secreto. En público, R. se comportaba como una especie de psiquiatra amateur o de consejero sentimental, siempre dispuesto a escuchar las desgracias ajenas, pero en el fondo no dudaba en utilizar esa información en contra de los mismos que se la proporcionaban. Por ejemplo, R. sedujo a quien habría de convertirse en su esposa utilizando su talento para la maquinación. Cuando la conoció, ella sostenía una larga relación con un contable de la empresa. En su calidad de jefe, R. empleó con ella su táctica habitual y de inmediato se convirtió en su confidente; adulada por la atención que éste le concedía, la joven le confió todos sus secretos. Envolviéndola en su juego, R. le hizo creer que su novio la engañaba para terminar acostándose con ella y, en menos de un año, la convenció de casarse con él.

R. se sentía más satisfecho que nunca, convencido de haber alcanzado todo lo que quería. Nunca se le hubiese ocurrido buscar ayuda psicológica de no ser porque una de sus intrigas provocó su fulminante cese de la empresa. De la noche a la mañana, su equilibrio mental se vino abajo. Se volvió hipersensible, impaciente y celoso. Fue entonces cuando solicitó mi ayuda profesional. Tras unas cuantas sesiones, no tardé en ver que detrás de sus modales atildados se escondía una profunda agresividad. Sus tendencias tanáticas resultaban evidentes. Al principio, R. se resistió a admitir su problema, pero poco a poco admitió que una pulsión destructiva modelaba su carácter.

—Usted siempre se ha sentido atraído por el mal —le expliqué un día—, aunque nunca ha tenido el valor para ejercerlo por sí mismo. Por eso se vale de los otros para descargar su rabia.

A partir de esta revelación, su actitud hacia mí dio un giro completo: dejó de ocultarme sus conjuras, consciente de que había una zona de su carácter que nunca se había atrevido a explorar. Según mi experiencia, el análisis iba por buen camino.

Aquella tarde —la última que recuerdo haber pasado en México—, R. llegó a nuestra cita con retraso. En cuanto advertí su mirada acuosa y sus manos crispadas, supe que algo grave le ocurría. Ni siquiera aceptó recostarse en el diván y se obstinó en permanecer de pie junto al vano de la puerta, tenso e inflexible.

—Sólo he venido a darle las gracias —me explicó—. Usted me ha curado, doctor Quevedo, así que ya no necesito verlo más.

No era la primera vez que un paciente me amenazaba con marcharse —un inevitable efecto de la transferencia—, pero en este caso R. no parecía dispuesto a reconsiderar su decisión. Sus rasgos habían perdido su equilibrio, como si un maquillista hubiese acentuado sus ángulos oscuros.

—Siéntese un momento —le insistí—. Ya que será nuestra última charla, al menos podemos despedirnos tranquilamente.

Las venas se crispaban en el dorso de sus manos.

—Usted me curó, doctor, y me demostró quién soy en realidad —continuó—. Por fin soy capaz de vislumbrar mi verdadero rostro. Siempre había vivido ocultando mi lado negativo, encerrándolo detrás de una cortina de hipocresía, pero al fin soy capaz de aceptarme sin componendas ni máscaras.

A pesar de sus halagos, su voz poseía un timbre glacial. Traté de explicarle que su aceptación no constituía el fin del análisis, sino sólo un nuevo inicio.

—Se equivoca, doctor —me interrumpió—. Usted ya hizo su parte, el resto me corresponde a mí. Espero que se sienta complacido, doctor Quevedo. Por fin soy libre.

Quise retenerlo para hacerle ver que su euforia era producto de un avance pasajero, pero fue imposible. Me trituro la mano y se marchó sin más.

Por eso había vuelto a casa tan enfadado. Entonces sonó el teléfono. Era él. Con una voz entrecortada, me dijo que necesitaba darme las gracias una vez más.

—¿Está usted bien? —le pregunté.

—Yo, perfectamente —me respondió R.—, aunque mi mujer no tanto. Necesitaba decírselo, porque usted es el responsable...

—¿A qué se refiere? —me sobresalté.

—Por primera vez fui yo mismo —se ufano—. Descubrí que la muy puta me engañaba, doctor. Así que, como usted recomendó, dejé escapar mi ira... —

Hizo una larga pausa—. No se preocupe, yo mismo iré a la policía. Gracias, de verdad.

Y colgó.

Uno de los últimos días de mayo, Josefa y yo nos sumamos a una gran marcha rumbo al estadio de Charléty para exigir la dimisión de Pompidou. Hombro con hombro, estudiantes, trabajadores, académicos, mujeres e intelectuales integraban una compacta hermandad. La diferencia era que esta vez yo no los acompañaba en calidad de hipócrita invitado, sino que compartía de lleno la fuerza de su fe. Esa tarde yo también enarbolaba una bandera rojinegra, remendada por Josefa a partir de un par de viejas mantas, y la agitaba con energía. No sé cuántas horas marchamos así, orgullosos y apasionados, hasta que le pedí a Josefa que nos detuviésemos a tomar un respiro. Del otro lado de la calle, un sujeto con el cráneo rasurado y una sonrisa tan vehemente como sarcástica recitaba a voz en cuello la más clara justificación de la revuelta que yo había escuchado hasta entonces. De pronto, como si necesitase usar a alguien como ejemplo, clavó sus ojos en los míos.

—Obsérvalos —le indicó a su acompañante (luego me enteraría de que era Jean Daniel), señalándonos a Josefa y a mí—: No *hacen* la revolución, *son* la revolución.

La escena no duró más de unos segundos, pero a partir de ese momento ya no fui capaz de quitarme su mirada de la mente. Perplejo, le pedí a Josefa que nos alejáramos de allí y de inmediato nos reincorporamos al vértigo de la muchedumbre.

Mientras continuábamos nuestro camino, no podía dejar de pensar en él, intrigado por sus últimas palabras. Sin que yo pudiese imaginarlo, él sufría una turbación semejante a la mía. Como serpientes que se desprenden de su piel, los dos nos aprestábamos a iniciar una *vida nueva*. Hartos de permanecer al margen de los acontecimientos, nos disponíamos a transformarnos en hombres de acción, listos para dirigir nuestra violencia contra el mundo. Sin intuir que en algún momento volveríamos a cruzarnos (ni imaginar que seguiríamos sendas paralelas), esa tarde de mayo, justo cuando la protesta juvenil llegaba a su fin, Michel Foucault y yo volvimos a nacer.

II
SI ALTHUSSER PERMANECE
EN CURA DE SUEÑO,
EL MOVIMIENTO DE MASAS VA BIEN

1. MARXISMO Y PSICOANÁLISIS

Lacan ha visto y comprendido la ruptura liberadora de Freud. La ha comprendido en el sentido pleno del término, tomándola en nombre de su rigor, y forzándola a producir, sin tregua ni concesiones, sus propias consecuencias. Él puede, como cualquiera, equivocarse en los detalles, es decir, en la elección de sus búsquedas filosóficas: le debemos *lo esencial*.

Althusser,
Filosofía y ciencias humanas

1.1. La unión de los contrarios

Los marxistas siempre han despreciado el psicoanálisis. No sé si también los psicoanalistas repudian el marxismo, pero en cualquier caso nunca han demostrado un particular interés por la lucha de clases... Aun cuando Marx y Freud construyeron dos de los sistemas ideológicos que más influencia han tenido en el siglo XX, sus seguidores han mantenido una secreta rivalidad desde sus inicios y, pese a encarar problemas semejantes, no han conseguido verse con buenos ojos: si los primeros repelen esa oscura terapia ocupada en sanar las culpas burguesas, los segundos se desentienden por completo de las estructuras sociales a la hora de tratar a sus pacientes. Como siameses separados por la fuerza, unos y otros parecen condenados a prolongar sus desencuentros. Quizás no exista mejor ejemplo de esta fractura que la relación sostenida entre Louis Althusser y Jacques Lacan. Borrando las coincidencias que hubiesen podido aproximarlos, a la postre nunca lograron entenderse. Muy a su pesar, Althusser no dejaba de reproducir los caprichos propios del insano, mientras Lacan asumía en todo momento la oprobiosa superioridad del

analista. El fracaso de su amistad significó también uno de los últimos intentos de conciliar estos universos paralelos.

1.2. Después de la batalla

Estábamos muertos. Decapitados por la derrota, de la noche a la mañana habíamos dejado de existir; no sólo fuimos diezmados, sino sancionados con una pena más dolorosa que la cárcel o el exilio: la indiferencia. Borradas las pintas y demolidas las barricadas del Barrio Latino —el súbito terremoto que había azotado a París—, las placas tectónicas de la sociedad se acomodaron de nuevo y la playa que había surgido por obra de los jóvenes volvió a quedar sepultada debajo de los adoquines. De vuelta a la normalidad, los viejos regresaron a sus palacios, los obreros a sus fábricas, los estudiantes a sus aulas y nosotros, los conjurados, a rumiar en secreto nuestro encono. Como me dijo Martín, un peruano desocupado con el que me topé por casualidad en las cercanías de Jussieu:

—Aunque hay gente que todavía tardará mucho tiempo en creerlo, mayo del sesenta y ocho ha terminado...

Tras encabezar las últimas batallas, a mí tampoco me quedó otra salida que guarecerme en un vergonzoso anonimato: la acidez posterior a la ebriedad. Mis articulaciones se negaban a obedecerme, mi voz se tornó tosca e ininteligible y el espejo me mostraba mis cicatrices como si fuesen estigmas humillantes.

Tan deprimido como cuando desperté en aquella pensión de París, apenas salía de mi cuarto, reconvertido en un fardo que *madame* Wanda debía expulsar del lecho cada mediodía. ¿Qué caso tenía ahora abandonar el silencio de aquella celda para toparme con la muda indiferencia de las calles? Prefería quedarme ahí, yaciente, como un peregrino sin otra patria que las sábanas. ¿Qué otra cosa podía hacer sino dejar que la desilusión me carcomiese? Ni siquiera tenía fuerzas para leer o tomar notas, sólo permanecía ahí, boca arriba, imaginando el techo sucio y turbulento —un improbable test de Rorschach— como un mapa de nuestra derrota.

Un par de semanas más tarde, la luz del mediodía atravesó mi ventana como una lanza. Sepultado bajo las mantas, me resistía a abrir los párpados. Las almohadas se incendiaban. Me revolví de un lado a otro sin erguirme, mi peso de pronto triplicado. Ya no soportaba el encierro.

En ese instante supe que debía buscarla: Claire me había resucitado. Tal como se lo había prometido, me correspondía salvarla y hacerla vivir. Por

desgracia, no poseía datos de sus cómplices y apenas recordaba la red de contactos que me había presentado. A lo largo de esas semanas había convivido con esos jóvenes apasionados e implacables, había formado parte de su hermandad, había comido de su pan y bebido de su vino, me había batido con ellos y había restañado sus heridas pero, una vez concluida la batalla —o al menos la violencia pública que los animaba—, dejé de tener un sitio a su lado. Con la excepción de Josefa, una extranjera como yo, no conservaba la amistad ni la simpatía de ninguno de mis antiguos camaradas. ¿Por dónde empezar? En principio, debía abandonar aquella maldita habitación. Tenía la obligación de seguir adelante, de proseguir *su* lucha, de vengarla. Se lo había prometido. Lo haría por ella. Lo haría por Claire.

1.3. El althusserismo también es un humanismo

Se levanta del asiento y llora sin consuelo. Esta vez nadie le ha hablado con rudeza, las enfermeras lo han tratado con cortesía y apenas han transcurrido unas horas desde la última visita de Hélène. Louis Althusser se enjuga las lágrimas con una mezcla de cólera e impotencia, luego se yergue y emprende un paseo por los jardines. ¿Cuántos abismos como ése ha habitado a lo largo de su vida? Aunque detesta las prisiones, a veces la existencia le resulta tan intolerable que prefiere adoptar la cómoda rutina de los enfermos en vez de recibir la incompreensión de los sensatos.

¡Si los demás se diesen cuenta! Desde el principio su obra no ha sido más que un engaño, una forma de disimular su debilidad y su miseria, la prueba de su talento para la manipulación. ¡Él *nunca* ha sido un filósofo! ¡*Nunca* ha comprendido a Spinoza o a Hegel! ¡Todo su mérito se reduce a haber traducido unos cuantos párrafos del joven Marx! ¡Y por eso sus discípulos lo adoran, por eso lo han convertido en un dios laico, cuando no es más que el agorero de quienes insisten en llamarse comunistas!

El infeliz ni siquiera está al tanto de que la revolución ha terminado. Cuando se inició el movimiento, él prefirió guarecerse en esta clínica, pretextando su psicosis. No es casual que siempre haya sido un defensor de la teoría. Congruente consigo mismo, se comportó como el provocador que esconde la mano después de haber arrojado la piedra: en el fondo, la agitación posterior no le concierne. Su desequilibrio le concedió la excusa perfecta. Lo peor es que, en contra de lo que supone, los insurrectos nunca lo consideraron un héroe o un precursor, sino un sucio mandarín. Mientras él se imaginaba como un tótem ausente o un demiurgo esquivo —el autor intelectual de la

conjura—, las hordas callejeras se desgañitaban clamando: *Althusser à rien!*

El filósofo emprende el camino hacia su celda. Avanza lentamente, como si fuera más viejo, sin apenas mirar a los demás pacientes. Odia contemplarse en el espejo de esos rostros deformados, de esas pieles maceradas por el abandono. Tal vez recorra los mismos gélidos pasillos, use las mismas mantas deslavadas y desprenda el mismo tufo que el resto, pero él pertenece a otra estirpe.

A punto de llegar, Althusser piensa en la primera vez que vio a Héléne. La guerra había concluido hacía unos meses y él aún permanecía en Lyon. Antes de conocerla, un amigo le advirtió: *Está un poco loca, pero vale la pena*. Tal vez ese inoportuno comentario lo hizo sentirse inmediatamente atraído hacia esa joven de mejillas angulosas, pómulos flemáticos y el cabello tan revuelto como las ideas. Su desequilibrio, tan similar al suyo, le hizo perder el miedo y no dudó en flirtear con ella. Desde niño, Althusser siempre había sentido una viva repugnancia hacia las mujeres; su madre, una vegetariana compulsiva que aborrecía la concupiscencia de su marido, nunca le permitió acercarse a esas fuentes de corrupción. Condenado a esa castidad forzada, el joven Althusser se limitaba a coquetear con las chicas de su edad y luego las abandonaba antes de que ellas pudiesen corresponderle.

Con Héléne, todo fue distinto. Su *locura* la hacía diferente. No temió discutir con ella —primero intercambiaron nimiedades y luego debatieron sesudos puntos de vista sobre la inminencia de la revolución— y, domeñando su horror, la invitó a dar un paseo por el campo. Por primera vez no se sentía expuesto ni observado: Héléne no lo escudriñaba. En un descuido, Althusser incluso se atrevió a colocar la mano en la cuenca de su mano. Fue en ese instante cuando supo que *debía salvarla*. Más aún: que *debía hacerla vivir*.

Al recordar este episodio, Althusser se estremece y vuelve a sentir esa mano en la cuenca de su mano. El alivio dura apenas un segundo, cancelado por el recuerdo de lo que ocurrió después. Terminado el paseo, Héléne y él regresaron a su casa. Entonces, sin previo aviso, ella se levantó del asiento y le acarició el cabello. Angustiado, él interpretó aquel gesto como un ultraje y corrió a lavarse la suciedad que ella le ha transmitido... El filósofo llora otra vez. A lo lejos los médicos y las enfermeras le parecen fantasmas o espejismos. Aspira y expira con lentitud, pendiente de sus palpitaciones.

¿Qué ocurrió después? Conoció a otras mujeres y, como de costumbre, intentó seducirlas y plantarlas. Mujeres sin rostro y sin nombre que no dejaron otra huella en su memoria que una melancolía redoblada, con la excepción de una chica inteligente y hermosa —mucho más hermosa que Héléne—, la cual, para colmo, se enamoró de él desde la primera cita. Para conjurar este nuevo

peligro, Althusser la invitó a su casa al mismo tiempo que a Héléne. Les sirvió té y galletas e inició una charla tan cruel como anodina. Los tres continuaron un buen rato así, incómodos y silenciosos, hasta que, rompiendo aquella tensa civilidad, Héléne no pudo contenerse. Quizás otra mujer hubiese resistido la humillación, callando cortésmente y devorando el té y las galletas con rabia contenida, pero no ella. *Ella estaba un poco loca*. Furibunda, insultó a su competidora y la obligó a marcharse. Tan sorprendido como excitado, Althusser tomó a Héléne entre sus brazos y la besó con voracidad; le arrancó la ropa, haciéndola jirones —¡el educado filósofo que siempre pedía permiso para todo! —, lamió sus pechos diminutos y, a los treinta y dos años, se hundió por primera vez en el cuerpo de una mujer.

De vuelta en el presente, Althusser apacigua sus últimos sollozos. Tras hacer el amor con Héléne, algo se dislocó en su alma y debió ser internado de urgencia en el sanatorio de Sainte-Anne. Su cerebro ardía en una madeja de pensamientos fatuos e inconexos. Para arrancarlo de ese infierno, los médicos lo encerraron, lo drogaron, lo frieron con electrochoques... En contra de los perversos rumores que circularon después, sólo el deseo de reencontrarse con Héléne le dio fuerzas para recuperarse y renunciar a la húmeda calma del Pabellón Esquirol.

De nuevo en su cama, Althusser recobra la paz. Casi veinte años después de ese primer encierro, se reconforta con la imagen de su esposa. Cuando la vio por primera vez, pensó hacerse cargo de ella, en *salvarla* y *hacerla vivir*, y al final ocurrió lo contrario. Mientras los huelguistas se burlan de sus escritos, vociferando *Althusser à rien!*, el filósofo esboza su primera sonrisa en semanas. Al final, la razón ha vuelto a triunfar. No tardará en recuperar su puesto en la Normal Superior, continuará dictando sus clases y se reivindicará con la historia. Todo ello gracias a Héléne.

1.4. El fin de la terapia

—Estoy paralizado, doctor. ¿Se imagina usted lo que es ser golpeado sin misericordia, empujado a un vagón lleno de prisioneros y conducido al infierno de una prefectura? El castigo no está en los palos, las costillas rotas o los días sin luz, sino en la humillación. Es intolerable, doctor. La cárcel es el reverso de la ley. ¿Se da cuenta de la ironía? La única ley es *la de ellos*. La del más fuerte, la del policía. Adentro no hay derecho que valga. No hay jueces ni abogados ni defensores de oficio. ¿Entiende lo que le digo? Después de haber visto eso, es imposible actuar como si nada. No podemos seguir sordos. Debemos seguir su

ejemplo, doctor. Acuérdesse de Claire...

Lacan no ocultaba su fastidio. ¿Quién me creía yo para hablarle en ese tono? A pesar de su relativa simpatía hacia el movimiento estudiantil, no toleraba los desplantes de los jóvenes.

—Su lucha es absurda —me amonestó—. Es evidente que usted no sabe lo que dice, doctor Quevedo. Lo único que busca, como esos muchachos, es otro amo.

Su ironía no me amilanó. Contemplé la burguesa apacibilidad de su gabinete. ¿Cómo ser rebelde en el entorno de un notario?

—Le agradezco lo que ha hecho por mí —me excusé—. Estas semanas han sido invaluable, sin ellas no me atrevería a buscar otra vida. Se lo debo a usted, doctor. Espero que sigamos siendo amigos.

—¿Amigos? Los amigos no existen. Y, si existieran, usted no sería uno de los míos. Pero no se altere: tampoco posee la estatura para ser mi adversario.

No logré hendirle un sarcasmo equivalente.

—Si necesita algo, no dude en llamarme —le dije sin más.

—¿Llamarlo? —rió—. No sea soberbio. Será usted quien termine arrastrándose para que lo reciba de nuevo. Como Claire.

Lo odié. Pero tampoco podía romper definitivamente con él. Seguía considerándome su alumno y no tenía intenciones de abandonar su seminario.

—Hasta pronto, doctor Lacan.

Estaba tan enfadado que bajé las escaleras a toda prisa justo cuando Judith subía por ellas. A causa de la impenetrabilidad de la materia, yo terminé rodando por el suelo.

—¿Se encuentra bien? —la joven se apresuró a auxiliarme.

La cabeza me daba vueltas.

—¿Paciente o amigo de mi padre? —me preguntó luego, con un tono en donde no faltaba cierta coquetería.

—Ambas cosas —respondí, confuso—. O ninguna.

—¿Español?

—Mexicano. Me llamo Aníbal Quevedo... Y usted debe de ser su Judith.

Sobre el escritorio de Lacan siempre lucía un retrato suyo. Era su hija consentida, la mujer de Jacques-Alain Miller, la compañera de batallas de Claire. ¡Claro! ¿Cómo no lo pensé antes? ¡Ella era la única persona en el mundo que podía saber dónde encontrarla!

—Usted conoce a Claire, ¿verdad?

—¡Ya sé quién es usted! —Judith bajó el tono de voz para que su padre no fuese a escucharla.

—¿Claire le habló de mí?

—Por supuesto... ¿Sabe? Las dos siempre sufrimos una predilección particular por los sudamericanos... Una especie de atracción irrefrenable, ¿me entiende?

—¿Tiene idea de dónde está ella ahora?

Los ojos de Judith me escrutaron de arriba abajo.

—No.

—¿No?

Ella subió un par de escalones. Tenía unas piernas magníficas.

—¿Podríamos vernos en otra parte? —me propuso, insinuante—. Ahora debo irme, si no mi padre se pondrá furioso. ¿En el Flore, a las ocho?

Judith desapareció en el rellano y yo abandoné aquella casa. Necesitaba contemplar el cauce moroso y turbio del Sena.

2. CHINOS EN VINCENNES

Algunos amigos, con razón, me han hecho el reproche de haber hablado de Lacan en tres líneas: de haber hablado demasiado de él para lo que yo decía, y de haber hablado demasiado poco de él para lo que concluía. Ellos me piden algunas palabras para justificar mi alusión, y su objeto. Helas aquí: algunas palabras donde haría falta un libro.

Althusser, *Freud y Lacan*

2.1. Universitarios del mundo...

—Ya te lo dije, Aníbal —Judith me acarició el brazo con suavidad—. No tengo idea de dónde esté.

Pese a que la joven decidió tutearme, su voz podía sonar tan brutal como la de su padre. Le había hecho la misma pregunta una y otra vez hasta sacarla de quicio.

—Pero está a salvo...

—Claire tomó la decisión de marcharse por sí misma, nadie la obligó. Siempre ha sido *impredecible* —me pellizcó una mejilla como se hace con un niño caprichoso—. Lo que no entiendo es por qué los hombres se obsesionan tanto con ella... Mi padre...

Judith comenzaba a desesperarse. Debía de tener mejores opciones que yo.

—¿Qué buscas, Aníbal?

Su pregunta me sumió en un estado de pánico. Lo único que sabía era que sin Claire no conseguiría vivir en paz.

—No lo sé. Unirme a ustedes.

—¿Has escuchado hablar del nuevo Centro Universitario Experimental de Vincennes? —Judith le dio un provocativo trago a su copa—. Quizá te gustaría venir... Voy a dar un curso sobre revoluciones culturales...

Sentí el roce de su pie en mi pantorrilla.

—¡Claro! —balbucí torpemente—. Me gustaría mucho...

—Te espero, entonces —terminó ella y se levantó.

Su magnífica silueta se perdió escaleras abajo. No podía dejar de extrañarme que aquella niña mimada fuese poco menos que una delincuente. Me equivocaba: las niñas mimadas suelen ser las más peligrosas. Al final de aquella cita, me sentía como un adolescente que no se ha atrevido a besar a su enamorada. Pero al menos había adquirido un nuevo vínculo con el mundo de Claire.

2.2. El síndrome de Marco Polo

Para los franceses, China es un rompecabezas. No es casual que tantos de sus viajeros hayan recorrido sus tierras ni que tantos pintores y escritores hayan situado sus obras en sus exóticos paisajes. En los sesenta, la admiración secular por esta civilización exquisita y milenaria fue transformada por la izquierda en un súbito ardor por la Revolución Cultural. Agotado el encanto de Moscú, China se convirtió en la nueva Meca de los radicales: no por nada el rostro del Gran Timonel animó las marchas de mayo junto a las efigies del Che. Al finalizar el movimiento, los maoístas franceses se multiplicaron como una plaga; comparada con esa utopía, la sociedad occidental les parecía injusta e intolerable, una farsa que era necesario reducir a escombros.

Los *maos* se comportaban como virus dispuestos a destruir el cuerpo que los acogía. En cualquier otro momento de la historia se les hubiera identificado con esas sectas heréticas embrujadas por la brutalidad y el desorden. ¿Qué buscaban? Intervenir en la sociedad, perturbarla, enloquecerla... Su batalla era casi abstracta, *matemática*. Si actuaban violentamente era porque no tenían más remedio, porque era su única forma de subsistir... Por desgracia, al detestar toda forma de autoridad no tardaron en dividirse en grupos disidentes. Semejantes a esas tribus que viven a sólo unos kilómetros pero no son capaces de comprender el dialecto de sus vecinos, cada fracción se mantenía en permanente guerra con las otras...

De entre la variedad de grupos maoístas nacidos a partir del movimiento estudiantil, la Izquierda Proletaria tenía las mayores posibilidades de crecer

debido a la inteligencia y habilidad de uno de sus principales dirigentes, Pierre Victor. Este judío apátrida, expulsado de Egipto en la adolescencia y cuyo verdadero nombre era Benny Lévi, regía sus acciones desde su celda de la Escuela Normal Superior, no muy lejos de Althusser. Resultaba difícil imaginar que ese joven pequeño y enjuto, de mirada torva y rostro apergaminado fuese capaz de poner en jaque a la sociedad de su época; más cercano a un asceta medieval que a un terrorista, parecía habitado por una fragilidad extrema. Se decía que no había un solo libro que no hubiese leído ni un solo tema que no dominase; pero no había que engañarse: convertido en un émulo del Viejo de la Montaña, no dudaba en decidir la suerte de sus seguidores como si jugase una partida de ajedrez contra Dios. Aunque los miembros de la Izquierda Proletaria detestaban el culto a la personalidad, nadie se atrevía a cuestionar sus opiniones: sus palabras eran peligrosamente idénticas a *la* verdad.

La primera vez que escuché hablar de Pierre Victor —su existencia estaba reservada a unos cuantos iniciados—, no había pasado siquiera una semana de mi ingreso a Vincennes. Debido a la recomendación de Judith, que odiaba los formularios burocráticos, yo ni siquiera había hecho el intento de inscribirme: mi posición de extranjero volvía demasiado farragosos los trámites para obtener un reconocimiento oficial. Preferí seguir diversos cursos a mi antojo, la mayor parte de ellos en el departamento de filosofía y psicoanálisis encabezado por Michel Foucault.

Vincennes era un laboratorio del desorden. Dominado por la improvisación y el ansia de libertad —el reverso exacto de la universidad francesa de entonces—, resultaba milagroso asistir a una clase que no concluyese en una asamblea o una batalla. El mismo día en que se inauguraron los cursos, hubo enfrentamientos entre los diversos grupos que combatían por el control del *campus*. Prevalcían los maoístas, aunque también había comunistas, socialistas, trotskistas y una camarilla de *maos* disidentes, los *mao-spontex*, cuyos cabecillas autárquicos e incontrolables, como André Glucksmann y Jean-Marc Salmon, se empeñaban en sabotear las actividades de todos los demás. El programa de estudios sólo empeoraba las cosas: fuera de los cursos de Foucault y de François Châtelet, en el departamento de filosofía no se hacía otra cosa que desmenuzar las sutilezas del marxismo.

Yo me esforzaba por memorizar las infinitas variantes de la utopía revolucionaria —el proceso no era muy distinto a aprender las jerarquías de los ángeles o los círculos del infierno—, pero al final siempre me doblegaba la jaqueca. No hubiese resistido mucho más tiempo allí de no ser porque a los pocos días Judith me presentó a Benoît, uno de sus alumnos favoritos. Yo

entonces no sabía que la misión de Benoît en realidad consistía en atraerme a su *destacamento de partisanos*, como se conocía a las células de la Izquierda Proletaria. Si al cabo de unas semanas acepté unirme a ellos, no fue tanto por curiosidad o por desidia, y ni siquiera por fidelidad a Claire, sino por un mero instinto de supervivencia: nadie que no poseyese una filiación ideológica precisa —y un grupo de choque a sus espaldas— podía aspirar a sobrevivir en Vincennes.

En contra de lo que insinuaba su apariencia (medía cerca de dos metros y pesaba más de noventa kilos), Benoît era un agitador poco común. De cerca, era un tipo sobrio e introvertido, uno de esos niños atrapados en una masa corporal que los rebasa, pero sólo empleaba la fuerza bruta cuando no le quedaba más remedio —en una ocasión lo vi levantar con un solo brazo a un trotskista y estrellarlo contra un muro hasta mancharlo con su sangre— y poseía una sutileza de pensamiento que lo mismo lo llevaba a leer a Wittgenstein que a escuchar a Pierre Boulez. Más adelante se convertiría en uno de los responsables de coordinar los ataques armados, demostrando así que la filosofía, la música contemporánea y la violencia no tenían por qué ser pasiones antagónicas.

A partir de septiembre, Benoît me condujo a las reuniones preparatorias de la Organización en un local cerca de la Gare d'Austerlitz. Yo formaba parte de un núcleo de seis *partisanos*, los cuales, si bien eran mucho más jóvenes que yo, poseían una educación política envidiable. En veladas que se extendían hasta el amanecer, yo me sentía en medio de una pieza teatral en la cual los actores habían memorizado sus parlamentos de antemano y donde yo era el único que nada tenía que decir. Charlábamos durante horas, bebiendo y discutiendo en medio de largas arengas filosóficas y políticas; mientras Benoît citaba de memoria el canon marxista, otros evaluaban la situación política —en un par de años Francia sufriría una revolución, según los más optimistas—, y unos más se concentraban en planear la estrategia para dinamitar las instituciones burguesas.

A pesar de que, como sabíamos, la existencia de líderes únicos estaba proscrita, un estudiante de Ciencias Políticas, al cual conocíamos como Sébastien, fue elegido como representante de nuestro grupo. A diferencia de Benoît, en él no quedaba un solo reducto de buenas maneras. Detrás de su aparente impasibilidad se escondía un carácter explosivo y veleidoso sumado a una rara habilidad para avasallar a sus oponentes. Su prestigio le venía de haber golpeado a un granadero hasta desfigurarle el rostro, tras lo cual había pasado varias semanas en la cárcel. A mí me desagradó desde el principio: presumía esa displicencia que sólo poseen los héroes y los asesinos. Pulcro,

severo y ordenado, Sébastien encarnaba el modelo del revolucionario —y del neurótico— perfecto: comparado con él, yo apenas era una burda caricatura de intelectual comprometido.

2.3. Althusser regresa al mundo

El fin de la agitación estudiantil, que el filósofo ha calificado como «revuelta ideológica de masas», ha coincidido con su precario regreso a la libertad. Mientras los jóvenes se lanzaban a las calles al grito de *Si Althusser permanece en cura de sueño, el movimiento de masas va bien*, él se hallaba sometido, en efecto, a otra de sus interminables reclusiones psiquiátricas. Tal vez no se tratase de una verdadera cura de sueño, pero sí de otra de sus etapas de clausura, esos períodos de escape en los cuales renuncia a la compañía de los hombres para solazarse en la neutralidad del sanatorio. Aunque sólo tiene cincuenta años, su semblante estriado y frágil lo iguala a esos dogos cuyo exceso de piel hace imposible discernir su edad. A fin de cuentas, lleva casi dos décadas encerrado en esas dos instituciones de las que nada logra separarlo: el Partido Comunista y la Escuela Normal Superior, en la cual pasó sus años de estudiante y donde ahora se desempeña como repetidor de filosofía (o *caimán*).

Ferviente católico en su adolescencia, desde que perdió la fe mantiene hacia el PCF una fidelidad a toda prueba pese al desprecio con que lo tratan sus dirigentes. La publicación de *Para Marx*, una recopilación de sus artículos publicados durante los últimos cinco años, y de *Para leer «El capital»*, ha permitido burlar la línea más dura del Partido y aproximarse a sus sectores progresistas. Así, navegando entre dos aguas, ha apoyado a algunos de sus antiguos estudiantes, ahora convertidos en cabezas de nuevos grupos radicales y, gracias a la influencia que aún ejerce sobre ellos, ha logrado limpiar su imagen tras el descrédito sufrido durante el movimiento estudiantil. Aunque lo niega, su objetivo es recuperar su condición de gurú revolucionario. Por el momento no tiene prisa: hace apenas unas semanas desde que salió de Sainte-Anne y necesita acumular fuerzas. Como le escribe a fines de julio a Franca Mardonia, su traductora al italiano (y antigua amante): «Hoy entré a la Escuela, semiclandestino, incógnito, pero por lo menos he regresado. Un paso después del otro. Hago todo lo posible para no pensar en los siguientes: sería demasiado duro si me aventurase a imaginarlos. Pero sé que serán, uno tras otro, posibles. Cancelando el día de hoy, un día me levantaré. No demasiado tarde, espero.»

2.4. El juramento de fidelidad

En el otoño de 1968, Josefa me convenció de abandonar mi pensión. Impulsado por cierta apatía o desinterés, había aceptado que me visitase cada vez con mayor frecuencia. Al principio la menospreciaba: tras la desaparición de Claire, la veía como una señal de mal augurio. En cambio, ella me concedía todo su tiempo libre y se esforzaba por reconocer mis deseos antes de que yo mismo los formulase.

—¿Cuánto estás dispuesto a pagar? —me preguntó.

—Da igual —respondí con indolencia.

—Pinche Aníbal, cómo va a dar igual...

—Que da igual, te digo... Busca algo cómodo. El dinero no es problema.

—¡Así que eres un rico heredero! —se burló.

—Tengo lo suficiente para vivir unos cuantos años sin preocupaciones —confirmé.

—Chingón...

A partir de entonces, Josefa se encargó de las pesquisas y, al cabo de unas semanas, encontró un discreto apartamento en el cuarto piso de un edificio *classé* en la rue du Bac. Una chimenea desmadejada presidía la estancia principal, mientras que del techo asomaba una apolillada trama de vigas expuestas semejante a una telaraña. Josefa se dio a la tarea de acondicionarlo con sus gustos de *hippie* de provincias; así, no me quedó más remedio que acostumbrarme a la tonalidad escandalosa de los muebles y las alfombras, tan coloridos como sus pantalones acampanados, sus collares de cuentas o sus blusas con holanes.

Al cabo de unas semanas comprobé que su habilidad como decoradora no había sido del todo desinteresada: una noche Josefa tocó a mi puerta cargando un par de enormes maletas psicodélicas.

—El cabrón de mi casero me puso de patitas en la calle —me explicó con su habitual talento metafórico—. ¿Me darías refugio hasta que encuentre otra jaula donde emigrar?

—¿Otra *jaula*?

Chismosa y suspicaz —dos cualidades que nuestra época injustamente menosprecia—, Josefa poseía un talento especial para retorcer el lenguaje, llenándolo con toda suerte de groserías y maldiciones. Tras pensarlo unos segundos le permití quedarse conmigo aunque, consciente de mi incapacidad para tolerar a los otros, le advertí que debería mudarse cuanto antes.

Comprendí que Josefa no tenía la menor intención de marcharse cuando empezó a acomodar sus pertenencias en la habitación del fondo con la

meticulosidad de una ardilla. Poco a poco me acostumbré a su compañía; por fortuna era discreta, apenas salía de su covacha y se las ingeniaba para pasar inadvertida. Nunca tropecé con ella en el baño o en la cocina y, cuando yo no requería sus servicios, se guarecía bajo unas sábanas moteadas que había traído desde México, consagrada a la lectura de opúsculos sobre el poder de las pirámides, la transmigración de las almas o la magia curativa de las piedras (por no hablar de su ecléctico gusto literario que le llevaba de José Agustín a Françoise Sagan). Si por algún motivo se fastidiaba de la literatura, entonces se concentraba en meditar. ¿En qué? Ése era otro misterio: Josefa era una especie de *New Age avant la lettre*, la primera de esas occidentales desasosegadas que persiguen e nirvana para escapar a su vacío cotidiano.

Cuando yo salía de casa, en cambio, Josefa se consagraba a una febril actividad; cumpliendo un contrato tácito, dejaba la casa limpia y ordenada, las camisas planchadas, los calcetines zurcidos y mis papeles en orden. Sin aceptar nunca un sueldo fijo —hubiese sido muy humillante para ella ser considerada una mucama cuando estaba en trance de reconocer su profunda espiritualidad—, asumió de modo simultáneo las funciones de cocinera, *valet* y secretaria. ¡Su oblicua presencia no hubiese podido incomodarme! Fuera de la atronadora música que a veces escapaba de su habitación —su repertorio fluía de Angélica María a los Beatles y de Raphael de España a los Rolling Stones —, nada tenía que reprocharle. Incluso llegué a pensar que sus virtudes podrían convertirla en una esposa perfecta, pero al contemplarla con detenimiento me di cuenta de que no podía conformarme con la belleza interior: a pesar de su juventud y de cierta gracia en su mirada, Josefa alcanzaba el volumen de sir Winston Churchill. Una noche, impulsado por la soledad y el alcohol, me aventuré a traspasar su puerta; Josefa me recibió con calidez pero, a pesar de su fe en el amor libre, convinimos que no era prudente involucrarnos.

—Un caballero andante no debe coger con su escudero —resumió.

3. CORRE, CAMARADA, QUE EL VIEJO MUNDO ESTÁ TRAS DE TI

¿Cuál es el objeto del psicoanálisis? Eso a lo que la técnica analítica se dirige en la práctica analítica de la cura, es decir: no la cura misma, no esa situación pretendidamente dual donde la primera fenomenología o moral encuentra cómo satisfacer sus necesidades, sino los «efectos» prolongados en el adulto sobreviviente, de la extraordinaria aventura que, del nacimiento a la liquidación del Edipo, transforma un pequeño animal engendrado por un hombre y una mujer en un pequeño niño humano.

Althusser, *Freud y Lacan*

3.1. La sombra de Tlatelolco

Si abril es el mes más cruel, octubre es el más zafio. El otoño se abatió sobre nosotros ensangrentando el cielo y las hojas de los árboles, pero yo desoí los malos auspicios y, sin preocuparme por saber lo que ocurría al otro lado del mundo —en ese mundo que había sido el mío—, no temí alejarme de París. Benoît me convenció de acompañarlo a Marsella, de donde era originario, a fin de ponernos en contacto con los animadores de la Organización que habían comenzado a operar allí. Con el beneplácito de Judith hicimos a un lado nuestros cursos y emprendimos el viaje. A pesar de mi desánimo, Benoît moría de ganas de regresar a su ciudad: la sola idea de contribuir a la eliminación de sus vecinos burgueses bastaba para entusiasmarlo.

—Tony se encarga de Marsella —me explicó.

—¿Tony?

En vez de reprenderme por mi ignorancia —¿cómo no sabía que Tony era el hermano de Pierre Victor?—, Benoît cerró los ojos y no volvió a hablarme hasta llegar a Marsella. En cuanto divisé el oleaje en la distancia, comprendí que había cometido un error: la humedad me escocía. Benoît me llevó a su casa, donde sus padres nos recibieron sin mucho interés. A lo largo de los siguientes días me sentí paralizado. Visitamos a dos o tres individuos de aspecto poco recomendable, Benoît se entrevistó con Tony un par de veces — Sébastien le dio órdenes expresas de verlo a solas—, y por las noches nos relajábamos en *boîtes* cochambrosas y melancólicas. Inmerso en un paréntesis o un vacío, mi visita a Marsella sólo contribuyó a acentuar pereza.

Cuando al fin regresé a mi nueva casa en París, Josefa sollozaba en medio del salón.

—Cálmate y dime qué pasa —la reprendí.

—Se los chingaron, Aníbal.

No comprendí.

—¿Cómo dices, Josefa?

—Los ojetes les dispararon... ¿No has leído las noticias?

No, no sabía nada. Perdido en Marsella, medio alcoholizado y en brazos de viejas prostitutas, ni siquiera se me pasó por la cabeza la idea de abrir un periódico.

—¡En México, Aníbal —Josefa hipaba—, en México!

Arrinconado en mi propio limbo, no me había detenido a pensar que, mientras yo me recuperaba de las heridas del movimiento estudiantil francés, una revolución semejante se gestaba en las universidades de mi país. Sólo unas semanas después de que De Gaulle regresara al poder, en México un grupo de estudiantes se había levantado contra el gobierno. La rebelión se contagiaba.

—Aunque los cabrones lo niegan, hay cientos de muertos —gimió Josefa—, miles de heridos y sólo Dios sabe qué cantidad de chavos en las cárceles...

A pesar de la brutalidad policíaca, durante las semanas de agitación en Francia no había fallecido más que un estudiante. Uno solo.

—¿Les dispararon, dices?

—Cuando se manifestaban en Tlatelolco. Por culpa de las Olimpiadas, Aníbal. El gobierno no quería que los estudiantes perturbaran las Olimpiadas.

¿Ésa había sido la causa? ¿Las Olimpiadas? Me derrumbé en el asiento. ¡Qué estupidez! ¿Cómo se les ocurrió a esos muchachitos que en México podría reproducirse el Mayo francés? ¿No se daban cuenta de que desafiar la maquinaria represiva de nuestro país equivalía a un suicidio colectivo? ¿No

sospechaban que el mandril que los gobernaba no era tan civilizado como Pompidou y nunca permitiría un desafío similar? Furioso, me precipité a comprar un diario.

Me senté en un café y me dediqué a repasar los escasos datos que proporcionaban los corresponsales extranjeros acreditados en la ciudad de México. La tarea era espantosa y aburrida: ninguna información paliaba mi dolor. Una aciaga casualidad me había conducido a París y ahora me resultaba imposible sentir verdadera indignación ante aquellos muertos lejanos, *mis* muertos. Las imágenes de la manifestación del 2 de octubre, las luces de bengala en el cielo, del tiroteo, los heridos y los cadáveres lucían como simples manchas en el papel: no me concernían. Sentí ganas de vomitar. Lo peor no era mi incapacidad para odiar a Díaz Ordaz y a sus secuaces, sino la falta de un odio verdadero. Yo también estaba muerto, tan muerto como los jóvenes atravesados por las balas de los militares en Tlatelolco. Pagué la cuenta y me deshice de aquellas páginas.

Caminé durante horas hasta llegar a los alrededores de la Embajada de mi patria, en la rue de Longchamp. Allí, debajo de mi bandera, un grupo de policías vigilaba el acceso para contener las protestas que algunos estudiantes franceses realizaban en solidaridad con sus hermanos mexicanos. Pensé en sumarme a la protesta, pero era tarde para resarcir mi culpa. Tomé la dirección contraria y deambulé por los Campos Elíseos como un sonámbulo; sentados en las mesitas de los cafés, los turistas sólo se interesaban en sus bebidas. Atravesé la Place de la Concorde hasta el bulevar Saint-Germain. El paisaje no me parecía siquiera vagamente familiar, los puentes que había admirado tantas veces convertidos en parte de un decorado. Un viento turbio se apoderó de la noche.

Al llegar al cruce con el bulevar Raspail distinguí una figura en medio de las sombras: un sujeto de mediana edad, quizás un poco más viejo que yo, vestido con abrigo y corbata, esperaba un taxi en medio de la noche. Sin duda era un respetable hombre de negocios. Me coloqué a su lado, sumándome a la hipotética fila de espera. Sin reflexionar, me aproximé y, antes de que se diese cuenta de mis intenciones, le encajé un golpe seco en la nuca y lo molí a patadas. Descargué mi rencor en las vísceras de ese miserable. Por fin ponía en práctica las lecciones de esos meses: los ricos y los poderosos eran simples verdugos encubiertos. No me marché de allí hasta que comprobé que el infeliz había perdido la conciencia. Una ola de calor subía por mi espina dorsal. Empecé el camino de regreso. Había pasado la prueba: Tlatelolco me bautizó.

3.2. Elogio de la estulticia

Ocupar un asiento en su seminario constituía una proeza. Los estudiantes se agolpaban a las puertas del auditorio, batiéndose para conseguir un lugar como si quisiesen asistir a un campeonato de fútbol. Si bien no le faltaban detractores —Salmon y Glucksmann lo acusaban de ser una *estrella del estructuralismo* y de no comprometerse con el movimiento de mayo—, Michel Foucault se había convertido en una figura de culto en Vincennes. Sus clases en torno al «Discurso de la sexualidad» convocaban a una multitud que a veces superaba las quinientas personas. Él detestaba las clases numerosas —había insistido en no tener más de cincuenta alumnos—, pero el exceso de público no le impedía compartir su entusiasmo y deleitarse exhibiendo los detalles eruditos, las oscuras fuentes secundarias y las virulentas críticas con que aderezaba sus conferencias.

Yo no había vuelto a verlo desde la marcha a Charléty a fines de mayo pero, a diferencia de lo que hice con Lacan, no tenía la menor intención de acercarme a él: su mirada me provocaba una inquietud difícil de explicar. Sin embargo, leí con entusiasmo algunos de sus libros, en especial su *Historia de la locura en la época clásica*. En mi opinión, ni siquiera Lacan había comprendido la demencia como él; más allá de la distancia casi literaria con que abordaba su tema, Foucault hablaba desde el centro mismo de la anormalidad: «Por el juego del espejo y por el silencio, la locura está llamada sin descanso a juzgarse a sí misma. Además, es juzgada a cada instante desde el exterior; juzgada no por una conciencia moral o científica, sino por una especie de tribunal que constantemente está en audiencia.»

¿Qué es exactamente la locura?, se preguntaba Foucault. Y respondía: una calidad infamante otorgada por los sanos o los poderosos a quienes no son como ellos, a quienes no piensan como ellos, a quienes no se someten a sus reglas y castigos. Expulsado de la sociedad y condenado a ocupar un rango inferior al delincuente, el loco —ese supremo rebelde— está obligado a purgar una condena inmerecida para servir de ejemplo a quienes se atreven a desafiar a los cuerdos. «El asilo es una instancia judicial que no reconoce otra», añadía. «Juzga inmediatamente. Posee sus propios instrumentos de castigo, la unión debe ser evidente, como una culpabilidad reconocida por todos.»

Aunque el libro de Foucault había sido publicado en 1961, los disturbios de mayo le habían conferido una vertiginosa actualidad. Si bien Foucault no había imaginado que su obra pudiese ser leída como una metáfora política, a fines de 1968 su vasto fresco sobre la locura parecía un retrato de la represión

que nuestra sociedad había ejercido contra los estudiantes revolucionarios. Al describir los mecanismos de control ejercidos contra los dementes y al desmenuzar cómo ese poder se transformaba en el centro mismo de la modernidad, el filósofo parecía referirse a la actualidad más inmediata. Sus alumnos de Vincennes escuchábamos sus palabras como si proviniesen de un oráculo.

Aunque era cierto que durante los años previos Foucault se había mantenido lejos del compromiso político, su actitud se había modificado drásticamente. Si a ello se sumaba la influencia que ejercía sobre él Daniel Defert, también militante de la Organización, el acercamiento de Foucault a la izquierda radical resultaba más comprensible. Pese a ser director del departamento de filosofía, apenas se comportaba como tal, decidido a no encarnar una figura de poder como las que criticaba. Su función en Vincennes era más bien la de un catalizador: era difícil saber si disfrutaba realizando tareas administrativas —había quien decía que no tardaría en dimitir—, pero durante los primeros meses de 1969 se le veía contento al tratar de convertir la academia en una experiencia límite.

Lo que entonces yo no imaginaba era que no tardaría en verlo en acción. El 23 de enero de 1969, unos estudiantes del liceo Saint-Louis organizaron unas jornadas para evaluar el movimiento de mayo y, entre otras actividades, programaron una película que mostraba la magnitud de la represión policíaca. Las autoridades de la escuela intentaron impedir la proyección cortando la corriente eléctrica. Unos trescientos alumnos se introdujeron por la fuerza en las instalaciones y con la ayuda de una pequeña planta de luz, presentaron el reportaje. Al terminar, se dirigieron a la Sorbona para sumarse a un mitin que ya tenía lugar allí y, unidos en un frente común, ocuparon la rectoría. A partir de ese momento la irremediable lógica represiva volvió a poner en marcha su ciclo: las fuerzas de seguridad evacuaron a los revoltosos, propiciando una nueva ola de protestas. Aquellos jóvenes se enfrentaron por primera vez a las Guardias Republicanas de Seguridad (GRS), recién creadas para someter a los movimientos subversivos.

En cuanto la noticia llegó a Vincennes, los diversos comités estudiantiles determinaron mostrar su solidaridad hacia los alumnos del liceo Saint-Louis y, tras una asamblea general, tomaron la resolución de ocupar las oficinas del Centro. Cientos de estudiantes se apoderaron de despachos y aulas, edificando un remedo de las barricadas que unos meses atrás habían convertido a la Sorbona en un campo militar. Siempre alerta, Sébastien nos previno de lo que acontecía y asignó las tareas que cada uno debía cumplir. A Benoît y a mí nos ordenó participar en la toma de la rectoría, donde nos

encontramos con Judith y otro grupo de profesores. La hija de Lacan dirigía las acciones con el mismo entusiasmo que desplegaba en sus clases sobre revoluciones culturales sólo que, en vez de enseñarnos la teoría, ahora nos mostraba la práctica. Al comprobar que Judith y sus seguidores mantenían ese flanco bajo control, Benoît y yo nos dirigimos al edificio D, donde nuestra ayuda resultaba más necesaria, y bloqueamos los accesos principales con las papeletas, sillas, escritorios y aparatos de televisión que tanto enorgullecían al ministro Faure.

Entonces divisé la reluciente calva de Foucault. Enfundado en un traje de terciopelo azul, olvidaba su condición de funcionario y se ocupaba de reforzar las barricadas. Su rostro refulgía con esa sonrisa escandalosa que yo había percibido desde la primera vez que lo vi: el cabrón se divertía. Los miembros de las GRS no tardaron en aparecer. Cientos de granaderos rodearon el edificio con el objetivo de tomarlo a cualquier precio. «Ésta es la única advertencia que les haremos», anunció por el megáfono una voz distorsionada. «Sólo tienen dos opciones: abandonar ahora mismo la universidad o atenerse a las consecuencias.» ¡Qué polis tan educados! ¡Nos concedían la oportunidad de rendirnos! Fuera de unos pocos desertores, los demás les respondimos con un abucheo. Yo me volví hacia Foucault, concentrado en preparar un arsenal de piedras y tabiques.

—No seremos presa fácil —le dijo a Defert.

Cerca de la una y media de la tarde la policía cargó con todas sus fuerzas. Hubiésemos podido resistir por más tiempo, de no ser por las granadas lacrimógenas que atravesaron las ventanas: la niebla laceraba los ojos como si contuviese enormes alfileres.

—¡Cuidado! —me gritó Benoît.

Mi primer instinto fue seguir a Foucault —mi general—, mas no logré distinguirlo en medio del humo y los cuerpos en fuga. Al final no me quedó otra opción que correr a la salida para unirme al contingente de prisioneros que las GRS obligaban a subir a sus camionetas militares. Cuando reabrí los ojos —los sentía rebanados como en una escena de Buñuel— comprobé que me habían esposado.

—¿Está bien? —me preguntó Foucault; yo apenas lo distinguía—. Usted debió ser de los últimos en salir, tiene los ojos ensangrentados.

—¿Sabe usted cuánto dura el efecto? —chillé.

Mi pregunta sonó tan formal que Foucault no pudo hacer otra cosa que reír.

—Necesitas lavarte cuanto antes —me respondió Defert en su lugar.

—Lo destrozaron todo en tu oficina —le dijo Foucault a Jean-Claude

Passeron, profesor de sociología.

Al cabo de unos minutos nos depositaron en la comisaría de Beaujon. Más tarde nos enteramos de que el saldo de detenidos ascendía a doscientas veinticinco personas. A nadie le importó que entre ellas estuviesen Foucault y otros distinguidos académicos: todos fuimos fichados como delincuentes comunes. Aunque nos soltaron al alba, esas horas en Beaujon nos permitieron experimentar el mudo desamparo de los reos. Ya con la mente puesta en la creación del Grupo de Información sobre Prisiones, a Foucault aquella experiencia no lo dejaría indiferente.

3.3. Delirio y sinrazón

Nunca entendí por qué Lacan me encargó esa misión. Tras los denuestos que habíamos intercambiado, a últimas fechas nuestros contactos se habían reducido al mínimo; injertado en el círculo de Judith, yo casi había perdido las ganas de discutir con el maestro. Deslumbrado con la idea de demoler el mundo, me parecía ridículo perder el tiempo machacando mi propia angustia. De pronto el psicoanálisis me parecía un pasatiempo narcisista. Por su parte, desde la huida de Claire, Lacan tampoco mostraba demasiado interés hacia mí. Eso hizo aún más extraño que me detuviese al final de uno de sus seminarios y me condujese hasta el húmedo interior del Panteón.

—Doctor Quevedo, necesito pedirle un favor.

¿Había escuchado bien? ¿Lacan me pedía un favor *a mí*?

—Sé que le sonará extraño —prosiguió, leyendo mi asombro—, pero usted podría prestarme un gran servicio. Quisiera que, con toda la discreción posible, me dé su opinión profesional sobre un paciente.

—¿Me habla en serio, doctor?

—Desde luego.

—¿Un caso difícil?

—No exactamente. Alguien que necesita, ¿cómo decirlo?, una segunda opinión.

Lacan controlaba a decenas de miembros de su Escuela y cientos de alumnos en su seminario. ¿Por qué yo?

—Con todo respeto, doctor, no me siento capaz. No ahora.

Lacan encendió un cigarro y se puso a dar vueltas a mi alrededor. No estaba acostumbrado a suplicar.

—No me atrevo a solicitárselo a nadie más, doctor Quevedo. Usted tiene

la ventaja de ser extranjero, posee una mirada fresca, sin prejuicios. Me gustaría que le hiciese una visita, que lo frecuente un poco y que a partir de ahí establezca su opinión —se aclaró la garganta—. Parece tratarse de un trastorno maniaco-depresivo.

—¿Necesita que confirme su diagnóstico?

—Mire, él se encuentra bajo la supervisión de otro médico...

—¿Y entonces para qué me quiere a mí?

—Todo esto suena muy complicado, lo sé. Este otro psiquiatra no es de mi confianza... Una segunda opinión resultaría muy valiosa, ¿comprende? Para saber cómo evoluciona su estado, si es que evoluciona de alguna manera... Y cuáles son sus perspectivas, pues apenas acaba de salir de un confinamiento psiquiátrico de varias semanas.

—¿El paciente pidió su ayuda?

—No —Lacan hizo otra pausa—. Ése es el punto más delicado.

—¿Me está pidiendo que visite a alguien en contra de su voluntad?

—No me malinterprete, doctor Quevedo —exclamó—. Sólo quiero que lo visite, que lo vea de cerca, que hable un poco con él.

—¿Puedo saber el nombre del paciente? —concedí.

La voz del psicoanalista se volvió casi inaudible.

—Louis Althusser.

Yo sabía que, desde hacía varios años, Althusser y Lacan sostenían una ambigua relación marcada tanto por el respeto como por la desconfianza. Lacan me explicó que Althusser padecía una depresión clínica que alcanzó su punto culminante en 1947, poco después de regresar del *stalag* en que pasó la guerra como prisionero y de conocer a su compañera, Hélène Legotien. Tras hacer el amor con ella por primera vez, el filósofo sufrió una severa crisis de angustia de la cual ya nunca se recuperó del todo. Convertida en una especie de enfermera, Hélène lo conminó a consultar al doctor Pierre Mâle, el cual le diagnosticó una demencia precoz y lo hizo internar en el Pabellón Esquirol del Hospital Sainte-Anne. Aislado de su familia y del mundo exterior, durante esos meses Althusser sólo conservó el contacto con Hélène, quien se las ingeniaba para visitarlo evadiendo la vigilancia de los enfermeros. No obstante, conforme pasaban los días su malestar se tornaba más agudo, recrudescido por los fármacos que lo dejaban convertido en una piel sin vida, en un cuerpo que no hacía otra cosa que evadir la lucidez —el dolor— por medio del sueño.

Asustada ante la falta de perspectivas, Hélène solicitó el diagnóstico de un nuevo psiquiatra, Julián de Ajuriaguerra, el cual modificó el diagnóstico de Mâle por el de psicosis maniaco-depresiva. Atrapado dentro de esta categoría clínica que desde la Grecia clásica se asocia con los creadores —¿Por qué

todos los artistas son melancólicos?, se pregunta el fragmento XXX, 1, falsamente atribuido a Aristóteles—, a partir de ese momento el filósofo debió recibir el único tratamiento que entonces se consideraba eficaz para combatir ese *sol negro*: los electrochoques. Tras ser sometido a veinte sesiones de esta *pequeña muerte*, al fin fue autorizado a abandonar el sanatorio. La cura se reveló poco efectiva: a consecuencia de una severa crisis en 1950, Althusser cambió una vez más de médico y se puso bajo el cuidado de Laurent Stévenin, quien optó por el narcoanálisis.

Debido a su dolorosa experiencia, el filósofo siempre mantuvo un complejo acercamiento hacia el psicoanálisis: por una parte se sentía fascinado por Freud, cuya lectura le ayudó a modelar sus ideas, y por otra se resistía a utilizarlo para sí y, mientras en público se asumía como uno de sus mayores adalides, en privado prefería emplear fármacos tradicionales. Desde el principio, su relación con Lacan sufrió de esta misma ambigüedad.

La primera vez que lo vio fue en 1945, durante un ciclo de conferencias en la Escuela Normal Superior dedicadas a la psicopatología; escondido entre el público, Althusser juzgó insoportable su verborrea. Con el tiempo se dio a la tarea de leerlo y poco a poco se convirtió en su admirador, al grado de incluir sus obras como obligado tema de estudio en sus cursos.

Aunque uno hubiese sospechado que su pertenencia a esa corriente que con extrema laxitud se denomina *estructuralismo* los habría hecho coincidir en numerosas ocasiones, no fue sino hasta 1963 cuando ambos entablaron una correspondencia personal. Lacan había escuchado hablar de Althusser — Nicole Bernheim-Alphandéry, cercana amiga del filósofo, pasó varios años como paciente suya— y había ojeado algunos de sus escritos, sin que el pensamiento filosófico de su colega llegase a atraerle, cuando descubrió un artículo publicado en la *Revue de l'enseignement philosophique* titulado «Filosofía y ciencias humanas», en donde, para su sorpresa, Althusser se refería a él en términos muy elogiosos. Por esa época Lacan acababa de ser forzado a abandonar las aulas de Sainte-Anne, donde impartía su seminario, y se le ocurrió que tal vez Althusser podría ofrecerle uno de los auditorios de la Normal Superior. Decidió escribirle, dando lugar a un complejo intercambio epistolar dominado por la admiración que sentía Althusser por Lacan y la indiferencia que éste experimentaba por aquél.

El primer encuentro entre ambos se llevó a cabo a principios de diciembre de 1963, en casa de Lacan. Éste acababa de ser excluido de la lista de enseñantes de la IPA y se enfrentaba al dilema de romper definitivamente con la SFP o permanecer en ella sin poder conducir análisis didácticos. Por una vez los papeles se invertían: Lacan se sumía en la depresión y Althusser, en

cambio, gozaba de un período de lucidez. Tras un breve intercambio de elogios, el filósofo convenció al psicoanalista de ir a un restaurante de Saint-Germain y a lo largo de toda la cena se dedicó a alabarlo; a la hora de los postres, incluso le propuso establecer una alianza contra sus enemigos comunes. Lacan apenas hizo caso del entusiasta monólogo de su interlocutor, aunque al final valió la pena soportar aquella perorata: Althusser le prometió que intervendría para que el psicoanalista pudiese trasladar su seminario a la rue d'Ulm.

Entusiasmado por lo que creía no sólo un encuentro azaroso sino un momento fundacional, a partir de esa noche Althusser dedicó gran parte de su energía a promover las ideas de Lacan. Organizó un ciclo de conferencias en el cual leyó un texto sobre su *cómplice*, publicado luego con el título de «Freud y Lacan», y, aun cuando en algunos pasajes se atrevía a criticarlo —«si asiste al seminario, usted verá todo tipo de gente rezando delante de un discurso incomprensible»—, lo hacía con la esperanza de proporcionarle a Lacan nuevos estudiantes. Fue tanta la vehemencia con que el filósofo defendió al psicoanalista, que no tardó en convertir a algunos de sus propios alumnos, como Jacques-Alain Miller, en lacanianos militantes.

En cuanto Lacan leyó los trabajos de Miller, comprendió que había encontrado al discípulo que le hacía falta; si bien se contentó con responderle a Althusser con un *Bastante bien, su chico*, en realidad quedó encantado. Un par de años más tarde, en 1966, Miller se casó con Judith. Althusser, entretanto, sufría una nueva crisis que lo llevó a desechar una vez más a su analista. Aunque en ese momento consideró la posibilidad de convertirse en paciente de Lacan, al final su elección recayó en René Diatkine, el cual había sido analizado por aquél. Ése era el hombre cuyo trabajo yo debía evaluar.

—¿Y cómo voy a acercarme a Althusser?

—No será difícil —me tranquilizó Lacan—. Yo le enviaré una nota diciéndole que usted está muy interesado en conocerlo, tal como él hizo cuando me envió a Miller. ¿Qué le parece si le decimos que usted prepara una memoria sobre marxismo y psicoanálisis? Además, como usted es sudamericano...

—Mexicano... —lo interrumpí.

—Además, como usted es *mexicano* —corrigió con enfado—, y él mantiene unos lazos especialmente afectuosos con colegas de esa parte del mundo, estoy seguro de que no dudará en recibirlo.

3.4. Lacan en Vincennes

Judith podía ser sagaz y maliciosa, pero entre sus virtudes no se contaba la prudencia. Como las acciones clandestinas siempre terminaban por fastidiarla, nunca pasaba mucho tiempo antes de que su nombre, indefectiblemente ligado a su padre y su marido, circulase de boca en boca a causa de un nuevo escándalo. En medio del desorden de Vincennes, sus lecciones no constituían un ejemplo de mesura. Sus disertaciones en torno a la Revolución Cultural solían concluir en arengas contra los aparatos represivos del Estado —ARE, para usar el enfático nombre que les había dado Althusser— y contra la propia universidad. Para Judith, no había contradicción alguna entre su condición de funcionaria y profesora y su deseo de acabar con su fuente de trabajo: la forma más simple de desgastar un organismo era carcomiéndolo por dentro. Igual que su esposo, ella siempre nos animó a *écraser l'université*.

Para demostrar su desprecio hacia el sistema educativo, mi joven profesora desdeñaba todos los sistemas de evaluación pues, según ella, sólo acrecentaban las diferencias sociales. Por tanto, Judith le concedía a sus alumnos las unidades pedagógicas que consideraba convenientes sin tomar en cuenta sus méritos o el resultado de sus exámenes. Cuando estaba de buen humor, se permitía repartir las notas más altas mientras viajaba en autobús sin otro baremo que el azar. Esta liviandad no hubiese constituido sino una más de las infinitas anécdotas que sazonaban la leyenda negra de Vincennes, de no ser por la debilidad de Judith hacia la prensa de sociales.

En una entrevista con Madeleine Chapsal y Michèle Manaceaux, las cuales preparaban un libro titulado *Profesores, ¿para qué?*, la joven académica no tuvo empacho en afirmar que la universidad era una de las peores calamidades generadas por la sociedad contemporánea, y propuso su inmediata destrucción; por si fuera poco, se permitió aderezar sus ideas describiendo las particularidades de su sistema evaluativo en los autobuses de París. Esta ocurrencia tampoco hubiese constituido más que una historia desproporcionada del tipo de enseñanza que se impartía en el Centro Universitario Experimental, de no ser porque Chapsal y Manaceaux publicaron un fragmento de sus declaraciones en *L'Express*.

A la mañana siguiente, mientras tomaba el café que le servía de desayuno, el nuevo ministro de Educación se atragantó con las palabras de la hija de Lacan. Su orden fue inapelable: «esa mujer» debía ser expulsada en el acto de la educación universitaria y remitida a su condición de profesora de liceo. Con esta medida, el ministro pretendía evitar el debate que ya se avecinaba pero, tal como quería Judith, sólo consiguió acentuarlo. Vincennes

quedó más expuesta que nunca a las críticas: ahora nadie dudaba de que fuese un nido de izquierdistas, una escuela de delincuentes. En este juego a dos bandas, Judith obtuvo un triunfo mayor que el ministro: poco importaba que su desafío la obligase a lidiar con mequetrefes de diecisiete años, aún más revoltosos que ella misma: el escándalo confirmaba la necesidad de acabar con aquella farsa.

Unas semanas después de la expulsión de su hija, Lacan aceptó la invitación que le formuló la sección de psicoanálisis de Vincennes para impartir una conferencia. Hasta entonces él no había querido presentarse allí —a fin de cuentas sus discípulos controlaban el departamento—, pero Serge Leclaire había comenzado a adquirir una peligrosa autonomía.

—Doctor, sinceramente no se lo aconsejo —le dije yo, un día antes de su visita—. Los radicales lo consideran un tirano, no van a dejarlo en paz.

De nada sirvieron mis recomendaciones. En cuanto ingresó en el auditorio, luciendo una de sus típicas camisas de cuello de tortuga, los gritos acallaron su saludo. Impertérrito, el psicoanalista continuó su marcha hasta el estrado, indiferente a los abucheos. La sala de conferencias hervía como una olla de presión. Aunque yo aún le tenía cierto aprecio, en secreto gozaba de la rechifla. Sin hablar, Lacan se volvía tan frágil como un niño. La escena, que hasta entonces evocaba las desventuras de un mago de feria, derivó en una sucesión de malentendidos que, de no ser por su alta dosis de mal gusto, uno hubiese pensado dignos de un *vaudeville* o una película de los hermanos Marx.

LACAN EN VINCENNES (Farsa en un acto)

Mientras Lacan hace lo imposible por hacerse oír, un perro atraviesa la tarima que se encuentra a sus espaldas. Risas. Lacan, en cambio, mantiene su severidad con el aplomo de uno de esos comediantes que nunca se ríen de sus propios sketches. Furioso, Lacan abandona el sesudo tema que abordaba y comienza a referirse ni más ni menos que a la conducta del animal:

Lacan (*señalando a la perrita*): Ya que no les interesan otros temas, les voy a hablar de ella, mi dulce hada. Si la comparo con ustedes, creo que es la única persona que conozco que en realidad sabe lo que dice. Desde luego, yo no soy capaz de repetir lo que dice, pero eso no significa que ella no diga nada, el problema es que no lo dice con palabras. Por lo general habla cuando se siente angustiada. Entonces se recuesta sobre mí y pone su cabeza sobre mis rodillas. En el fondo, ella sabe que yo voy

a morir. Por cierto, se llama *Justine*...

Estudiante 1 (*con un atisbo de lucidez o con simple descortesía*): ¡Pero qué le pasa al viejo! ¡Nos está hablando de su perro! (*Risas.*)

Lacan: Es perra, ya lo he dicho. ¡Vea qué hermosa es! Usted debería prestar más atención antes de hablar...

Las risas se convierten en carcajadas. Unos provocadores se obstinan en acabar con la fiesta. Uno de ellos se levanta de su asiento y se dirige al frente.

Lacan: La única cosa que diferencia a mi perrita de ese tipo es que ella no fue a la universidad. (*Aplausos.*)

Decidido a mofarse del maestro, el estudiante en cuestión comienza a quitarse la ropa poco a poco, en un improvisado strip-tease.

Lacan (*dirigiéndose al stripper*): Escuche, amigo, ayer por la noche fui al Open-Theater y vi a un actor que hacía lo mismo que usted, sólo que él sí tenía nalgas, y se encueró completamente... Así que no se detenga... ¡Vamos, vamos, continúe, carajo!

Tras las últimas risas, por fin un sosegado y denso silencio.

Estudiante 1: ¿Podría hablar usted más lentamente? Es que algunos de los estudiantes no alcanzamos a tomar notas...

Estudiante 2 (*desde el fondo de la sala*): Hace falta ser pendejo para tomar notas y no entender el psicoanálisis de Lacan.

Estudiante 3: Pinche Lacan, hace horas esperamos que hagas una crítica abierta del psicoanálisis... Por eso permanecemos calladitos, para oír tu autocrítica.

Lacan (*sorprendido*): ¡Pero si yo no soy un crítico del psicoanálisis! No se trata de criticar por criticar. Usted me entiende mal, jovencito, ¡yo no soy un contestatario!

Estudiante 4 (*salmodiando*): En el cielo, a la diestra de Dios, está Lacan...

Lacan: Si tuviera un poco de paciencia, le explicaría que la aspiración revolucionaria no tiene la menor oportunidad de sabotear el discurso de los maestros. (*Pausa.*) A lo que ustedes aspiran, como revolucionarios, es a un nuevo amo. ¿Y saben qué les digo? Que lo van a tener...

Voz de mujer: ¡Pero si ya tenemos a Pompi!

Lacan: ¿Ustedes piensan que Pompidou es su amo? ¿Y entonces qué diablos

hacen aquí? Yo también quisiera hacerles algunas preguntas. ¿Alguno de ustedes tiene idea de lo que significa la palabra *liberal*?

Coro de estudiantes: Pompidou es liberal, Lacan también.

Lacan: No, no han entendido. Yo no soy liberal más que en la medida en que no estoy en contra del progreso. Cómo son las cosas. Yo fundé un movimiento que en realidad merece llamarse progresista, porque es progresista fundar el discurso psicoanalítico y completar el círculo que quizás nos permita saber contra qué diablos se rebelan ustedes. Todo esto, sin embargo, no impide que me la esté pasando de puta madre. Porque, aunque no se den cuenta, ustedes son los primeros en colaborar con el gobierno, aquí mismo en Vincennes. Ustedes son los cómplices de este régimen. ¿Comprenden lo que digo? Ay, mis niños. Ustedes no lo saben, pero el régimen los utiliza. Los ve de lejos y se limita a decir: «Mira cómo gozan esos pendejos con su revolución.» Y eso es todo. En fin. *Bye, bye.*

Aplausos mezclados con silbidos.

Telón

4. TERRORISMO, CELOS Y FOIE GRAS

Uno de los «efectos» del devenir-humano del pequeño ente biológico surgido del parto humano: he ahí, en su lugar, el objeto del psicoanálisis que toma el sencillo nombre de *inconsciente*.

Althusser, *Freud y Lacan*

4.1. *Dementia* amorosa

Nunca antes había traspasado el umbral de la rue d'Ulm. En un medio académico tan estratificado como el francés, donde cada institución conserva su propia leyenda, los *normaliens* constituyen una clase aparte. Casi sin excepciones uno puede reconocer en cada promoción un representante ilustre, aunque pocos de ellos tan ligados a su alma máter como Louis Althusser. A diferencia de los alumnos comunes y corrientes, él transformó la Normale Sup en su hogar y su atalaya. Aislado del mundo a causa de su descontrol psíquico, siempre retornaba a su modesta pensión aneja al edificio principal, el único lugar donde gozaba de la calma necesaria para su trabajo. El filósofo pertenecía a este semillero de genios desde 1948, cuando se resignó a aceptar el puesto de *caimán* de filosofía debido a que la enfermedad siempre le impidió obtener un diploma superior al de maestro. Transformado en una especie de Virgilio, se encargó de formar a varias generaciones de aprendices, entre cuyos miembros destacarían Michel Foucault, quien pese a su suspicacia hacia el marxismo nunca dejó de estimarlo, o Jacques-Alain Miller, más tarde convertido en el heredero espiritual de Lacan.

—¿A quién dices que venimos a ver? —me preguntó Josefa cuando nos acercamos a su puerta.

—De seguro nunca has oído hablar de él. Un filósofo comunista. No te

preocupes, yo haré todas las preguntas.

Descubrimos al filósofo desbordado sobre una montaña de papeles mientras estudiaba un folio recién mecanografiado. Tan concentrado se hallaba en su propósito, que no se percató de nuestra presencia. Su rostro abotagado y triste, con esa medrosa expresión de ausencia, se iluminaba gracias al incesante movimiento de sus tersos ojos azules, casi transparentes.

—¿Profesor Althusser? —me aventuré.

—¿Sí?

Sorprendido con nuestro saludo, el filósofo nos observó con desconfianza. Me acerqué unos pasos y le extendí la mano; sin comprender mis intenciones, él se retrajo, temeroso.

—Mi nombre es Aníbal Quevedo —insistí—. El profesor Jacques Lacan debió prevenirlo sobre mi visita.

Althusser no modificó su extrañeza.

—Lacan —gruñó al fin.

Los tres nos sumimos en un silencio pesaroso. La escena se tornaba francamente incómoda.

—Me emociona mucho conocerlo —exclamé—. *Para Marx y Para leer «El capital»* han sido libros imprescindibles para mí...

Sin aceptar el halago, Althusser se reservó cualquier comentario. Todo lo que atinó a decir fue un simple:

—*Bof...*

—Me parece extremadamente interesante su idea de aplicar el concepto de ruptura epistemológica bachelardiana al joven Marx... —proseguí.

—*Bof...*

—Estoy convencido de que constituye una aportación fundamental para la renovación del pensamiento marxista...

—*Bof...* —resopló por tercera vez.

—¿No cree que con esa obra usted ha dado un importantísimo paso para comprender cuál es el verdadero papel de la ideología en la sociedad poscapitalista...?

Devorándome con sus labios severos y gelatinosos, el filósofo respondió con gravedad:

—No, en absoluto.

Y calló de nuevo.

—¿Pero no considera usted que la lectura sintomal del joven Marx puede ayudarnos a definir cómo la ideología nos domina...?

Esta vez ni siquiera se esforzó en rebatirme.

—Pero, profesor... —ni siquiera alcancé a terminar la frase.

Nos acercábamos al catastrófico fin de la entrevista cuando Josefa tomó la palabra.

—Disculpe, profesor, ¿puedo hacerle una pregunta?

¡No le había dicho que permaneciera callada! Le di un discreto puntapié bajo la mesa. Revelando su buena educación, Althusser miró a Josefa a los ojos. Yo imaginé que se limitaría a apabullarla sin más, pero por alguna razón pareció como si la medalla de la Virgen de Guadalupe que pendía del cuello de Josefa hubiese llamado su atención.

—Diga usted, señorita.

—¿De verdad usted es comunista?

Arrancado de su letargo por este agujonazo, el filósofo se incorporó en su silla.

—¿Cómo dice? —gruñó.

—Le he preguntado si usted es comunista —insistió ella, jugueteando con su medalla.

Althusser se revolvió en su asiento, sin apartar su mirada de Josefa.

—Así es. Y, por lo que veo, usted es católica...

—Guadalupana —repuso Josefa, orgullosa.

El filósofo sonrió.

—Pues en el fondo yo creo que no hay tanta diferencia entre nosotros, señorita. Como le escribí a mi amigo Jean Lacroix hace muchos años, yo dejé de ser católico porque me parecía imposible vivir como tal. Y en cambio hallé una manera distinta de preocuparme por los demás...

—¿En el Partido Comunista? —lo interrumpió Josefa.

—Allí encontré una libertad que nunca antes había experimentado.

—¿De veras?

—Aunque usted no lo crea, señorita.

—Pero usted ha sido constantemente criticado por sus dirigentes —intervine yo.

—No, ellos nunca me acusaron a mí, sino a Hélène, mi mujer —me aclaró Althusser con fastidio.

—¿A su esposa? —repitió Josefa.

—Fue ella quien me acercó al comunismo, pero siempre tuvo muchos problemas con la dirección del Partido... La acusaban de los peores crímenes... Decían que había torturado a unos colaboracionistas y que los había asesinado tras la liberación...

La voz del filósofo encubría cierta vergüenza.

—Pero era falso...

—Hélène estuvo cerca del Partido desde los años treinta, pero en 1939

perdió todo contacto con la dirección. Se integró a la resistencia, muy cerca de Louis Aragon, quien luego se convertiría en su enemigo debido a los celos de Elsa Triolet. ¡Qué vida la de Héléne! Yo pasé la mayor parte de la guerra en un campo de concentración y siempre envidié su militancia con los maquis. En cambio ella es una mujer extraordinaria, valiente y arrojada. Llena de vida y de energía, dispuesta a todo para defender sus ideales...

—¿Y usted siguió en el Partido a pesar de todo?

—Claro, yo debía probar con mi conducta que éramos buenos comunistas. Como militante siempre hice lo que se esperaba de mí —Althusser tartamudeaba—. Incluso creé una célula aquí, en la Escuela... Pero aun así las perspectivas de Héléne no mejoraron. Ella ya ni siquiera deseaba regresar al Partido, sólo que la dejaran trabajar en la Organización de Mujeres Francesas y en el Movimiento por la Paz.

—¿En dónde? —intervino Josefa.

—Como Héléne no podía pertenecer al Partido, al menos quería colaborar con esas organizaciones afines... Pero entonces la acusaron de enviar municiones a Nantes e Indochina desobedeciendo órdenes superiores y la obligaron a emprender una rigurosa autocrítica. A mí también me obligaron a declarar en el proceso ante el Consejo Comunal del Partido...

—¿Sobre la conducta de Héléne?

—Yo no estaba dispuesto a seguir su juego, así que permanecí callado, obligado a escuchar las acusaciones en su contra. Al final, esos jueces de pacotilla no tuvieron piedad y la excluyeron del Movimiento sin contemplaciones. Por si no fuera suficiente, la célula de la Normale Sup me exigió que rompiera con Héléne.

¿Por qué Althusser nos contaba aquella historia? O, más bien, ¿por qué se la contaba a Josefa?

—Pero usted resistió —exclamó ella.

Althusser se levantó de su asiento y se llevó las manos al rostro.

—Fue una época espantosa... Durante varios días no tuve conciencia de mí mismo. Tenía que consultar al médico una y otra vez...

Josefa se acercó a Althusser. Yo no daba crédito a mis ojos: de pronto vi cómo lo sostenía del brazo, dándole pequeñas palmadas en la espalda. Y lo más extraordinario era que él se abandonaba a su ternura.

—¿Y Héléne?

—Nos separamos por un tiempo —reconoció Althusser, compungido—, al menos oficialmente. Yo debía verla a escondidas para escapar de la vigilancia de mis camaradas.

—¿Aceptó usted romper con ella? —me indigné.

—Sólo en público... No podía hacer otra cosa...

Althusser se precipitó en un silencio culpable.

—Así acabó todo —concluyó el filósofo—. Como Hélène nunca fue miembro del Partido, tampoco podían expulsarla. Se conformaron con negarle la posibilidad de afiliarse. Y a mí, me permitieron seguirla viendo siempre y cuando fuese discreto.

Tras esta pasmosa confidencia, yo insistí en que debíamos marcharnos. Antes de abandonar su despacho, le dije que me gustaría mucho volver a verlo, pero él me ignoró del todo. Se limitó a despedirse de Josefa y, en un descuido, colocó la mano en la cuenca de su mano.

4.2. El regreso de Claire

Atrapado por la inercia revolucionaria, ni siquiera consideré la posibilidad de que Claire pudiese reaparecer. Mi despecho había adelgazado sus huellas, convirtiéndola en una metáfora inofensiva, un escudo o un emblema, una santa patrona a quien yo rendía homenaje con mis actos. Por ello mi primera reacción al distinguir su perfil en medio de los cuerpos que abarrotaban una de las cotidianas asambleas generales en Vincennes —¡su cabello rubio, sus manos blanquísimas!—, fue escapar de inmediato. Sólo al cabo de unos minutos, disimulado en un corro de estudiantes, tenso y sudoroso, reuní el valor para enfrentarla.

Como si nunca se hubiese marchado, como si siempre hubiera estado allí, indiferente a mi dolor, Claire conversaba en voz baja con Jacques-Alain Miller en una de las esquinas del salón. A pesar de que lucía una tez bronceada y de que su cabello apenas flotaba arriba de su nuca, los ásperos movimientos de sus brazos y la agitación de su semblante eran los mismos de siempre. Debí verme ridículo paseando de un lado a otro de la sala, esquivando los codazos, aterrado con la idea de extraviarla de nuevo o de descubrir que sólo era un espejismo. ¿Qué hacía allí? Y, si al final había regresado a París, ¿por qué no me había prevenido? Me coloqué frente a ella para apresurar el término de su charla con Miller. Éste me miró de reojo, indiferente a mi desgarradura; en los labios de Claire advertí, en cambio, un guiño de complicidad. Me armé de paciencia y permanecí a su lado como un ujier o un guardaespaldas. Transcurrió una media hora antes de que el yerno de Lacan tuviese a bien dejarnos a solas. Claire me acogió en un largo abrazo.

—¡Aníbal! —exclamó.

Hubiera esperado toda la vida para volver a escucharla.

—¿Dónde has estado?

Pese a la luz que impregnaba sus mejillas me pareció advertir en ella cierto desequilibrio.

—Mejor cuéntame qué has hecho tú.

Nos apresuramos a salir; tomamos el metro y, mientras surcábamos los túneles subterráneos rumbo a la Rive Gauche —el escenario de nuestra gloria pasada—, le resumí mi itinerario de los últimos meses. Orgulloso, le referí mi encuentro con Judith y mi posterior ingreso en las filas de la Organización. Instalados en la terraza del Café de la Mairie, al fin me atreví a preguntarle por qué había huido.

—A veces el tiempo de la revolución no coincide con el nuestro —me contestó de modo enigmático—. Tenía que irme, ni siquiera tuve tiempo de pensarlo. Se me presentó la oportunidad, o más bien la obligación, y de pronto ya me encontraba al otro lado del Atlántico, ¿comprendes?

La verdad, no. Atragantándose con ingentes tragos de un vino demasiado dulce —según ella celebrábamos nuestro reencuentro—, Claire me contó algunos fragmentos de su aventura. Su relato me hizo estremecer: esa vida suya, sórdida y audaz, ya no me pertenecía.

—Supe lo que pasó en México —me dijo—. No sabes cómo lo siento. Los cabrones están en todas partes.

Estuve a punto de contarle mi experiencia posterior al dos de octubre, pero preferí seguirla escuchando; Claire me reveló entonces que ella no había estado muy lejos del lugar de la masacre y que no había dejado de pensar en mí...

—¿Estuviste en México? —salté.

—No, en Venezuela.

—¡En Venezuela!

Poco importaba que entre Caracas y Tlatelolco hubiese miles de kilómetros de distancia: para ella América Latina carecía de fronteras.

—Al fin cumplí mi sueño de hacer la revolución en América del Sur, ¿recuerdas? Pasé todos estos meses entre la sierra y la selva —delineó una mueca feroz, o acaso sólo fuese un reflejo provocado por el vino—. No te imaginas cuál es la situación allá. Comparado con lo que vi, lo que sucede en París es un juego de niños. En esos países la guerra es de verdad, no un simple simulacro; tú lo sabes.

A lo largo de las siguientes horas Claire deshilvanó una rocambolesca sucesión de aventuras que parecían extraídas de las abigarradas novelas latinoamericanas que tanto éxito empezaban a tener en esa época. Yo sabía que ella nunca antes había estado en América Latina, que su español era

menos que rudimentario y su conocimiento de la zona basado en las películas, pero aun así se empeñaba en demostrarme que se había convertido en experta en la geopolítica sudamericana y, barruntando algunas frases en un pedregoso castellano —su acento despedazaba las erres—, me hizo un inventario de las atrocidades cometidas por el ejército en las comunidades amazónicas. Para lograr que tomasen conciencia de la explotación, Claire había arado sus tierras, ordeñado su ganado y empuñado sus machetes hasta convertirse, según sus palabras, en una campesina como ellos. Cuando al fin ganó su confianza, los guerrilleros locales la incorporaron a su lucha.

—Pero la verdad es que se lo debo todo a él —reconoció—. Sin su apoyo, yo nunca hubiese entendido las necesidades de esa gente. Y no hubiese sobrevivido, Aníbal.

Sus palabras tuvieron el efecto de un baño helado; mi embriaguez desapareció en un segundo: un hombre, *su compañero*, había sido el responsable de su viaje. Más adelante me enteraría de que se trataba de un francés que llevaba más de un año en la selva amazónica tratando de armar un pequeño ejército de indígenas como tantos otros idealistas o dementes que, a semejanza de Régis Debray, no dudaban en entregar su libertad o su vida con tal de contribuir al triunfo de la revolución en el tercer mundo. Su nombre era Pierre y, según ella, llegó a adquirir gran influencia en la guerrilla venezolana. Aunque en realidad se trataba de un personaje turbio y violento —siempre sudoroso—, ella lo describía como un semidiós, un héroe que en esos meses de sexo y muerte había llenado el vacío dejado por Lacan. De acuerdo con su descripción, Pierre era el reverso del psicoanalista: un hombre de acción dispuesto a defender sus ideales a cualquier precio. Deglutí un último trago de vino esperando ahogarme en una tibia imbecilidad; por fortuna el camarero nos entregó la cuenta y nos exigió que nos marchásemos. Alegando mi estado etílico, no acepté la invitación que me formuló para acompañarla a su casa a beber una última copa junto con su compañero. Paseamos un rato más hasta que, poco antes de separarnos, Claire se volvió hacia mí.

—¿Todavía me quieres, Aníbal? Tenía tantas ganas de verte. Eché mucho de menos nuestras... conversaciones. ¿Te acuerdas?

—Sí, me acuerdo.

—Me hiciste falta. Pierre tiene una energía incombustible, nunca se cansa, nunca se detiene... Pero a veces me da miedo. Sólo contigo me siento a salvo.

Su halago no me alivió. Yo no necesitaba su compasión o su ternura.

—Me alegro de que al fin estemos de acuerdo —me abrazó con energía—. Pase lo que pase, la revolución nos mantendrá unidos.

Nos separamos a mitad de la plaza, amedrentados por las torres de la iglesia. Antes de desaparecer, Claire me depositó un beso en la comisura de los labios. El Santo Suplicio, sin duda.

4.3. Objetivo: Lacan

Resentido por la traición de Claire, mi educación revolucionaria se volvió tan rigurosa como aciaga: si bien en Vincennes nadie me mostró el camino hacia el éxito académico, en cambio sí aprendí a planear todo tipo de acciones subversivas. Entretanto, un súbito vuelco de la fortuna había modificado drásticamente la correlación de fuerzas en el interior de nuestro destacamento. Con el pretexto o acaso la voluntad real de promoverlo, Sébastien fue enviado al frente de Marsella como segundo de Tony y nuestro grupo quedó acéfalo, o más bien controlado provisionalmente por Benoît, hasta el momento en que la dirección nos pidió colaborar con un nuevo líder. De entre todos los posibles candidatos, la fatalidad hizo que la responsabilidad de dirigir nuestro contingente recayese justamente en Pierre.

Confirmando mis prejuicios, nuestro cabecilla resultó ser un sujeto arisco y taimado, con un humor tórrido y opaco como las selvas de las cuales acababa de llegar. Para colmo, apestaba. Desde el primer momento él se burló de mi ineficacia con las armas, de mi edad por encima del promedio e incluso de mi nacionalidad, y no cejó en su intento de quebrar mi ánimo, convencido de que yo no era más que un asqueroso pequeñoburgués. Me resigné a conservar la calma frente a sus ultrajes para demostrarle la firmeza de mis convicciones. ¿Qué había encontrado Claire en alguien tan deleznable? Acaso sólo otro espejo de su desequilibrio, la prolongación masculina de su inseguridad. Si antes se había enamorado de un hombre que era la encarnación de la cordura, ahora se enredaba con la imagen viva de la insania.

De acuerdo con los rumores filtrados por Benoît, a quien nuestro líder tampoco le simpatizaba, Pierre pretendía crear una verdadera guerrilla urbana, a imagen y semejanza de la que había implantado —o al menos eso presumía— en Venezuela. Desaprobada esta iniciativa, decidió entonces articular una serie de actividades terroristas en las cuales estábamos obligados a participar. No sé si algo en el pasado de Pierre lo volvía inmune —se decía que era muy amigo de su homónimo Pierre Victor—, pero en mi opinión nada justificaba la influencia que un individuo tan inestable como él ejercía en la Organización. Su fama de arrojado escondía un padecimiento mental agudo: era peligroso. Como no me interesaba enfrentarme con él, opté por acatar sus órdenes sin discutir.

—Está chalado —me reprendió Josefa—. Basta con verle el rostro de babuino. Yo que tú, lo mandaba a chingar a su madre.

—¿Por qué Claire lo prefirió a él?

—Dios los hace... —me respondió sin compasión.

Como si Pierre fuese el portador de una enfermedad tropical, poco a poco nos contagió su inestabilidad y su delirio. Al final, los demás miembros del destacamento desertaron para alejarse de él y yo terminé convertido en su asistente. No nos unía ni la amistad ni la comunidad de intereses, sino una inquina disimulada y silenciosa. Pierre no diferenciaba el activismo político del simple bandidaje: sus caprichos se confundían con los deseos de justicia de los oprimidos. Los hombres de carne y hueso le importaban muy poco; sus deseos, su libertad o sus vidas no tenían la menor relevancia comparados con los de esos pueblos eternamente sojuzgados por los que decía luchar. En aras de un futuro de justicia, no tenía empacho en sacrificar a cualquiera que interfiriese en sus planes.

A pesar de mi crispación, no dejaba de acatar sus dictados: tal vez yo también comenzaba a aficionarme a la violencia. Cada vez que asaltábamos una tienda —Pierre aseguraba que su intención era obtener recursos para la causa, aunque yo sabía que sólo deseaba aumentar sus provisiones de alcohol—, cada vez que quebrábamos una vidriera o irrumpíamos en una obra de teatro para gritar consignas a favor de Mao, me sentía presa de un furor incombustible y lujurioso; entonces dejaba de parecerme grave que él se gastase el dinero de los asaltos comprando ropa de diseño, emborrachándose con champaña o saciando su apetito con latas de caviar. Aunque reprobaba su mal gusto —su vertiente rebelde no lo libraba de su condición de nuevo rico—, yo procuraba minimizar sus excentricidades. Ni siquiera me atreví a confrontarlo la vez que asaltó una farmacia y le entregó los dos mil quinientos francos del botín a uno de sus efímeros compañeros de juergas para que conquistase a una chica que se hacía la difícil.

A la larga nuestra mutua desconfianza nos condujo a una especie de interregno. Para evitar una ruptura definitiva, nos separamos unos días. Pierre se marchó a Suiza en busca de recursos frescos —un eufemismo que disfrazaba sus fechorías al otro lado de la frontera— y, aprovechando su ausencia, yo volví a mis erráticas clases en Vincennes. No me interesaba saber nada de él, mas no dejaba de temer por la suerte que podría correr Claire a su regreso. No podía adivinar, sin embargo, que, por una razón incomprensible, o quizás justamente por su odio a la razón, en ese viaje a Suiza a Pierre se le ocurrió el más disparatado de sus planes. Tal vez porque se sabía irracional, el infeliz tomó la determinación de asesinar a Jacques Lacan.

Sí, a Lacan. No era probable que nuestras conversaciones lo hubiesen llevado a barajar semejante idea, así que sólo quedaba una explicación posible: una indiscreción o un desliz debieron llevarlo a sospechar que la relación que Claire mantenía con el psicoanalista no era estrictamente profesional.

A su regreso a París, Pierre comenzó a apostarse a diario frente al número 5 de la rue de Lille para observar el ritmo de entradas y salidas del gabinete del maestro. Copiando sin saberlo mi conducta de hacía unos meses, memorizaba el inventario de costumbres y horarios de su futura víctima, diseñando la estratagema que le permitiría liquidarlo sin peligro. Sus intenciones eran tan bestiales como expeditivas: una vez que el último paciente hubiese abandonado el lugar, Pierre tocaría a la puerta, esperaría a que Gloria le abriese, la dejaría inconsciente con un buen golpe y subiría de inmediato las escaleras hasta el despacho de Lacan. Una vez allí se atrevería a jugar con un poco, intentaría relatarle sus angustias, lo consultaría sobre su incapacidad para dormir, lo agobiaría con sus penurias y lo obligaría, en fin, a recitar versos de Artaud. Una vez que el psicoanalista hubiese perdido la paciencia, Pierre se abalanzaría sobre él y estrellaría su cabeza contra la pared. ¡*Pac!* La imagen lo hipnotizaba: nunca soñó con clavarle un cuchillo y menos aún con dispararle: necesitaba reventar su cráneo contra un muro y ver cómo su masa encefálica se esparcía por el suelo.

La tarde que Pierre decidió llevar a cabo su plan no tomó ni una sola copa de alcohol y se abstuvo de fumar sus adorados cigarros de hachís. Aunque la abstinencia apenas le permitía quedarse quieto, prefería experimentar esa aguda ansiedad hasta haber cumplido su misión: ya después podría celebrar entregándose a todos los excesos. No albergaba dudas morales o metafísicas: en su desvencijada conciencia, asesinar a Lacan no suponía un acto simbólico o una venganza íntima: simplemente *quería* hacerlo.

Mientras se dirigía al 5 de la rue de Lille, listo para terminar con la estrella del psicoanálisis francés, Pierre se detuvo presa de un ligero escozor en el pie izquierdo. Ni siquiera tuvo tiempo de rascarse cuando ya la policía se había abalanzado sobre él. La acción fue tan rápida que apenas alcanzó a distinguir los brazos que lo detenían, las esposas que le atenazaban las muñecas, la frialdad del automóvil que lo condujo a la prefectura. Alguien había leído su mente. Horas más tarde, al fin se enteró de que los cargos en su contra nada tenían que ver con su tentativa de asesinar a Lacan. Pierre exigió entonces ser tratado como preso político. Un juez le informó —*hélas!*— que no se le acusaba de ningún acto terrorista. Su culpa era más prosaica: según el acta de la fiscalía, Pierre había asesinado a dos farmacéuticos y había herido gravemente

a un cliente y a un guardián durante el asalto a una droguería ubicada en el bulevar Richard-Lenoir.

4.4. Althusser, el otro

—¿Has vuelto a verlo, verdad?

Durante las últimas semanas Josefa había procurado mantener en secreto su vida privada y fingió un desinterés rayano en la apatía.

—¿A quién?

—No lo niegues. A Althusser —respondí sin cortapisas.

Josefa perseveró en su exasperante juego de inocencia.

—Al parecer tú lo sabes mejor que yo, Aníbal.

Me fastidiaba. ¿Tenía que actuar conmigo? En ocasiones se revelaba la verdadera distribución de nuestras fuerzas: Josefa se dejaba dominar por mí hasta un límite preciso; más allá de él, se volvía ingobernable.

Debo reconocer que nunca los vi juntos, pero eso no eliminaba mi certeza de que el filósofo y mi asistente habían trabado una escandalosa amistad. Aunque resultaba difícil imaginarlos juntos —el filósofo y la *hippie*—, a veces hay que aceptar que los extremos se tocan: acaso la fealdad y la locura sean dos maneras similares de oponerse al mundo, dos condiciones que convierten a quienes las padecen en cómplices o amantes...

Por más que insistí, Josefa se negó a revelarme su misterio; si poseía un trato carnal con Althusser yo no iba a enterarme por su boca. Obcecado con descubrirla, tuve que buscar otras fuentes de información. Una tarde, a mi regreso de Vincennes, me di cuenta de que la puerta de Josefa permanecía sin cerrojo. Olvidando cualquier remordimiento, me introduje en sus dominios —yo no había vuelto a poner un pie ahí desde los primeros días que Josefa se mudó a mi casa—, dispuesto a fisgonear entre sus pertenencias. Su habitación reflejaba los gustos y las manías de la clase media mexicana: pequeñas reproducciones de cuadros impresionistas, un par de vasijas con enormes flores secas, una imagen de la Virgen de Guadalupe junto a un recorte de Elvis Presley. Sus cajones, neuróticamente ordenados, estaban llenos de blusas estampadas —proliferaban los rombos y los círculos intensos y brillantes—, y de prendas íntimas que, demasiado blancas o demasiado grandes, no inspiraban ningún pensamiento inconveniente.

Después de hurgar durante unos minutos con el temor de ser pillado *in fraganti* —¿cómo explicar la presencia de mis manos en sus pantaletas?—, mis pesquisas al fin obtuvieron su recompensa: al lado de una gruesa carpeta con

pastas rosas y de un álbum fotográfico, reposaba un pequeño cuaderno que, tal como supuse, era su diario. Apenas me detuve a ojear las fotos de Josefa — de niña, con coletas y vestido de primera comunión; adolescente, en su baile de quince años, convertida en una especie de merengue amarillento; un poco mayor en compañía de una mujer diminuta de cabellos largos y grisáceos que debía de ser su abuela; y por fin en París, en una previsible toma frente a la torre Eiffel—, para tener tiempo de revisar su bitácora. Josefa no cesaba de demostrar su manía por el orden: cada entrada aparecía en una página distinta, encabezada por la fecha y la hora. A partir del mes de septiembre, ella narraba un encuentro amoroso, nunca demasiado explícito, con un personaje que identificaba simplemente como Louis. ¡Eureka!

«Hoy he hablado con Louis durante horas», decía, por ejemplo. «Es la primera vez que se abre ante mí. Me refirió una extrañísima historia que sigo sin creer. Después de mantenernos en silencio un buen rato, al fin halló las palabras justas. Agitada, su voz se llenaba de dolor. ¡Pobrecito mío! Antes me habló de sus otras mujeres, como si quisiera prevenirme o decirme que no me ilusionara. Le respondí que nunca creí en los príncipes azules. Él rió y dijo que le gustaba mi desparpajo.» ¿Podía ser cierto que Althusser estuviese enamorado de Josefa? Fascinado, proseguí con la lectura.

«No sé si comprendí bien la historia. Me recuerda la Biblia, uno de esos complicados enredos del Antiguo Testamento. La acción se inicia poco antes de la primera guerra mundial... Había una vez dos hermanas, Lucienne y Juliette, hijas de una familia burguesa emigrada a Argelia a finales del siglo XIX. Y dos hermanos, Louis y Charles. Lucienne, la mayor de las muchachas, estaba enamorada de Louis, el menor; Juliette, por su parte, se había comprometido con Charles. De las dos parejas, la preferida de todos era la formada por Lucienne y Louis: ambos parecían destinados a alcanzar metas muy altas, eran hermosos e inteligentes y el futuro les sonreía. Pero, como sucede con todos aquellos que se asumen predestinados para la felicidad, Dios les tenía deparada una prueba. Al comienzo de la guerra, los hermanos se marcharon al frente. Louis era piloto de avión: le gustaba estar cerca del cielo. Durante un vuelo de reconocimiento fue derribado por la artillería alemana: su alma sólo tuvo que ascender un poco más para alcanzar la divina gracia. Como era de esperar, las familias se sumieron en el duelo. Entonces, sin que nadie lo sugiriese, sin que mediase una ley o una orden soterrada, Charles decidió pedir la mano de Lucienne, renovando de modo inconsciente la costumbre bíblica del *levirato* (espero escribirlo bien). Para colmo, a la nueva pareja se le ocurrió bautizar a su primer hijo ni más ni menos que con el nombre de Louis, en homenaje al tío desaparecido. *Mi* Louis. Por eso el pobre nunca sintió que su

padre fuese su padre. Con razón *mi* Louis no tolera su propio nombre: según él, es un *no-nombre*. Él mismo me lo explicó: en francés, Louis se pronuncia casi como *lui*. Y *lui* significa, simplemente, "él". Es decir: *el otro*. El otro Louis. El *muerto*. ¡Ay, mi pobrecito!»

Al terminar este párrafo, escuché los pasos de Josefa en la escalera. Reacomodé sus cosas a toda velocidad y me deslicé a mi cuarto. Nunca supe si se dio cuenta de mi intrusión pero, como si requiriese mi complicidad o mi anuencia, a partir de entonces siempre dejó la puerta abierta y su diario y sus cartas quedaron a mi alcance. Tal vez Josefa necesitaba compartir sus secretos conmigo.

4.5. La causa del pueblo

La captura de Pierre sumió a la Organización en una grave crisis. De la noche a la mañana mi incómodo compañero pasó a ser visto como un héroe. Como yo había sido uno de los pocos que hablaron con él antes de su arresto, de inmediato fui llamado a formar parte del grupo de trabajo encargado de vigilar su proceso. Me parecía odioso que se me ligase con alguien a quien siempre desprecié, mas no me quedaba otra alternativa que acatar las órdenes superiores. No podía entender por qué se daba tanta importancia a un individuo que, si bien podía no ser culpable de los crímenes que en esta ocasión se le achacaban, lo era de otros peores. Si de lo que se trataba era de denunciar el poder represivo del Estado, hubiese bastado con protestar por la detención casi simultánea de Jean-Pierre Le Dantec y Michel Le Bris, los redactores de *La Cause du Peuple*.

Como fuere, en el lapso de unas pocas semanas la Organización se vio atacada por todos los flancos. El 27 de mayo de 1970 se produjo el golpe definitivo cuando, en una sesión del Consejo de Ministros, Raymond Marcellin consiguió la interdicción absoluta de la Izquierda Proletaria. Acuartelados durante los días siguientes, Pierre Victor y sus colaboradores más próximos determinaron las medidas que era necesario seguir. Para asegurar la supervivencia de *La Cause du Peuple*, se acordó invitar a Jean-Paul Sartre a integrarse a su consejo de redacción, así fuese a título nominal. Elevado al rango de incómoda conciencia de la nación, nadie en el gobierno se atrevía a molestar al viejo filósofo y la policía había recibido la orden de nunca tocarlo en las manifestaciones. Sartre era considerado una especie de Sócrates radical, siempre dispuesto a corromper las conciencias de los jóvenes, como demostró al aceptar la invitación de Victor, quien a la postre se convertiría en su

secretario.

Un buen día recibí la orden directa de emprender una acción revolucionaria que consiguiera llegar a las primeras planas de los diarios. Sin darme cuenta de lo absurdo de la maniobra, se me ocurrió asaltar uno de los espacios sagrados de la burguesía francesa: la tienda de alimentos finos Fauchon (donde, dicho sea de paso, yo acostumbraba adquirir unas espléndidas *rillettes* y un magnífico *foie gras*). No sé cómo los demás accedieron a seguirme en esta pantomima alimenticia, pero de pronto estábamos todos allí, a unos pasos de la Madelaine, acompañados por un contingente de estudiantes de liceo que inmovilizaban a la aturdida clientela con sus ametralladoras de juguete. Mientras mis compañeros pillaban todo lo que veían en los aparadores, yo me daba el lujo de examinar meticulosamente las etiquetas de los vinos, obsesionado con robar las mejores cosechas y las más elegantes latas de conservas. A mi parecer —y el de otros miembros de la Organización, como el siempre exquisito Le Dantec—, ser terrorista no debía de ser sinónimo de tener mal gusto.

Como Claire me había prometido, la revolución por fin era una fiesta: nada se comparaba a arrebatarse un poco de lujo a esos odiados burgueses. Justo me aprestaba a paladear un Chablis cuando alguien dio la orden de emprender la retirada; la policía estaba en camino. Nos apresuramos a escapar con las bolsas repletas de mercancía. Antes de introducirnos en el metro, aún tuvimos la decencia de repartir entre los azorados transeúntes una nota explicando las razones de nuestro robo:

no somos ladrones

SOMOS MAOÍSTAS

salario medio de un obrero asalariado: 3,50 francos la hora

1 kg de *foie gras*: 200 francos, es decir, 60 horas de trabajo

1 kg de *cake*: 18,50 francos, es decir, 6 horas de trabajo

1 kg de *marrons glacés*: 49 francos, es decir, 8 horas de trabajo

Tras cambiar varias veces de ruta, nos detuvimos en una zona proletaria de Saint-Denis, donde nos aguardaba otro de nuestros contingentes. Tomé un altavoz y, con el entusiasmo que posee alguien que está a punto de devorar un trozo de *foie gras*, exalté la magnitud de nuestro altruismo: a diferencia de otros luchadores sociales menos generosos —o acaso más incultos—, nosotros habíamos decidido entregarle al pueblo productos de la más alta calidad. Qué satisfactorio resultaba ser maoísta: no había nada tan reconfortante como

brindar con champaña con un obrero. La Organización había obtenido uno de sus mayores triunfos.

5. UN AMOR DE ALTHUSSER

Ahí donde una lectura superficial o intencionada de Freud no ve más que la infancia feliz y sin leyes, el paraíso de la «perversidad polimorfa», una suerte de estado natural escindido solamente por estados de naturaleza biológica ligados a la primacía funcional de esa parte del cuerpo humano, lugar de necesidades «vitales» (oral, anal, genital), Lacan muestra la eficacia del Orden, de la Ley, que se le concede desde antes de su nacimiento de pequeño hombre por nacer, y lo controla desde su primer grito, para asignarle su lugar y su papel, es decir, su destino forzado.

Althusser, *Freud y Lacan*

5.1. Primera misiva a Josefa

querida jos, mi añorada estrella mexicana (la que habla con voz humeante), al fin me recupero, regreso al trabajo, sostengo otra vez la pluma entre las manos (y no sólo para escribirte a ti, aunque sea la mejor parte), las páginas se manchan con mis huellas, esas lastimosas palabras que extraigo de mi mente como si me arrancase los dientes uno a uno (no como tú, *mi niña*, que hablas con voz de terremoto) y se acomodan para salvarme de tu ausencia... ¿sabes?, tengo junto a mí el demonio de papel que me regalaste (¿*alebrijo* lo llaman en tu país?): me custodia y me exige que no te olvide, que te posea mientras persevero en la escritura; luego me amenaza y me castiga si no aspiro a la misma intensidad de tu mirada...

¿cuándo volveremos a estar juntos?, lo anhele todos los días (todos todos, lo juro), arrebatado, imaginando tu voz (no sólo pensándola,

escuchándola), mientras se desliza por mi piel y se introduce en mis oídos una luciérnaga que sigo como un hilo de ariadna que me conduce fuera de las tinieblas, poco a poco, hasta que destruyo la blancura de la hoja en blanco, ofreciéndotela, haciendo que también te pertenezca, tuya y mía: nuestra creación, nuestra pequeña criatura mexicana y ese lenguaje que se filtra, escapando a la censura, nos enlaza... lacan ha escrito, en cambio, que el auténtico centro es el deseo, que el deseo se transmuta en lenguaje y que éste a su vez se transforma en demanda, ¡una versión disminuida, castrada, y perversa del deseo!

escribo de nuevo, de nuevo estoy ahí, y lo que hago es por ti y para ti, mi espectro mexicano... estos textos que parecen objetivos, plagados de teorías, donde muestro la relación entre dialéctica y marxismo-leninismo, en realidad sólo expresan mi deseo por ti, mi demanda por ti, ¿comprendes mi terror?, ni siquiera me atrevo a afirmar que te deseo porque al hacerlo mi demanda se escapa hacia otra parte (¿adonde?) y entonces lo que quiero ya no es lo que quiero; o más bien quiero, pero sin saber exactamente qué... mis críticos se ríen (escucha cómo murmuran, los miserables), pero te confieso que sólo he escrito sobre dos temas, que sólo dos temas aparecen una y otra vez en mis arrebatos, y me definen, te los cuento:

1) la soledad, esa atroz compañía que a veces incluso me adormece (no sabes la paz que descubrí cuando al fin supe, como una revelación, que siempre iba a estar solo), la soledad que campea como el estilo mismo del hombre, que es su vocación y su recompensa, sobre todo cuando uno escribe y comprende que nunca hay nadie, *nadie*, entre la página y la pluma, entre la vista y la página, entre el *yo* que te escribe y el *tú* que me lee, y

2) la responsabilidad, porque, a pesar del aislamiento, o debido a su salvajismo, debemos edificar una ética sólida, un vínculo capaz de unirnos (al menos de modo imaginario) con esos otros que no existen, esos otros que nunca nos acompañan pero son nuestra única certeza, ¿entiendes, *amor mío?*, allí está el sentido de la revolución: reducir esa soledad apabullante (limar su poder) para construir algo con los otros o para los otros (de construir algo juntos, jos, jose, josefa, josefita, contigo y para ti), porque, a pesar de todos los engaños y de todas las mentiras, uno debe luchar contra el egoísmo, contra la muerte, contra la falta de razón,

Louis

5.2. Hacia la resistencia civil

El encierro de Pierre me produjo un hondo alivio: no sólo me liberó de un superior tiránico y desequilibrado, sino de un rival calamitoso y engreído.¹ Aguardé al día posterior a su detención para presentarme en el minúsculo apartamento de Claire. La encontré desolada: el menor ruido la enloquecía, temerosa de que en cualquier momento la policía derribase su puerta para interrogarla o detenerla. Aunque el aroma de su piel recordaba al de una niña, de pronto había extraviado su juventud. Tirante y aturdida, Claire fumaba un cigarrillo tras otro, aquejada por biliosos dolores de cabeza. Para colmo, sus voces interiores habían renacido. Me parecía monstruoso que Pierre la hubiese arrastrado a un estado como aquél. Ella, en cambio, no se atrevía a echarle la culpa: aterida por el pánico, seguía considerándolo un combatiente ejemplar, un modelo de valentía y de coraje, el oscuro redentor que siempre había anhelado.

—Sé que mis palabras no van a gustarte, pero la cárcel es el mejor lugar para alguien como él —le dije.

—Prométeme que lo ayudarás —su petición sonó como una orden.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Tú sabes que él no lo hizo —yo me quedé callado—. ¿Quieres que te lo repita? Pierre no mató a esos farmacéuticos.

—No, desde luego que no —admití sin convicción.

—Pues tenemos que probarlo —esa voz ronca y pastosa le pertenecía a otra mujer—. Es un preso político, no un delincuente.

—Un preso político —repetí—. La Organización ya ha determinado emprender algunas acciones de protesta... Y supongo que te enteraste del asalto a Fauchon.

Claro que estaba al tanto, pero Claire soñaba con algo más espectacular.

—Una huelga de hambre, Aníbal. Sólo así conseguiremos llamar la atención de la prensa.

—¡Una huelga de hambre! —me aterroricé—. Claire, ¿no te parece que exageras? Te comportas como si fueras su esposa... Él, tú lo sabes...

—No me importa lo que haya hecho —por lo visto conocía muy bien los devaneos de su amante—. *Te lo pido...* Por favor, no me abandones.

El odioso murmullo volvió a destrozarle los oídos. Lo único que la mantenía lúcida era la idea de que, a pesar de la inquina y los errores, aún era posible modificar las reglas del mundo. La acompañé a su habitación y la obligué a recostarse. Apagué las luces y permanecí junto a su cama hasta que concilio un sueño turbulento. No, no podía fallarle. Había jurado salvarla. Y

¹ Según el crítico Juan Pérez Avella, algunos de sus antiguos camaradas en la Izquierda Proletaria sospechaban que fue el propio Quevedo quien denunció a Pierre por el crimen de los farmacéuticos. Ver *Olvidar a Quevedo*, p. 98. (N. del E.)

hacerla vivir.

5.3. Segunda misiva a Josefa

Josefa, jirafa mexicana, dónde te encuentro, en la locura, o en su reflejo, la diabólica duna en que me fundo o en la sobria claridad de la dialéctica, vano rumor que escapa entre mis dedos mientras contemplo la razón como el público de un teatro o quizás como el niño que se asoma por el hoyo de una carpa y, más que ver, intuye el volumen de los osos, su vibrante desaliño, dónde te hallo, Josefa, rodeada por los necios, afuera, en el sucio territorio de los vivos, o aquí, detrás de mis pupilas, incrustada en mi cerebro (esa jaula poblada por chacales y por lobos, criaturas de uñas y colmillos impolutos que nunca logran amaestrarse), esquivando los cuchillos que te lanzo, ebrio de tantos desengaños, dónde te encuentro, Josefa, juguete mío, dime, doblando las palabras, lejos de mi torre de marfil, o serás tú la torre misma o una estaca o una pértiga para saltar los hielos de este océano, respóndeme, Josefa, se puede amar a quien no sabe y se consuela con mirar las alambradas, las vallas, los cristales, piedras translúcidas como nuestros ojos, contesta, Josefa, jabalí jugoso, dónde será nuestra cita, en los sótanos o en las azoteas, al margen de mí mismo y de mis restos o en las tierras de ese otro que me invade cada invierno (sólo que, ay, a veces mis inviernos duran todo el año), dónde, pues, allá, tendidos en tu insomnio, en esa única habitación, bajo los volcanes y los músicos callados que te velan por las noches, o en las ramas secas, los adoquines humedecidos, los espejos, o sumidos en el fragor de las batallas, lejos de la guerra que he iniciado, o detrás del silencio que me nombra, en mi celda, en mi cabeza, dónde, Josefa, jamelgo andante, dónde, dónde,

Louis

5.4. Los motivos del hambre

Pordioseros de la libertad, esqueletos revolucionarios, *zombis*. Maoístas moribundos. Nunca imaginé que mi compromiso con Claire me condujese a semejante degradación. Como si ella hubiese planeado castigarme por participar en el esperpéntico asalto a Fauchon —le asqueaba la idea de que hubiésemos podido atiborrarnos con ese carísimo hígado de ganso—, ahora me obligaba a paladear la miseria. Si antes habíamos osado robar la comida de

los ricos, esta vez debíamos encarnar la imagen contraria: no la de burdos glotones, sino la de ascetas medievales.

Formalizada la huelga de hambre, no me quedó otra alternativa que sumarme a ella. La orden no admitía vacilaciones: debíamos resistir hasta que las demandas de nuestros compañeros en prisión fuesen satisfechas. La capilla de Saint-Bernard, en plena estación de Montparnasse, se transformó en el escenario de nuestros padecimientos; en cuanto crucé su umbral, presentí las calamidades que me aguardaban en su interior. A mi llegada ya se encontraban allí decenas de compañeros de ruta que, a falta de alimentos, mitigaban su apetito con interminables discusiones sobre el porvenir de la revuelta. Más que dantesco, el espectáculo podía ser calificado de rabelesiano: hacinados en el interior del templo, los muy ateos maoístas realizaban un elogio del hambre con el mismo entusiasmo con que los mártires cristianos esperaban ser devorados por los leones.

Por fortuna, el sacrificio apenas se iniciaba y los estragos corporales apenas habían comenzado a manifestarse —ojos enrojecidos, labios crispados, aliento viciado—, aunque el castigo no tardaría en perturbar sus mentes. Avancé en medio de los cuerpos exangües con la piedad de una monja (o de un Bernard Kouchner) que socorre a un grupo de agónicos niños africanos. Yo, en cambio, me había preocupado por almacenar algunas reservas de energía gracias al kilo de carne tártara zampado la víspera en La Coupole; aun así, mi mente fantaseaba ya con un trozo de filete. Confieso que la perspectiva de matarme de hambre me parecía muy poco atractiva; a diferencia de mis compañeros, convencidos de que al exhibir sus huesos modificarían el temple de las autoridades penitenciarias, yo no creía necesario llevar la tortura a su límite. ¿Qué ganaría nuestra causa si perecíamos? Yo opinaba que fingiésemos la inanición sin llegar a padecerla. ¿Y si, de manera harto discreta, procuráramos introducir en la iglesia un poco de pan o de leche? Nadie tenía por qué enterarse.

En cuanto le confesé mi propuesta, Benoît me obligó a arrepentirme. Nosotros éramos revolucionarios honrados. Yo traté de explicarle que, justo porque creía en nuestra misión, no deseaba vernos en una camilla... Fue imposible convencerlo. Se negó a oír mi teoría sobre cómo la sociedad del espectáculo debía ser combatida con el espectáculo mismo y me prohibió tocar el tema con los responsables de la huelga.

Las horas pasaban y nosotros no hacíamos otra cosa que embotarnos con litros y litros de agua. En definitiva yo no estaba preparado para tolerar la lenta consunción de mis tejidos. Ni siquiera las visitas de Simone Signoret o Yves Montand, siempre dispuestos a prodigarse entre nosotros, ayudó a

mejorar mi temple, cada vez más propenso a la melancolía, la cólera o el escarnio. Al borde del desmayo, no resistía que nadie me dirigiese la palabra, no tanto porque anhelara el silencio, que en cualquier caso sólo acentuaba mi enfado, como porque el ruido me laceraba tanto como el hambre. Pronto nada quedaría de mí. Asustado, no hacía otra cosa que dormitar en esa tumba pictórica de crucifijos y de santos. Sólo las visitas de Claire —el médico le impidió sumarse a la huelga— y la infatigable complicidad de Josefa me extraían del embrutecimiento. Mi fiel secretaria se limitaba a proporcionarme las noticias del día y luego se marchaba cuanto antes, cada vez más asustada al comprobar nuestra fragilidad.

Lo confieso: no resistí. Una tarde, aprovechando el tumulto ocasionado por una visita de Yves Montand, me escabullí de la capilla por una puerta lateral y, oculto debajo de un abrigo, corrí hasta una panadería no muy lejos del Café Select. Me cuidé de que nadie me reconociese y compré un kilo de *petit-fours* que me apresuré a devorar en uno de los baños de la estación. Los *éclair*s, trufas, *pains au chocolat* y tartas de frutas no duraron mucho tiempo en mi estómago. A partir de ese día, y gracias a la complicidad de Josefa, siempre logré encontrar un momento para ir al mingitorio, convertido en mi santuario alimenticio. No cometía ninguna infracción contra la causa, simplemente me rendía a las inquebrantables leyes de la supervivencia.

El 8 de febrero de 1971, cuando nos hallábamos al borde de la inanición —o, a decir verdad, cuando algunos de mis camaradas ya requerían cuidados intensivos—, el ministro de Justicia al fin aceptó cumplir nuestras demandas. Sus abogados se trasladaron a la capilla de Saint-Bernard para hacer el anuncio y detener nuestra extinción. Fue la mejor noticia que pude haber recibido: significaba que de un momento a otro sería capaz de dirigirme a un buen restaurante sin remordimientos. Estaba a punto de levantarme, paladeando ya unas ostras, cuando Pierre Halwachs, el portavoz del Socorro Rojo, anunció la presencia de Michel Foucault. El filósofo tomó la palabra y leyó un texto firmado, además de por él mismo, por el editor de la revista católica *Esprit*, Jean-Marie Domenach, y por el historiador Pierre Vidal-Naquet:

—Ninguno de nosotros está seguro de librarse de la prisión —exclamó—. Y hoy en día, aún menos que nunca. La trama policial se va cerrando en torno a nuestra vida diaria; en las calles y en las carreteras; en torno a los extranjeros y en torno a los jóvenes; el delito de opinión ha vuelto a surgir; las medidas contra la droga multiplican la arbitrariedad. Vivimos bajo el signo de la «vigilancia». Nos dicen que la justicia está desbordada. Ya nos habíamos dado cuenta. Pero, ¿y si fuera la policía la que se ha desbordado? Nos dicen que las cárceles están superpobladas. Pero, ¿y si fuera la población la que está

superencarcelada? Se publica poca información sobre las prisiones; se trata de una de las regiones ocultas de nuestro sistema social, de una de las casillas oscuras de nuestra vida. Tenemos derecho a saber. Queremos saber. Por todo ello, con unos cuantos magistrados, algunos abogados, periodistas, médicos, psicólogos, hemos formado un Grupo de Información sobre las Prisiones. Nuestro propósito es dar a conocer qué es la cárcel; quién, cómo y por qué va a la cárcel, lo que ocurre en ella, cuál es la vida de los presos y también la del personal de vigilancia, qué son los edificios, cómo es la comida, la higiene, cómo funcionan el reglamento interno, el control médico, los talleres; cómo se sale de la cárcel y qué representa, en nuestra sociedad, ser uno de los que ha salido de ella. No vamos a encontrar estos datos en los informes oficiales. Los recabaremos de aquellos que, a un título u otro, tienen una experiencia de la cárcel o alguna relación con ella.

A pesar de que mi mente se hallaba en otra parte, no evité derramar unas cuantas lágrimas. Claire supuso que mi llanto era la prueba definitiva de mi fe en la causa y se precipitó a abrazarme. Lo que entonces yo no podía saber era que ella ya había tomado la determinación de partir de nuevo, de alejarse de ese mundo de engaños y disimulos para lanzarse a una nueva aventura al otro lado del mundo, lejos, muy lejos de nosotros, en esa oscura América que tanto la obsesionaba.

Luego de embutirme un *jarret de porc* en La Coupole, regresé a casa, ansioso por darme un buen baño y dormir sobre un colchón. Todas las luces estaban apagadas, de modo que imaginé que Josefa habría salido. Instintivamente me dirigí a su habitación y abrí la puerta. Sentada sobre la cama, Josefa trataba de cubrir sus enormes senos bajo las almohadas mientras que, a su lado, un hombre igualmente desnudo se ovillaba entre las mantas. Balbucí una disculpa y me apresuré a cerrar la puerta. Preferí no comprobar la identidad de su amante.

5.5. Tercera misiva a Josefa

Josefa, *jirafa mía*, no entiendo cómo a veces alguien nos salva y nos condena al mismo tiempo, cómo la representación de una persona (nunca la persona misma) nos destruye y resucita, o será que ésta es la condición de los humanos, esas pobres criaturas, atados a los vaivenes de un deseo que no les pertenece... voy a contarte una historia, Josefa, imaginando que eres una niña y que yo, viejo y abatido, te la susurro al oído por las noches, conduciéndote por ella como un barquero que rema hacia los mares... este cuento es como una

barca o una fábula, josefa, o, para decírtelo de otro modo: un reflejo de mí mismo...

ya te he hablado de él, ¿recuerdas?, de ese hombre que, de entre todos los hombres, me obsesiona como ningún otro (bueno, con excepción de mi amigo muerto, y de mi tío muerto que debió ser mi padre muerto, pero son demasiados muertos para ocuparse de ellos ahora), de ese hombre, te decía, que es una copia invertida de mí mismo, de ese hombre que me resulta tan cercano como inaprensible... ¿sabes, josefa?, para mí él no sólo fue un maestro, sino alguien capaz de sancionarme, de indicar si mi padecimiento era real o imaginario y, lo que es peor, de juzgar si mi vida tenía sentido...

en esa época yo aún no lo conocía, josefa, y, si bien no me hubiese resultado difícil contactarlo (ya te he hablado de la pequeñez de nuestro medio), nunca me atreví a buscarlo... poco después me topé con él por casualidad, pero ni siquiera entonces tuve el valor de estrecharle la mano, temeroso de que ese mínimo contacto le permitiese desnudarme o mirar en mi interior porque, como bien sabes, josefa, nada me avergüenza tanto como la idea de que un desconocido me contemple, nadie puede tocarme (tú lo sabes), nadie puede tener ideas sobre mí... ¿qué hice yo en ese momento?, lo más sencillo, josefa: en vez de permitir que él me analizara, decidí estudiarlo yo a él, ¿te imaginas?, cuando al fin encontré a alguien facultado para escudriñar mi demencia, yo preferí no escucharlo, o escucharlo a medias, decidido a no entregarle mis secretos...

lo que sí hice a partir de ese día fue leerlo sin tregua, josefa, me puse a estudiar sus textos, a memorizar sus teorías, colocándolo bajo la lente del microscopio como si fuese una bacteria, obsesionado con hurgar en sus conflictos (no en los míos), con exponer su cadáver en un anfiteatro, ¿y sabes qué hice a continuación?, escribí un libro sobre él, josefa... apenas lo conocía, nunca había cruzado palabra con él, y yo ya me sentía un experto en su trabajo; según yo, él era el heredero directo de freud... pero, ¿sabes por qué lo alabé tanto, josefa?, para demostrarle que yo comprendía mejor sus teorías que él mismo, para demostrarle que, pese a mi enfermedad, yo era más astuto, más fuerte, más sabio que él...

con supremo descaro, josefa, publiqué mis opiniones y esperé a que él las leyese: en el fondo quería insultarlo con ese regalo envenenado, ¿y sabes qué ocurrió?, que él se dio cuenta de la trampa y, con el pretexto de agradecerme el artículo, me citó en un café... hablamos y hablamos sin cesar, como si en realidad nos interesasen nuestras respectivas disciplinas, ocultando nuestra desconfianza (nuestro combate), conscientes de que nunca llegaríamos a ser amigos...

debo decirte que él ni siquiera se interesó por mi caso: mi dolor y mi enfermedad lo tenían sin cuidado (o así me hizo creer), del mismo modo que a mí él me resultó indiferente como médico... sin molestarse en preguntar por mi estado de salud, se limitó a solicitarme un favor personal, mi intervención para que las autoridades de la escuela normal le prestasen una sala para su seminario, como si yo no hubiese escrito un libro sobre él, como si yo no fuese un especialista en su obra, sino su conserje... después de esa tarde no volvimos a vernos, o tal vez sí, en congresos y conferencias, esos sutiles meandros de la vida académica, pero siempre procuramos evitarnos...

fíjate que acabo de releer las páginas que le dediqué, los pasajes donde pretendí explicarlo (herirlo, rematarlo), y me doy cuenta de que en realidad nunca entendía nada, de que me hundí en sus palabras como si fueran arenas movedizas... ¿sabes qué es lo que más me perturba, josefa, lo que más me ofende?, que desde el principio él reparó en mis infinitos errores y prefirió no señalármelos; el miserable se reservó ese íntimo placer, esa obscena victoria: yo era tan tonto o tan despreciable, que ni siquiera valía la pena corregirme... así termina el cuento, josefa, josefa mía: la historia de esta pobre marioneta (yo mismo) que se creyó capaz de superar a su creador y al final debió resignarse a ser un simple trozo de madera; la historia de este prometeo de pacotilla (yo mismo) empeñado en robarle el fuego a ese dios indiferente.

josefa, josefa adorada: he aprendido la lección... si te narro esta historia es porque contigo me ocurre algo semejante: ayer vino a verme ese discípulo del maestro, el arrogante aprendiz que te acompañó la primera vez... después de oírlo durante unas horas, comprendí que debo abandonarte por mucho que me duela... él me hizo ver que, si te he buscado, o más bien si he permitido que tú me busques, si acepté verte y oírte (e incluso tocarte), fue para controlarte mejor... no te quiero engañar, josefa, tú me has querido como nadie (creo) y en cambio yo me acerqué a ti sólo para colocarme en una posición superior... ¡soy vil! perdóname, josefa, te lo imploro, pero no puedo verte más... no después de lo que escuché ayer... lo siento mucho...

Louis

5.6 La carta robada

Como cualquier delincuente, yo también regresé al escenario del crimen, el 5 de la rue de Lille, para entregarle a Lacan mi informe sobre Althusser. El maestro me recibió con su displicencia habitual, aunque en esta ocasión la curiosidad lo devoraba. Pese a que me limité a cumplir con mi palabra, me

sentía como un traidor. Incapaz de cumplir su encargo al pie de la letra —de perseguir a Althusser como lo había perseguido a él, de desentrañar sus temores, de acercarme a su desvarío—, me había conformado con recorrer el camino más simple, ese atajo a la intimidad del filósofo que mi fiel ayudante me ofreció muy a su pesar.

No sé cuánto tiempo duró mi labor de saqueador. Ofuscado con la pasión que se tramaba a mis espaldas, aguardaba con impaciencia las cada vez más frecuentes salidas de Josefa y de inmediato me precipitaba a husmear en sus cajones hasta dar de nuevo con su diario. En una de esas ocasiones descubrí, escondido entre su ropa interior —en realidad se trataba del lugar más *previsible*—, un tesoro insospechado: un hato con la correspondencia de su amante. Aquellas cartas me permitieron espiar sus encuentros clandestinos y trazar un mapa de su historia. A ciencia cierta no podía saberse el grado de intimidad alcanzado entre Louis y Josefa —el amor es lo que menos aparece en las cartas de amor—; lo que sí podía comprobar, en cambio, era que su relación había sido lo suficientemente poderosa como para convertirse en escritura. ¡De pronto me pareció intolerable! Sólo una cosa me quedaba clara: por mucho que se concentrase en loar a Josefa —en imaginarla y reinventarla —, él nunca tendría el valor de poseerla.

Era una lástima tener que conformarme con poseer la mitad del relato, pero a fin de cuentas al psicoanalista le importaban muy poco los sentimientos de mi secretaria: ella no había sido más que el pretexto para conducirme hacia Althusser.

—¿Puede ser cierto? —se sorprendió Lacan al leer mi informe.

—Véalo por usted mismo.

Entonces cometí mi postrera indiscreción —mi suprema infamia— y le entregué las misivas sustraídas de los cajones de Josefa. Lacan las leyó con parsimonia, con su mirada clínica de siempre, buscando formarse una idea del filósofo.

—Muy buen trabajo, lo felicito. En efecto, todo está aquí.

No supe a qué se refería, o preferí ya no averiguarlo. Asqueado, me resistí a permanecer en ese despacho un segundo más; necesitaba un poco de aire fresco. Pero Lacan me tenía deparada una sorpresa. Para compensarme por mis servicios me entregó una información de vital importancia.

—¿Sabe? —musitó—. Claire vino a verme el día de ayer.

El estómago me dio un vuelco.

—Necesitaba contarme algo importante —me explicó—. Es gracioso...

—¿Gracioso?

—Tiene razón, tal vez no sea la palabra conveniente. ¿Paradójico,

absurdo? Da igual. —Lacan se divertía—. Según ella, su amante de turno tenía intenciones de asesinarme. ¿Se imagina? Pobre Claire, como ella no se atreve a hacerlo, le echa la culpa a sus fantasmas...

En el tono del psicoanalista había cierto orgullo, como si la idea de que alguien planease acabar con su vida fuese una especie de honor o de presea. Por un segundo lamenté que la policía hubiese detenido a Pierre antes de tiempo.

—Tuve que decirle que no quería volver a verla —continuó él—. En estas condiciones, ya no tengo capacidad para ayudarla... Desde luego, ella se puso frenética. Lo único que necesitaba era una nueva excusa para huir...

—¿Huir? ¿Adonde?

—Eso es lo de menos. Claire va a continuar siempre en movimiento, de un lado a otro, imparable. Debería acostumbrarse. Hasta ahora ningún hombre ha sido capaz de detenerla. Ni siquiera yo mismo, mi querido Quevedo...

—¿Le dijo adonde iba esta vez?

—Usted sabe que está obsesionada con América Latina. —Lacan encendió un cigarro—. Incapaz de construir una imagen sólida de sí misma, necesita identificarse con todos esos locos, Guevara, Castro, Debray... Esta vez me ha dicho que irá a Cuba. No se apure, Quevedo, ya regresará...

6. UNA UTOPIA TROPICAL

Marx y Freud estarían próximos uno del otro por el materialismo y la dialéctica, con esa extraña ventaja de Freud de haber explorado figuras de la dialéctica, muy próximas a las de Marx, pero quizás también más ricas que ellas, y como previstas por la propia teoría de Marx.

Althusser, *Sobre Marx y Freud*

6.1. La misión del intelectual revolucionario

—Escritor.

¿Qué otra cosa podía haber respondido? ¿Médico? Hacía tanto tiempo que había dejado atrás esta profesión que ni siquiera me sentía capaz de diagnosticar una gripe. ¿Psicoanalista? Tampoco: luego de mis últimas aventuras en París, casi me había olvidado de esta absurda profesión. ¿Aspirante a guerrillero? ¿No hubiera sido mejor decir *amante abandonado*? Si bien cada respuesta contenía un sesgo de verdad, ninguna revelaba mejor mis aspiraciones. Era cierto que para entonces yo apenas había escrito unas cuantas cosas sin importancia —de joven publiqué un par de cuentos en una revista en la que también escribía Carlos Fuentes—, pero, cuando el oficial de migración me hizo la pregunta, fue la primera palabra que salió de mi boca.

—¿Escritor? —repitió el agente antes de realizar una anotación en su informe.

—Sí —respondí con aplomo—. Escritor.

Amedrentado por mi seguridad, o tal vez fingiendo un desinterés oficioso, el cubano se contentó con medirme de cabo a rabo y estampó en mi pasaporte la conspicua leyenda viajó a cuba.

—Buen viaje, caballero.

El tiempo y el espacio son, en efecto, movedizos. Hacía apenas unas horas —o quizás un par de días— aún me hallaba en París, sometido a los vaivenes de la Organización, y ahora, de pronto, me disponía a abordar un avión rumbo a La Habana. En cuanto comprobé que Lacan me había dicho la verdad y que Claire acababa de partir hacia la isla, puse manos a la obra: le pedí a Josefa que me consiguiese un boleto de avión y me dispuse a volar a su encuentro. Ya la había perdido una vez y no estaba dispuesto a que ocurriese de nuevo.

El endeble aparato de Cubana de Aviación trastabillaba entre las bolsas de aire como si estuviese hecho de papel. Para atenuar mi pánico —al parecer la dosis de ron que deglutí antes de abordar la nave no había logrado atontarme—, traté de distraerme imaginando el argumento de un libro; si en realidad estaba dispuesto a asumir mi naturaleza de escritor, lo menos que debía hacer era escribir uno. ¿Cómo resultaría más conveniente iniciar mi carrera literaria? ¿Con un cuaderno de viaje que exaltase las virtudes de los forjadores de la revolución? ¿Con una novela que, sin mostrar un compromiso demasiado explícito, insinuase las virtudes de nuestra causa? ¿O con un ensayo al modo de Lacan, Althusser o Foucault? La turbulencia exterior me hacía saltar de una idea a otra sin que al término del viaje me hubiese decantado por ninguna. Me consolé pensando que la decisión llegaría de modo natural; sólo tenía que mantener los ojos bien abiertos. Al aterrizar me aguardaba una tarea más urgente: encontrar a Claire.

Una vez en el aeropuerto constaté que mis declaraciones ante el oficial de migración no habían resultado irrelevantes. Antes de que supiese adonde dirigirme, un joven alto, con el rostro cubierto por un violento acné, se me acercó con una enorme sonrisa entre los labios.

—¿Doctor Quevedo?

—¿Sí? —yo no oculté mi sorpresa.

—Bienvenido —exclamó el muchacho—. Mi nombre es Ángel y trabajo para la Casa de las Américas. Voy a tener el gusto de encargarme de usted.

No por nada el servicio de inteligencia cubano era uno de los más eficientes del mundo: me había bastado con asentar la profesión de escritor para que de inmediato se me considerase como tal. Me sentí muy halagado: la institución literaria más importante de la isla —y quizás del continente— se mostraba interesada en recibirme e incluso me enviaba un chofer. Fundada por la célebre Haydée Santamaría en 1959, pocos meses después del triunfo de la revolución, la Casa de las Américas era santuario para los escritores comprometidos de todo el mundo. Mi entrada a la isla se producía a través de

la mejor puerta posible.

A lo largo del trayecto hacia La Habana, Ángel me hizo toda clase de preguntas personales que yo me sentí obligado a responder. Una vez en la capital —la ciudad era a un tiempo arisca y bulliciosa—, Ángel me depositó en el hotel Habana Riviera, en cuyo décimo piso la Casa me había reservado una habitación. Aún más asombrado que al principio, me descubrí en un lugar que, si bien no era lujoso, excedía por completo mis pretensiones y me otorgaba una espléndida vista a la zona de El Vedado.

Abatido por el calor, lo primero que hice fue darme un baño. Mi cuerpo apenas había comenzado a recibir el agua fresca cuando sonó el teléfono.

—¿Aníbal?

Al parecer, todo el mundo se había enterado de mi llegada.

—¿Sí?

—¡Bienvenido a Cuba, primer territorio libre de América! —dijo una voz ronca un tanto monocorde—. ¿Tuviste un buen viaje?

—Sí, gracias.

—¿Ningún percance?

—No, gracias.

—¿Todo bien en el aeropuerto?

—Sí, gracias.

—¿Ángel llegó a tiempo por ti?

—Sí.

—Me alegro. Supongo que querrás descansar un poco...

Estaba desnudo y medio enjabonado, así que, a pesar de las dudas que me despertaba su identidad, tampoco tenía demasiadas ganas de continuar la charla.

—Lo comprendo, chico, los viajes suelen ser pesadísimos —me leyó el pensamiento—. ¿Te parece bien si nos vemos mañana? ¿Almorzamos a eso de la una? Ángel te recogerá en el hotel... Tu visita nos llena de alegría, hermano... Hasta mañana, pues —y colgó.

En ningún momento se le ocurrió decirme quién hablaba, como si yo tuviese el don de reconocer por su acento a todos los habitantes de la isla. En cuanto terminé de secarme me tendí sobre la cama y me dormí de inmediato. El timbre del teléfono me despertó de nuevo.

—Doctor Quevedo, soy Ángel... Lo espero abajo.

Sólo entonces me di cuenta de que era mediodía. Me apresuré a vestirme y bajé al *lobby* cuando Ángel ya se aprestaba a subir por mí.

—¿Un buen sueñito, verdad?

Subimos al mismo Alfa Romeo del día anterior y emprendimos el viaje. Ni

siquiera se me ocurrió preguntar adonde me llevaba ni quién era mi anfitrión. Pronto se despejarían las incógnitas: después de un rápido paseo, Ángel me depositó en el malecón a las puertas de la Casa, donde un par de diligentes secretarios —jóvenes escritores en ciernes— me acompañaron hasta el vestíbulo. El director me recibió con efusivas muestras de camaradería, como si nos conociéramos de años.

—Caballero, qué placer...

A continuación realizamos una visita de las instalaciones; recorrimos las diversas salas hasta llegar a la biblioteca donde, visiblemente orgulloso, me mostró la colección completa de la famosa revista editada por la Casa y que desde hacía unos años él también había comenzado a dirigir. Yo me sentía a la vez conmovido y descolocado ante aquella cortesía. Entretanto, el compañero director insistía en leerme en voz alta fragmentos de sus artículos y ensayos. Decidido a apaciguar mi suspicacia elogió la libertad de expresión que disfrutaban los artistas en la isla.

—Sé que tú estarás de acuerdo conmigo, Quevedo —apuntó—. No basta con adherirse verbalmente a la revolución para ser un intelectual revolucionario; ni siquiera basta con las acciones propias de un revolucionario, desde el trabajo agrícola hasta la defensa del país, aunque ésas sean condiciones *sine qua non*. Ese intelectual está también obligado a asumir una posición intelectual revolucionaria, ¿no te parece? Es decir, fatalmente problematizará la realidad y abordará esos problemas, si de veras es un revolucionario, con criterio de tal. Pero ello es resultado de un proceso, tan intenso y tan violento como la propia revolución ha sido entre nosotros...

¿Por qué me decía todas esas cosas a mí? Al concluir su alegato, se empeñó en mostrarme un pesado álbum fotográfico sobre el Congreso Cultural de La Habana de 1968, y, para cerrar con broche de oro, me obsequió el volumen de mayo de 1969 de *Casa de las Américas*, dedicado al Mayo francés.

—Sé que esto va a interesarte, Quevedo —exclamó al entregármelo con solemnidad, como si me concediese una medalla.

Si al principio había sospechado que la calidez que me concedía podía deberse a un simple equívoco, ese detalle me demostró que tanto el director como el resto de las autoridades cubanas sabían perfectamente quién era yo. No había confusión alguna. Como siguiente etapa de mi apretada agenda, y sin permitir que yo lo interrumpiese con preguntas o comentarios, me condujo hasta su oficina y le pidió a uno de sus asistentes-escritores que me sirviese un *daiquirí*. Brindamos por la revolución, por nuestro encuentro y por fin, antes de irnos a comer, por el futuro.

—Te voy a decir algo de una vez, porque a mí no me gusta andarme con

rodeos —me confió—. Tenemos un problema y creo que tú podrás ayudarnos. Un pequeño favor a la revolución. De seguro conoces nuestro premio...

—¿Cómo no iba a conocerlo?

—Pues ahí está el problema, chico. Este año nos ha fallado uno de los miembros del jurado. Un compatriota tuyo, el dramaturgo Palacios... Así que Haydée y yo hemos pensado que tú ocupes su lugar... Reconozco que es una descortesía pedírtelo así, cuando tú no venías para eso, pero nos harías un gran servicio... Ya tú sabes que en estos tiempos muchos de nuestros viejos amigos nos han decepcionado. ¿Qué dices, Quevedo? ¿La revolución cuenta contigo?

—Desde luego, compañero —respondí, emocionado—. Será un honor...

Tal como había imaginado, este viaje a Cuba iba a marcar mi vocación. Yo dudaba entre escribir un ensayo o una novela para reiniciar mi carrera literaria y ahora la revolución me ofrecía la oportunidad de comenzar del mejor modo: juzgando las obras de mis pares.

Varios daiquirís más tarde, mientras caminábamos por el malecón con destino a la casa de protocolo donde habríamos de comer, el compañero director se volvió todavía más locuaz.

—Te habrás enterado de lo de Vargas Llosa, chico... Una vergüenza. Por eso te digo que ya no se puede confiar en los antiguos compañeros de ruta... Nos está traicionando a todos. Ya verás lo que te digo; pronto se va a saber toda la verdad. No necesitamos gente como él en el comité de nuestra revista.

—Es un contrarrevolucionario —concedí sin saber de lo que hablaba.

—Me alegra que pienses lo mismo, Quevedo.

Hubiésemos terminado por fundirnos en un abrazo de no ser porque las puertas del restaurante se nos abrieron de pronto. A lo largo de la comida, marcada por el ritmo frenético de nuevos daiquirís, el compañero director me detalló el funcionamiento del premio, alabando la calidad de las obras presentadas ese año, entre las cuales seguramente encontraríamos una obra que demostraría una vez más la amalgama entre el arte y la revolución.

—A veces hemos tenido fallas, hay que reconocerlo —me confesó con cierta pena mientras masticaba un trozo de pan—. Como sabes, el año pasado el premio fue a dar a Norberto Fuentes, quien presentó una obra muy mediocre... Y, para colmo, dos de los premios de la UNEAC se lo llevaron Padilla y Arrufat con unos textos que, perdona que te lo diga, me parecen abominables. Una lástima. El triunfo de escritores no comprometidos pone en entredicho la naturaleza misma de nuestro premio.

El director me hablaba como si yo conociese a toda esa gente.

—Después de lo que ocurrió el año pasado, estarás de acuerdo conmigo

en que no puede repetirse un fallo semejante.

—Por supuesto que no...

—¿A ti te parece posible que un intelectual no sea revolucionario? —el director se volvía cada vez más repetitivo—. ¿Te parece posible pretender establecer normas de trabajo intelectual revolucionario fuera de la revolución?

Me aburría. En vez de responder, le di otro sorbo a mi cepa. Estaba a punto de desplomarme.

—Estarás de acuerdo en que la respuesta, en todos los casos, es *no* —su voz me penetraba como un cuchillo—. No se puede ser intelectual sin ser revolucionario...

Llegó la hora del café. Mi cerebro estaba tan obnubilado que tardé varios minutos en comprender el sentido de la frase que, como si se tratara de un asunto sin importancia, había pronunciado el compañero director.

—En fin, pasemos a temas más agradables —dijo—. Desde el principio quería decirte que no tienes que preocuparte por esa chica. La francesa —me leyó la mente—. Muy guapa, por cierto.

Me incomodó su tono de falsa complicidad. ¿Qué podía saber el director de mi relación con ella?

—¿Sabe dónde está?

—En la Sierra, haciendo trabajo revolucionario. Al parecer todo el mundo está muy contento con ella.

—Me gustaría verla.

—Por supuesto, Quevedo —bufó—. Estás en el primer territorio libre de América. Los planes son que te reúnas con ella en unos quince días, justo cuando terminan las deliberaciones del jurado.

—Preferiría verla *ahora*...

—Qué impaciencia, chico —rió—. Déjala sola un tiempcito, eso es lo que ella busca. Conozco a las mujeres, Quevedo, y te aseguro que si la haces esperar un poco, luego la tendrás con más ganas de verte...

—¿Ella sabe que estoy aquí?

—No se lo hemos dicho todavía. Pero no tardará en enterarse en *Granma* de que has aceptado ser jurado de nuestro premio.

A punto de deslizarme en un sueño etílico, su explicación me pareció de lo más convincente. Podía esperar, tal como el compañero director me sugería. Al final de esta experiencia podría presumir que, mientras ella trabajaba en la Sierra, yo me había puesto al servicio de otra causa revolucionaria. Claire se sentiría orgullosa de mí.

—¡Por la revolución! —brindé.

Ni siquiera supe cómo llegué de vuelta al hotel.

6.2. Los premios

Más que discernir un premio, nos aprestábamos a definir el futuro de la humanidad. Nunca sospeché que un certamen literario se resolviese con tanto sigilo y tanta ceremonia, elevando nuestros argumentos a la condición de secretos de Estado; aunque yo carecía por completo de experiencia en este tipo de reuniones, no imaginaba que el Nobel se otorgase mediante un procedimiento similar. Como si fuéramos un grupo de científicos empeñado en construir una nueva clase de bomba, las autoridades de la Casa nos concentraron en una finca cerca de la playa de Varadero, aislados del resto del mundo, bajo el violento sol del trópico, condenados a leer ahí mismo, a lo largo de las siguientes dos semanas, los cientos de textos presentados al concurso.

—Bienvenidos, compañeros del jurado —nos recibió el director con su pomposidad característica—. Bienvenidos a Cuba, primer territorio libre de América.

Se escucharon entonces los aplausos de algunos de los distinguidos escritores —destacaba la presencia de un novelista chileno que había sido capitán de barco y de un poeta salvadoreño o costarricense de semblante melancólico—: aunque yo nunca había convivido con tantos intelectuales juntos, de inmediato me sentí identificado con ellos; por fin había descubierto mi ambiente natural. Después de intercambiar nombres y saludos, aderezados con los datos curriculares que el director de la Casa no olvidaba intercalar en cada presentación, unos y otros brindamos por el éxito de nuestra empresa. La arena tersa y luminosa, el océano semejante al infinito y la aciaga inmovilidad de las nubes de verdad sugerían el paraíso. Nuestro anfitrión, en cambio, omitió cualquier referencia a la perfección de ese *locus amoenus* y a lo largo de las siguientes horas se dedicó a recordarnos nuestras obligaciones. Debía quedarnos claro que, pese a las atenciones y comodidades que se nos dispensaban, no estábamos de vacaciones —no por nada se nos consideraba «trabajadores de la cultura»—, y no debíamos comportarnos como un grupo de ociosos burgueses, sino concentrarnos en nuestra tarea.

—La revolución se enfrenta una vez más a la inquina de sus enemigos —nos amonestó el director—. Recibimos ataques en todos los frentes, incluso quienes antes presumían estar de nuestro lado ahora nos agreden. Sectarismo y dogmatismo han encontrado siempre en el arte una víctima particularmente propicia para ejercer sus errores...

Pasando por alto su discurso, la verdad era que a los miembros del jurado no sólo nos conmovía la belleza del paisaje, sino la oportunidad de hablar un poco de literatura.

—¡Por la revolución, compañeros!

Aquella primera tarde transcurrió dominada por la euforia; todos nos empeñábamos en mostrarnos corteses y solidarios, como si fuésemos los miembros de una gran familia que se reencuentran después de una larga ausencia. En medio del bullicio y de las charlas, aderezadas por los inagotables daiquirís, los libros autografiados circulaban de mano en mano como tarjetas de presentación. Cada uno escuchaba las opiniones de los demás, demostrando cómo las palabras eran capaces de transformar el mundo. En medio de aquellas efusiones de fraternidad, el incidente provocado por un obeso poeta ecuatoriano (o chileno), obsesionado con desaparecer en las aguas del océano a medianoche, no logró enturbiar el ánimo festivo gracias a la oportuna intervención de algunos agentes de la Seguridad del Estado, encargados de protegernos en todo momento por órdenes directas del primer ministro.

Acaso porque se trataba del miembro más joven del jurado (y el menos famoso), o porque su papada era similar a la de Althusser, no tardé en simpatizar con un dramaturgo cubano que se sentó a mi lado durante la cena. En su condición de representante local, se esforzaba por contestar a mis preguntas sobre la isla con pasión y sinceridad equivalentes, señalándome tanto las virtudes como los problemas de un sistema que, en sus palabras, construía su propia visión del socialismo. Pese a que mi temperamento no se prestaba a las confesiones, desde ese instante se estableció una grata complicidad entre nosotros; concluido su examen de la revolución, que tanto contrastaba con el alambicado discurso del director de la Casa, el resto de la noche nos dedicamos a burlarnos de la vanidad de los demás comensales que, liberados por el alcohol de su ascetismo comunista, exhibían las verdaderas dimensiones de sus egos.

Las obligaciones propiamente dichas comenzaron a la mañana siguiente. Según el programa diseñado por el director de la Casa, las horas previas al almuerzo estaban reservadas a la lectura de los textos de los concursantes, mientras que las tardes servirían para reunimos en mesas de trabajo por cada sección.

—Su experiencia como psicoanalista resultará muy enriquecedora a la hora de evaluar el trabajo de los dramaturgos —me explicó el director con un guiño cómplice—. El psicoanálisis siempre tiene algo de teatro, ¿no es verdad?

Me sentía tan satisfecho con la idea de intervenir en las decisiones, que preferí no contradecirlo.

—Los de teatro tenemos muchas ventajas —me dijo mi amigo cubano—. Aquí nunca se presentan más de veinte obras, mientras que siempre llegan

centenares de cuentos y poemas... Por no hablar de los pobres que tienen que leer esas horribles tesis doctorales de agrónomos e ingenieros disfrazadas de ensayos...

Acostumbrados a aquella rutina, sólo alterada por la noticia de la probable visita de Haydée Santamaría y del primer ministro, al cabo de tres jornadas mi grupo terminó de leer las piezas sometidas a su consideración. Supuse que la siguiente etapa resultaría igualmente expedita, pero conforme pasaban los días, mis colegas empezaban a sumirse en un contagioso letargo, como si la mezcla del clima tropical, la clausura y la convivencia adormeciese su criterio. Poco a poco la solidaridad del principio dio lugar a un ambiente severo, pronto envenenado por las sospechas sobre las verdaderas intenciones de cada uno. Pese a que entre los miembros del jurado se contasen algunos de los intelectuales más ilustres del momento, sus actitudes se tornaban cada vez más caprichosas. Yo pensé que nuestras discusiones vespertinas se tornarían más fructíferas, pero no tardé en comprobar que los escritores pueden ser más aburridos, torvos y maniáticos que los políticos. Sin querer menospreciar a mis colegas, muchas veces resultaban francamente insoportables. Demasiado conscientes de su importancia, no escatimaban en quejas, como si el calor y la sal marina hubiesen oxidado su humildad marxista.

—Cada año es lo mismo —me confió mi amigo cubano—. Ésta es la primera vez que estoy en el jurado, pero antes participaba en la organización de estos encuentros... No sabes qué pesadilla.

—Hay que admitir que el arte no hace mejores a las personas —asentí al tiempo que un poeta argentino nos exigía que escuchásemos el último soneto que acababa de componer en honor al primer ministro.

Mi comentario pareció encantarle al dramaturgo cubano, porque lo convirtió en una especie de refrán que usaba siempre que uno de nuestros colegas se salía de tono. Porque, si en teoría nuestro objetivo era descubrir los cuentos, poemas y piezas teatrales más relevantes, en cuanto se iniciaron las discusiones para determinar a los finalistas se hizo evidente que cada jurado se empeñaba en asentar su criterio sin tomar en cuenta las opiniones de los otros. Aunque nadie se atrevía a reconocerlo, los enfrentamientos literarios disfrazaban una guerra sin cuartel. Ante la imposibilidad de evaluar las obras con objetividad, lo único que contaba era la fuerza argumentativa empleada para defender a los candidatos.

Por si el virus de la desconfianza no bastara para desmoralizarnos, además hubo que soportar las cada vez más insistentes recomendaciones que el director de la Casa nos formulaba durante los almuerzos y las cenas. Acaso porque desde el inicio me consideró uno de sus aliados, a mí no me incordiaba

con sus comentarios al margen, pero a otros miembros del jurado no cesaba de recordarles su obligación de aniquilar la cultura burguesa incrustada en los márgenes de la revolución.

—Eso quiere decir que sólo pueden triunfar las obras que expresen, sin lugar a dudas, los mismos principios estéticos del compañero director.

Las palabras de mi amigo cubano me infundieron una mínima esperanza: aquel joven dramaturgo era lo más alejado posible de un gusano o un traidor y, sin embargo, se permitía un nivel de crítica que era como una bocanada de aire fresco en medio de la presión ejercida sobre nosotros. Contrariando la aparente libertad que se nos había prometido, una fuerza superior nos vigilaba sin tregua. Nadie medía nuestro desempeño —la censura no existía en nuestras mentes ni siquiera como posibilidad—, pero todos nos preocupábamos por realizar periódicos exámenes de conciencia para detectar nuestros pecados.

—Los enemigos de la revolución se hallan por doquier —nos advirtió el director—. Tengan cuidado: la traición puede escurrirse en cualquiera de los textos que leemos... Este año no podemos permitirnos un error y premiar la obra de un contrarrevolucionario.

La extensión natural de esta advertencia nos produjo una conmoción: si, tal como afirmaba el compañero director, detrás de cualquier texto podía esconderse un enemigo, ¿no era posible que ocurriese lo mismo con quienes los juzgábamos? Las sospechas se multiplicaron; ahora, al defender un poema, un cuento o una obra de teatro debíamos asegurarnos de no ser instrumentos de una conjura: defender la obra de un disidente significaba, *ipso facto*, comulgar con sus ideas. Para tranquilizarnos, el director de la Casa nos dijo que estas precauciones no implicaban una limitación de nuestra libertad.

—Al contrario —explicó—, si extremamos nuestras precauciones, evitaremos que se cuele entre los ganadores alguien que en realidad quiera destruirnos.

—Ése siempre ha sido el razonamiento de los burócratas —me susurró al oído el joven dramaturgo cubano—. No se da cuenta de que el mayor mérito de la revolución radica en su capacidad de renovarse...

Al escucharlo me quedó claro que en la isla convivían dos tendencias antagónicas: aquellos que, como el director de la Casa, no dejaban de imponer un autoritarismo disfrazado de tolerancia y esos otros que, como mi amigo, representaban la verdadera aspiración del intelectual *engagé* capaz de mantener su espíritu libre sin por ello traicionar sus ideales. Por desgracia, la sensatez escaseaba: después de doce días de internamiento, las neuronas de los escritores parecían afectadas por una enfermedad degenerativa. Donde antes había entusiasmo, buena fe y espíritu de colaboración ahora sólo se

apreciaba una nube de inquina y violencia soterrada: nadie confiaba en nadie. Muy pronto empezamos a comportarnos como conejillos de Indias en un experimento para medir el nivel de tolerancia de los intelectuales entre sí.

Durante una de nuestras últimas sesiones, el jurado venezolano se enzarzó en la ardorosa defensa de una pieza que ostentaba el título burdamente freudiano de *El principio de la ilusión*. En ella se retrataba, a través de las infinitas penurias de una familia campesina, el fracaso de la zafra de los diez millones. El resto del jurado no lograba ponerse de acuerdo sobre el valor de la obra: mientras para unos la reconstrucción del entusiasmo con que el pueblo cubano acometió la tarea reflejaba el compromiso que buscábamos, a otros les parecía contrarrevolucionario relatar una empresa fallida. Hasta entonces yo no me había atrevido a hablar pero, exaltado por el quinto daiquirí de la tarde, no pude contenerme:

—Con todo respeto, compañeros del jurado, permítanme una observación. ¿Qué caso tiene discutir esta obra que, temo decirlo, no puede ser peor? El autor no tiene la menor idea de lo que es un conflicto dramático, por no hablar de que hay una falta de ortografía en cada línea... Deberíamos olvidarnos de ella y discutir el carácter revolucionario de una pieza que al menos esté bien escrita...

Como si hubiese pronunciado un sacrilegio, todos me observaron con cólera o desprecio.

—Aquí el compañero mexicano nos salió purista —sentenció el uruguayo—. Creo que no ha entendido que el autor copia el lenguaje del pueblo... Y por desgracia al pueblo le tienen sin cuidado las normas de la Real Academia...

Como si esa descalificación representase el disparo de salida, los demás no sólo lo apoyaron, sino que defendieron y exaltaron aquella pieza hasta el anochecer. Poco les importó que yo les explicase que, el realismo lingüístico no equivalía a esparcir las comas como alpiste para aves, o que era posible entender que el autor borrara la diferencia entre las *eses* y las *zetas*, pero no que las intercambiase sin lógica...

Provocando un milagro inesperado, por primera vez reuní sus voluntades y, con la sola excepción de mi amigo cubano, el resto se lanzó a denunciar mis prejuicios burgueses. De pronto las demás piezas sometidas al concurso dejaron de importarles: al final, *El principio de la ilusión* obtuvo los votos necesarios para alzarse con el premio.

—Así pasa —me dijo mi amigo en voz baja—. Nunca ganan los premios quienes los merecen, sino quienes concitan el mayor número de apoyos. Los jurados literarios son como los diplomáticos de Naciones Unidas.

—Felicidades, Quevedo —me dijo el director de la Casa en un aparte—.

Me he enterado de que tu intervención fue definitiva...

¿Cómo debía interpretar sus palabras? ¿Eran una burla o una amenaza? Sin duda, alguno de los miembros de mi grupo —quizás el venezolano— le había contado mi desenvolvimiento durante el fallo.

—Sólo dije lo que pensaba...

—No seas modesto, chico —me llevó a tomar un daiquirí—. Yo también he leído a Lacan, no te creas. Y lo que hiciste fue genial: como nadie lograba ponerse de acuerdo, decidiste actuar como abogado del diablo. ¡Qué jugada, Quevedo! —me dio un codazo—. Gracias a ti se ha premiado una obra que ilustra, sin lugar a dudas, la perfecta unión del arte y el compromiso político...

A partir de ese momento el director no se separó de mí y me tomó bajo su protección. Mientras que con otros continuaba mostrándose altanero y receloso —«ya te he dicho que a pesar de todo no podemos confiar en *ellos*», me confesó—, conmigo irradiaba afabilidad. Por una razón que entonces yo no alcanzaba a distinguir, acaso simplemente porque a diferencia de los otros yo no era un escritor, él me consideraba uno de los suyos. Durante la ceremonia de premiación, celebrada unos días después, me distinguió como a uno de los invitados más importantes y no cesó de hacerme comentarios al oído para indicarme quiénes de los presentes eran nuestros enemigos potenciales.

—Ese de allí, por ejemplo —me señaló al encargado de negocios de Chile —, nos ha dado un sinfín de problemas. Se las da de escritor y frecuente círculos inconvenientes... En cambio ese de allá es Régis Debray...

Era cierto. Reconocí el rostro demacrado y frágil que tanto me había inspirado cuando yo aún estaba en Francia. Él acababa de salir de la prisión boliviana a la que había sido confinado tras la muerte del Che. Por un momento pensé en saludarlo, pero una timidez extrema lo mantenía al margen de la fiesta...

—No te preocupes, muy pronto te reunirás con tu mujer —el compañero director leyó mis pensamientos—. Sólo que antes la revolución te solicita otro servicio.

6.3. El nombre del padre

—¡Acuéstese!

Me escabullí de sus ojos, parapetado en un silencio casi estúpido, con el mismo pavor de Odiseo ante la mirada del cíclope. ¿Cómo me había atrevido a formularle una petición tan humillante? Resultaba absurdo imaginar su ancho volumen extendido sobre cuatro sillas penosamente alineadas como si fuese

una dama de sociedad tomando un baño de luz eléctrica. (Según sus ayudantes, había sido imposible encontrar un diván de su tamaño en las mueblerías de la zona.) Y, para colmo, yo había insistido en sentarme a su lado, aprovechándome de esa ventaja táctica, con el orgullo de un naturalista que observa el comportamiento de una rara especie de lagarto. La sola propuesta constituía un ultraje: un gigante indefenso sólo puede aspirar a la ternura o al escarnio.

Le bastó un ademán para demostrarme que yo había sobreestimado mi función: él no era un hombre como cualquier otro, sino un héroe, un ser que oscila entre lo humano y lo divino —y conserva algo de monstruoso—, y por tanto yo, un simple mortal (y para colmo, mexicano) cometía un sacrilegio al tratarlo con la suficiencia de los médicos que exhiben la debilidad de sus pacientes. Cubriéndome con su sombra, me redujo a la condición de bestia mientras él se asumía como potencia natural; yo apenas distinguía sus rasgos, pero me bastó atisbar el resplandor de su barba para reconocer su desprecio. Recortado a contraluz, parecía un profeta enfrentado, en medio de la morosidad del trópico, a mi inicua falta de fe.

—Pensé que se sentiría más cómodo —musité.

Su mirada me fulminó: yo debía considerarme suficientemente afortunado con su compañía (¡cuántos de sus fieles se debatían por una audiencia!) como para imponer mis condiciones. Era él quien escribía la Historia —mejor: quien la dictaba— y, por muy preparado o sagaz que me creyese, por mucho trabajo revolucionario que hubiese realizado, por muchas recomendaciones que trajese conmigo desde Francia, yo no era más que un intérprete. Si él había aceptado consultarme (era un decir), si al fin había decidido concederme un poco de su tiempo —algunos fragmentos de su vida, lo cual ya constituía un pago inmerecido—, no se debía a mi importancia académica, y mucho menos a mi simpatía por su causa, sino a mi supuesta capacidad para curar su falta de sueño.

Él no quería que nadie pusiese en duda su lucidez, sólo requería la opinión de un experto que lo ayudase a apaciguar esa parte de sí mismo que lo mantenía en vela por las noches. En ese esquema, yo sólo era un «trabajador de la mente», no muy distinto de un plomero o un ebanista: una vez reparado el desperfecto (su insomnio), podía marcharme con la satisfacción de haber cumplido mi tarea. Eso era todo. Nuestra relación de ningún modo sería *personal*: como los brujos o santeros a quienes sus compatriotas consultan a escondidas, me bastaba con despejarle el futuro. Y luego, como cualquier sacerdote, simplemente debía callar.

—¿Y usted cree que a mí me interesa la comodidad? —ocultaba su ira

detrás de un perfecto autocontrol—. ¿Que a mí puede interesarme la comodidad? La comodidad, a mí, que he pasado meses en la sierra, sin bañarme, sin tocar siquiera el agua, durmiendo en cuevas o en trincheras a mitad de la selva, a merced de los animales, sucio y maloliente...

Su entonación era precisa y machacona, un tanto gangosa, me pareció la de un cronista deportivo o un modesto abogado defensor. Durante largo rato continuó quejándose de mi venalidad: ¿es que no veía que las comodidades eran una extensión de la tibia moral burguesa...?

Mientras él proseguía con su regaño, yo no dejaba de lamentar la paradoja que me devolvía al psicoanálisis. Al abandonar Francia para seguir a Claire, creí que mi carrera clínica había quedado definitivamente clausurada. Incrustado de lleno en la acción revolucionaria, ahora me interesaba más aprender el funcionamiento de ametralladoras y explosivos que la improbable esquizofrenia de unos cuantos burgueses contumaces. De pronto términos como *falo*, *estadio del espejo* u *objeto a* ya no sólo me sonaban misteriosos, sino fatuos. Tan lejos del estructuralismo como pueda imaginarse, en medio de esa selva que era el reverso del seminario de Lacan, me veía constreñido a resucitar mi estatuto de analista.

—... nada, ¿me ha entendido? *Nada*. Las comodidades a mí no me importan. Las desprecio. Así que, si de verdad quiere estar cómodo, acuéstese usted...

Extraviado en mis reflexiones, perdí el hilo de su discurso y no comprendí que aquella última frase no era una exaltación retórica ni una sugerencia burlona, sino una orden. Una orden clara y directa.

—¡Le digo que se acueste!

No necesitó repetirlo de nuevo. Me levanté de la poltrona que me había ofrecido al principio de la sesión y me extendí a lo largo de las sillas de bejuco. Aquella debía ser una variante inédita de la técnica psicoanalítica: mientras el paciente se paseaba de un lado a otro de la habitación, el analista —es decir, yo mismo— permanece recostado sobre el improvisado diván.

—¿Y usted no prefiere sentarse? —le insistí.

—No.

—De acuerdo, como usted se sienta más cómodo...

¿O debí haber dicho más incómodo? Cuando el director de la Casa de las Américas me dejó en manos de los agentes de la Seguridad del Estado, nunca imaginé que me conducirían frente a él. Quizás porque el trayecto me pareció infinito, o porque la noche era cálida y fragante, supuse que me llevarían a un campo de entrenamiento o a una instalación militar; en vez de ello, me depositaron en esa finca rústica resguardada por un cansino piquete de

soldados. «¿Ustedes saben cuál es mi tarea aquí, compañeros?», pregunté, pero ninguno se atrevió a responderme. Cuando me quitaron la venda de los ojos, un secretario me aconsejó no impacientarme. «Debería sentirse orgulloso, compañero», me explicó. «Aquí sólo lo visitan los muy próximos.»

Más que austera, la habitación se encontraba en un estado lamentable. Si en otras épocas la casona debió lucir cierto esplendor provinciano —aquí y allá se distinguían las sombras dibujadas por los cuadros en el tapiz—, nada sugería la predilección que mi anfitrión guardaba por sus salas. Fuera de una mesa de roble y un par de hamacas acarreadas de la costa, el escenario era desolador: grisáceo, apenas limpio, con una alfombra color verde botella y una luz templada producida por unos reflectores que, semejantes a grullas dormidas, dirigían sus puntiagudas cabezas contra el suelo. De seguro a él la decadencia del lugar le parecería acorde con una actividad tan decadente como el psicoanálisis.

Después de unos segundos de espera, buscando acostumbrarme a mi nueva perspectiva horizontal, me atreví a reiniciar la sesión.

—Comencemos pues. Lo escucho.

—Me dicen que usted es muy bueno para escuchar...

A alguien tan desconfiado como él debía resultarle muy incómodo compartir su angustia: como me reveló más adelante, no se había confesado desde que finalizó sus estudios con los hermanos lasallistas, veinticinco años atrás. Para sentirse más cómodo, extrajo un habano del interior de su chaqueta, lo olió y cortó ritualmente, y se lo llevó a los labios antes de expulsar una bocanada a la altura de mi rostro.

—Si me dice que el tabaco es un símbolo fálico, por mi madre que lo capan aquí mismo.

Por lo visto estaba familiarizado con la jerga freudiana; traté de sonreír, pero la rigidez de su entrecejo me hizo ver que hablaba en serio. Ante tal advertencia, me olvidé de teorizar en torno a la figura lacaniana del nombre-del-padre y evité referirme al peso que significaba llevar un apellido tan procaz y amenazante como el suyo. Para romper el hielo, le pregunté:

—¿Es su primera vez?

—...

—¿La primera vez que se somete a análisis?

—Yo no me someto a nada.

—Quiero decir que si es la primera vez que consulta a un... analista.

—Y espero que sea la última.

—¿Por qué?

—Freud me parece un farsante —a veces utilizaba un español

alambicado, como si quisiera demostrar su dominio de la lengua—. ¿La lucha entre los instintos de vida y de muerte es lo que mueve al mundo? ¿El triunfo de la *libido*? ¿Cree usted que yo estaría aquí si lo que más me importara fuese el sexo? Que me digan a mí que lo único que he hecho es tratar de matar a mi padre... O que mi fijación materna es la causa de nuestro triunfo... ¿Y dónde quedó mi pulsión de muerte a la hora de escapar a los atentados de la CIA? ¿No le parece que todo eso es falso? ¿En realidad cree usted esas patrañas? ¿Las cree...?

Menos mal que no me permitía interrumpirlo, porque, confrontado de modo tan directo, no hubiese sabido responderle: si le decía que sí, que en efecto confiaba en esas teorías, o más bien en sus elaboraciones más complejas y no en esa vana popularización de su contenido, corría el riesgo de sonar rimbombante y desatar una vez más su enfado; en caso contrario, si le concedía la razón y le confiaba mi escepticismo, de seguro me echaría sin contemplaciones: por misteriosa que fuese su decisión, era evidente que me había mandado llamar por ser psicoanalista.

Su propensión a las largas parrafadas me permitió escapar al dilema y, a lo largo de los siguientes minutos (quizás una hora), lo escuché discurrir sobre la vida y la obra de Freud. Me sorprendió su conocimiento del tema: si al inicio repitió la caterva de lugares comunes que caracteriza a los críticos de nuestro campo, poco a poco se adentró en comentarios y reflexiones que uno sólo esperararía escuchar en boca de especialistas. Luego de un atinado repaso de las principales aportaciones de Freud, de glosar su rompimiento con Jung, de atreverse a mencionar los nombres —penosamente pronunciados— de Ferenczi, Adler, Rank y Fromm, y de despotricar contra quienes habían convertido el psicoanálisis en una terapia para jubilados, al fin volvió a mirarme.

—Me han dicho que usted es lacaniano.

—Bueno...

—A ese Lacan no lo he leído. ¿Me puede decir en qué se diferencia su análisis del freudiano?

—No es fácil de explicar. Si empezamos con...

Ni siquiera le había expuesto los principios básicos de la clínica lacaniana cuando él ya se tronaba los nudillos. Era un hombre de acción, no un teórico; el significado de los sueños, la envidia del falo y el complejo de castración le parecían asuntos más cercanos a la poesía —y por tanto a la ficción, a la falsedad y a la vileza— que a la realidad. Hasta entonces yo no sabía que él era un admirador de Platón pero, aprovechando este desvío, me confesó que él felizmente suscribiría una ley que proscibiera la vana labor de los poetas, conminándolos a abandonar su República —su isla— para siempre.

—Esos maricones no sirven para nada —murmuró de pronto, desgarrando el tabaco con los dientes—. A ellos la revolución les importa muy poco, sólo les interesan las palabras... ¿Y para qué sirven las palabras?

No dejaba de resultar curiosa esta arremetida proviniendo de alguien que disfrutaba tanto al acumular frase tras frase. A continuación me correspondió soportar otra diatriba contra los escritores —esos arribistas sin compromiso, esas sanguijuelas, esas *ratas*—, así como una nueva defensa de la revolución, pero de pronto calló sin previo aviso. Se le veía fatigado. Yo lo escuchaba desde mi extraña postura, acomplejado por su estatura que desde ese ángulo se tornaba aún más imponente.

—No me concentro —se excusó.

—¿Puedo levantarme ya?

—Desde luego, ¿es que tengo que darle órdenes para todo?

Su habano se había consumido. Se cuadró espontáneamente y salió de la habitación sin hacer otro comentario.

—Hasta mañana, comandante.

¿Quién diablos dijo que la posición horizontal era ideal para el análisis? La espalda me mataba. Afuera, el agente de la Seguridad del Estado me recibió con una sonrisa maliciosa. Tenía un ligero parecido con los actores de las películas mexicanas de la época de oro, con el ancho bigote mal recortado y una ceja alzada e irónica.

—¿Qué tal le ha ido, compañero analista?

—Bien, supongo —al constatar su sorpresa, corrigí—: *muy* bien. ¿Y ahora alguno de ustedes haría el favor de llevarme de vuelta a La Habana?

Detrás del joven capitán (o lo que fuera, nunca he sido capaz de leer los galones militares), un grupo de soldados rasos soltó una risa impertinente.

—Ah, qué chistoso el mexicano —imitó pobrementemente mi acento—. Me temo que eso no se va a poder, compañero.

—Tengo que estar en la ciudad hoy mismo.

—Ya le dije que no se va a poder. Órdenes son órdenes, chico.

—¿Y cuánto tiempo piensan retenerme aquí?

—¿Retenerlo? Pero si nadie lo retiene, compañero analista —pronunció la frase muy despacio, separando cada sílaba—. Puede irse cuando quiera, aunque yo no se lo recomendaría. ¿Y si al comandante se le ocurre buscarlo y no lo encuentra? A él le gusta trabajar hasta altas horas de la noche, y a lo mejor después se le ocurre hablarle, ya sabe, para descansar la mente...

Me había convertido en prisionero. O, más bien, en un aspirante a revolucionario atado por la fuerza a su malhadada condición psicoanalítica.

—¿Y hasta cuándo va a durar esto?

—Si usted es el experto, compañero. Cuando el comandante ya no quiera hablar con usted, él se lo hará saber. ¿Juega al dominó? Estamos por empezar una partidita... La noche es larga.

Pasé las dos horas siguientes lidiando con un número inusitado de fichas ante la recelosa mirada de mis compañeros celadores. Mi pareja, un mulato somnoliento y rencoroso, parecía a punto de sacar la metralla cada vez que yo me equivocaba con las cuentas. Al terminar, colocaron unas mantas encima de los muebles y se acomodaron como pudieron. No me quedó más remedio que imitarlos.

—Buenas noches, compañero analista.

No volvieron a molestarme. De seguro el comandante se debatía con asuntos de Estado más trascendentes que confiarme sus opiniones sobre Freud, así que imaginé que tarde o temprano me liberaría de aquel secuestro. A la mañana siguiente me dieron de desayunar, me dejaron pasear por los alrededores —el comandante regresaría al anochecer, cuando hiciera fresco— y me obligaron a estar listo desde las ocho. A las dos de la mañana, el cabo (o lo que fuera) me despertó violentamente: el comandante me esperaba en el salón. Había empezado a familiarizarme con aquella casa de campo incautada con el triunfo de la revolución.

—Buenas noches, doctor.

—Buenas noches, comandante.

Pese a que entre mis amigos resultaba de buen gusto referirse a él por su nombre de pila —sólo sus detractores le endilgaban su apellido—, yo no osé demostrarle tanta familiaridad. Resignado, me acosté sobre las sillas como la vez pasada, esperando que perdonase mi arrogancia y me permitiese sentarme, pero a él mi comodidad le tenía sin cuidado.

—¿No le importa que grabe nuestras charlas, verdad? No es que desconfíe de usted, Quevedo, pero si más adelante tiene el mal tino de contar lo que conversamos aquí, yo tendré manera de desmentirlo...

Por lo regular son algunos malos analistas quienes toman notas o graban las sesiones, pero en ese mundo al revés ya nada me extrañaba. El comandante era, a un tiempo, el mejor y el peor paciente para un lacaniano: si por una parte respetaba mi función de simple provocador de su discurso y evitaba pedirme opiniones de ningún tipo, por la otra resultaba imposible fijar una sesión corta con él. Aunque intenté si no callarlo al menos limitar su prolijidad, siempre me resultó imposible puntuar las sesiones: él sólo me dejaba intercalar algunas onomatopeyas en su verborrea.

¿Cuántas noches estuve sometido a esa rutina, a esa extraña muestra de confianza, a ese privilegio revolucionario, a esa tortura? Estaba claro que no

había otros pacientes aguardándome en una hipotética sala de espera y yo tampoco aspiraba a cobrarle una tarifa por hora pero, si tomamos en cuenta que las sesiones se iniciaban a las dos de la mañana, que yo debía permanecer en posición decúbito dorsal, que la luz apenas era suficiente y que él no paraba de hablar en tres o cuatro horas, el esfuerzo para mantener mi lucidez era inhumano. Si a ello le sumamos que los miembros de la Seguridad del Estado me despertaban al alba y me obligaban a participar en sus juegos de fútbol por la mañana y dominó por la tarde, no era de extrañar que mi propia falta de sueño me deslizase en un estado alucinatorio. Me convertía en un personaje de las *Mil y una noches* a la inversa, una Sherezada que debía escuchar las penosas historias del sultán a riesgo de perder la cabeza en caso de dormirse.

—¿Ya le he contado sobre aquel episodio a bordo del *Granma*? —ni siquiera me permitió asentir—. Escúcheme, entonces...

Convertido en su público ideal, alguien a quien no necesitaba mirar y que estaba obligado a escucharlo, le oía discurrir a sus anchas, como si estuviese frente a un micrófono en la Plaza de la Revolución. Con cualquier otro ser humano aquel tiempo hubiese bastado para avanzar en el análisis, pero con él la tarea resultaba imposible. Durante las primeras sesiones yo me había esforzado por dirimir las causas de este ocultamiento, pero al final concluí que su goce radicaba en producir aquella catarata de palabras: si hablaba y hablaba, era para no hablar.

Hubiese sospechado que sólo me utilizaba como pretexto de no ser porque insistía en que yo lo liberase de su falta de sueño. Desde joven, había ido acumulando un insomnio pertinaz que al principio no sólo no le incomodaba, sino que le otorgaba una ventaja sobre sus adversarios. Durante su encierro en Isla de Pinos, luego durante su exilio en México mientras preparaba la insurrección contra Batista, y por fin durante sus combates en la Sierra Maestra, la capacidad para permanecer despierto diecinueve o veinte horas al día le había resultado muy provechosa. Sin embargo, una vez lograda la victoria, no se había desprendido de esta habilidad. Si durante sus primeros meses en el gobierno le resultó sencillo ocupar el tiempo extra leyendo informes —más de cincuenta diarios—, acumulando reuniones con sus colaboradores a las horas más insólitas, o simplemente leyendo novelas románticas, el peso de tantas horas había comenzado a estrangularlo. Como Macbeth, él también había asesinado al sueño.

—Perdone que lo interrumpa, comandante —me arriesgué una tarde—. ¿Alguna vez escribió usted poesía?

Mi pregunta le resultó inesperada. A lo largo de las sesiones anteriores

había mostrado tanta vehemencia al denostar a los poetas, que se me ocurrió buscar en aquel rechazo una clave de su insomnio.

—¿Poemas yo?

—¿Al menos unos versos?

—Yo no tengo tiempo para eso.

—Pero usted tiene muchos amigos escritores.

—¿Amigos?

—García Márquez, Cortázar, Benedetti...

—Bueno, el Che me escribió un poema una vez.

—¿El Che?

—La verdad, no era muy bueno.

—¿Y a usted nunca le pasó por la cabeza?

Me arriesgué a incorporarme para distinguir su rostro. El comandante dio un rodeo por la sala, con las manos en la espalda, recorriendo el camino de vuelta a su juventud.

—Bueno, sí, como todos.

—Como todos.

—Yo qué sé, hombre... Una vez. Para una mujer...

Así que, como cualquier buen revolucionario latinoamericano, en el fondo el comandante también era un romántico.

—¿Lo recuerda?

—¡Desde luego que no!

Por inverosímil que parezca, al cabo de unos instantes comenzó a rumiarlo en silencio. ¿Cómo sería entonces, cuando aún era capaz de bosquejar un poema? Su voz se tornó más aguda, como si imitase la que tenía cuando estudiaba Derecho. Según sus cálculos, su lamentable encuentro con la poesía debió producirse a fines de los años cuarenta, cuando compartía apartamento con dos de sus hermanas y manejaba el Ford V-8 que su padre al fin le había comprado unos meses atrás.

—¿Sabe cómo me llamaban en esa época? —bramó con desenvoltura, casi orgulloso—. *El Loco*.

Loco por su voluntad de destacar sobre los demás en todas las áreas, aunque sólo lo lograra en los deportes. Loco porque, como demostraba cada vez que servía de *pitcher* en un juego de béisbol, no toleraba perder y se dejaba llevar por arrebatos de despecho. Loco debido a su precoz admiración por la fuerza física. Loco porque se aburría en clase, despreciaba a sus maestros y se mostraba indiferente hacia la vida académica. Loco porque, pese a su fama de revoltoso, estaba seguro de que algún día escribiría una línea en la historia de la isla. Y loco, en fin, porque estaba dispuesto a conseguir lo que

buscaba a cualquier precio.

Al escucharlo referirse a sus años universitarios, distinguí un atisbo de satisfacción en su mirada. A partir de 1947, su vida dio un vuelco radical: dejó de obedecer las órdenes de su padre y eludió la obligación de regresar a Las Manacas los fines de semana; perdió su condición de estudiante «políticamente analfabeto» gracias a la influencia de su amigo Pepe Pardo, quien lo puso en contacto con los dirigentes del Movimiento Socialista Revolucionario; comenzó un curso de guerra de guerrillas en Cayo Confite; y, por último, en octubre de 1948 contrajo matrimonio con su primera novia, Mirta Díaz-Balart, cuya familia era una de las más acaudaladas de la isla.

—¿Le escribió un poema y por eso ella se casó con usted?

—No, no se lo escribí a ella... Para entonces yo ya no perdía el tiempo en esas cosas, ya se lo he dicho. Estaba ocupado con asuntos más serios. Mirta estudiaba filosofía, no era el tipo de chica que exigiese flores o versos.

—¿Y entonces?

—Fue un poco antes. En abril.

—La primavera, buena época para el amor.

Su ánimo se hallaba más distendido que de costumbre, pero mi ironía estuvo a punto de echarlo todo a perder.

—¿Me permite continuar?

—Desde luego, comandante. Perdóneme.

—Mi amigo Rafael del Pino y yo hicimos un viaje a Bogotá para participar en un encuentro estudiantil —las palabras no le llegaban con rapidez, una tras otra, sino como ráfagas u olas sucesivas—. Un hotel horrible, por cierto...

Luego de dar un paseo por la capital colombiana —sin adivinar que Bogotá no tenía clima tropical él sólo llevaba guayaberas—, del Pino lo convenció de visitar los barrios menos recomendables de la ciudad; su amigo no sólo tenía en mente comprobar la miseria de la zona, sino en establecer un contacto más estrecho con las jóvenes locales que, a decir de todo el mundo, eran las más lindas del continente.

—Desde luego, a mí no me interesaban esas mujeres —me aclaró—, yo estaba demasiado concentrado por la agitación política que vivía el país en esos días, pero al final no pude resistirme a los ruegos de mi amigo.

—Imagino que usted ya había tenido otras experiencias sexuales, comandante.

—Eso es algo que, con todo respeto, a usted no le interesa.

Aunque no se atrevió a relatar su encuentro con demasiadas florituras, la joven que le tocó en turno despertó en él una emoción más viva que el simple deseo carnal. Luego de unas horas con ella, se convenció de que aquella

muchacha no podía continuar con esa vida. O, en otras palabras, no toleró la idea de que recibiese a otros hombres después de él. Como le confesó a Del Pino por la mañana, estaba decidido a rescatarla. Fue a lo largo de esa madrugada, mientras se devanaba los sesos urdiendo un plan para llevarla consigo a la isla sin comprometer su noviazgo con Mirta —y su futuro político—, cuando dejó que su lápiz recorriese las hojas de un cuaderno hasta que, al cabo de unas horas, descubrió el bosquejo de un poema. Un largo poema de amor.

—Tan cursi y fatuo como todos.

Por malos que fuesen los versos, no resistió la tentación de entregárselos a la mujer que los había inspirado y, escabullándose de las incipientes burlas de su amigo, no descansó hasta dar con ella.

—En esa época yo era ingenuo, pero no imbécil. No estaba enamorado ni nada por el estilo, simplemente no podía tolerar la situación de injusticia que padecía esa chica... Claro que le di el poema, a fin de cuentas ya lo había escrito, pero no esperaba que ella se enamorase de mí.

No, claro que no; sin embargo, eso fue exactamente lo que ocurrió. Uno tendría la tentación de insinuar que quizás la joven se limitó a entrever una salida a su miseria en los versos de aquel isleño tosco y arrojado, pero a fin de cuentas lo significativo era que, veinte años después, el comandante seguía confiando en su romanticismo juvenil.

—Permítame felicitarlo. No entiendo por qué desconfía usted de la poesía si entonces le fue tan útil...

Si creí que ya lo había visto moderar su furia, no conocía hasta dónde podía controlar sus emociones.

—Levántese ya, hombre.

Por un momento pensé que querría practicar conmigo su pasión por el boxeo.

—¿De verdad no se acuerda de ninguna línea?

—Eso qué importa, Quevedo. ¿No se supone que los lacanianos dejan que el paciente sea quien hable? ¿Y no me dijo usted que su papel se reducía a provocar el «discurso del Otro», es decir, el mío? ¡Pues entonces cálese! Así era ella, tan parlanchina como usted. Y, para colmo, enamorada de mí. Los versos la hicieron enamorarse. Podrá usted dudarle, pero así fue.

A lo largo de la siguiente hora y media, el comandante me narró su historia con la obcecada colombiana: no era una aventura especialmente larga, pues sólo duró los días que él permaneció en Bogotá, pero él le daba vueltas una y otra vez a los mismos argumentos, empeñado en proporcionarme una imagen completa de la joven. Al final, sólo enmarañó aún más su relato. En

pocas palabras, el entuerto ocurrió como sigue: idealista *malgré tout*, él se encaprichó con la idea de redimirla, un tema que por otra parte aparecía en todas las novelas y programas de radio de la época: la pecadora que se salva gracias a la fe del revolucionario. Obviamente, esta imagen sólo escondía su fantasma: no el de acostarse con ella de nuevo y sin pagar, como creía, sino el de utilizarla como cualquier burgués, pagándole con burdos poemas de amor... No sin algo de miedo, le ofrecí esta explicación.

—Bueno, ¿y eso es un pecado?

—Aquí los pecados no importan, comandante. ¿Se siente usted culpable?

Vaya pregunta. ¿Culpable él? Por supuesto que no. Pero, como su ética revolucionaria era una extraña mezcla de moral judeocristiana y ascetismo comunista, debía fingir cierto remordimiento.

—¿Y qué ocurrió a continuación?

—Al día siguiente asesinaron a un destacado político colombiano en lo que se conoció popularmente como el «Bogotazo», y la ciudad se convirtió en un polvorín. Del Pino y yo participamos en las manifestaciones de protesta, convencidos de la culpabilidad del gobierno. Ella me acompañó en esos días, hasta que la policía nos detuvo. Sólo los buenos oficios del embajador cubano permitieron que regresásemos a la isla en un avión de carga.

—¿Y la chica?

—Me fue a buscar al aeropuerto. ¡Quién sabe cómo logró burlar los controles! Era una hembra de armas tomar. Ahí, al pie del avión, me exigió que cumpliera con las promesas que yo le había hecho en mi poema. Yo traté de hacerle comprender que mi posición no era la de antes: no podía llevarla conmigo en esas circunstancias. ¡Nos expulsaban del país! ¿Y sabe qué hizo ella? Me exigió una disculpa pública. Me dijo que, o aceptaba reconocer que mis promesas eran falsas, o ella se encargaría de entregarle una copia del poema a los periodistas.

El relato sonaba bufonesco: bastaba con imaginar cómo sus enemigos hubiesen podido utilizar ese poema de amor para que yo casi pudiese compadecerlo.

—Y tuvo que disculparse.

—Así concluyó mi carrera de poeta. La prensa colombiana se encargó de relatar la historia, pero por fortuna alguien se equivocó a la hora de transcribir mi nombre —el comandante hizo una pausa—. Pero ahora, respóndame usted una cosa: ¿qué hubiera hecho en mi lugar?

Confrontado de repente, reconocí que yo hubiese tomado la misma decisión.

—¿De verdad?

—Creo que usted hizo lo que cualquier otro en su caso —confirmé.

—¿No le parece indigno?

—Sinceramente, no. Creo que fue una decisión perfectamente racional.

El comandante soltó una carcajada.

—¿Ve cómo tenía yo razón? La poesía no sirve para nada. Sólo nos hace decir mentiras, ¿se da cuenta? Es mejor olvidarse de ella.

—De eso no estoy tan seguro, comandante...

Para entonces él ya había decidido concluir la sesión. Me dio una palmada y se marchó con la satisfacción de haber ganado la partida. Una vez a solas, extraje mis conclusiones: si bien él creía haber protagonizado una victoria, el episodio resultaba muy significativo desde el punto de vista analítico. En principio, mostraba el fantasma del comandante: acostarse con la joven colombiana era un modo de aniquilar la revolución y de convertirse en un romántico burgués. Aunque él se empeñaba en señalar su desprecio por la literatura, el acto de escribirle un poema implicaba el goce de humillar ese gran Otro. En este sentido, resultaba evidente que su insomnio era el síntoma que lo devolvía a su vocación original: si permanecía despierto era porque todas sus horas debían consagrarse a su compromiso político, no al amor ni a la poesía. Al obligarlo a abjurar públicamente, aquella mujer había exhibido su debilidad y su carencia de ideales: por eso ahora, al detestar a los poetas, el comandante en realidad se agredía a sí mismo...

Por desgracia, él ya no me concedió la oportunidad de continuar con el análisis. Después de aquella sesión proseguimos nuestras charlas durante unos quince días, pero sin avanzar un ápice en la cura. Él continuó parlotando, deteniéndose en todos los temas posibles. ¿Qué clase de análisis era aquél? Me esforcé por impulsar su desasosiego, pero ya nunca conseguí desprenderlo de sus certezas, incluso su irritabilidad se moderó. Era como si esa conversación en torno a la poesía hubiese anulado su endeble interés por el análisis. Por mi parte, yo sólo sentía unas profundas ganas de dormir. Debía poner fin a aquel engaño: las sesiones no sólo resultaban estériles para él, sino perjudiciales para mí. Pero no tenía alternativa.

Cuando el coronel o general de la Seguridad del Estado (su cargo ya me daba lo mismo) me despertó ese día a las dos de la madrugada, atravesé el patio de la finca como un reo rumbo al paredón. El comandante me esperaba paladeando un habano. Sin dejarme amilanar, le dije que nuestra relación debía concluir.

—¡Es exactamente lo mismo que yo quería decirle!

Su respuesta me dejó tan sorprendido que apenas me di cuenta del momento en que sus brazos me rodearon. Asfixiado entre las mechas de su

barba, no atinaba a comprender su euforia.

—¡Por quinto día consecutivo, ayer dormí seis horas! —exclamó, radiante—. ¡Seis horas, Quevedo! Tenían razón quienes decían que usted era el mejor. ¡Nada me había servido hasta ahora! ¡Ni las pastillas, ni la hipnosis! Sólo mis charlas con usted han funcionado. No sé cómo agradecersele... Quizás debí confrontarlo con la verdad, diciéndole que yo no creía tener injerencia alguna en la remisión de su insomnio, pero me sentía tan fatigado que preferí callar.

—¿Entonces puedo irme?

—¡Por supuesto, no faltaba más!

Me gustaría partir por la mañana, si es posible...

El comandante llamó a su secretario y lo instruyó para que me llevase a la ciudad a primera hora. Luego me dio otra palmada y, antes de marcharse, me distinguió con un saludo marcial. Mientras el coche militar me transportaba hacia La Habana, intenté comprender aquel éxito analítico. ¿En realidad habríamos rozado una parte de él capaz de estremecerlo? ¿O el fin de su insomnio era producto de una coincidencia?

Unos días más tarde, poco después de alcanzar a Claire en la provincia de Oriente, al fin comprendí lo que había sucedido. Estacionados en un pequeño pueblo no lejos de la Sierra Maestra, escuché la noticia por la radio: luego de un intenso proceso de autocrítica —y de veintiocho días de encierro—, el poeta Heberto Padilla confesaba públicamente haber dañado la imagen de la revolución con su conducta y sus escritos. Ni siquiera necesité terminar de oír sus palabras para saber que el comandante había pasado a visitarlo. Con razón ahora volvía a dormir.

6.4. Reencuentro en la Sierra Maestra

Mientras surcaba el accidentado camino hacia la Sierra, trataba de imaginar las frases que persuadiesen a Claire de abandonar la isla. Si el proceso de selección de las obras ganadoras del premio me había llevado a desconfiar de la intromisión de la política en el arte, la autocrítica de Padilla me hizo repensar por completo mis convicciones revolucionarias: haciendo a un lado el odio que el comandante le tenía a los poetas, este burdo episodio revelaba la ausencia de libertad artística que reinaba en sus dominios. No cabía duda: siempre que alcanzaba el poder, la revolución se pervertía, como demostraba el caso de la Unión Soviética. Cuba no era un lugar para nosotros.²

² Según Pérez Avella, Quevedo confunde o trastoca los tiempos a su favor. Si sus dudas hacia el sistema cubano datan de la época del «caso Padilla» (1971), no se explica por qué su

Un salvoconducto con la firma del comandante me permitió ingresar al campo de entrenamiento sin problemas. Tan nervioso como un adolescente, le expliqué al soldado que vigilaba el acceso el motivo de mi visita:

—Busco a Claire Vermont —le dije—. La joven francesa. ¿Sabe dónde puedo encontrarla?

—Ahora está en la zona de tiro —me respondió.

—¿Podría decirme por dónde debo ir?

—Lo acompaño...

—No es necesario, sólo muéstreme el camino.

Gracias a la carta de recomendación, yo hubiera podido ordenarle que moviese una montaña. Necesitaba verla a solas, a salvo de las miradas de aquellos soldados. Calcinado por el sol, al fin distinguí su silueta detrás de unos arbustos: su piel brillaba entre la exuberancia de verdes, ocres y naranjas. Vestida con uniforme militar, Claire se ejercitaba con un rifle de asalto. Me acerqué a ella con cautela y, sin pensarlo dos veces, posé mis dedos en su cuello. Asustada, falló estrepitosamente el tiro.

—¿Qué haces aquí?

—Vine a buscarte... Debo hablar contigo.

No permitió que la abrazase.

—Ya me habían informado de que estabas en la isla...

—Tengo que contarte lo que ha pasado en estos días. Fui jurado del Premio Casa de las Américas. Y luego —procuré aumentar la expectación—, luego lo conocí a él... Al comandante...

Su actitud se modificó drásticamente y me pidió que le relatase mi encuentro con el líder.

—Por desgracia —interrumpí su júbilo—, no todo es como parece... He visto algunas cosas, ¿cómo decirlo?, nada transparentes... Tenemos que hablar...

Tratando de ser lo más objetivo posible, le conté mi decepción ante el caso Padilla. Sin disculpar del todo la conducta del poeta, me parecía que el régimen lo había conducido la vileza; si bien era paranoico y exhibicionista, la censura ejercida en su contra resultaba intolerable.

—Padilla es un contrarrevolucionario —me replicó Claire, rotunda—. Todo el mundo lo sabe... Y ahora él mismo lo ha reconocido.

Yo no quería perder los estribos. Alejada en aquel rincón de la Sierra, ella no debía estar al tanto de las repercusiones del caso. Le referí entonces algo que me contó el dramaturgo cubano. En Francia, una decena de intelectuales

rompimiento público con Cuba no se produjo hasta bien entrados los años ochenta. *Op. Cit.* p. 281. (*N. del E.*)

de izquierda, hasta el momento probados sostenedores de Cuba, acababan de publicar un par de manifiestos en *Le Monde* para protestar por el maltrato sufrido por Padilla.

—Ya he oído eso —se quejó Claire, ofuscada—. Todo es producto de una conjura promovida por el propio Padilla... Por eso Cortázar y García Márquez desaprobaron la publicación del desplegado...

Por lo visto, Claire también estaba al tanto de las noticias de ultramar. Mucho más tarde comprobé que ella tenía razón: debido a las presiones de Cuba, ambos escritores habían retirado sus nombres de la lista. Este dato le bastó a Claire para rechazar mis argumentos, convencida de que Padilla era un traidor. Aquellas semanas de entrenamiento la habían vuelto aún más intransigente; no admitía ninguna crítica a Cuba o, más bien, poseía el talento necesario para justificar cada acusación. Como tantos jóvenes de la época, permanecía hipnotizada por el comandante. Incluso yo, que lo había visto de cerca, seguía preguntándome dónde radicaba su magnetismo. Al final me callé para prevenir una ruptura definitiva. Ambos regresamos al campamento en medio de un silencio doloroso.

A lo largo de las siguientes semanas procuramos no discutir. Alejados de los estertores de La Habana —una radio portátil era nuestro único contacto con el mundo—, nos concentramos en nuestras respectivas actividades: ella, en mejorar sus disparos y yo, en bosquejar un ensayo titulado «El Gran Hipnotizador». Fue entonces cuando descubrí, primero con desazón y luego con orgullo, que no quería seguir fingiendo: yo *no* era un hombre de acción. El calor sobrepasaba los cuarenta grados a la sombra y mi condición se hallaba muy debilitada luego de la huelga de hambre en París. A pesar de mis deseos de correr a campo traviesa, me resultaba imposible mantener el ritmo impuesto por los instructores militares. Claire insistía en que a mi edad aún era posible superar cualquier limitación, pero mi ansiedad excedía la fatiga.

—Lo lamento, Claire —le dije después de sufrir un esguince en el tobillo—. Hago mi mejor esfuerzo, pero esto no es para mí... Tengo más de cuarenta años... Creo que hay otras formas de servir mejor a la causa...

—¿Acaso yo te pedí que me siguieras? —me riñó.

—No es un reproche. Vine por mi propia voluntad, porque creo en la revolución y porque quiero estar a tu lado. No me arrepiento. Sólo pienso que mi lugar quizás no esté en el campo de batalla...

—¿Entonces?

—No lo sé con certeza —mentí.

Interrumpimos aquella charla, peligrosamente cercana a una disputa, antes de que ninguno de los dos pudiese frenar su desasosiego. La amaba, sin

duda la amaba, pero estaba seguro de que ninguno de los dos soportaría mucho tiempo más en aquellas circunstancias. Yo por fin tenía claro lo que quería hacer: escribir como Lacan y como Althusser, como Barthes y como Foucault. Si no me atreví a confesárselo a Claire, fue porque ser escritor en Cuba en esos momentos significaba identificarse con los enemigos de la revolución. Fue entonces cuando el azar desvió otra vez nuestros caminos.

Según nos informó un militar de mediano rango, el comandante había decidido realizar un viaje oficial a Chile con objeto de saludar a su amigo Salvador Allende, el primer presidente marxista elegido en América Latina por medio del voto popular.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros? —le pregunté al mensajero.

—El comandante ha dado instrucciones de que ustedes lo acompañen.

—¿Los dos?

—Ésas son sus órdenes.

Claire y yo al fin nos pusimos de acuerdo: resultaba imposible decir que no.

7. ADIÓS A LAS ARMAS

En este momento, conviene mejor detenerse, porque la razón que quiere que intelectuales analistas, adultos, frecuentemente muy sutiles, no racistas y «lacanianos» estén reunidos por la necesidad de tener miedo de Lacan o de X... para sentirse seguros, esta razón supera de lejos a los analistas, pues uno puede encontrar el equivalente en muchas otras organizaciones, en particular organizaciones obreras...

Althusser, «Consideraciones complementarias sobre la reunión del PLM-Saint Jacques»

7.1. La otra revolución

Eran las primeras horas de la madrugada del 10 de noviembre de 1971 cuando Claire y yo subimos por la escalerilla del Il-62 que los soviéticos habían puesto a disposición del comandante. Mientras tanto, el resto de la amplia comitiva se preparaba ya para el inicio del histórico viaje a América del Sur.

—Me siento muy bien —se envaneció ante los reporteros que lo aguardaban al pie del avión—. Ustedes saben lo saludable que es levantarse temprano por la mañana. Ha llovido mucho durante los últimos días. Tuve un pequeño resfriado, pero ya se ha ido y estoy en excelente forma.

Con estas palabras el primer ministro de Cuba desmentía los rumores según los cuales una grave enfermedad lo había aquejado tras la reciente visita del ministro de Exteriores soviético. Era verdad: no sólo había superado la fiebre y el insomnio, sino que había tomado la igualmente histórica decisión de

dejar de fumar sus amados cigarros a fin de dar un buen ejemplo a su pueblo.

Una vez alcanzada la altura de crucero, el comandante salió de su privado para saludar a sus acompañantes; cuando llegó a los asientos que ocupábamos Claire y yo, me demostró su aprecio con una fuerte palmada en el hombro.

—Quevedo —exclamó, como si mi nombre bastase para condensar nuestra historia en común.

Antes de que yo me recuperase de su golpe, Claire se apresuró a estrecharle la mano.

—Un placer, señorita —le susurró nuestro anfitrión con un guiño—. El doctor Quevedo nos ha sido de mucha ayuda... Y por eso voy a tener que arrebatárselo un momento, si no le importa.

—Por favor, comandante.

Me irritaba la ciega admiración que ella le profesaba; me parecía antinatural que una militante de la izquierda radical se comportase como *fan* de los Beatles.

—Me da gusto verlo de tan buen humor, comandante —le dije mientras nos dirigíamos a su cabina.

—¿Ha estado antes en Chile, Quevedo?

—No.

—Para nosotros el caso chileno es al mismo tiempo una esperanza y una incógnita. Una revolución que triunfa mediante unas elecciones burguesas... Allende es listo, qué duda cabe, pero no es un hombre de acción. Recuerdo que cuando era senador se vestía como esos burócratas capitalistas, siempre cargando su maletín... Pero tiene agallas... Este viaje va a ser una bofetada en la cara de Nixon, aunque también incrementará la presión contra los chilenos. Debemos estar muy atentos...

—¿Y qué debo hacer yo?

—Lo he traído para que los observe, Quevedo... Mejor: para que los estudie. A todos... Al gobierno de la Unidad Popular, a la gente de los partidos, a los militares, a los líderes de la oposición, a los estudiantes... Y al propio Allende, por supuesto. Es necesario adelantarnos a los yanquis. Predecir, antes que ellos, lo que va a ocurrir... De la experiencia chilena depende el futuro de la revolución en América Latina, ¿comprende?

—Yo soy un simple psicoanalista... O más bien lo era.

—Obsérvelos... Los gestos escondidos, los signos, los síntomas... Necesito un diagnóstico, no sólo de Allende, sino de la izquierda latinoamericana... No sea modesto, Quevedo. Además tendrá tiempo suficiente...

—¿Tiempo suficiente?

—Para mí, este viaje es más importante que cualquier otro. Ya se lo advertí a Allende: nos quedaremos en Chile al menos un mes.

—¿Un mes?

—Necesitamos una imagen completa de la situación —sin fumar, el comandante parecía un niño que ha extraviado su juguete favorito—. Bueno, ahora necesito preparar el discurso que pronunciaré cuando llegemos al aeropuerto de Santiago. La mejor defensa es el ataque, Quevedo, y yo tengo muchas cosas que decir...

En cuanto volví a mi asiento, Claire me bombardeó con preguntas: no concebía que el líder me distinguiese con tanta confianza. Yo, por el contrario, me sentía doblemente atrapado entre ella y el comandante o, para decirlo mejor, entre la tiranía de ambos.

Cuando al fin aterrizamos en el aeropuerto de Padahuel, una entusiasta multitud vitoreaba al comandante. Sin embargo, los funcionarios del servicio exterior chileno explicaron que el protocolo impedía que un simple *primer ministro* tomase la palabra en el aeropuerto. Furioso, se resignó a guardar las cuarenta y dos páginas de su discurso para una mejor ocasión.

—Alguien tendría que hacer una película con esto —se limitó a comentarles a los periodistas al descender de la nave, señalando a la turba que lo vitoreaba—, y enviársela a Nixon de regalo...

A partir de esa primera declaración, el comandante no cesó de aparecer en la radio, la televisión y la prensa como si fuese el nuevo animador del espectáculo político chileno. Para mí, la oportunidad de acompañarlo en cada una de sus actividades —insistió en mantenerme a su lado, susurrándole mis impresiones al oído— constituyó no sólo una rica enseñanza sobre el funcionamiento de la alta política, sino que me permitió atisbar un poco su dominio de los reflectores y su capacidad para envolver a su público. Su agenda no parecía la de un jefe de Estado en visita oficial, sino la de un candidato a la presidencia.

Además de sostener numerosas reuniones con Allende —para descansar un poco ambos emprendieron un viaje por mar a la Patagonia y la Tierra del Fuego—, el comandante se reunió con trabajadores, funcionarios, mujeres, campesinos, académicos, estudiantes y dignatarios de la Iglesia; visitó fábricas, escuelas, minas, hospitales, universidades y campos de trabajo; concedió decenas de entrevistas; bailó con uno de sus propios soldados; pronunció algunas conferencias; apareció en todas las revistas del corazón; rindió homenaje a Bernardo O'Higgins, José Martí e incluso el Che Guevara; aceptó tomarse una coca-cola que le ofreció un estudiante; y, sobre todo, habló, habló

y habló... El sentido de sus palabras se me escapaba: al parecer nadie, ni los miembros de su comitiva ni los periodistas, y quizás ni siquiera el mismo Allende, entendían si aprobaba la versión chilena del socialismo o si por el contrario la criticaba veladamente; si se hallaba satisfecho con los resultados o angustiado por sus desviaciones...

Como le sucede a todas las estrellas, una vez asimilado el impacto de sus primeras apariciones públicas, la constante repetición de su imagen y su voz generó un efecto contrario al anhelado: quienes lo admiraban, comenzaron a cansarse de su omnipresencia, mientras que sus detractores sólo agudizaron su animadversión al comprobar, día tras día y hora tras hora, su inevitable intromisión en los asuntos internos del país. El propio Allende se mostraba cada vez más inquieto. A pesar de sus coincidencias ideológicas, ambos encarnaban los extremos opuestos —tropical y meridional— de la izquierda latinoamericana y sus personalidades resultaban antagónicas: el *doctor* Allende era pulcro, minucioso, seco, formal y algo retraído, en contraste con el temple radical, extrovertido y pantagruélico del dirigente cubano. Al cabo de dos semanas, el ilustre invitado se convirtió en una más de las calamidades que debía eludir el de por sí inestable gobierno de la Unidad Popular.

La crisis entre ambos mandatarios no tardó en producirse. Acorralado por un congreso con mayoría opositora, la animosidad de la derecha, los militares descontentos y las compañías norteamericanas recientemente expropiadas (sin olvidar las acciones encubiertas de la CIA), el 1° de diciembre Allende tuvo que enfrentar una «marcha de las cacerolas», organizada por cientos de mujeres de la clase media y alta en las principales calles de la capital. Entre sus consignas destacaba el clamor dirigido contra el visitante: «¡No te queremos aquí!»

Mientras Claire y yo observábamos las protestas, yo no podía dejar de pensar en su similitud con las manifestaciones del sesenta y ocho, pese a que su perfil ideológico fuese el contrario. Tal como ocurrió entonces, la marcha comenzó de modo pacífico hasta que unos agitadores desencadenaron la violencia, rápidamente contestada por las fuerzas de seguridad en las inmediaciones del Palacio de La Moneda. Una vez más la espiral protesta-represión siguió su curso inexorable. Horas más tarde, el escenario recordaba a la perfección las calles del Barrio Latino: gases lacrimógenos, piedras lanzadas al aire, chorros de agua helada, manchas de sangre sobre el pavimento, el estertor de ambulancias y patrullas, gritos y más gritos...

—¡Fascistas! —exclamó Claire, roja de rabia, al enterarse de que el comandante permanecía encerrado en su habitación de hotel, despierto y expectante, con una metralleta bajo el brazo—. ¡La CIA ha organizado todo

esto!

Era cierto. El comandante, por su parte, no entendía por qué Allende toleraba que esos provocadores pagados por los yanquis disfrutasen de tanta libertad, en vez de reprimirlos con mayor energía. A pesar de que el gobierno declaró el estado de emergencia y de que el ejército chileno tomó el control de la ciudad, el primer ministro de Cuba se hallaba convencido de que ése era el fin del marxismo chileno.

—Allende se está poniendo la soga al cuello al dejar que el ejército controle la situación —estalló—. Los generales son sus verdaderos enemigos. El *doctor* tendría que crear un cuerpo de choque de probada lealtad en vez de confiar en esos burgueses que terminarán por traicionarlo. Yo nunca me equivoco, Quevedo... En fin, es evidente que ya no somos bienvenidos, así que será mejor que nos marchemos cuanto antes.

Como de costumbre, él ofrecía todas las explicaciones. Sólo sus últimas palabras me aliviaron: me apresuré a buscar a Claire para darle la noticia.

—Ya está decidido —le dije, abrazándola—. Partiremos pasado mañana, después de un último acto en el Estadio Nacional.

Claire terminó de arreglar sus cosas y me miró con desconsuelo.

—Lo siento, Aníbal —me dijo—. Yo no voy a ninguna parte.

—¿Cómo?

—Me quedo. Igual que tú, tengo una misión que cumplir... ¿Crees que sólo venía a acompañarte?

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es esa tarea tan importante?

—Es mejor que no lo sepas.

—Claire, por favor.

—Ya has visto de lo que son capaces los militares... Hemos comprobado que uno de ellos recibió una enorme cantidad de dinero de la CIA...

—¿Y qué piensas hacer? ¿Eliminarlo?

Su silencio me dejó helado.

—Los yanquis han invertido millones de dólares para desestabilizar a Allende. A este paso, comprarán a todo el ejército.

—Sí, Claire, pero ¿por qué tienes que intervenir tú?

Ella cerró su maleta.

—Llegó la hora de separarnos, Aníbal —me dio un beso en los labios—. Si todo sale bien, pronto nos veremos en La Habana...

—Me quedo contigo.

—No.

—No pienso irme sin ti. No de nuevo.

La estreché con fuerza. Sin dudarle un segundo, como si fuese la

reacción más natural, Claire me dobló el brazo con un solo movimiento.

—Perdóname, Aníbal, no me dejas alternativa —me susurró al oído con un tono lastimoso—. Estamos en guerra. Ésta es la única manera de defendernos.

7.2. Desventurado y ridículo arlequín

Viejos y devastados, Althusser y Lacan se encontraron una última vez, casi al final de sus vidas, en marzo de 1980, cuando el primero, invadido por la desafección, el resentimiento o acaso la demencia, decidió clausurar de una vez por todas su Escuela y el otro, convertido en el excéntrico vocero de sus pacientes, se arrogó el derecho de oponerse a ese postrer acto de tiranía. De no ser por el intenso patetismo de su lucha —dos ancianos centauros intentando huir de la muerte y del olvido—, la escena hubiese parecido un funeral. Muy lejos quedaban los tiempos en que Lacan, armado de coraje, era capaz de encender las palabras o de alzarse como un ave fénix para exclamar, cuando uno lo imaginaba derrotado: *yo fundo...* Y muy lejos permanecía ese Althusser opaco y retraído, incapaz de alzar la voz contra ese maestro —ese brujo— que tantas veces lo había despreciado. Esta vez, la última, ambos volvieron a intercambiar sus respectivos papeles: al frente, en la tribuna, el psicoanalista hablaba con voz temblorosa, leyendo unas notas que se le escapaban de los dedos, recitando juegos de palabras caducos y sin gracia, extraviado en su sordera; abajo, rodeado por la multitud, el paciente se entrometía sin vergüenza en todas las conversaciones, dispuesto a extender la conjura contra su rival.

Hacía ya varios meses que la conducta de Lacan se había tornado, si no del todo desquiciada, al menos suficientemente errática para despertar la alarma de sus fieles. Nunca había estado muy dotado para escuchar las críticas, pero ahora su arrogancia lo conducía a una especie de autismo. A fuerza de hablar en su seminario a lo largo de tanto tiempo, de exprimir una y otra vez las palabras y las sílabas, había terminado por vaciarlas de sentido. Del mismo modo que sus sesiones se hacían cada vez más cortas (llegaba a ver diez pacientes en una hora), sus conferencias también se habían reducido al mínimo, al grado de que en ocasiones la única frase que pronunciaba —la única que podía o quería pronunciar— era un rotundo no. Un *no* que recordaba su avaricia: al comprender que los billetes no eran, a fin de cuentas, sino metáforas de la riqueza, durante los últimos años Lacan se había dedicado a coleccionar lingotes de oro, ese símbolo que Freud asociaba con los

excrementos y que él consideraba su único vínculo con la realidad.

Althusser, por su parte, había experimentado una evolución inversa. Empeñado en desprenderse de las teorías que con tanta meticulosidad había construido a lo largo de su vida, renegaba ahora de esas construcciones abstractas e impersonales y, a los sesenta y dos años de edad, volvía a defender el camino de la acción. Durante muchos años había animado a sus discípulos a sumarse a la lucha revolucionara, mientras él permanecía al margen de la violencia; en cambio ahora, más de diez años después de las manifestaciones del sesenta y ocho, una fuerza secreta lo devolvía a la lucha. Incapaz de soportar la indiferencia, necesitaba gritar, exaltarse, trastocar el mundo.

El 5 de enero de 1980, el psicoanalista había hecho circular una carta en la cual, sin olvidar sus inevitables juegos de palabras —*Je père-sevère*, se definía—, cancelaba de un plumazo la Escuela Freudiana de París. Para los asistentes era una buena noticia que el maestro al fin abriese la boca en vez de permanecer mudo como las últimas semanas, y apenas se quejaron al oír sus tartamudeos. Convertido en una mala copia de sí mismo —un *golem* imperfecto y quebradizo—, durante las siguientes sesiones de su seminario Lacan no hizo otra cosa que leer machaconamente ese mismo texto (preparado, según se decía, por Jacques-Alain Miller).

Eso era exactamente lo que hacía esa tarde del 18 de marzo de 1980 en el hotel PLM Saint-Jacques, frente a cientos de analistas de su Escuela que intentaban detener ese suicidio colectivo, cuando Althusser entró por la fuerza en el recinto.

—¿Usted fue convocado? —le preguntó un edecán.

—Sí, pero no por Dios Padre, sino por el Espíritu Santo, que es el otro nombre de la libido —contestó el filósofo con regocijo.

Al darse cuenta de que su antiguo profesor había ingresado en la sala, Jacques-Alain Miller, quien hacía las veces de anfitrión y deudo al mismo tiempo, lo condujo a un asiento en la última fila del auditorio. En vez de escuchar a Lacan, Althusser prefirió sumergirse en las páginas de *Le Monde*, aburrido con las frases que el psicoanalista, vestido con una colorida chaqueta de *tweed*, balbucía en el proscenio. Al mirarlo ahí, a la distancia, no atinaba a comprender cómo el público no lo abucheaba hasta que comprendió que, por brillantes que fuesen todos esos analistas, en realidad seguían temiendo la ira del maestro. A pesar de su chochera y aquella multitud aún se estremecía en su presencia. En una época a Althusser le había ocurrido lo mismo, sólo que, después de tantos desplantes, al fin había perdido el miedo. Lacan le parecía un desventurado y ridículo arlequín.

Convocados por el oficiante, algunos miembros de la Escuela se aventuraron a subir al escenario ante la mirada ausente de su gurú. Entonces Althusser atravesó el salón y, lúcido y radiante, asaltó la tribuna. Era tanta su determinación (su grandeza) que nadie se atrevió a detenerlo.

—Yo digo que, aunque no haya orden del día, esta reunión tiene algunos objetivos —exclamó con voz firme—: primero, el problema jurídico de la reunión de mañana, 16 de marzo: saber si hay que votar o no por la disolución; segundo, el problema del pensamiento de Lacan, si se mantiene o no; tercero, el problema de los analistas, que son ustedes; y, cuarto, el problema de los problemas, la pupila y el infierno de los problemas: qué hacer con los cientos de miles de analizantes, tal vez millones de analizantes que se analizan con analistas que se adhieren al pensamiento o a la persona de Lacan. Ésta es la responsabilidad de las responsabilidades, o la irresponsabilidad de las irresponsabilidades, porque, al final, sin necesidad de citar casos que todo el mundo conoce, se trata de una cuestión de vida o muerte, de supervivencia, de renacimiento, de transformación o de suicidio.

Ridiculizados, los presentes no osaron replicar. El loco —porque, al menos hasta ese momento, Althusser era *el loco*— había recuperado la razón. Y, peor aun, se burlaba de ellos. Como en la leyenda, el tonto del pueblo les advertía, envalentonado, con una sabiduría casi demoníaca: el rey está desnudo. Yo no soy el demente, el demente es *él*, su luz y su guía, su maestro. *El rey está chalado*. ¿Y ahora cómo rezarle a un dios imbécil? Al suprimir su Escuela y prestarse a su propia inmolación, Lacan rompió todas las reglas y traspasó las barreras de su lucidez; rebelde hasta el final, dejó atrás a los mortales y prefirió hundirse en las tinieblas del delirio antes que claudicar o arrepentirse. Esa tarde, durante ese encuentro en el hotel PLM Saint-Jacques, Lacan representó por última vez su papel de cuerdo que opta por la insania; Althusser, por su parte, el de demente que se aproxima a la lucidez. Al fin los extremos se tocaban.

7.3. El club del vino

Cuando me recuperé, no quedaba rastro de Claire: se había ido una vez más, dispuesta a enfrascarse en un nuevo acto de violencia, sin que le importase nuestro futuro. ¿Y ahora qué debía hacer yo? ¿Perseguirla por las calles de Santiago? ¿Es que nunca pensaba detenerse? ¿De qué servía lamentarse? Mi doliente letanía sólo expresaba mi despecho. ¡Claro que volvería a buscarla! ¡Ése era mi camino!

Lo más sensato era dirigirse hacia el Estadio Nacional, donde el comandante tendría su última aparición pública en Chile. Tomé un taxi y atravesé esa ciudad que habría de convertirse en sinónimo de la tragedia. Atravesé las vallas de control y me deslicé hacia el área de vestidores, convertida en improvisada sede de la Seguridad del Estado. El espectáculo que presencié a través de la enrejada que me separaba del campo de juego me heló la sangre: los gritos de apoyo y los aplausos provenían de un contingente muy inferior al esperado. A fuerza de prodigarse, el comandante había terminado por ahuyentar a sus *fans*.

En el otro extremo del estadio, el comandante lucía como una enorme estaca clavada en el centro de la tierra; frenético y desilusionado, se aprestaba a concluir la violenta arenga con la cual se despedía del malagradecido pueblo chileno; el doctor Allende, a su lado, resistía las invectivas con fingida gentileza. Tras referirse a la solidaridad que había querido mostrar hacia una nación hermana, el dirigente cubano admitió que su presencia había intensificado los problemas del gobierno popular, pero de inmediato deploró los ataques que había sufrido por parte de la prensa. Al final, como el villano de un melodrama, se permitió un último desplante ante las cámaras de la televisión chilena:

—¡Ya no quiero hablar más! —exclamó de pronto.

Fue, sin duda, uno de sus discursos más breves. Decepcionados, sus admiradores corearon su nombre, pero no precisamente para vitorearlo. Imperturbable (o más bien mostrando su orgullo herido hasta el final), el comandante no cedió:

—Estoy muy agradecido por su amabilidad y su paciencia, pero ustedes saben muy bien que debo dejarlos. Ya no me necesitan aquí...

Allende todavía tomó la palabra para despedir a su invitado, pero era evidente que el espectáculo había concluido y, como al final de un partido de fútbol, el público empezó a abandonar las butacas del estadio. Prosiguiendo con su papel de *prima donna*, el comandante abandonó la tribuna y, rodeado por su séquito de guardias y secretarios, se apresuró a subir en su coche oficial. A pesar de mis esfuerzos, nunca alcancé a divisar a Claire en la comitiva. Obsesionado, creía reconocerla en cada una de las jóvenes rubias que descendían las escaleras rumbo a la calle, multiplicada al infinito, sólo para comprobar una y otra vez mi error. Al final me detuve en una esquina y me desplomé sin consuelo. Debía aceptarlo: el avión del comandante partiría al día siguiente y yo no tenía más remedio que abordarlo; Claire, en cambio, permanecería en Chile, contaminada por la muerte, lejos de mí.

Haciendo acopio de fuerzas me concedí una última oportunidad: caminaría hasta el amanecer, no tanto con la esperanza de toparme con ella,

como de decirle adiós a las calles de Santiago. Adormilada, la ciudad poco a poco había regresado a la calma, liberada del maleficio. Deprimido, me introduje en un pequeño bar.

—Pida cualquier cosa menos un pisco *sour*. Un joven de ojos desorbitados me sonreía con cinismo; su melena desmañada y cierto aire de inteligencia me hicieron pensar que se trataba de un poeta.

—Una copa de vino tinto —ordené.

—Mexicano, ¿verdad? Siempre he querido ir a México...

Paliando su desgarmo, me ofreció la mano; dijo apellidarse Belano y, en contra de mis predicciones, no era escritor, sino burócrata.

—Estoy asignado al departamento de supervisión agrícola —suspiró—. Un trabajo mucho más interesante de lo que parece.

Fingí escucharlo con interés. Desoyendo su propia advertencia, él bebía un pisco *sour* tras otro sin que ello le produjese otro efecto que el reblandecimiento de las córneas. Decidido a manifestarme el profundo cariño que sentía por su patria, insistió en compartir conmigo las ventajas que le proporcionaba su trabajo, como visitar las regiones vitivinícolas del país.

—Pruebo todos los vinos chilenos —me presumió—. Algunos son magníficos, no como esta mierda del pisco *sour*... ¿Sabés de vinos?

—Un poco...

Mi respuesta lo incomodó.

—¿Ah, sí? Los mexicanos sólo beben ese alcohol blanquecino que es casi tan malo como el pisco —me regañó dándole otro trago al suyo—. El tequila, bah...

—Es que vivo en Francia...

—¡Oh, los vinos franceses, claro!

A partir de ese momento me vi sobrepasado por el errático curso de enología que se obstinó en impartirme. Tal vez porque yo no tenía nada mejor que hacer, o porque en el fondo disfrutaba de sus descripciones, no me atreví a cortarlo en seco: esa noche nadie me esperaba.

—Necesito tu opinión —me tomó del brazo—. Acompáñame.

—¿Adónde?

—Quiero que pruebes unos vinos chilenos de verdad...

—Se hace tarde —me disculpé—. Tal vez en otra ocasión.

Saqué mi cartera, dispuesto a pagar y marcharme. Mi improvisado compañero de copas no lo permitió; se bebió de un sopetón un último pisco *sour* y depositó unos billetes sobre la barra.

—Ven conmigo.

—No puedo...

—Sólo será un paseíto, po.

¿Por qué no lo mandé al diablo? Era una estupidez seguir a ese hombre que no había parado de beber en toda la noche. Guiñándome un ojo como si entre nosotros existiera una antigua complicidad (el alcohol, que siempre hermana), me abrió la puerta de su coche, un enorme y destartalado Impala azul metálico, y tomó el volante con la misma mueca austera y socarrona del principio. Los piscos seguían sin hacer mella en su lucidez: manejaba el coche con seguridad, apenas distraído por sus propios comentarios.

—Son personas muy especiales —me decía—. Pero son amigos míos. No les importa que trabaje en el gobierno, ni que haya votado por Allende... Si uno sabe apreciar el vino, se superan todas las diferencias...

Al cabo de unos kilómetros, las luces de Santiago se borraron en la distancia; nos alejábamos de la cordillera.

—No hay viñedos en La Moneda —me apaciguó al advertir mi inquietud.

¿Qué hacía yo en una carretera chilena acompañado por alguien que no sabía si estaba loco o borracho o ambas cosas? La angustia comenzó a treparme las piernas como una sanguijuela, pero era demasiado tarde para volver.

—¿Un pitillo? —me señaló la guantera.

Negué con la cabeza. El automóvil continuó su tormentosa marcha: las siluetas de los árboles pasaban ante mis ojos a toda prisa como las manecillas de un reloj enloquecido. Después de un rato de silencio, mi guía al fin aminoró la velocidad.

—Llegamos —me tranquilizó—. Por cierto, ¿cuál es tu nombre?

—Aníbal...

—Muy bien, Aníbal... Sólo tengo que hacerte una advertencia. Ya te dije que esta gente es rara. Déjalos hablar... Y sobre todo nada de política.

El Impala se adentró en un camino bordeado por fresnos hasta que distinguimos las ventanas iluminadas de una enorme finca. Estacionamos el auto y un par de sirvientes —o más bien de guardianes, porque estaban armados— nos salió al paso; Belano los saludó con desenvoltura.

—Don Gustavo tiene visita —lo previnieron.

—Dile que vengo con un amigo mexicano que quiere probar su vino...

El guardia volvió al cabo de unos minutos.

—Adelante, Belano. Siempre te sales con la tuya...

Nos introdujimos en la casa pero, en vez de llevarnos al comedor, donde se desarrollaba una clamorosa reunión —se escuchaban las voces entrecortadas, el chocar de las copas, alguna risa fuera de tono—, nos instalamos en una salita contigua. Casi de inmediato don Gustavo salió a

recibirnos; no exento de cierta incomodidad, abrazó a mi acompañante y luego me dio una cálida bienvenida. Era un tipo alto y musculoso, de unos cincuenta años, con aspecto deportivo y unas mejillas de bebé.

—Éste es mi amigo mexicano, Aníbal...

—Quevedo —completé.

—¿Y a qué se dedica usted, señor Quevedo? —me preguntó don Gustavo.

—Soy... psicoanalista.

—¡Qué bien, un psicoanalista mexicano amante del vino! ¿Y qué hace en nuestro país, doctor Quevedo? Porque debo llamarlo *doctor*, ¿verdad?

—Vengo a un congreso —empezaba a ponerme nervioso.

Lo seguimos hasta el comedor, donde un grupo de cinco o seis personas, todas del sexo masculino y de edad más bien proveya, bebían y fumaban copiosamente. La cena debía de haber terminado hacía varios minutos: la mesa era un campo de batalla, con el mantel repleto de migajas y un par de enormes bandejas de plata llenas de huesos blancos y relucientes. A pesar del humo, aún flotaba en el aire el aroma de la carne cocida. Don Gustavo ordenó colocar dos sillas.

—El doctor Quevedo es psicoanalista —les dijo a los otros y me entregó una copa llena como si fuese una estafeta o un distintivo—. Para usted...

Recordando a mis amigos franceses, le di un par de vueltas, fingí apreciar su *bouquet* y lo degusté ruidosamente.

—¿Y bien?

—Espléndido.

Don Gustavo soltó una carcajada.

—¿Oyeron? Al doctor le parece espléndido.

Como si hubiese contado un chiste, la concurrencia aplaudió al unísono.

—¡Propongo un brindis por nuestro psicoanalista experto en vinos!

Cada vez más entusiasmados, aquellos viejos brindaron a mi salud.

—Antes de que llegaran hablábamos de nuestro visitante... ¿No les parece escandaloso? Incluso a alguien que trabaja en el gobierno como tú, Belano...

—Ya sabe que yo no tengo opiniones políticas, don Gustavo.

—¡Nunca se ha visto una intervención más descarada en los asuntos internos de un país como la de este aventurero del Caribe! —vociferó un tipo alto y delgado, de cabellos grises y ralos.

—¡Es lamentable! —añadió un sujeto obeso lamiendo su copa.

—¡Una vergüenza! —completó el más joven de todos, un abogado de empresa con un grueso bigote rojizo.

—¿Y usted qué opina, doctor? ¿Dejaría su gobierno que el aventurero del Caribe se quedase un mes de visita en el D. F.?

—Nosotros tenemos la culpa por tolerar los caprichos del doctor —intervino un hombre pequeño, de mirada torva, sin permitirme responder—. Los cubanos quieren ver a Chile convertido en otra dictadura comunista...

Había escuchado miles de veces esa misma clase de alegatos, pero no dejaba de resultarme paradójico oírlos allí, en una finca chilena, cuando a esa hora debía encontrarme en el otro extremo del país compartiendo la mesa con el blanco de mis contertulios.

—Lo que ocurrió con la marcha de las cacerolas prueba que no van a detenerse... ¡Pronto suspenderán las libertades! —resumió don Gustavo.

Rabiosos, los amantes del vino decidieron apaciguar sus ánimos con una nueva botella. Olvidándose de sus cuitas, se concentraron en la degustación, como si nada valiese la pena fuera de las moléculas etílicas que resbalaban poco a poco por sus papilas.

—¡Nuestras fuerzas armadas no se hacen respetar! —glosó el obeso, limpiándose las manchas encarnadas que le escurrían por las comisuras de los labios—. ¡Qué puede esperarse de un país donde ya no importa el honor militar!

—Si fueran verdaderos patriotas, los militares ya no le harían el juego al *doctor* —se lamentó el del cabello blanco y escaso.

—Qué triste espectáculo —convino don Gustavo—. No hay nada peor que esos militares que, por supuesta lealtad, traicionan nuestros mejores principios, cometiendo horrores como los del día primero...

—Esperemos que en las próximas elecciones el pueblo chileno demuestre que ha aprendido la lección —concluyó el abogado pelirrojo—. Brindemos por la próxima derrota de la Unidad Popular...

—Pero, ¿y si ganara Allende? —pregunté yo.

Se hizo un silencio.

—No se preocupe, doctor Quevedo —me dijo el canoso—. Eso *no* ocurrirá.

Don Gustavo había reservado su mejor botella para el final.

—Llegó usted en el mejor momento. No todos los días se descorcha una botella como ésta. Nada refleja el espíritu chileno como esta obra de arte —don Gustavo sirvió las copas como si renovara un culto antiguo—. ¿Qué es un poema de Neruda comparado con un buen vino? Ésta es la única y verdadera poesía. ¡Salud!

Era, sin duda, uno de los mejores vinos que había degustado. Allende podía esperar. Para aquellos hombres de bien, aún era posible conjurar la

brutalidad de la política.

7.4. El comandante en las alturas

A bordo del Il-62 soviético que nos llevaba de vuelta a Cuba, el comandante pidió que le resumiese mis impresiones sobre el socialismo chileno. Luego de sancionarme por no acompañarlo en el Estadio Nacional, me obligó a escuchar uno de sus monólogos. Hubiese sido insensato rebatirlo: nunca lo había visto tan furioso; comparado con éste, su enfado con Padilla no había sido más que un desplante infantil.

—¿Quiere saber mi diagnóstico, Quevedo? El paciente está desahuciado.

Aunque sustentada en razones opuestas, su conclusión coincidía con la mía. No me extrañó que a continuación se solazase disertando sobre las causas que, en su opinión, llevarían a Allende a la ruina. Sus ideas podían resumirse en una sola: su falta de carácter. Como el comandante había comprobado desde el principio, el doctor carecía de agallas y de temple, era un burócrata o, peor aun, una mezcla de político profesional y de idealista. ¿Cómo un hombre así iba a mantener el control de un país tan complejo y revuelto como Chile? Si ni siquiera se atrevía a enfrentar a los perros sarnosos y convenencieros del Congreso, ¿cómo podría resistir la avaricia de los empresarios, la mezquindad de los militares, el dinero de Washington, las maniobras de la CIA?

—Y lo peor es que no nos permite ayudarlo —bufó el comandante—. ¿Cómo sostenerlo si nos ata de manos? Debemos protegerlo contra su voluntad, pero eso lo hace todo más difícil...

Pensé en Claire: ésa era la razón de su viaje a Chile, convertirse en uno de los secretos guardianes de la revolución que se encargarían de velar por el presidente —de aniquilar a sus enemigos— sin que éste lo supiese.

—En fin, Quevedo, no lo he llamado para lamentarme por este desastre anunciado —rugió—. Todavía faltan muchas horas de vuelo y no tengo ganas de leer informes... Mejor aprovechemos el tiempo con otra sesión de análisis, ¿le parece?

—Pero, comandante... —musité sabiendo que cualquier oposición resultaría inútil—. ¿Quiere usted que me recueste?

—No, hombre, no es necesario —rió—. Por una vez hagámoslo como se debe. Este asiento no es precisamente un diván, pero creo que nos servirá.

Se tumbó en su sillón mientras yo permanecía sentado en la fila posterior, sin saber qué hacer.

—¿Y bien? Pregúnteme algo, Quevedo, lo que quiera.

Mi mente permanecía en blanco, abotagada por el peso de los días previos.

—¿Es que va a empezar con su sistema lacaniano otra vez? —tronó—. ¡Se lo prohíbo! Hagamos una sesión ortodoxa, como las prescribía Freud, ande, es su única oportunidad. Pregunte lo que se le antoje. ¡Es una orden!

—De acuerdo —respondí al fin, con voz temblorosa; no quería sonar ni demasiado impertinente ni demasiado tibio—. Hábleme de su padre...

—¡No vamos a seguir con esas estupideces familiares, Quevedo! —refunfuñó—. Pregunte algo de veras importante. A ver, le voy a ayudar un poco. Pregúnteme, por ejemplo: «¿qué es para usted el socialismo?» o «¿cuándo se hizo comunista?».

Impulsado por su desparpajo, me aventuré sin reflexionar:

—¿De verdad usted piensa que la historia lo absolverá?

Arrugó la nariz y se mesó la barba.

—¿Usted lo duda? —me amenazó.

—Habíamos quedado en que yo formularía las preguntas, ¿no?

—¡Claro que la historia me absolverá, Quevedo! —exclamó sin pestañear—. La obra de la revolución permanecerá mucho después de que yo muera.

—Esta frase siempre me ha inquietado —intervine—. Dígame, comandante, ¿de qué va a absolverlo? El verbo *absolver* es muy fuerte, ¿no cree? Sugiere algo negativo, o cuando menos oscuro; y, para colmo, tiene una resonancia religiosa...

El avión atravesó una bolsa de aire.

—Así es la política, Quevedo, usted lo sabe. Hay que sacrificar algunas cosas por otras más importantes...

—Las vidas de unos pocos por las de la mayoría...

—Así es.

—La libertad por la igualdad...

—No se pase de listo, Quevedo —se irguió un poco y me clavó su mirada impenetrable—. Uno está obligado a tomar decisiones difíciles, aunque a veces resulten dolorosas.

—¿Se arrepiente usted de algo?

—No.

—¿De nada?

—De nada.

—Comandante, por favor, eso no es humano... ¿Nunca se ha equivocado?

—Como todos, Quevedo. Pero, en vez de arrepentirme, prefiero afrontar

las consecuencias de mis actos. Y aprender de ellos para no repetir los mismos errores. ¿De qué me serviría lamentarme? Hay que seguir adelante, a pesar de todo, y de todos...

—¿Para qué?

Pareció no entender.

—¿Cómo dice?

—Sí, ¿para qué? —lo apuré.

—¿A qué se refiere?

—A todo. A este avión que se desplaza entre Santiago de Chile y La Habana, al asalto al Cuartel Moneada, al triunfo de la revolución; en fin, a todo esto... ¿Para qué?

—¿Qué clase de pregunta es ésa? —se sobresaltó—. La respuesta es muy simple. Para servir al pueblo, para lograr mejores condiciones de vida, para...

—No, no —lo interrumpí—. En este momento no me interesan los demás. Usted no está frente a un micrófono en la Plaza de la Revolución, sino frente a un analista. ¿Qué quiere *usted*? ¿Qué *desea*? Con todo respeto, no me parece que en su caso sea sólo el poder, y desde luego no le interesan ni el dinero ni las mujeres...

—No entiendo adonde quiere llegar.

—¿Por qué necesita que la historia lo absuelva? ¿Cuál es su pecado?

El comandante se levantó, inmenso, amenazante. Esta vez no me intimidó.

—¡Qué pecado ni qué pecado! —estalló.

Un joven oficial se asomó a la cabina para cerciorarse de que todo marchaba bien, y el comandante se limitó a despacharlo con una brusca seña.

—¿Entonces? ¿Qué busca, qué persigue, comandante? ¿El reconocimiento? ¿La trascendencia? ¿La inmortalidad?

—¡No!

—Hagamos un experimento. Imagine que no ocurre así, que la historia no lo absuelve. Imagine el peor escenario posible: suponga, por ejemplo, que pasan veinte años y la Unión Soviética se desmorona, finalmente doblegada por Estados Unidos. Imagine que el comunismo es un gigantesco error. Y que su régimen es considerado como una simple dictadura...

Por primera vez el rostro del comandante se descompuso; aunque intentaba mostrarse violento, en sus pupilas relucía la sombra del miedo.

—¿Cómo se atreve? —me espetó con desprecio, tomándome por el cuello.

—No se moleste, comandante, es sólo un juego psicoanalítico —me

excusé—. Siempre vale la pena tener en mente lo peor que podría pasarnos.
—Sólo entonces me soltó—. Piénselo un momento, se lo pido.

—Imposible.

—¿Imposible? A veces uno no puede controlarlo todo, comandante. Ni siquiera alguien como usted. ¿Y si nadie perdona sus pecados? ¿Y si la historia no lo absuelve?

El comandante guardó silencio, impávido. Ahora no se dirigía a mí, sino a sí mismo, o acaso a esa historia que tanto parecía venerar: *imposible*, murmuró de nuevo entre dientes, una y otra vez, como si hubiese perdido la razón. No fueron más que unos cuantos segundos, y de inmediato salió de aquel trance.

—Gracias, doctor Quevedo —me dijo con aplomo—. Ha sido una sesión muy instructiva, pero estoy cansado y necesito dormir, ahora que puedo. ¿Le importaría dejarme?

—No, claro que no.

Lo dejé ahí, recostado, ausente, solo. Más solo que nunca.

7.5. La vocación por la escritura

En cuanto el Il-62 aterrizó en La Habana, el comandante se apresuró a declarar ante una fervorosa multitud que su viaje a Chile lo había vuelto más radical que nunca. Luego, mientras caminaba al lado de su hermano, le preguntó a los reporteros que lo asediaban sobre los resultados obtenidos por el equipo de béisbol cubano. Por fin todo volvía a la normalidad.

Aprovechando el revuelo, me escabullí del séquito oficial, llamé a mi amigo, el dramaturgo cubano, y le pedí que se reuniese conmigo en el bar del Habana Riviera.

—Hermano —me abrazó—. ¿Cómo ha ido todo?

Se veía más fresco que antes, menos nervioso, vestido pulcramente de blanco. Decidimos dar un paseo por el malecón; la luz era inconcebible: nítida, profunda, transparente. A nuestro lado, el murmullo del Caribe opacaba mi desánimo.

—¿Qué te pasa, chico?

Necesitaba confesarme. Sin Lacan, sin Claire, sin ningún colega cercano, no tenía nadie más en quien confiar mi creciente recelo hacia la revolución.

—El régimen cubano tiene éxito porque ha dejado de ser socialista —me lamenté—, mientras que el chileno está a punto de sucumbir porque se mantiene fiel a los ideales del socialismo. Ambas experiencias resultan igualmente frustrantes: es como si no hubiese un término medio entre la tiranía

y el caos.

Aunque tal vez trasladaba mi despecho personal hacia la política, no podía dejar de expresar mi pesimismo... Mi amigo escuchó mis diatribas con paciencia ejemplar; no siempre coincidía conmigo —incluso se sobresaltó cuando yo me atreví a decir que Cuba se dirigía hacia el estalinismo—, pero al menos estaba dispuesto a discutir mis opiniones. Como yo, él también creía en el poder de la crítica, en esa dialéctica que era la esencia misma del marxismo. No, yo no era demasiado severo: simplemente intentaba ser congruente.

Cuando nos despedimos, pensé que no todo estaba perdido: si en Cuba había más gente como él, dispuesta a renovar la revolución desde adentro, quizás aún fuese posible confiar en el futuro. Regresé al Habana Riviera un poco más tranquilo. ¿Qué debía hacer ahora? ¿Esperar a Claire? ¿Volver a Francia? ¿O tal vez a México? Me dirigí al bar y pedí un par de daiquirís antes de subir a mi habitación.

Un intenso golpeteo me arrancó del sueño; abrí los ojos con dificultad y miré el reloj: tres y media de la mañana. Supuse que se trataría de una pesadilla, pero el ruido se acentuó, acompañado por murmullos cada vez más insistentes. A esa hora no había otra explicación: el comandante habría vuelto a ordenar que me arrancaran de las sábanas para que escuchase una más de sus peroratas nocturnas. Somnoliento, le abrí la puerta a un imperturbable agente de la Seguridad del Estado.

—Ya sé, ya sé —le dije, impaciente—. Espere un segundo.

Le cerré la puerta en las narices. Me lavé la cara con fruición, me afeité y me vestí con parsimonia.

—Muy bien, estoy listo.

—Tome todas sus cosas —me ordenó.

—¿Otra vez salimos de viaje?

Esta vez el comandante me había enviado a un sujeto inmovible, sin ningún sentido del humor.

—Todas sus cosas —repitió.

Durante el trayecto por las solitarias calles de La Habana mi acompañante no abrió la boca ni una sola vez; no aceptó decirme adonde me llevaba ni, por supuesto, cuáles eran sus órdenes. Muy tarde me di cuenta de que recorríamos la carretera que conducía al aeropuerto José Martí. Con tal de que este nuevo viaje no se prolongase tanto como el anterior... El agente detuvo el automóvil un par de kilómetros antes de llegar a la terminal, frente a una conspicua instalación militar, y me dejó en manos de otros dos agentes que, igualmente ariscos, me escoltaron hasta un pequeño cuarto.

—Al menos podrían decirme adonde vamos —reclamé, sin éxito—. De

acuerdo, de acuerdo... Espero al comandante...

Pero el comandante nunca llegó. A eso de las siete de la mañana —el sol ya había despuntado—, un mulato con uniforme militar entró en mi celda.

—¿Ahora sí me van a decir adonde vamos?

El mulato esbozó una sonrisa; nunca imaginé que ésa sería la última muestra de amabilidad que vería en la isla. A las cinco de la tarde del día siguiente, luego de un largo y violento interrogatorio en el cual fui obligado a detallar cada aspecto de mi estancia en Cuba y Chile, fui depositado por la fuerza en un vuelo comercial. Las autoridades del régimen habían decidido expulsarme del país: sólo la generosidad del primer ministro me había salvado de la cárcel.

SEGUNDA PARTE

III
QUEVEDO POR QUEVEDO

Si en virtud de una dialéctica retorcida es menester que haya en el texto, destructor de todo sujeto, un sujeto al cual amar, ese sujeto queda dispersado como las cenizas que se arrojan al viento después de la muerte.

Barthes, *Sade, Fourier, Loyola*

Estás a punto de llorar. Una línea acuosa perfila el contorno de tus párpados. Y, sin embargo, nada ocurre. Bebemos el fondo de nuestras copas —tú un martini blanco, como acostumbras, y yo un *kir*—, y me apresuro a sacar unos billetes que abandono sobre la mesa. Son otros quienes hablan. Avanzamos deprisa —debemos llegar a tiempo a nuestra cita—, y ni siquiera sé si tu dolor es cierto o si yo lo he inventado.

A mi regreso de Cuba, dejo de asistir al seminario de Lacan y me traslado al curso que Roland Barthes imparte en la Escuela de Altos Estudios. El contraste no puede ser mayor. Lacan es dionisiaco y Barthes, apolíneo. Lacan seduce a partir de la sensualidad de sus argumentos, de su inteligencia implacable y mordaz, de sus *boutades* lingüísticas y del poder que le otorga asumirse como un dios que truena frente un grupo de mortales; Barthes usa la fórmula inversa: no seduce menos —a su modo es un donjuán aún más avezado que el psicoanalista—, pero se decanta por la sutileza de la insinuación. Lacan conquista arrebatando el alma de su público; Barthes, fingiendo que toma prestada la voluntad de sus oyentes. En resumen, Lacan disfruta imaginando que se contempla a sí mismo desde el otro extremo del salón, mientras que Barthes goza al escucharse y adivinar que cada una de sus frases se desliza hacia el oído justo.

Al principio me resisto a creerlo. Ahí está, frente a mis ojos, el pequeño envase circular, no muy distinto de una lata de sardinas, resguardado celosamente en

un aparador. Pienso: ¿en verdad será necesario proteger esa cosa con tanto esmero? De inmediato me respondo: si existe un grupo de personas empeñadas en exhibirla, y otras tantas han hecho una larga fila para contemplarla —como yo mismo—, no faltará quien piense en sustraerla. En contra de las apariencias, no me hallo en un mercado ni en una tienda de ultramarinos, sino en una prestigiosa galería. El creador de la obra —el término nunca fue más apropiado— es un italiano, Piero Manzoni, el cual ha envasado treinta gramos —ni uno más ni uno menos— de su propia *Merda d'artista* (1961), como señala la cédula anexa. Imagino que alguna de las noventa piezas de la serie debe adornar en estos momentos la chimenea, el salón o el dormitorio de un orgulloso coleccionista. Hasta ahora mi contacto con el mundo del arte contemporáneo ha sido nulo. Quizás por ello me siento tan inquieto y asumo la experiencia como una revelación. Qué golpe de genio, me digo. Esto sí que es ser verdaderamente revolucionario.

—¿Aníbal?

No puedo creerlo: tu voz por el teléfono.

—¿Claire?

—Sí.

—¿Cuándo llegaste? ¿Cómo estás?

Hace más de un año que no sé de ti. Las noticias provenientes de Chile en los últimos días me han mantenido al borde de la histeria. Presiento que algo terrible te ha ocurrido.

—Bien —tu voz se conserva firme, levemente monocorde.

—Traté de saber de ti por todos los medios. Incluso avisé a la embajada mexicana...

No hay nada en tu voz que te delate. No quieres alarmarme o, más bien, no toleras albergar la derrota en tu propio cuerpo.

—¿Puedes venir por mí?

—¡Desde luego! —Estoy a punto de sollozar—. ¿Dónde estás?

Me explicas que acabas de llegar, por tren, desde Berlín. Me llamas desde una cabina de la Gare de l'Est. Desde que te soltaron has recorrido medio mundo. Estás agotada, a punto de desfallecer.

Tomo un taxi, desesperado. El corazón me golpea como si quisiera herirme. Por fin te miro, o más bien descubro tu silueta —estás más delgada que nunca, no eres más que la sombra de ti misma—, y me apresuro a cubrirte con mis brazos.

—¿No es gracioso? —me dices—. La última vez te vi a lo lejos en el

Estadio Nacional de Santiago, durante el discurso de Castro. Pues ése fue el lugar que escogieron los militares para encerrarnos tras el golpe... ¿Lo ves? Yo tenía razón. *Entonces* aún hubiéramos podido detenerlos.

No te contradigo. Me limito a colocar mi mano en la cuenca de tu mano.

Como Barthes, yo también me siento profundamente desencantado hacia la revolución pero, a diferencia suya, me parece que su desafío se ha trasladado al mundo del arte contemporáneo. En cuanto regreso a París me desentiendo de mis antiguos camaradas —aun sin quererlo, todos ellos me recuerdan tu ausencia—, me escabullo de la cohorte psicoanalítica lacaniana y, guiado por mi lectura de Barthes, asisto a todas las exposiciones que hay en la ciudad. Es como descubrir un nuevo mundo o, mejor, como descubrir el mundo *de nuevo*: la mirada del arte se instala en mi mirada. Como en ninguna otra disciplina —la literatura no es más que un remedo—, el artista plástico dispone de una voluntad de riesgo superior a cualquier acción política. Al fin he hallado el tema sobre el que deseo escribir.

—Pero, Aníbal, si es un pinche excusado.

La incompreensión de Josefa no me descorazona. A lo largo de las tres horas siguientes me concentro en explicarle el sentido de la pieza. Mientras articulo una explicación tras otra, intentando mostrarle su poder de sugestión, me doy cuenta de que he dado con la clave. Si el inconsciente está estructurado como un lenguaje, el arte contemporáneo lleva esta filiación hasta sus últimas consecuencias.

—¿No te das cuenta, Josefa? Duchamp logró que la experiencia artística escapase de los objetos y se trasladase a la mirada del observador. Y al discurso elaborado a partir de esa mirada. Es la gran venganza del crítico sobre el artista: las obras ya no tienen relevancia, no son más que pretextos. Lo único que importa es el lenguaje que las cubre.

—Ya me imaginaba que ese bodrio no podía valer mucho.

Una vez más no eres la misma. *Nunca lo eres*. Sólo tus ojos verdes se mantienen incólumes. Te aguardo al otro lado de la puerta, en la sala de espera, devastado. Enfrentado a tu desgracia —o a lo que yo asumo como *tu* desgracia— me consuelo pensando que has recurrido a mí, precisamente a mí, y no a otros. No te acompaño con resignación, sino con una patética dosis de vanidad. ¿Cuántos minutos llevas adentro? Me paseo de un lado a otro de la

sala de espera, como un padre que aguarda el nacimiento de su hijo, aunque nuestra situación sea exactamente la contraria: yo *no* soy el padre y lo que espero es que ese niño *no* nazca. Espero su *muerte*. Y que tú sigas con vida. Y que permanezcas conmigo para siempre.

La vida de Barthes está marcada por un *signo*: la enfermedad. Su padecimiento, profundamente literario, lo hace distinto de sus compañeros de generación —del resto de los hombres— y le impide consumir la carrera académica con la que siempre soñó. Más que una simple dolencia, la tuberculosis es para él una decisión vital. Semejante a un personaje de *La montaña mágica*, Barthes pasa buena parte de su juventud recluido en la clínica universitaria de Saint-Hilaire, donde recibe la saludable frescura de las montañas, encerrado entre libros, al margen del mundo. La enfermedad lo lanza a la escritura y la escritura lo devuelve a la enfermedad. Con razón se ha resistido a descender a las calles para apoyar las histéricas manifestaciones de protesta del sesenta y ocho. A diferencia de muchos colegas y amigos —por ejemplo los miembros del grupo *Tel Quel*, embarcados en su viaje hacia el maoísmo—, él siempre se mantendrá lejos de la acción en esa variante de sanatorio para tísicos que sus detractores llaman con desprecio su Torre de Marfil.

Igual que con Althusser, Lacan también se ha negado a analizar a Roland Barthes. Le resulta insoportable que sus pacientes sean tan célebres —o tan maniáticos— como él mismo.

—Es una obra maestra, Josefa.

—¿La caca enlatada?

—Intenta captar el sentido del humor, el desprecio al mundo del arte, la implícita crítica social... Es brillantísima. Manzoni lleva a su límite el juego de Duchamp. En vez del excusado, muestra su contenido.

—¿De veras habrá un loco capaz de comprarla?

—Desde luego, Josefa. Es un *Manzoni*.

—No me cabe la menor duda.

—La firma del artista es el significante absoluto, Josefa. El coleccionista que desea poseer esta pieza debe pagar su peso en oro. ¡Qué inteligente burla de la frivolidad, del mercantilismo, de la avaricia burguesa!

—Yo sólo espero que nadie traiga un abrelatas.

—¿Estás bien?

—Perfectamente —sonríes sin tristeza—. Como cuando te sacan una muela.

—Una muela.

—Vayámonos de aquí, Aníbal. No soporto el olor del éter.

Caminamos en medio de un silencio que nada significa. Yo quisiera que acogiese nuestra tácita complicidad —incluso una culpa o una vergüenza compartidas— pero el vacío nos separara sin remedio. Hasta el momento en que, con tu despreocupación característica, como si fuese lo más natural del mundo —algo en lo que no necesitas pensar— te apoyas en mi brazo.

Me invade una felicidad casi dolorosa, como si la leve presión de tu cuerpo bastase para conmoverme. Te conduzco a mi casa —tu nuevo hogar, te digo— y pienso lo mismo que cuando te vi por primera vez. Claire, *necesito salvarte, hacerte vivir*.

Recorro las galerías de la ciudad como quien navega en el interior de un laberinto. Cada vez que atravieso sus umbrales la mentira queda fuera y yo ingreso en la *realidad*. Qué energía, qué efervescencia, qué arrojo. Al principio, como le sucede a cualquier viajero al desembarcar en una playa extranjera, me cuesta trabajo asimilar los códigos —el misterioso lenguaje de esos doctos aborígenes—, hasta que poco a poco empiezo a comprender sus guiños, sus tradiciones, sus ceremonias. En el París de los setenta, los artistas plásticos forman una tribu; en mayor medida que los revolucionarios o mis camaradas maoístas, cada vez más deprimidos y más transigentes, ellos sí actualizan la utopía: subvierten todas las reglas, se permiten explotar a los explotadores y vivir al margen de una sociedad que los mantiene —pagando exorbitantes precios por sus burlas— y a la cual sin embargo no paran de denostar. Como los antiguos bárbaros, su labor consiste en hostigar las cómodas fronteras del capitalismo. Embelesado, yo me dedico a estudiarlos, decidido a clarificar las estructuras elementales de sus parentescos. Más que en crítico de arte, me transformo en antropólogo.

—Si *Merda d'artista* nos perturba, esta otra pieza de Manzoni posee una virulencia todavía más sutil, Josefa. De nuevo está presente ese elemento central del arte contemporáneo, la parodia. ¿Alcanzas a leer la inscripción?

Josefa camina alrededor del bloque de acero instalado en el piso hasta que descubre las letras talladas en una de sus caras.

—Está de cabeza. —Josefa tuerce el cuello—. *Le... Socle... du... Monde...*
1960.

—*El zoclo del mundo*, ¿comprendes? La idea es... que todo el planeta se sostiene en esa base. La Tierra es la obra de arte. ¡Y Manzoni se atreve a firmarla! Nunca se llevó a tal extremo la concepción del artista como Creador. Manzoni es Dios.

—Pues qué mamón.

¿Se puede contar la vida de alguien que siempre detestó las biografías? ¿Cómo iluminar la existencia de Roland Barthes, mi maestro, cuando él odiaba ser visto como *hombre*? Con su obra ha construido un sendero de artículos, ensayos, conferencias y libros que niegan la validez del análisis biográfico. Negándose a aceptar que la escritura sea una forma de impudicia, Barthes acomete su tarea con la paciencia de un actor que sube al escenario: su objetivo no es tanto disfrazarse (ser otro) como mostrarse de manera distinta, apartado de sí mismo. En su opinión, el yo debe mantenerse fuera, en un territorio innominado, lo más lejos posible del papel. Adivino que él se escandalizaría si escuchase mis palabras, pero aun así no puedo dejar de formularlas: ¿y si su defensa a ultranza del texto fuese una consecuencia natural de su odio por las biografías? ¿Y si su voluntad de concentrarse en los textos tuviese el mismo origen que su deseo por mantenerse a salvo de los otros?

—Lo siento, Josefa. No era mi intención provocar que te marcharas.

—Estás tan loco como ella, Aníbal. —Josefa termina de empacar sus cosas, más furiosa que resignada—. Tú sabes tan bien como yo que esto no va a funcionar.

—Ya la has visto —me exalto—, está muy mal. No puedo abandonarla ahora.

—No, si ella es la que siempre te abandona.

Las palabras de Josefa me traspasan. Las acepto como san Sebastián debió soportar las flechas: un dolor casi placentero que prueba la fortaleza de su fe.

—Josefa, por Dios, ¡tú sabes lo que le hicieron! Esos animales...

—Y tú tienes que salvarla...

Sin decir más, se cuelga al hombro un par de viejas mochilas en las que ha metido su ropa y abre la puerta con desgano.

—Ya te dije que no tienes por qué irte tan pronto —le insisto—. Quédate unos días más, en lo que encuentras algo mejor.

—Gracias, Aníbal, pero prefiero dejarlos solos —esta vez no hay ironía en su tono—. Vendré a cumplir con mi trabajo, pero no me obligues a soportarla.

Aunque no quiero que Josefa se vaya —es el único apoyo que podría sostenerme en caso necesario—, comprendo su determinación. Antes de irse, me da un beso en la mejilla.

Hace unos meses, un escabroso personaje, cuyo nombre no me atrevo a repetir para evitar que escape del olvido, publicó un panfleto sobre mí —él ha tenido el descaro de titularlo *biografía*— en el cual se precia de señalar todas mis mentiras, acusándome, sin pruebas, de haber cometido las peores infamias. Aunque yo sólo he visto su oscuro rostro un par de veces, él se dedica a destrozar cada uno de mis libros. Turbio y acomodaticio, vive sólo para odiarme. Dispone de una cantidad de tiempo ilimitada, la erudición de un maniático de los crucigramas y el ingenio de un compositor de boleros. Ni siquiera la envidia explica la pasión con que busca aniquilarme; obsesionado con destruirme, es una especie de sosias invertido. Hay algo casi metafísico —una especie de heroísmo atrofiado o de perfidia— en su necesidad de arrasar cada página que escribo. Sus ataques poco tienen que ver con mi estilo o con sus valores literarios: en su diabólica batalla contra mí, está dispuesto a arruinar su prestigio. Ni siquiera puedo decir que sea mi enemigo o mi adversario —mi Caballero de los Espejos—, lo veo más bien como mi sombra, esa negra silueta que me acompaña a mi pesar.³

—Es muy fácil burlarse del arte contemporáneo, Josefa.

—Pues parece todavía más fácil practicarlo —cuando se pone cínica, mi asistente es de esas mujeres que no ríen demasiado—. Basta con tener una ocurrencia, ¿no? Es lo que me has explicado. Mira que para pintar la Venus de Milo con ese espantoso color morado no se hace falta mucho ingenio...

—¡Es un azul Yves Klein!

—Y ahora vas a pasarte las siguientes dos horas tratando de convencerme de la supuesta conmoción que te provoca esta muestra de barbarie. Aníbal, por Dios, ¿de verdad los críticos de arte se creen todo lo que dicen?

³ Es obvio que Quevedo se refiere aquí a Juan Pérez Avella, cuyo *Olvidar a Quevedo* fue publicado en marzo de 1989. (N. del E.)

Lo peor es que Josefa no está sola: sus opiniones son compartidas, *hélas!*, por miles de personas como ella. *La gente común*. ¿Acaso el populacho entendió en su tiempo al Bosco, a Van Gogh, a Picasso? ¿Es el público quien debe decidir el valor de una obra de arte? Como la pobreza, la ignorancia es un mal endémico que debe ser erradicado; por ello, mi tarea como crítico de arte consiste en permanecer en la *vanguardia*. Es decir: listo para ser el primero en disparar.

Prácticamente no tienes posesiones. Más que una revolucionaria, te veo como una franciscana. Fuera de un par de fotografías y unas mudas de ropa que has recuperado de la antigua casa de tu familia, te presentas ante mí casi desnuda, acabada de nacer. Quizás sea cierto: al desprenderte de ese intruso que un militar chileno te impuso en las entrañas, tú has vuelto a la vida.

—Adelante, pasa —te animo con cierto pudor—. Ésta era la habitación de Josefa y ahora será la *tuya*. Ponte cómoda.

Ni siquiera me atrevo a insinuarte que compartas mi cama: tus heridas están demasiado abiertas y ambos necesitamos reconocernos. Tú no respondes. ¿Y si prefieres quedarte conmigo pero tampoco osas decírmelo? ¿No nos estaremos condenando a un doloroso malentendido?

—Gracias —dices nada más—. Es perfecta.

En tu voz no descubro ningún entusiasmo, apenas una nota de resignación.

—Voy por unas sábanas limpias y unas toallas.

—No te molestes, yo las busco luego. Ahora prefiero quedarme sola. Necesito descansar un poco. ¿Te importa?

—No, como quieras —me disculpo—. Si quieres algo más, llámame.

Me alejo y tú cierras la puerta. Me tumbo en mi cama e intento leer un pasaje de *El imperio de los signos*, de Barthes. Apenas me concentro: ya que no voy a estrecharte mientras duermes, al menos me hubiese gustado percibir el ritmo de tu respiración en la distancia.

Comienza mi tortura.

Roland Barthes lleva décadas escribiendo y catalogando pequeñas fichas. Cada vez que lo asalta una idea, que lo sorprende un libro o una frase relevante, que lo invade una ráfaga de humor o una ocurrencia, hace una anotación con su minuciosa caligrafía en una pequeña tarjeta. Su labor de artesano —de fanático de los rompecabezas— descifra el mundo. Contra lo

que pudiera creerse, su tarea no se asemeja a la del crítico o a la del académico: no le interesan las investigaciones minuciosas, los sistemas universales o las ridículas teorías del todo; más que los significados, le obsesiona la sutilísima belleza de los significantes. No es casual que se sienta tan atraído por la caligrafía japonesa: su deseo se asemeja al de esos artistas orientales que deslizan el pincel sobre la seda como si imprimiesen un trozo de paisaje. Como ellos, Barthes evita las figuras humanas, meros accidentes —sombras— en la geografía: el cosmos es una acumulación de detalles, guiños e insinuaciones. A partir de los años setenta, sus palabras poco a poco se transforman en bosquejos y, poco después —un pequeño milagro—, en auténticos dibujos... Más que desaparecer, las letras que traza dejan de *significar*: se convierten en figuras geométricas, en manchas de colores, en devaneos casi infantiles. Inspirado en esta suerte de budismo zen pictórico, su yo se desvanece.

En su detestable panfleto, mi Crítico Ejemplar apenas te menciona. Si no los más felices —no podría identificar esa sucesión de sobresaltos, celos y arrepentimientos como sinónimo de la dicha—, esos largos meses a tu lado son los más entrañables de mi vida. Los únicos momentos en que he sido yo mismo. Los únicos *verdaderos*. Y en su libro él te despacha de un plumazo, como si nunca hubieses existido. Pero no porque, como en otras ocasiones, sea incapaz de comprenderme o desconozca tu importancia sino porque, aunque se empeñe en mostrarme su odio y su desprecio, se muere de envidia. Para vengarse de mí, te expulsa de mi historia. Sólo para impedirselo valdría la pena escribir estas páginas.

—¿Qué hará Claire a partir de ahora?

—Aún no lo decide, Josefa —le respondo—. Después de lo ocurrido, no tiene ganas de nada. Por lo pronto, uno de mis amigos artistas quisiera emplearla como modelo.

—A ver, Aníbal, ¿me estás diciendo que Claire Vermont, nuestra eterna revolucionaria, va a posar para un pintor?

—Eso le hará sentirse útil. Entiéndeme, no es que haya renunciado al compromiso político, sólo que no encuentra el modo de sacarlo a flote en estos días. Tiene demasiado odio almacenado.

—¿Piensa volver al psicoanálisis?

—Por ahora no le interesa —me perturbo—. Y a mí tampoco. ¿Cuánto

tiempo estuvo con Lacan sin que éste la ayudara en lo más mínimo? No, los dos coincidimos en que es mejor que sus heridas sanen poco a poco.

—¿Los dos? Hablas como si formasen una pareja.

—Tal vez así sea, Josefa —me indigno.

—¿De verdad?

—Sí... De alguna manera.

Josefa me escudriña con sus ojos punzantes.

—¿Ya te la cogiste, Aníbal?

A pesar de su procacidad, en su pregunta se oculta una sombra de ternura. Yo prefiero sentirme ultrajado.

—A veces no es necesario que dos personas hagan el amor para que el amor se manifieste entre ellas de otras maneras...

—O sea, que no te la has cogido.

—Por Dios, Josefa, deberías entenderlo. Con todo lo que ha pasado...

—En definitiva, que no te la has cogido.

La voz de Josefa se torna suave e implacable. Como la verdad misma.

Se llama Albert Girard y acaba de regresar de Italia. Ya no es demasiado joven —debe de tener un par de años menos que yo—, pero en su rostro se conservan los rasgos de la infancia: el cabello rubio le llega hasta los hombros y un largo mechón sobre la frente disimula su ligero estrabismo. Es impetuoso, desmañado, incontrolable. Ha conocido de cerca a Asger Jons, el pintor danés asociado a los situacionistas, y algo de su ardor y de su furia antiburguesa se filtra en sus fotografías y pinturas. Cuando me lo presenta, Yvon Lambert me dice que es una de las grandes promesas de su generación (el galerista imagina que es el tipo de arte que yo puedo estar interesado en adquirir). Mientras reviso algunos de sus lienzos —una serie de montajes de una precisión casi natural— nos enzarzamos en una ácida discusión. Al enterarse de que soy psicoanalista lacaniano, Girard me desuella con esa arrogancia de joven genio, convencido de que soy un típico miembro de esa casta de fanáticos. Me simpatiza de inmediato y terminamos almorzando en una *brasserie* del Marais. Mientras deglutimos sendos platos de carne tártara, me habla de un mundo poblado por individuos —por demiurgos— a los cuales nunca he escuchado mencionar hasta entonces: Lawrence Weiner, Jan Dibbets, Robert Barry, Joseph Kosuth o los grupos Gilbert and George y Art & Language. Al despedirnos, promete invitarme a su taller.

En contra de lo que suele asumirse, el arte contemporáneo refleja el triunfo de la palabra sobre la imagen. Una obra no importa por lo que es, sino por lo que uno dice a partir de ella, por las historias que surgen desde las imágenes, por los relatos cruzados que el artista, el crítico y el simple observador mantienen *más allá* de las obras.

Mi Crítico Ejemplar dice —y lo dice textualmente— que en el terreno del arte, como en todos aquellos por los cuales alguna vez me interesé, «nunca fui capaz de comprender nada». Según él, mi acercamiento a la plástica fue «tan superficial y tan azaroso» como el que me ligó al psicoanálisis de Lacan, al marxismo de Althusser, a la crítica literaria de Barthes o a la filosofía del poder de Foucault.

Tan superficial y tan azaroso. ¿Acaso estas palabras no resumen a la perfección la naturaleza del arte contemporáneo?

—Y tú, ¿has vuelto a verlo? —me preguntas.

—¿A Lacan? —me sobresalto—. No, no.

Apuro la copa de borgoña de prisa, casi con desmesura. Lo que te respondo no es completamente cierto —me lo he topado dos o tres veces y hemos intercambiado alguna palabra sobre ti—, pero esta noche no tengo ganas de hablar de él. Quiero que hablemos de nosotros. Lo *necesito*.

Llevo días meditando qué decirte o, más bien, cómo decírtelo. Porque ahora repentinamente *lo sé*. Por alguna razón oculta, por miedo o por vergüenza, no he sido capaz de reconocerlo, ni siquiera ante mí mismo. ¿Hace cuánto te conozco? ¿Tres años? ¿Cuatro? A pesar de que al esconderte mis emociones sólo he conseguido lastimarme, hasta ahora no he sido capaz de formular en voz alta mi deseo. No lo resisto más. Tengo que decírtelo. No tanto para revelarte algo que de todos modos tú ya sabes, sino para hacerte ver que soy capaz de confrontar mi conocimiento y de entregártelo.

—Supongo que tendré que ir a ver a Jacques en algún momento —mascullas con indolencia—. Prefiero que se entere por mí misma de que estoy de vuelta.

—Será lo mejor.

Te llevas la copa a los labios. El vino es uno de nuestros vínculos permanentes: un puente que construimos desde nuestras respectivas orillas y que siempre termina por reunimos. Ahora requerimos su auxilio más que nunca. De otro modo nos ahogáramos. Pido otra botella. A nuestro alrededor,

las mesas se vacían poco a poco.

—Claire —te nombro.

—¿Qué?

—No te conozco, y quizás no busco conocerte, pero al fin sé lo que quiero: seguirte con la esperanza, sólo con la esperanza, de algún día entreverte.

Acaso por efecto del vino, por la repentina intimidad que nos enlaza — Chez Julián se ha vaciado por completo— o por un secreto que no me concierne y del que me mantienes al margen, comienzas a llorar. Sin pensarlo dos veces me acerco a tu rostro, beso tus párpados humedecidos, luego desciendo por tus pómulos y tus mejillas hasta llegar a tus labios. Por primera vez en mucho tiempo estamos juntos. Te he recuperado.

Pagamos la cuenta y volvemos a casa tambaleándonos, abrazados, como si fuésemos felices.

—Quédate conmigo —te digo mientras subimos las escaleras.

Me abrazas con más fuerza que nunca.

—No puedo.

—Quédate conmigo —te susurro.

Me acaricias la cara.

—No puedo.

Lo intento por tercera vez, bíblicamente, consciente de que será la última.

—Quédate conmigo —te suplico allí, al garete, en medio de la oscuridad.

Me besas por última vez.

—No.

Josefa no ha necesitado más de tres minutos para revisar el catálogo de Girard que le he entregado. Aun cuando le explico que para apreciar el arte contemporáneo el observador debe completar la obra con su imaginación, no despierto su curiosidad. Llevo toda la tarde explicándole mi repentino entusiasmo por la obra de Girard, cuyo estudio he visitado el día anterior, pero ella no parece interesada.

—Lo siento, Aníbal, no entiendo cómo puede gustarte esta chingadera — exclama al fin, cerrando la cubierta del libro.

Por primera vez consigue irritarme.

—Josefa —le reclamo—, ¿por qué siempre tienes que ser tan soez?

—Para que los críticos no digan que este libro no tiene *sabor local*.

Como el movimiento estudiantil lo ha convertido en la encarnación misma de los intelectuales mandarines —baste recordar el lema *Las estructuras no salen a la calle*—, Barthes no oculta la incomodidad que le provoca continuar como profesor de la Escuela de Altos Estudios. No tolera que su nombre figure en la lista de criminales del saber elaborada por los jóvenes radicales. Obsesionado con huir —o mejor: con desvanecerse—, acepta la invitación que le formula un antiguo alumno para impartir un curso en la universidad Mohamed V. Tal como Foucault en Túnez unos años antes, Barthes imagina que en Marruecos encontrará la libertad y la paz que se le niegan en su patria. Por desgracia, en Rabat los estudiantes son aún más violentos que en su patria y, decididos a instaurar la revolución, no tolerarán su indiferencia hacia el marxismo. Reducido a la condición de paria en esa copia en miniatura del París del sesenta y ocho, Barthes escribe en secreto un libro que oscila entre el diario, las memorias, la ficción y el aforismo: *Incidentes*. Cercado por la Historia que tanto detesta, por primera vez Barthes se permite ser él mismo. O casi.

¿Por qué tienes la necesidad —la obligación— de concederme sin falta este mismo signo: no?

«Señor, acuérdate, nunca debes recoger a un marroquí al que no conoces, me dice este marroquí al que he recogido y al que no conozco», escribe Barthes en *Incidentes*. Qué sutil insinuación, en sólo dos líneas, de su debilidad.

—¿Qué te pareció Girard?

—¿Quieres que sea sincera? —me preguntas—. Muy arrogante. Uf, detestable.

Tu encuentro con él no empezó, es cierto, del mejor modo. Te llevé al estudio de Girard sin haberlo prevenido y lo encontramos con una de sus amantes. Aunque procuró disimular su desnudez, era fácil adivinar que lo interrumpíamos.

La verdad, yo me sentí muy incómodo cuando nos invitó a pasar al lado de aquella mujer que nos observaba con un gesto de desprecio. Su figura (rubia oxigenada, grandes senos, sexo depilado) era la representación misma de la vulgaridad. La pregunta que tú y yo nos formulamos en silencio era evidente: ¿cómo un artista verdadero puede sentirse atraído por alguien como *ella*?

—Sé que es tu amigo, Aníbal, pero no creo que sea buena idea trabajar

con alguien que te causa tan mala impresión desde el principio —te disculpas—. Lo lamento, pero prefiero no hacerlo.

—¿Pero viste su trabajo?

—Sí.

—¿No te parece fascinante?

—Yo no usaría esa palabra —insistes—. Sus series fotográficas tienen algo, ¿cómo decirlo?, siniestro.

—¡Exacto! Eso es lo que me atrae, Claire: su capacidad de perturbar. Apenas insinúa las formas y sin embargo nos amenaza...

—Más bien nos irrita...

—La decisión es tuya. Tómate tu tiempo.

—Gracias, Aníbal, pero me temo que no cambiaré de opinión.

Otra escena en Marruecos. De visita en casa de unos amigos, Barthes les muestra las fotos que ha tomado en el mercado de camellos de Goulimine.

—No son muy buenas, ¿verdad? —se disculpa—. Es que quienes me interesaban de verdad eran los camelleros...

Habitamos la misma casa, y apenas sé de ti. Hablamos a diario, desayunamos juntos, nos topamos por casualidad en el baño o en la cocina, a veces salimos a cenar o a ver una película. Compartimos cierta *intimidad*. Y, sin embargo, existe una barrera entre nosotros que no sólo es física (la puerta siempre cerrada de tu habitación) sino psicológica (tu imposibilidad de revelarte). Haga lo que haga, no me permites entrever, ni siquiera atisbar, la dirección de tu deseo. Podemos charlar durante horas pero, como Barthes, disimulas todo lo que te ocurre. Tu obsesión es mantenerme a la distancia. Imponerme tu misterio (o tu silencio). Como si tus actos fueran las letras impresas de un texto y tú, su autora, pertenecieses a otro mundo.

Una de las piezas de Art & Language que a Girard tanto le impresionan se titula *100% Abstracto* (1968) y es posible reproducirla en esta página:

53,5 %

17,3 %

12,2 %

17,0 %

—El título lo dice todo, Josefa. Si lo dudas, puedes hacer la suma tú misma.

Conforme pasan los días, el seminario de Barthes se asemeja más y más al de Lacan. París se puebla de espectáculos para todos los gustos. Convertido de nuevo en un foco de atracción luego de sus meses de penitencia en Marruecos, decenas de alumnos y oyentes se precipitan a escucharlo. Ante la falta de espacio en el edificio de la calle Tournon, nos mudamos a una sala alquilada a la Sociedad Francesa de Teosofía sólo para terminar regresando, a causa de las innumerables protestas, a la dirección original. Barthes hace lo posible por disminuir el número de asistentes —divide el grupo en tres, expulsa a quienes no están inscritos (como yo), se torna arisco o antipático—, pero sus esfuerzos resultan vanos. Al final termina por resignarse: a fines de 1973 ya no puede escapar a su condición de estrella.

Despierto en medio de la noche. No me equivoco: escucho tu llanto en la distancia. Me acerco a tu habitación sigilosamente, como si fuera un intruso; por una vez has dejado la puerta entreabierta. Reconozco tus sollozos. Finjo la cortesía de llamarte y, sin esperar tu respuesta, me adentro en la oscuridad. Te descubro ahí, sentada sobre la cama como una pequeña pirámide blanca —la silueta de un fantasma—, doblada sobre ti misma.

Me aproximo poco a poco, temiendo romper el encanto, hasta que al fin te abrazo. El roce de mis manos sobre tus hombros desnudos me provoca escalofríos.

—¿Estás bien? —te susurro.

Cubres mi boca con tus dedos.

—Sólo abrázame, por favor. Esta noche no quiero dormir sola.

Los restos de luz que se filtran por las persianas marcan tu piel como una brasa. Ambos nos recostamos en silencio, tu rostro frente al mío. Con pudor, limpio mis dedos —*mi dolor*— con tus lágrimas; luego te beso los párpados hasta que al fin te duermes. Te inunda la calma y, sin embargo, mi cuerpo no puede resistirse. Mi erección contradice las leyes de los sentimientos: me domina la lujuria. Dejo pasar los minutos —¿o serán horas?— pero mi carne mantiene la misma condición, falsamente avergonzada. Incapaz de resistirme al deseo, me deslizo bajo las sábanas que te cubren las piernas.

Me interno en tus muslos y los beso con cuidado, temblando. Más confiado, asciendo en sentido contrario, directamente hacia tu pubis. Remuevo

la tela que te cubre —no sé cuándo has despertado— e interno mi cara en el hueco de tu sexo. Te huelo. Te toco. Te pruebo. Al fin te tornas real. Después de unos instantes, escucho tus primeros jadeos. Me detienes. Me abrazas. Me consuelas. Yo sigo temblando mientras me adormezco, protegido por tus latidos.

Comienzo a escribir. Eso no quiere decir que antes no lo haya hecho, sólo que ahora lo asumo como un acto inaugural. No se trata de artículos académicos ni de literatura, sino de mínimas reflexiones sobre arte contemporáneo (en las cuales intercalo comentarios sobre mi vida). Pequeñas notas, esbozos, apuntes que me permiten explicar el asombro que me provoca una obra o un artista. Al cabo de unos meses, acumulo centenares de fichas...

Le pido a Josefa que me ayude a ponerlas en orden y ella insiste en que debo publicarlas. Después de varios intentos, al fin obtenemos una respuesta favorable: El *Journal de Grenoble* (Rhône-Alpes) me contrata como colaborador regular y me concede un espacio semanal. Al principio sólo me ocupo de temas relacionados con arte europeo de vanguardia (no por nada mi columna se llama «Los cuernos de Europa»), y sólo más tarde me permito incluir divagaciones sobre otros asuntos —política, costumbres, moda, música, gastronomía o el *Quijote*—, siguiendo el modelo de las *Mitologías* de Barthes. No pagan mal y, después de tantos años sin ingresos, mis ahorros escasean.

En *Barthes par Barthes*, una especie de autobiografía fragmentaria redactada en tercera persona, su autor escribe: «Él soporta mal toda *imagen* de sí mismo, sufre al ser nombrado. Considera que la perfección de una relación humana está en esta ausencia de la imagen: abolir entre sí, de uno a otro, los *adjetivos*; una relación que se adjetiva está del lado de la imagen, del lado de la dominación, de la muerte.»

¿Cómo decir, entonces, que el otro es el *amado*?

—¿Cuándo dices que empezó? —me cuestiona Josefa.

—Hace dos semanas —le confieso.

—¿Y la muy puta no te lo había dicho?

—Por favor, Josefa, no la llames así...

—¿Y cuál ha sido la excusa de *mademoiselle*?

—Según ella, paseaba por casualidad por Gambetta cuando se acordó de que el estudio de Girard no quedaba lejos. Tocó a su puerta, charló con él unos

segundos y éste finalmente la convenció de posar para él.

—Y si todo fue tan *casual*, ¿por qué ella no te lo contó de inmediato?

—Le dio vergüenza —ni siquiera yo creo en esta explicación, pero finjo que así es para aminorar mis celos—. Como antes había hablado tan mal de él, pensó que yo le reprocharía su falta de coherencia...

—Y te ha convencido de que su relación es *puramente profesional*...

—Eso dice, sí.

—¿Y tú le crees, Aníbal?

—No lo sé.

—¿Piensas que él *sí* se la coge?

Permanezco unos segundos en silencio. Los suficientes para que mi ira se aduldere con mi autocompasión.

—Ya te dije que no lo sé.

La obra es un largo montaje fotográfico. Las imágenes se deslizan como serpientes a lo largo del muro. No constituyen una línea recta (demasiado predecible) sino una especie de horizonte que oscila como un mar embravecido. La cédula dice: Albert Girard, *Mi estudio* (óleo sobre tela, 1974). Las primeras figuras resultan casi abstractas: paredes blancas, la parte superior de un armario (la puerta ligeramente abierta), el radiador, un lavabo... A continuación, en los paneles centrales, una mesa de trabajo (tubos de pinturas, papeles, borradores, cortaplumas, escuadras, botes de tinta, pinceles) y, en el centro, una enorme ventana entreabierta que permite distinguir la brumosa luz de la mañana. Por fin, en el extremo derecho, apenas reconocible, un adorno en la pared: difícil saber, una vez más, si se trata de un cuadro o de una foto. Sólo yo distingo tu rostro ligeramente ensombrecido y, en primer plano, la dolorosa curva de tus senos.

¿Te das cuenta de que desde que nos conocimos no has hecho otra cosa que hacerme pagar por tu belleza?

En mi colaboración semanal para el *Journal de Grenoble*, escribo: «Hay algo morboso en la obra de Albert Girard. Más que un creador, uno debería considerarlo un exhibicionista. Y no porque se muestre a sí mismo, sino porque no tiene empacho en revelarnos su mezquindad. En la obra titulada *Mi estudio*, por ejemplo, lo que menos importa es la anodina distribución de las imágenes, la falta de técnica (considerada aquí como atributo), la banalidad de su mirada

(¿a quién podría interesarle *su* estudio?) o su autocomplacencia. No, lo que interesa (lo que revela) es su íntima fascinación por la violencia, escondida en los ángulos, las sombras, la fragilidad de los detalles. Por una razón difícil de discernir, su estudio se torna *amenazante*. Allí, en la aparente pulcritud de su sitio de trabajo (en la banalidad de su existencia) se oculta el germen de una traición».

¡No puedo creerlo! A Girard mi artículo le encanta.

Paso la tarde con Barthes, a quien al fin he logrado invitar a La Coupole. Durante la cena se muestra taciturno, más interesado en los modales de los otros comensales que en conversar conmigo. Su atención nunca se fija en una sola cosa, su mirada se vuelca de un lado a otro, incesante. Sus manos se apropian de los cubiertos como si manipulasen herramientas de alta precisión. Apenas sonrío de mis chistes. Al final, me hace sentir vulgar. Antes de marcharse, me susurra (afable): «Ha sido un enorme placer.»

A pesar de su antigua tuberculosis, Barthes es un fumador compulsivo. Durante mucho tiempo sus cigarrillos favoritos fueron los Punch Culebras —esos que tienen forma de tirabuzones—, pero no dudó en cambiar de marca cuando se enteró de que Lacan prefería los mismos.

Regreso a casa muy excitado. Necesito contarte mi encuentro con Barthes, mi sensación de extrañeza, de levedad. Entro al departamento y enciendo la luz. No te distingo por ninguna parte. Me dirijo sigilosamente a tu habitación. Tu puerta permanece cerrada, como de costumbre. Estoy a punto de tocar cuando escucho voces del interior. Una es la tuya, la otra es de un hombre. Estoy seguro: estás con él.

En su infame libelo, mi Crítico Ejemplar escribe que yo nunca tuve una relación cercana con Barthes y que nuestros temperamentos nos distanciaron desde el principio. Según mi Caballero de los Espejos, Barthes era reservado, maniático, celoso de su intimidad y yo, evidentemente lo contrario: extrovertido, lunático, exhibicionista. Su conclusión es sencilla: no podíamos ser amigos. ¿Cómo es posible que se atreva a afirmar algo semejante a partir de la mera lectura de nuestros libros? El pobre no entiende nada: los textos sólo hablan de otros textos, constituyen un mundo cerrado, claustrofóbico, similar a una celda de

alta seguridad; una vez adentro, resulta imposible abandonarla. Por increíble que parezca, Barthes y yo también somos *personas*. Mi Crítico Ejemplar nunca nos vio juntos, nunca escuchó nuestras conversaciones, nunca nos acompañó en una cena o en una sobremesa. ¿Qué diablos puede saber él?

—Así que ahora va a convertir tu casa en un burdel.

—Josefa, por favor...

—Es la verdad —me reclama—. ¿Y qué piensas hacer tú?

—No sé.

—Es decir: nada.

—Hablar con ella, supongo.

—Es *tu* casa. Ella debe aceptar tus condiciones. Si no le gusta, que se vaya a otra parte. No es una indigente.

—Tal vez sólo conversaban —me consuelo—. Tampoco puedo impedirle que invite a sus amigos...

—Allá tú, Aníbal. Si quieres un infierno, lo tendrás.

No he dormido en toda la noche. Esta vez de nada me sirven las lecturas de Barthes: las letras se deslizan frente a mis ojos con soberana indiferencia, incapaces de distraer mi atención de lo único que me preocupa: los sonidos al otro lado del muro. Aguardo el golpe de la puerta al cerrarse (la señal de que *él* se ha ido) como quien espera un milagro. Las manecillas del reloj son mi cruz: las diez, las once, medianoche... ¿Y si ya se ha marchado y por un descuido no me he dado cuenta? Estoy a punto de levantarme cuando la anhelada señal llega al fin. Me asomo y te veo despedirte. No me equivoco: aceptas el beso que imprime en tus labios. Te odio.

Las criaturas más tristes no son aquellas incapaces de amar sino las que, como tú, ni siquiera resisten ser amadas.

Por la mañana, mientras desayunamos, el silencio me denuncia. Tú intentas comportarte con normalidad pero, demasiado consciente de mi enfado, finges una tranquilidad que no posees. Te esfuerzas por mostrar que nada ocurre o más bien que yo no debo preocuparme. Me pasas una taza de café y me preguntas si dormí bien, no por costumbre sino porque a estas alturas ambos seguimos un guión —semejantes a un viejo matrimonio— y cualquier desliz

puede poner fin a nuestro acuerdo. Por mi parte, yo hago justo lo contrario: al callar te reclamo dos veces: por lo que has hecho y por no apaciguar mi sufrimiento. En el fondo, se trata de medir quién es más obstinado.

—Tuviste visita...

Mi tono es todo menos casual.

—Sí, Albert.

—Antes lo llamabas Girard.

—Cómo cambian las cosas, ¿verdad?

—Ahora te simpatiza.

—Sigo pensando que es demasiado arrogante. Un verdadero macho.

—¿Y entonces? —mi interrogatorio se torna hostil.

—Nada.

—¿Nada?

—Aníbal, por favor. Estuve modelando, luego quiso acompañarme y nos quedamos charlando un rato.

—Eso fue todo. No tiene intenciones de acostarse contigo.

—Claro que sí —reconoces con soltura—. Pero *yo no*.

Aunque supongo que tu respuesta debería tranquilizarme, ocurre lo contrario. Lo peor es que ya no tengo fuerzas para insistir; cierto pudor me detiene, no sólo porque no tengo derecho a reprocharte nada, sino porque sé que los reclamos siempre son *ridículos*. Así que me contengo, es decir: pospongo la escena para después, cuando mi furia sea mayor que mi vergüenza.

Barthes al fin me toma afecto cuando le relato mi historia de amor. Entusiasmado, se convierte en mi confidente y yo, en otro de sus proveedores de anécdotas. Embarcado en la redacción de sus *Fragmentos de un discurso amoroso*, el crítico necesita reunir una casuística lo más completa posible de las palabras que usan los amantes, y yo termino como uno de los personajes centrales de su libro. Detrás de muchas de sus páginas reconozco mis quejas y mi desesperación.

Por ejemplo, en el capítulo titulado *Los celos*, Barthes escribe: «Conformismo invertido: uno ya no es celoso, uno condena a los exclusivistas, uno vive con muchos, etcétera. ¡A ver!, veamos lo que es realmente: ¿y si me forzara a ya no ser celoso por vergüenza de serlo? Los celos son horribles, son burgueses: es un asunto indigno, un *celo*: es ese celo lo que repudiamos.» Me sonroja admitirlo, pero este párrafo habla de *mí*. Y de mi estúpido anhelo de eliminar los celos que me provocas.

En dos días nadie te visita. Apaciguado, te invito a un concierto (de Boulez, lo cual quizás no resulte muy apropiado); aceptas sin reparos y te muestras tan encantadora como siempre. Al final charlamos, bebemos, reímos, nos emborrachamos un poco, como siempre. Y yo confío, en vano, que todo será como antes.

«Tú aceptaste las reglas desde el principio, no puedes decir que no te lo advertí.» Con estas palabras justificas cualquier conducta (y suprimes cualquier reclamo). Me arrojas, como en el póquer, un *tómalo o déjalo*. Lo que resulta poco equitativo es que tus cartas están marcadas: siempre llevas las de ganar.

Paseo por los alrededores de la isla de San Luis cuando lo entreveo a la distancia. A unos pasos, en el borde mismo del Sena, su altísima figura permanece de hinojos en la orilla. ¿Qué hace allí? ¿Acaso persigue su reflejo? De pronto lo veo sumergir sus largos dedos en las aguas e imagino que, en vez de sólo refrescarse, Julio Cortázar devuelve al río un minúsculo ajolote sustraído del acuario del Jardín des Plantes.

Me niegas tanto la confianza propia de la amistad como la pasión asociada con el amor. No hace falta ser psicoanalista para descubrir que me reprochas el vacío de tu nombre.

Mi Crítico Ejemplar escribe que, si me acerqué a Barthes, fue con el único fin de aprovecharme de sus contactos; según esta perversa tesis, en esa época su fama era superior a la de Lacan y por eso no me importó despachar a mi antiguo preceptor. Barthes significaba para mí la puerta de entrada al grupo reunido en torno a la revista *Tel Quel* como Philippe Sollers, Julia Kristeva, Severo Sarduy y François Wahl.

Mi Caballero de los Espejos se equivoca de nuevo: en esos momentos Sollers y sus amigos apenas habían comenzado a inclinarse hacia el maofismo, y en cambio yo procuraba alejarme lo más posible de mi antigua fe radical. *Cuando ellos iban, yo ya venía de vuelta*. Mi aproximación a Barthes nada tenía que ver con la política: ambos contemplábamos la glorificación de Mao con idéntico desprecio.

Eres incapaz de pronunciar la palabra *amor*. Como si proferir este significante te quemase la lengua. O, peor aun, como si te resistieses a emplearlo por temor a experimentarlo de verdad. En vez de ello, te obstinas en hablar de nuestro *juego*. Tu vocabulario es el de un tahúr: reglas, trampas, derrotas, triunfos, marcadores... Quizás por eso piensas que *dar* significa *perder*.

En sus *Fragmentos de un discurso amoroso*, Barthes escribe: «Ser celoso es normal. Rehusar los celos ("ser perfecto") es entonces transgredir una ley.» En este caso, yo soy un ejemplo de lo contrario. Me digo que no eres como las otras («estás loca», «has sido tocada por los dioses», «eres perfecta» o simplemente: «te amo») y que por ello mereces un trato diferente. Y tú me consideras *especial*. Que la forma de demostrarme tu amor (o más bien tu preferencia) se cifra, justamente, en *no* demostrarme tu amor. Cualquier pretexto con tal de argumentar, no tu locura, sino la *mía*.

—Aníbal, Aníbal —me dice Josefa con una mezcla de ternura y preocupación—, dime una cosa: ¿la soportas para poder escribir sobre ella?

—Ojalá fuese tan simple.

—Dime la verdad.

—Yo *no* estoy escribiendo mi historia con Claire. Simplemente la vivo.

—Pero algún día lo harás. Te conozco.

—No sé...

—¡Lo sabía, lo sabía! —Josefa celebra su descubrimiento—. Quieres convertirla en *tu* personaje. Es tu forma de vengarte de ella. De controlarla al fin.

—Te equivocas, Josefa, Claire es impredecible. Yo sólo puedo dejarla actuar libremente. Como ella misma dice, ése es su juego.

—Bueno, al menos te proporciona nuevo material para tu libro.

—*Nuevo material* —repito—. Vaya consuelo.

La fascinación de Barthes por los detalles: una pincelada basta para definir a un personaje. Por ejemplo: todas las tardes él bebe una taza de té en compañía de su madre.

Por fin se confirman mis temores. Has vuelto a traerlo. Sin que haya signos o huellas de su presencia —no percibo su aroma ni encuentro las cenizas de sus

cigarrillos en el baño—, reconozco que su aura te envuelve. Nuestra historia es tan repetitiva (y *tan mala*) que no hace falta demasiada imaginación para prever lo que ha ocurrido. Pero ello no disminuye mi dolor. *¿Por qué él y no yo?* La pregunta es terrible porque no admite respuestas: el verdadero deseo jamás puede explicarse, tampoco la verdadera maldad. A pesar de que la ira me traspasa, poco a poco me adormezco. Cuando despierto —la luz atraviesa las persianas— ya es demasiado tarde: él se ha ido. Salgo de mi habitación como si huyese de un incendio, y te encuentro en la cocina. De nuevo la escena del café. Sólo que esta vez no voy a ser capaz de soportarla.

—Se quedó a dormir contigo, ¿verdad?

Malhumorada, tú tampoco estás dispuesta a condescender.

—Sí, ¿por qué?

—*¿Por qué?*

Pronuncio las sílabas con calma, civilizadamente, para que su violencia sea irrefutable.

—¿Tengo que darte explicaciones, Aníbal?

—No —me contradigo—. O quizás sí.

Procuro no derrumbarme, ser cruel. Me sirvo una taza de café ardiente y me siento lo más lejos posible de ti. A la distancia percibo el brillo de tus piernas desnudas debajo de la mesa. Me destroza su recuerdo.

—¿Hiciste el amor con él?

—¿Cómo?

—Claire, la pregunta es muy sencilla. ¿Hiciste el amor con él?

—No pienso responderte.

—¿Por qué?

—Porque no.

No hay salida, me arrinconas.

—Debo saberlo.

—Debes saberlo —me remedas—. Muy bien. *Sí.*

Y, desprovista de misericordia, no agregas nada.

—¿Sí?

—Querías saberlo, ¿no? Pues ahí lo tienes —y repites—: *Sí, me acosté con él.*

¿Qué debo hacer? Tú tomas la iniciativa, no te dejas atrapar.

—¿Quieres que me marche? —me preguntas—. Si es lo que deseas, puedo irme ahora mismo...

Ahora resulta que tú eres la ofendida.

—Como prefieras —te reto.

—Será lo mejor, Aníbal. Ya no podemos continuar así.

Aunque te odie, otra vez estoy en tus manos. Jugando. Y perdiendo.

—Discúlpame —concedo—. No tengo derecho a reclamarte nada, lo sé.

—Desde que me mudé aquí acordamos cuáles serían las condiciones — me explicas, como si tu sexualidad estuviese incluida en el contrato de alquiler—. No es mi intención hacerte daño, Aníbal, créeme. Pero ésta es mi vida. Lo siento. Así es, simplemente.

—De acuerdo —concedo—. No quiero que te vayas. Te prometo que trataré de no incomodarte con mis celos. Pero tampoco puedo ocultar lo que me pasa. Me duele, Claire, no lo resisto.

—No te preocupes, Aníbal. Es sólo sexo.

En lugar de tranquilizarme, tu explicación me devasta.

—Lo que no sé es si voy a poder seguir tratando a Girard como siempre.

—¿A Albert? —sonríes—. Ay, Aníbal. No era él, era otro hombre. Se llama Jules..., me parece. Y, si quieres que te diga algo cómico, ni siquiera tuve un orgasmo.

Lo que hay entre nosotros, me explicas, no es —no debe ser— una relación de pareja. Te parece más divertido decir que se trata de un pacto en el cual cada uno sólo busca sacar el mayor provecho. Como en cualquier acuerdo, asientas una clara división entre lo permitido y lo prohibido. Parafraseando a Barthes, todo un sistema de signos articula nuestro deseo. Por ejemplo: yo *puedo* expresarte mi amor, pero *no puedo* exigírtelo. Yo *puedo* intentar seducirte, pero *no puedo* forzarte a responderme. Yo *puedo* sentir celos de ti, e incluso *puedo* expresarlos, pero *no puedo* exigirte que dejes de causármelos. Yo *puedo* besarte y a veces incluso *puedo* hacerte el amor, pero *no puedo* pedirte que me correspondas. Yo *puedo* darte lo que se me antoje, pero *no puedo* esperar nada a cambio... ¿Y tú? Tú posees una sola prohibición. Lo curioso es que no te la he impuesto yo, sino tú misma: puedes hacer lo que quieras, absolutamente todo lo que quieras, excepto una cosa: ceder a mi voluntad de romper este maldito acuerdo.

Ya lo he dicho: la fascinación de los franceses por China no conoce límites. Embrujado, en abril de 1974, Philippe Sollers embarca al grupo de *Tel Quel* en un periplo rumbo a Oriente. Convertido en un Marco Polo intelectual, organiza una peregrinación hasta los confines de la ruta de la seda, convencido de que allá, en ese anciano imperio ahora convertido en bastión de la utopía, se halla la pócima capaz de borrar su creciente escepticismo hacia la izquierda

revolucionaria. Él mismo elabora la breve lista de pasajeros que habrán de acompañarlo: Julia Kristeva, Severo Sarduy, François Wahl, Roland Barthes y Jacques Lacan.

En cuanto recibe la invitación, el psicoanalista acepta con entusiasmo. Como de costumbre, se considera el más indicado para encabezar la expedición: ha estudiado un poco de chino en la Escuela de Lenguas Orientales —al parecer Lacan lo sabe todo— y dice sentirse particularmente interesado en escrutar el inconsciente de los chinos, el cual no imagina estructurado como un lenguaje sino como una *escritura*. Por algún motivo que no da a conocer —acaso porque su nivel de chino no es muy bueno o porque el inconsciente de los chinos en realidad le importa poco—, cancela su participación en el último momento.

A pesar del horror que le provoca la histeria maoísta, Barthes en cambio hace sus maletas y se prepara para zarpar.

—Tu obsesión ya linda el masoquismo —me reprende Josefa—. En realidad ustedes forman la pareja perfecta. Resulta igual de complicado saber qué chingados le pasa a ella por la cabeza como averiguar por qué te empeñas en seguirla tolerando. La única solución, la única forma que tienes de salvarte, Aníbal, es que deje de importarte lo que ella haga o deje de hacer. Utilízala. Disfruta del juego. Y luego mándala al carajo. ¿Me entiendes? Claire es simplemente una mujer.

—Te equivocas, Josefa. Claire es *mi* mujer.

—¿Por qué? ¿Porque tú lo dices? Para existir, el amor debe ser correspondido. De otro modo no es amor.

—¿Ah, no?

—No.

—Pero ella me quiere, Josefa.

—¡Aníbal, basta ya! —estalla Josefa en un súbito arrebató—. Lo único que vas a conseguir es que los críticos digan que lo peor de este libro son tus escenas de amor.

Una imagen perfecta. Philippe Sollers, Severo Sarduy, François Wahl y Roland Barthes (Julia Kristeva, que usa una blusa floreada), capturados por la lente poco antes de subir al avión que, tras varias escalas e interminables horas de vuelo, habrá de conducirlos a China.

El pie de foto podría decir: *Retrato de familia con cuello Mao*.

Mi Crítico Ejemplar escribe que abandoné México con la idea de labrarme un prestigio en Europa que me permitiese regresar a mi país convertido en una especie de *héroe cultural*. En su relato, mi camino sigue un desarrollo coherente y ordenado, y yo aparezco como un prestidigitador capaz de armar pacientemente mi *carrera*. En su simpleza, mi Caballero de los Espejos imagina que yo planeé todo desde el principio, dispuesto a alcanzar mi objetivo a cualquier precio.

Éste es uno más de los inconvenientes de las biografías *à l'anglaise*: hacen creer que la vida del personaje en cuestión es la línea más corta entre dos puntos, cuando se trata de un errático zigzag desprovisto de sentido. Si salí de mi patria fue porque en ella me sentía atrapado, porque un paciente demostró de modo brutal mi incompetencia, porque tal vez ya no soportaba a mi familia. Me asfixiaba y necesitaba huir. Ojalá hubiese poseído la facultad de adivinación que mi Crítico me otorga: de haber sido capaz de prever cada uno de mis pasos, habría hecho hasta lo imposible para nunca toparme con él.

Al término de una de las prolongadas cenas a las que Barthes asiste con frecuencia (y antes de lanzarse a flirtear con su vecino de mesa), un amigo le pregunta: «Si Julia Kristeva le diera a entender que algo fuera posible entre ella y usted, ¿haría una excepción a su homosexualidad?» Barthes ni siquiera lo piensa. La joven búlgara que ha sido su alumna y en cuyo examen doctoral ha participado hace poco siempre le produce una atracción particular. «Ella es la única persona de la que estoy realmente enamorado», responde con dulzura.

Aguardo tu llegada con impaciencia. Quiero demostrarte que no te guardo rencor y que acepto tus condiciones no sólo con resignación, sino con sabiduría. Pienso explicarte detalladamente mi plan: ya que no somos ni amigos ni amantes, al menos podemos ser *cómplices*. En un mundo donde resulta imposible tener fe en los otros, tú y yo aún somos capaces de establecer una relación que desafíe todas las convenciones. Nuestro objetivo será compartir lo que resulta imposible de compartir con los demás. Construiremos una unión perfecta porque rechazamos el concepto mismo de unión. ¿Qué te parece? Te propongo que firmemos un nuevo pacto, que seamos radicalmente libres. Eso sí sería *revolucionario*.

Las ideas me asaltan con tanta fuerza que necesito recostarme. Después de tantos malentendidos, al fin he encontrado una solución a nuestro dilema. Cuando miro de nuevo el reloj, compruebo que son las tres de la mañana y que

tú no has aparecido. Es la primera vez que estás fuera tan tarde sin prevenirme. El teléfono permanece mudo. Comienzo a angustiarme. ¿Te habrá pasado algo? Intento leer a Barthes, luego dormir un poco —debo aceptar que eres mayor de edad y que no me corresponde protegerte— y por fin me siento frente a la ventana, pendiente de las sombras que se alargan por la calle. Ninguna es la tuya. ¿Por qué me haces esto? No tienes la menor consideración... Imagino todas las posibilidades, cada vez más irritado. No me importa que pases la noche con quien se te antoje pero, ¿no podrías distraer unos segundos *para llamarme*? No te entiendo, de verdad que no te entiendo.

Cerca de las siete de la mañana oigo tus pasos. ¿Qué hago? ¿Regreso a mi habitación para evitar la vergüenza, *mi* vergüenza? ¿O te increpo de inmediato? Entrás tan rápido que ni siquiera me das tiempo a decidir. Tu sorpresa es idéntica a la mía. Procuras que yo no vea tu pómulo amoratado.

—¿Por Dios, Claire, qué te pasó?

Barajo las opciones: un asalto, una violación, una pelea. Ya siento la mezquina ternura que me dará el poder de consolarte. Trato de acariciar tu cabello.

—¡No! —me empujas—. ¡Por favor, déjame en paz!

Te encierras en tu habitación. No vuelvo a verte en todo el día.

Hay que reconocerlo: en China, Barthes se aburre. El Oriente que le interesa no está allí, en los mercados, las plazas, los museos, los dragones de colores o las embrolladas ceremonias que tanto fascinan a los otros. Tampoco, obviamente, en los ritos oficiales, la exaltación del Gran Timonel, las visitas a fábricas, escuelas y clínicas. Lo que le interesa de China ha quedado atrás, en los libros y sobre todo en esa delicada caligrafía que contempla por doquier sin comprenderla. Harto del entusiasmo artificial de sus amigos, poco a poco se aísla y prefiere quedarse en el hotel o en el coche mientras los demás se impregnan de los olores y las esencias de Oriente. Lo que más le ha gustado, como escribe de regreso a Francia en un artículo para *Le Monde*, es que, a diferencia de los occidentales, los chinos se dedican a sus propios asuntos y lo dejan a uno en paz.

Contemplo las imágenes con una mezcla de amargura y repulsión. Y, sin embargo, prefiero callar. Porque eso es *arte*. El crítico no debe hacer juicios morales ni mostrar sus sentimientos, mucho menos expresar su propio dolor.

—Es una nueva serie —me explica Girard, envanecido—. La he titulado

La persistencia de la memoria.

—Qué original —miento, apretando los dientes.

Visito el estudio del artista como el amante celoso que hurga a escondidas en los cajones de su amada. Necesito encontrar las claves de mis sospechas, hacer lo que Barthes recomienda nunca hacer: perseguir la realidad —la biografía— debajo de los signos.

—Si algunas imágenes resultan chocantes —me explica a continuación—, es porque el arte ha perdido ya toda su capacidad de conmover. El artista está obligado a desplazarse a los extremos. En nuestra época, el arte verdadero sólo puede recrear la violencia y la muerte.

Lejos de la nimiedad de su discurso, las obras hablan por sí mismas. Con el estilo que lo caracteriza —más adelante se hablará de *hiperrealismo*—, Girard ha reproducido tu cuerpo en cada uno de los lienzos. Es como si te descubriese *in fraganti* mientras me traicionas. En medio de brutales pincelazos —negros, púrpuras y violetas te atraviesan como heridas supurantes—, tu cuerpo se contorsiona en decenas de posiciones distintas, seriales, la violencia en ascenso. Tu piel desnuda luce cubierta de *marcas*: raspaduras, heridas, moretones, incluso hilos de sangre. Lo peor es tu rostro: él apenas ha alterado tu belleza y sin embargo ha conseguido imprimir en tus rasgos un cariz sobrecogedor. Si buscaba mostrar tu capacidad para gozar con el sufrimiento, lo ha conseguido con creces. Tu rictus es el de un santo que padece un éxtasis invertido: la brusca emulsión del placer con el dolor. Se me revuelve el estómago.

—¿Y bien? —me pregunta Girard con suficiencia, sabiendo que ha conseguido provocarme.

—Espléndido, realmente espléndido —miento—. Aunque, si me permites decirlo, un punto predecible.

—Pues a Foucault le han fascinado.

—¿A Foucault?

—Claire lo trajo para que viese mi trabajo —se enorgullece—. Genial, ese Foucault.

La revelación me trastorna todavía más que tu desnudez. ¿Así que has traído a Foucault? ¿Y por qué no me lo has dicho?

—*Tenía* que gustarle, Albert —me empeño en decirle algo desagradable—. Tus imágenes parecen extraídas de sus libros. Compartes su obsesión por el delirio y por el crimen.

—Oh, Aníbal, muchas gracias. Es el mejor elogio que me han hecho.

En la reedición de 1890 de su *Psychopathia sexualis*, el psiquiatra Richard von Krafft-Ebing (1840-1902) identificó una nueva aberración sexual y estableció su primera definición clínica: «Por masoquismo entiendo una peculiar perversión de la *vita sexualis* psíquica en la cual el individuo afectado, en sus sensaciones sexuales y en sus pensamientos, está controlado por la idea de ser completa e incondicionalmente sujeto de la voluntad de una persona del sexo opuesto; de ser tratado por ésta como su amo, humillado y abusado.»

Más adelante explicaba que acuñó el nombre a partir del apellido de un ilustre novelista, contemporáneo suyo, el caballero Leopold von Sacher-Masoch. «Me siento justificado a llamar a esta anomalía sexual "masoquismo" porque el autor frecuentemente utilizó esta perversión, que por esa época era prácticamente desconocida para el mundo científico, como el sustrato de sus obras. Sus escritos, sobre todo *La Venus de las pieles*, *El legado de Caín*, *Historias de amor de diversos siglos*, *Una mujer separada*, *Las Mesalinas de Viena*, pueden ser clasificados directamente como novelas masoquistas. [...] Las novelas de Sacher-Masoch tratan de individuos que, como objetos de su deseo sexual, crean situaciones en las cuales son sometidos sin límites a la voluntad y el poder de la mujer.»

—No quiso decírmelo —le digo.

Ahora soy yo quien visita a Josefa en el diminuto estudio que ha alquilado en la rue Vieille du Temple. Al entrar siento que permanece confinada en ese reducido exilio por mi culpa, pero mi desesperación es tan honda que no tardo en volver a concentrarme en mí mismo.

—¿Y tú qué piensas?

—No puede tratarse de un montaje, Josefa —admito.

—Insinúas que las heridas de Claire son verdaderas...

—Eso creo.

—¿Cómo puedes estar seguro?

Las palabras se me atorán en la garganta.

—Quizás no debería decirte esto —me estremezco—, tal vez me equivoco, o me gustaría equivocarme... Siento que, de alguna forma, ella misma se lo ha buscado.

—¿Los golpes?

—La violencia, sí. Primero Lacan, luego Pierre, la revolución... Y ahora... Ahora... —se me quiebra la voz—. Me temo que ahora la ha encontrado con Girard.

¿Cuántas semanas —o meses— transcurren sin que reciba de ti otra cosa que rumores vagos y escabrosos? Vives en mi casa y no tengo la menor idea de lo que haces cuando sales. Después de mucho tiempo de no peregrinar al 5 de la rue de Lille, por fin me decido a visitar a Lacan; luego hago lo mismo con el resto de tus viejos amigos revolucionarios... Todos parecen haber escuchado hablar de ti aunque ninguno se atreve a revelarme nada concreto. Tal vez temen un escándalo y prefieren cobijarte con su silencio. Aterrado, me resigno a entresacar las historias más disparatadas: que te has vuelto lesbiana o bisexual; que has probado todas las drogas posibles, incluido el peligroso *Angel Dust*; que al sadomasoquismo has añadido los contactos a ciegas; que participas en reuniones donde los invitados te penetran sucesivamente; que no queda nadie en el medio intelectual francés que no haya conocido tu sexo; que te has convertido en una especie de heroína de la contracultura; que los filósofos te analizan como símbolo de la época y los poetas te ensalzan con versos pornográficos... Y, lo peor de todo: que no haces esto obligada o deprimida, sino arrebatada por un placer inaudito... Son burdas exageraciones, me digo para consolarme, pero luego pienso que, como dice Josefa, cuando el río suena...

El filósofo Gilles Deleuze —eterno compañero de batallas de Foucault— publica en 1968 un breve ensayo sobre la novela *La Venus de las pieles* de Sacher-Masoch. En él, Deleuze sostiene que, en contra de la creencia popular, esta práctica no es el reverso del sadismo. El masoquista nunca es una víctima: disfruta del dolor, es cierto, pero es él quien le impone al otro el papel de verdugo. El protagonista de *La Venus de las pieles* —un trasunto del propio Sacher-Masoch— obliga a su amante a firmar un contrato en el cual establecen las condiciones del tormento: si su amante lo castiga es porque así lo dictan las cláusulas fijadas por la supuesta víctima. Mientras el sadismo se emparenta con la monarquía absolutista, el masoquismo es la perfecta metáfora de la sociedad democrática, regida por normas y leyes... De acuerdo con esta visión, tu voluntad prevalece sobre la de él.

A pesar de la rabia y la incertidumbre, no dejo de escribir. A la misma velocidad de Barthes, yo también acumulo cientos de párrafos sueltos, pensamientos y aforismos que, cuando la ocasión lo exige, integro en mi columna sobre artes plásticas del *Journal de Grenoble*. Al cabo de unos meses, descubro sobre mi escritorio un altero de papeles —hojas sueltas, sobres, tarjetas de visita, notas

de la lavandería, facturas de restaurantes e incluso boletos del metro— en los cuales he ido anotando no sólo mis reflexiones sobre todos los temas posibles, sino también los retazos de mi propia historia. Asombrado por el espesor que mi escritura ha ido adquiriendo, le muestro esos documentos a Josefa. Con paciencia y cariño ella desbroza la paja del trigo y transmuta el desorden en un impecable manuscrito. Doscientas páginas que, sin temor a sonar petulante, ambos juzgamos perfectas. Mi modestia, sin embargo, no me permite imaginarles otro destino que un cajón de mi escritorio.

—Aníbal, qué chingonería —me anima Josefa—. No puedes dejar que estas hojas se pudran en tu casa.

—¿Tú crees?

—Si me das tu autorización, yo misma puedo encargarme de hacer las copias necesarias para enviarlas a las editoriales.

—Como quieras —le digo, solemne—. Mi suerte está en tus manos.

En menos de dos meses, su esfuerzo se ve recompensado. Según me informa Josefa, las Ediciones Rocinante, de Guadalajara (México), se muestran entusiasmadas con la idea de publicar mi libro. Josefa ha hecho un espléndido trabajo. Ni ella ni yo podemos imaginar que ese modesto volumen será el inicio de una larga carrera literaria. Parafraseando las *Mitologías* de Barthes —a quien dedico mi obra—, lo titulo *Epifanías*. La primera edición en rústica, ahora convertida en una joya bibliográfica, aparece a finales de 1975. En mi país nadie la toma en cuenta.

Como puede comprobar cualquiera que visite la tumba de mi primer editor en el cementerio municipal de Guadalajara, es radicalmente falsa —y vil— la afirmación de mi Crítico Ejemplar según la cual Andrés Quezada nunca existió y yo soy el verdadero dueño de las Ediciones Rocinante. El pobre hombre no merecía ser borrado de la faz de la tierra con tanta impunidad.

Igualmente errónea —y mezquina— es la sospecha de que, durante el proceso de edición, Josefa mejoró sustancialmente mis originales. Por fortuna, en este caso los interesados pueden recurrir a ella para aclarar sus dudas.

—Josefa, tienes que ayudarme —le insisto—. Es cuestión de vida o muerte. No aguanto más, dime qué sabes de ella.

—Todo París lo sabe —se molesta—. Tu Claire ni siquiera puede ser llamada puta porque no cobra por lo que hace.

—¿Por qué, Josefa? ¿Por qué?

—Aníbal, esto es ridículo. Parece como si no hubieses leído el seminario de Lacan sobre la carta robada...

—¿Qué insinúas?

—Que en el fondo conoces perfectamente la respuesta. Desde el principio la has tenido frente a ti.

En tu voz se instala cierta ligereza. Como si nada te tocara, como si fueses un espíritu y los dolores del mundo apenas te rozaran. Si debiera congelarte en una sola imagen, sin duda lucirías esa sonrisa irónica y vaporosa. Y sin embargo el timbre de tu voz siempre suena *tan* afligido...

A diferencia de la mayor parte de sus compañeros de generación, cada vez más interesados en desmarcarse del estructuralismo, Barthes se siente orgulloso de pertenecer a esta estirpe. ¿Cómo no voy a ser estructuralista — afirma en *Roland Barthes par Roland Barthes*— si mi estudio en París tiene exactamente la misma composición que el de mi casa de campo? En efecto, sin ser idénticos, ambos sitios son equivalentes: la disposición de los objetos — papeles, adornos, utensilios de trabajo, relojes, ceniceros e incluso los libros— guarda el mismo orden. «El sistema prevalece sobre el ser de los objetos.» Esta gracejada define a la perfección el temperamento de su autor.

Girard ni siquiera tiene el valor de reconocer la relación que sostiene contigo. Lo abordo en todos los *vernissages* que se suceden por la ciudad con el secreto anhelo de encontrarte a su lado, pero invariablemente asiste solo o con una cohorte de mujeres turgentes y esponjosas que por fortuna no se te parecen. Cuando lo encaro, se niega a ofrecerme ninguna explicación.

—No tengo nada que decirte sobre Claire —me responde al fin—. Deberías entenderlo de una buena vez, Aníbal, la pobre sólo quiere que la dejes en paz.

¿Dejarte en paz? ¿Qué puede saber Girard, o Josefa, o el resto del mundo sobre lo que existe entre nosotros? ¿Cómo se atreven a impedirme que te busque, es decir, que siga con vida?

—Necesito que me lo diga ella misma, Albert —le espeto, furioso—. Sólo si Claire me lo pide estoy dispuesto a dejar de incomodarla. Pero tengo que oírlo de sus labios. ¿Comprendes?

—Lo siento —me dice él, antes de entregarse de nuevo a la pomposa admiración de sus amigas—. Yo nada puedo hacer por ti.

¿Qué se ha resquebrajado? ¿Nuestro acuerdo? ¿Nuestro amor? ¿Nuestra *complicidad*? Quizás sólo ocurre que, al escribirte, poco a poco me libero de ti.

A Girard ahora le interesan las «acciones documentadas». No las fotografías en sí mismas, sino los actos únicos e irrepetibles que se conservan detrás de las imágenes. Su idea no es muy original: sostiene que el arte está en la vida, no en su representación. Así que, imitando a artistas como Douglas Huebler, exhibe series cuyo valor estriba en recordar la finitud de los instantes.

Visito una nueva galería del Marais y en una de sus obras reconozco tu cuerpo desnudo (el rostro permanece cubierto por una capucha negra), azotado con un látigo, en plena vía pública, ante la fría mirada de los transeúntes... El título de la serie tampoco es muy nuevo: *La Venus de las pieles, número 5* (1974).

Nunca he conocido a una mujer que desprecie tanto a los hombres como tú. Y lo peor es que, empeñada en dejarte conquistar por ellos, ni siquiera te das cuenta de cuánto los humillas.

No logro evitarlo: te vigilo. Así comenzó nuestra relación, ¿recuerdas?, cuando salías del despacho del doctor Lacan en el 5 de la rue de Lille. Quizás así deba culminar. Está en nuestra naturaleza. Hace casi una semana que no nos detenemos a charlar y al cruzarnos apenas intercambiamos débiles saludos, conscientes de que las palabras sólo harán más difícil nuestra porfiada convivencia.

Para salir de este *impasse*, una noche espero a que salgas de casa y, sin que te des cuenta, te sigo hasta una sórdida *boîte* en la Rive Gauche. Te introduces en ese escondrijo con la naturalidad de un espectro que ingresa al Hades. Conozco qué clase de lugar es ése y adivino lo que ocurre en su interior. Entonces, agujoneado por el frío de la calle, unas figuras conocidas pasan a mi lado y se introducen en el mismo sitio. La angustia no me engaña: es Girard, acompañado de Foucault.

Desde que se encuentran por primera vez en 1955, Barthes y Foucault se atraen mutuamente. Su amistad se desarrolla de modo natural: durante varios años se ven todas las noches, visitan las mismas *boîtes*, celebran sus respectivas conquistas. De pronto, su amistad se rompe. ¿Celos? ¿Colusión de

temperamentos? ¿Exceso de convivencia? ¿O, tal como insinúa algún malévolo, Barthes no ha resistido la violencia de Foucault? Como un río que se parte en dos ramales, a mediados de los sesenta se separan sin remedio. La amistad y el amor son las creaciones más frágiles. Ambas representan la misma demencia: creer que las personas pueden llegar a conocerse.

Encerrado en esta casa vacía, me refugio en la escritura. Como huevos penosamente empollados o excrecencias salidas de mi cuerpo, acumulo una página tras otra. Josefa las recoge a diario, las pule y las engarza para dar vida a nuevos manuscritos que con su habitual diligencia se encarga de enviar a mis editores. Como si se tratase de un pecado —el mundo intelectual en México se obstina en ignorarme—, mi obra se fragua en secreto, casi a mi pesar. A mis *Epifanías* le siguen los *Fragmentos de un discurso estético* (Ediciones Rocinante, 1976), *Ver y apreciar* (Ediciones Rocinante, 1977), *Para leer «Para leer "El capital"»* (Siglo XXI, 1978), *El grado cero de la pintura* (Joaquín Mortiz, 1979), *El texto del placer* (Editorial Era, 1979) y *Duchamp, Debord, Girard* (Siglo XXI, 1980).

No me envanezco con mis criaturas, los libros no me producen el menor orgullo, no me conceden ninguna fama, no me otorgan ningún consuelo. Indiferente a la tenacidad de los escasos lectores que se acercan a ellos, yo los considero un simple entretenimiento. El pago por las horas que no pienso en ti.

Mi relación con Foucault permanece marcada por una nerviosa ambigüedad. Desde la primera vez que lo vi, durante aquella manifestación a fines de mayo del sesenta y ocho, supe que volvería a verlo. Más tarde me empeñé en asistir a sus clases en Vincennes y coincidí con él en diversos actos de protesta, pero siempre me mantuve a prudente distancia, intimidado por su magnetismo. Cuando regresé de Cuba no volví a buscarlo, imaginando que nuestra relación había quedado truncada para siempre.

No obstante, aunque me mantengo lejos de él y me limito a escuchar los rumores sobre sus particulares apetencias y deseos, me dedico a releer el conjunto de su obra. No me cabe duda de que, en el universo de gigantes que he tenido la fortuna de habitar, Foucault es el más grande de todos. Y ahora tú, convertida en una de sus seguidoras habituales, haces que me dirija de nuevo hacia él.

Otra «acción documentada» de Girard. Siempre con la capucha negra sobre la

cabeza, pero esta vez usando unas altas botas negras, golpeas el cuerpo desnudo de un hombre. Si no me equivoco, se trata del propio artista.

La Venus de las pieles, número 12 (1975).

Después de más de diez años de no hablarse, en 1975 Foucault presenta la candidatura de Barthes al Collège de France. Se trata, a todas luces, de una reconciliación pública. El filósofo está dispuesto a hacer todo lo posible para convencer a sus colegas de que elijan a su antiguo camarada. ¿Cuál es el motivo de este cambio de actitud? Igual que al momento de distanciarse, la discreción de uno y la perversidad de otro impiden desvelar los hechos. Según los amigos de Foucault, fue Barthes quien le solicitó su intervención; de acuerdo con los de Barthes, todo el asunto fue idea del filósofo. ¿Cómo distinguir la verdad? O, más bien, ¿a quién le importa?

Parece que nos movemos en tiempos y espacios diferentes. Somos tan frágiles que procuramos evitarnos. Ambos presentimos que cualquier contacto bastará para desatar la tormenta. Por doloroso que resulte, sólo postergamos una ruptura inevitable.

Somos dos cometas errantes destinados a estrellarse uno contra otro. No hay salida.

Hervé Landry, uno de sus amigos cercanos, se divierte a costa de Barthes y lo anima a probar el LSD.

—No, gracias —le indica Barthes con un guiño—. Sería como darle el volante de un *fórmula uno* a alguien que ni siquiera tiene licencia para manejar.

—Foucault está detrás de todo esto, Josefa —le explico—. Foucault es como Plutón. Es el único que me puede explicar la conducta de Claire.

—Aníbal, ahora sí que estás perdiendo la chaveta —me sacude ella—. ¿No puedes aceptar que ella no te quiere? ¿Por qué insistes? Al perseguirla, tú eres todavía más violento que ella. Lo tuyo no es amor, sino ganas de imponer tu santa voluntad.

—Claire está en peligro —insisto yo con languidez—. Ella misma no se da cuenta, por eso debo rescatarla. Es mi obligación.

—¿Y si ella se resiste a ser salvada?

—No digas tonterías. Uno no puede ver cómo alguien se ahoga sin tratar

de sacarlo de las aguas. De otro modo, yo cometería un gran crimen, Josefa.

El tiempo se vuelve un amasijo. Va y viene por el esófago de la memoria. No consigo deglutir ninguno de los episodios que nos ha unido. Tampoco regurgitar el dolor que me provocas. Estoy enfermo de ti. Y lo peor es que resulta tan doloroso amarte como olvidarte. No tengo cura.

En el extremo opuesto de Foucault, quien disfruta cada vez más con los escándalos, Barthes se haya obsesionado con disimular su vida privada. Cualquier exhibición de la intimidad le parece una vulgar muestra de histeria. Detesta la dislocación de los sentidos, las manifestaciones de violencia o de pasión —de ahí su desprecio por los jóvenes del sesenta y ocho— y en general cualquier conducta que se aparte de la sobriedad burguesa que tanto ha censurado. Aborrece con igual intensidad al amante celoso y al revolucionario compulsivo. Si alguien lo cuestionase sobre su particular ética frente al mundo, tal vez respondería con cierta coquetería zen: *lo mejor es no actuar*. Para Barthes, la escritura es la única perversión digna de ser practicada delante de los otros.

Mi Crítico Ejemplar ha llegado al extremo de sugerir que la primera crítica que apareció en México de uno de mis libros —en la revista *Plural*, de Octavio Paz, poco antes de que el poeta renunciase a dirigirla en 1976— fue pagada por mí. Si esto fuese cierto, no entiendo por qué se trata entonces de un texto tan poco elogioso.

Poco antes de su ingreso oficial al Collège de France, Barthes asiste en compañía de Philippe Sollers a una comida en casa del ministro Edgar Faure. Entre los invitados destaca Valéry Giscard d'Estaing, el presidente de la República. Al hacerse público el encuentro, la izquierda critica severamente la convivencia de un intelectual progresista con la derecha en el gobierno. Barthes, apenas se sonroja. Como cualquier burgués, experimenta una vaga nota de alegría al tener la ocasión de observar de cerca las costumbres del poder.

Rumiando mi amargura, una mañana me topo por la calle con Cioran, el

filósofo de la desesperación. Escurriéndose como una comadreja —sólo los surcos de su frente y la transparencia de sus ojos lo delatan—, el rumano sale de una *épicerie* con una gruesa bolsa de papel rebosante de frutas y verduras. Como si temiese que alguien pudiese arrancarle su preciada carga de las manos, Cioran la protege con ambos brazos, comprobando que nadie lo acecha o lo persigue. Atraviesa las aceras con desconfianza, obsesionado por pasar inadvertido. De su frente se escurren gruesas gotas de sudor. Deslizándose a través de un pasaje poco transitado, por fin se introduce en el sobrio portal de un edificio. ¿Cómo no cantar el doloroso éxtasis de los santos, la tentación de los suicidas o la brutalidad de los verdugos cuando comprar una lechuga constituye una proeza?

Un tanto avergonzado, abordo a Barthes cuando concluye su lección inaugural en el Collège de France. En contra de lo que sostiene mucha gente, le domina un aire festivo, como si todas sus esperanzas de juventud —su anhelo de tener una exitosa carrera universitaria— al fin se hubiesen cumplido. Su madre no podría estar más orgullosa.

—Felicidades, profesor —lo saludo—. Permítame decirle que su discurso ha sido brillantísimo...

—Gracias, Quevedo, gracias...

Otras manos y otras voces lo reclaman.

—¿Le puedo robar un momento, profesor?

—¿Tiene que ser ahora?

—Sólo será un segundo...

Comprensiblemente fastidiado, Barthes pide a sus admiradores que lo dispensen y accede a seguirme.

—¿Qué es tan urgente, Quevedo?

—No voy a hacerle perder el tiempo —le digo—. Sólo quiero pedirle que interceda por mí ante Foucault...

—¿Cómo dice?

—Ya le he contado que Claire se ha convertido en su amiga. Así que he pensado que, si usted tiene a bien recomendarme, tal vez pudiese trabajar con él...

Barthes me observa compasivo.

—Veré qué puedo hacer.

—El gran problema de este libro es que la mayor parte de la acción se

desarrolla en París —me sanciona Josefa—. ¿Sabes cuántas novelas latinoamericanas se sitúan en esta ciudad? Centenares, Aníbal, centenares...

—¿Y qué quieres que haga, Josefa? ¿Que me vaya a vivir a Varsovia o a Bogotá para no incomodar a los críticos? ¿No te parece una concesión suficiente el que yo sea mexicano?

Barthes me ha dado indicaciones precisas. Busco a Foucault en un café no lejos de su casa, en la rue Vaugirard. De inmediato lo distingo en una mesa del fondo, su calva reluce en la penumbra de la tarde. Me saluda cordialmente, aunque yo no dejo de reconocer un filo de ironía en sus palabras. Apenas necesito contarle mi historia: Barthes lo ha hecho por mí.

Como los antiguos griegos, a los que ahora estudia con peculiar ahínco, Foucault no me habla directamente, sino que se vale de parábolas y ejemplos. Se ha convertido en una especie de Sócrates —él también se precia de pervertir a la juventud— y yo le escucho como si consultara un oráculo.

—¿Qué es exactamente lo que quiere, Quevedo? —me amonesta.

—Necesito *saber* —le respondo—. Sólo eso.

A Foucault le divierte mi respuesta. No deja de extrañarme que, enfrascado en escribir su magna *Historia de la sexualidad*, se permita tolerar mi interrupción con tan buen humor.

—¿Le gustaría colaborar conmigo?

—¿Lo dice en serio? —me sorprende.

—Necesito un ayudante. Un archivista. Barthes me ha recomendado mucho su trabajo. Estoy comenzando un proyecto muy ambicioso y necesito formar un equipo de colaboradores. Siempre me ha gustado trabajar en grupo.

—Profesor, me encantaría.

—Hay algo en usted que me atrae, Quevedo. Lo supe desde la primera vez que lo vi en aquella manifestación del sesenta y ocho...

—¿La recuerda?

—Déjese de rodeos. ¿Acepta?

Ni siquiera necesito pensarlo.

—Desde luego. Cuente conmigo.

¿Y si fuese cierto que en realidad no te deseo? ¿Y si no te temo o, todavía peor, si sospecho que en la vida real no sería capaz de tolerarte?

En su espurio libelo, mi Crítico Ejemplar sostiene que, como antes con Barthes,

yo me acerqué a Foucault por conveniencia. Según él, tras aprovecharme sucesivamente de Lacan, Althusser y Barthes, sólo me faltaba engatusar a Foucault. En ningún momento se le ocurre pensar que, como el propio Foucault ha señalado, los móviles de los seres humanos rebasan las simples apariencias. Si me decidí a buscarlo pese al temor que inspiraba, no fue para beneficiarme de su celebridad, sino para saber lo que él sabía. Para que me ayudase a comprenderte.

Te diriges al cuarto de baño, como todas las mañanas. Nada me conmueve tanto como el brillo de las gotas que resbalan por tu pecho o la sensación de fragilidad —de inminencia— que me provoca tu cuerpo humedecido. En otra época, cuando nuestra intimidad resultaba menos ardua, me permitía acompañarte hasta el espejo y, camuflando tu pudor detrás de una charla insulsa, me concedías la gracia de tu piel. Como un regalo malévolo —una de esas lagunas que nunca especifican los contratos—, ambos gozábamos de idéntica manera: yo al observarte y tú al ser observada.

Al recordar la imagen de tus senos erguidos frente a mí, con esa blancura que los lunares sólo acentúan, siento un vértigo. Por desgracia, hace mucho que no compartimos nada semejante y reconozco de antemano que en esta ocasión no permitirás que te admire. Yo, en cambio, no pienso retenerme. Necesito volver a tu cuerpo aunque sea con la tórrida violencia de un médico empeñado en auscultarte.

—¿Qué quieres? —me espetas, destemplada.

Semejante al rastro dejado por un caracol, una sombra translúcida desciende desde tu clavícula izquierda hasta tu axila. Tus manos sostienen la toalla como una túnica o una armadura. Avanzo hacia ti sin miedo, como si no te amara.

—Déjame sola —insistes.

Lo adivinas. El tono de tu voz deja de sonar como una orden y se asemeja a una plegaria.

—Aníbal, por favor.

Sin comprender mis movimientos, te arranco la tela y te devoro. No hay nada erótico en este acercamiento: mi acto poco tiene que ver con quererte o desnudarte. Te arrojo sobre la cama, de espaldas, decidido a no reconocerte, a olvidar que eres tú, a reducirte a ese abismo que se abre frente a mí. Entonces descubro las pruebas en tu contra: estrías, moretones, cicatrices que se prolongan a lo largo de tus muslos, de tu cintura, de tus nalgas... Palpo el dolor, y no comprendo. Furioso, me precipito sobre ti.

—Así que te gustan los golpes —te grito.

Enloquecido, azoto mis manos contra tus piernas, tus corvas, tu espalda... Tú ni siquiera intentas defenderte, te conviertes en un ovillo, resistes mi ira sin replicar, llorando en silencio. Siento que voy a derrumbarme. Por fin te levantas y te encierras en el cuarto de baño. Yo me quedo solo, infinitamente solo. Como siempre, sin ti.

Casi no soy capaz de preguntarlo. *¿Por qué?*

Ahora que ha alcanzado la cumbre más alta de la vida académica, que ya no tiene necesidad de polemizar con los profesores universitarios y que no se siente excluido de las cofradías de eruditos, Barthes se desentiende de sus antiguas teorías. Si antes escribió libros como *Elementos de semiótica* o *Sistema de la moda*, fue para labrarse un prestigio entre sus colegas, inventando un conjunto de reglas y neologismos capaces de disfrazar su falta de rigor. Liberado de esa loza gracias a la intervención de Foucault, Barthes se desprende de sus ataduras y se apresta a ser lo que siempre deseó: un simple comentarista. A diferencia de sus compañeros de generación, dispuestos a defender sus principios hasta la muerte, él nunca ha tenido convicciones inquebrantables —pocas cosas le disgustan tanto como el heroísmo o el martirio— y no siente el menor empacho en abjurar de su pasado. Lejos de la semiótica, a salvo del estructuralismo, Barthes disfruta abiertamente de la única labor que lo conmueve: no sólo el placer del texto, sino el irrevocable placer de la literatura.

Cuando vuelvo a casa, ya no estás. Lo preví, e incluso lo provoqué, sin imaginar que tu vacío resultaría tan desolador. Recorro tu habitación como quien visita un cementerio. Fuera de los muebles, artificiales e impolutos, y de una caja de cartón llena de libros arrumbada en una esquina, apenas quedan huellas de tu presencia. ¿Tendrás pensado regresar por esos viejos ejemplares? ¿Dónde estarás ahora? Imaginarte extraviada por mi culpa me hiela la sangre, aunque resulta peor suponer que te has refugiado en casa de Girard. Obcecado, asumo que es lo mejor para ambos. Nuestra convivencia —tú lo has dicho— era imposible.

Regreso a mi habitación, me recuesto y continúo mi lectura de *S/Z* de Barthes. Las letras impresas me devoran, me salvan de la angustia y de mí mismo. Quizás no me he equivocado. Sigo las andanzas de Balzac y de

Sarrazine, su ambiguo personaje, la única realidad que me resta. Como él, yo tampoco existo, sólo soy un personaje, un sujeto medroso y extraviado. Un hombre que, como Don Quijote, se ha vuelto loco por los libros. Un desafortado caballero andante que, al ser incapaz de salvar a su dama, ha optado por vejarla. No me queda sino reconocer que soy una pieza literaria —una *pésima* pieza literaria, habría corregido mi Crítico— y que, como sostiene Barthes, por desgracia no existo allá afuera, en el mundo, sino sólo aquí, tan lejos de tus labios, en las páginas de este libro.

¿Dónde te hallo? ¿En el dolor que buscas o en el dolor que me provocas? ¿O en las heridas que nos hemos infligido sin notarlo?

Fuera de mí, me presento en la galería del Marais donde Girard exhibe su serie *La virgen de las pieles*, 20 (1975). Reconozco tu cuerpo en cada muro: aquí tus antebrazos, allá tu pubis, en aquel extremo tu ombligo, tus muslos, tus nalgas, tu nuca, tus pezones, tu clítoris... El artista te ha descuartizado (ahora se dice: *deconstruido*) y luego te ha expuesto públicamente, sin pudor, como si fueses una res en un matadero. No soporto que proclame con tanta altanería su triunfo sobre ti y, por consiguiente, mi derrota. Antes de que alguien lo impida, me abalanzo sobre una de las piezas y la desgajo con las manos. Los visitantes de la galería se vuelven hacia mí, azorados, sin atreverse a intervenir. Furioso, destruyo una imagen tras otra, las rompo en jirones y luego las arrojo al suelo, imperturbable... No me importa ir a la cárcel, me da lo mismo despertar el odio o la compasión de esos hipócritas coleccionistas...

Sólo después de unos minutos me doy cuenta de que, a unos pasos, el propio Girard ha llegado a tiempo para contemplar la destrucción de su obra, paralizado como los otros. Estoy dispuesto a llegar hasta el final, no me importa que me muela a golpes antes de entregarme a la policía. Indiferente, prosigo con el exterminio. En vez de detenerme, al cabo de unos segundos Girard comienza a aplaudir. Primero con suavidad, como si arrancase un susurro de sus palmas, y luego con furor, con frenesí... El resto de los presentes no tarda en sumarse a su entusiasmo y de pronto soy objeto de una inesperada aclamación. Consultado al día siguiente por un reportero de *Art Press*, Girard declara que, al romper sus fotografías, yo he llevado hasta sus últimas consecuencias su deseo de atomizar el mundo y de fragmentar la realidad. Mi *performance* le ha parecido una metáfora perfecta de lo que él siempre ha perseguido: el fin del Arte.

Poco antes de morir, en un texto fechado el 17 de septiembre de 1979 que se publicará de manera póstuma, Barthes se atreve a anotar: «Toqué un poco el piano para O., a petición suya, sabiendo desde ese momento que yo había renunciado a él; tenía unos ojos muy hermosos, y su figura dulce, suavizada por sus largos cabellos: un ser delicado pero inaccesible y enigmático, a la vez dulce y distante. Después yo lo hice partir, diciéndole que yo tenía trabajo, sabiendo que algo había terminado, que más allá de él algo había terminado: el amor de *un* muchacho.» Si cambiase el sexo del personaje, y sustituyese la O. por una C, podría decir que Barthes también cuenta mi propia historia.

Lo que más lamento es no *oír* tu inteligencia. Cuando pronunciabas una palabra, esa palabra existía por primera vez.

Persiguiéndote a ti, encuentro a Foucault. Después de tantos años, tantos malentendidos y tantos vacíos, después de tantas coincidencias, mi camino se une al suyo. Nuestras sendas estaban destinadas a cruzarse. De pronto imagino que mi accidentado trayecto no ha tenido otro objetivo que acompañarlo hasta el día de su muerte. De una manera más poderosa que con Lacan, Althusser o Barthes, mi amistad con Foucault le otorga sentido a mi existencia. Justo cuando he vuelto a perderte, él me salva.

IV
MICROFÍSICA DEL PODER

UNO

Don Quijote lee el mundo para demostrar los libros.

Foucault, *Las palabras y las cosas*

La voluntad de saber

Ocosingo, Chiapas, 27 de diciembre, 1988. En cuanto llegamos nos mostraron las fotografías de su cuerpo. O más bien su carne expuesta, inhumana. Todavía cubierto por la sucia hojarasca que no acababa de desprenderse de su piel, al principio su silueta me recordó las macabras instalaciones de Albert Girard que tantas veces contemplé en las galerías de París. Sólo que en este caso la muerte no era fingida y el modelo ya nunca se levantaría para cobrar por sus servicios. Ésa era la paradoja: acostumbrado a mirar y descifrar obras de arte —imposturas—, ahora yo me enfrentaba con esa íntima barbarie sin poder juzgar la originalidad de la composición, la torpeza del encuadre o la inconsistencia del foco. Mi mente se conservaba en blanco, desprovista de excusas estéticas, y de consuelo.

Hundido en la zanja abierta por la policía judicial en ese páramo de Chiapas, la espalda de Tomás Lorenzo manaba del lodo como un inútil nadador que ha extraviado el agua. Debo reconocer que en ese momento yo ya sabía que aquel amasijo de carne, huesos y sangre —ese polvo devuelto al polvo— poseía un nombre y un apellido, pero me resultaba intolerable relacionar esos inofensivos significantes con los despojos que el poder nos enseñaba. Aunque las fotografías remitían a la fatuidad de un *collage* o un *performance*, no podíamos olvidar que los brazos que aparecían en ellas alguna vez habían tenido movimiento —Tomás Lorenzo se defendió hasta que sus torturadores le quebraron los húmeros a patadas—, que ese pellejo alguna vez contuvo vísceras y que en el interior de ese cráneo reventado por el tiro de gracia

alguna vez se incubaron ideas de justicia y libertad. Sí, eso era un hombre. O al menos lo había sido.

Las fotografías de Tomás Lorenzo circulaban de mano en mano como si cada uno de nosotros buscara las pruebas que, al revelar la trampa o el montaje, nos devolviesen nuestra inocencia cotidiana. En una imagen, por ejemplo, los pies callosos de Tomás Lorenzo, bañados en cal, eran la perfecta representación de su orgullo de campesino; en otra, más que implorar piedad, sus dedos abiertos maldecían a sus enemigos; y, en una más, sus robustos hombros se erguían sobre la tierra de Chiapas que apenas lo cubría.

A pesar de que su celo profesional las alejaba de cualquier veleidad artística, las imágenes realizadas por los fotógrafos forenses sugerían las series pop de Andy Warhol. El rostro de Tomás Lorenzo se repetía a lo largo de siete fotogramas idénticos; moreno, adusto, con la agreste fragilidad de los cadáveres, sus rasgos ponían en evidencia la iniquidad de sus asesinos. El volumen de sus pómulos se había doblado a causa de los golpes y sus labios destacaban en su cara como una medusa sanguinolenta; no obstante, en vez de convertirlo en un monstruo, las heridas mal cicatrizadas le otorgaban la gallardía de un ídolo prehispánico, de esas piedras inmemoriales capaces de resistir los estragos del tiempo y de los hombres. En las últimas imágenes, tomadas sobre la plancha donde se le practicó la autopsia —resultaba difícil imaginar un lugar más sórdido que la morgue de Ocosingo—, los patólogos habían transformado el cuerpo de Tomás Lorenzo en un objeto anónimo y vano. Aniquilado por las rajaduras en el vientre y en el torso, el austero luchador social al fin había sido expulsado del mundo.

Para acentuar aún más aquella inmundicia burocrática, las autoridades del Estado también nos mostraron las hojas donde se especificaba, en un lenguaje técnico que hubiese sido la delicia de cualquier lingüista, una profusa descripción sobre el estado del cadáver: el tamaño y el peso de sus órganos, el inventario de las enfermedades que no habían logrado matarlo —la fatuidad de una caries o de una fractura infantil—, el color de sus encías o el listado de los últimos alimentos que recorrieron sus intestinos. Al final, las conclusiones de los peritos se amparaban bajo el obscuro título de causas del fallecimiento.

¿Valía la pena proseguir con la lectura? A fin de cuentas, todos sabíamos que Tomás Lorenzo no había fallecido a causa de las contusiones craneanas, la pérdida de sangre o la destrucción de la masa encefálica, sino debido al odio y a la injusticia social. La explicación de su muerte no había que buscarla en sus vísceras, sino en la bestialidad de nuestra vida pública. Tomás Lorenzo no era la primera víctima de la represión ejercida en México contra los disidentes: sin necesidad de recurrir a ejemplos antiguos como la masacre de la Plaza de

las Tres Culturas o el asesinato de los líderes campesinos Rubén Jaramillo y Lucio Cabañas, en nuestras mentes se agitaba el recuerdo espantosamente fresco de los homicidios de Francisco Xavier Ovando y Román Gil Heráldez, cercanos colaboradores del candidato opositor Cuauhtémoc Cárdenas, poco antes de las fraudulentas elecciones del 6 de julio que permitieron que Carlos Salinas de Gortari se adueñase del país.

Es por ello que, siguiendo el ejemplo de mi llorado maestro Michel Foucault, y en mi calidad de director de la revista *Tal Cual*, he tomado la decisión de participar, al lado de los escritores Ernesto Zark, Carlos Monsiváis y Julio Aréchiga, en la comisión encargada de supervisar las investigaciones relacionadas con el homicidio de Tomás Lorenzo, destacado activista del Frente Democrático Nacional, ocurrido en Oventic, Chiapas, el 7 de diciembre de este año. Si bien algunos sectores radicales insisten en denunciar la corrupción oficial sin hacer nada para combatirla, los promotores de esta propuesta estamos convencidos de que nuestra intervención puede resultar decisiva para aclarar los hechos. Si realmente nos interesa la *verdad* y si es cierto que perseguimos la *justicia*, no nos queda otra salida que exigirlos. Sin duda habrá quienes prefieran no mancharse las manos, pero nosotros no estamos dispuestos a cruzarnos de brazos. Estamos dispuestos a arriesgarnos: no hacerlo constituiría un acto de cobardía y de complicidad con el gobierno. Tras contemplar las imágenes de Tomás Lorenzo, no cabe duda de que nuestra obligación consiste en *actuar*. Nuestro país merece *saber* lo que ocurrió. Y los culpables deben ser castigados.

Aníbal Quevedo, «El homicidio de Tomás Lorenzo, I»,
Tal Cual, enero de 1989

Carta de Claire

París, 10 de enero, 1985

Querido Aníbal:

¿Cómo nombrar el dolor sin paladearlo? ¿Cómo conjurar lo que uno sabe y al saberlo nos destruye? ¿Cómo perdonar sin olvido y cómo sobrevivir sin confesarlo? Ahora comprendo por qué dejaste Francia. A diferencia de nosotros, tú almacenaste la osadía necesaria para huir de este cementerio. A partir de la muerte de Foucault, París se ha transmutado en un purgatorio donde sólo unos cuantos nos damos cuenta de que, ay, todo ha terminado. Incapaz de escapar de este encierro, me siento condenada a horadar estos ladrillos sólo para atisbar un paraíso que ya nunca será nuestro. Hemos asistido al juicio final sin inmutarnos. ¿Qué queda de nuestros anhelos y esperanzas? Foucault fue nuestro último héroe. Al principio, dominada por la rabia, me empeñé en creer que la lucha podría seguir adelante sin él, que lograría enfrentarme al poder como si él no se hubiera ido, pero ya he comenzado a husmear la putrefacción que nos invade. ¿Servirá de algo perseverar con su desafío? Su muerte no sólo clausura una era, sino una forma de pensar. Una *epísteme*. Su muerte nos entierra. ¿Te parece que exagero? Tal vez esta decepción sea otra de esas exigencias de mi naturaleza femenina que en estos días tanto aborrezco. Quisiera concentrarme en una sola cosa —en mi dolor o, por qué no, en el futuro—, pero la cabeza se me llena de sonidos... Dime, Aníbal, ¿en realidad estaremos decididos a perdernos? Nunca he entendido qué nos ata y menos aún qué nos separa. Sólo reconozco que, a pesar de la distancia y de la furia, aquí estamos de nuevo, unidos a través de las páginas que hemos vuelto a intercambiar... Quizás no deberíamos ser tan severos con los estructuralistas: más que en el contenido de nuestras charlas —de nuestras peleas—, hemos logrado resguardar nuestros respectivos lugares, esos vacíos que cada uno sufre por igual. ¿Qué más puedo decirte? ¿Que París no te merece? Supongo que para ti tampoco ha sido fácil la partida: volver a los orígenes requiere una dosis de tenacidad y de inocencia incalculables. Me cuesta trabajo imaginarte allá, tan cerca de tu infancia y tan lejos de ti mismo (del hombre que eres hoy), extraviado en una ciudad que, como dices, ya no puede ser tuya. *México*: qué significativo más extraño, tan árido y al mismo tiempo tan solemne. Un lugar de cuyo nombre no querías acordarte... Cuando te marchaste pensé que no resistirías y que terminarías

por regresar a Europa. ¡Qué arrogante! Ahora entiendo que tus planes eran otros. Una revista. Siempre la deseaste, ¿no? Un medio para enfrentar al poder desde sus fronteras, un puesto de vigía desde donde contemplar a la sociedad y combatir a sus opresores. Después de estos años de aprendizaje en Francia, llegó el momento de completar tu camino. Como cualquier héroe, debías regresar a Ítaca para poner en práctica tus conocimientos, tu *saber*. A diferencia de otros —acaso de mí misma—, no te conformaste con el papel de heredero de Foucault, sino que has decidido actuar por tu cuenta. Tu regreso a México supone tu liberación y tu último homenaje a su memoria. El proyecto, tal como lo relatas, suena muy alentador. No necesito confirmarte la fe que deposito en ti. Aunque tus enemigos no dudarán en burlarse de tu afrancesamiento —¿qué ha sido, por cierto, de tu Crítico Ejemplar?—, el nombre que has elegido para encabezar tu aventura me parece estupendo: *Tal Cual*. El sonido resulta todavía más rotundo en español; estoy segura de que tus colegas en París se sentirán halagados. Lo único que me preocupa es la creciente influencia que Josefa ejerce sobre ti. Siempre ha sido más inteligente de lo que aparenta, y mucho más peligrosa. Entiendo que después de tantos años de lealtad le hayas confiado la jefatura de redacción —el gobierno de *tu* isla—, pero te pido que no dejes de vigilarla. Créeme, las mujeres sabemos reconocernos... ¿Qué más puedo decirte? Insinuar una disculpa por lo sucedido entre nosotros no estaría a nuestra altura; lo único que puedo añadir es que he leído una y otra vez las notas que me has enviado —ese espantoso retrato que haces de mí— y, más allá del halago que supone (he tenido que repetirme cien veces que se trata de un halago), aún sigo perturbada. Me pides algo que no puedo ofrecerte: una explicación. Sinceramente, no la tengo. Prometo buscarla (y *buscarme*) con el mismo ahínco y la misma pasión que tú. Desde aquí, a través de la infinita distancia que nos une, concluyo esta carta con un brindis por *Tal Cual*.

Claire

Del cuaderno de notas de Aníbal Quevedo

¿Es posible ser un intelectual comprometido en México? Esta cuestión me atormenta desde mi regreso. ¿Cómo perseguir la autonomía en un país gobernado por el mismo partido desde hace casi sesenta años? ¿Cómo emprender una nueva aventura cuando los medios de comunicación, las editoriales y la propia universidad se hallan sometidos a los aparatos represivos del Estado? Hasta los pensadores más críticos necesitan del poder para subsistir. Basta repasar la triste historia de la mayor parte de los escritores mexicanos de este siglo para desanimarse por completo. Al parecer, sólo existen dos opciones: mantener una posición independiente hasta las últimas consecuencias, y entonces sufrir la persecución o el silencio —acaso la peor de las condenas—, o bien plegarse a los caprichos de la *clase política* y guardar una obligada discreción ante los excesos del PRI y del gobierno. Si a eso añadimos que en México nadie lee —ni siquiera quienes deberían dedicarse a ello—, debemos concluir que la voluntad crítica es sólo una entelequia, una posibilidad abstracta sin ninguna implicación en la vida diaria. Entiendo por qué la gente juzga con tanta desconfianza la aparición de una nueva revista: nadie imagina que seremos capaces de permanecer *fuera* del sistema. Sin embargo, no me resigno. Estoy convencido de que hace falta terciar en las disputas que desde hace unos años mantienen *Vuelta* y *Nexos*, es decir, nuestras tímidas variantes de la derecha y la izquierda literarias. A diferencia de ellas, demasiado enredadas en sus intrigas con el poder, nuestra revista puede aportar aire fresco a una sociedad civil que está harta de componendas y encubrimientos. ¿Vale la pena el esfuerzo? De nada sirve responder a esta pregunta con palabras: necesitamos actuar.

* * *

Pese a los casi veinte años que pasé fuera de México, siento que nada ha cambiado. Algunos rostros lucen un tanto envejecidos, un político populista arrancó las palmeras que bordeaban las calles y los miembros del gabinete son los hijos o los sobrinos de sus predecesores; fuera de eso, todo permanece igual. La lenta maquinaria del partido *casi* único paraliza cualquier desviación de la norma. A pesar de todo, no pienso regresar a Francia. Al menos aquí me entretengo con mis clases en la universidad, asisto a decenas de congresos,

charlas, coloquios y mesas redondas —de pronto me he convertido en un ponente indispensable— y he logrado poner en marcha mi revista. Debo resignarme. Como me señaló Josefa, tan maliciosa como siempre: *más vale ser cabeza de ratón...*

* * *

¿Por qué en México los poderosos le tienen tanto miedo a los intelectuales? A primera vista, el planteamiento debería sonar absurdo: los presidentes mexicanos poseen un poder ilimitado, controlan cada aspecto de la vida nacional, deciden el destino de millones de personas con dar una orden — y a veces sólo con insinuarla o sugerirla—, disponen de infinitos recursos financieros que gastan sin rendir cuentas a nadie —el Congreso y la Suprema Corte son meras concesiones a la legalidad—, tienen sometidos a la mayor parte de los medios de comunicación y, en caso necesario, cuentan con el apoyo irrestricto del ejército. En pocas palabras, a lo largo de los seis años que dura su mandato, son los dueños absolutos del país.

¿Por qué habrían entonces de preocuparse si un puñado de inconformes escribe unas cuantas líneas contra ellos? ¡Unos pocos críticos jamás lograrían poner en peligro su régimen! Y, sin embargo, a causa de un atavismo incomprensible —un temor reverencial hacia la letra impresa—, esos seres todopoderosos le temen a los intelectuales como a la peste. Del mismo modo que un elefante se asusta con las amenazas de un ratón, los políticos mexicanos se aterrorizan cada vez que reciben una invectiva en la prensa y, de acuerdo con su temperamento o con la conveniencia del caso, optan entre perseguir o comprar a esas «conciencias perniciosas», a esos «agoreros del desastre», a esas «fuerzas oscuras», a fin de impedir que continúen atentando contra el bienestar de la nación.

Por su parte, los escritores y académicos mexicanos sienten el mismo horror y la misma fascinación hacia sus gobernantes. No es poco frecuente, entonces, que a la hora de combatirlos se aproximen a ellos y terminen atrapados en sus órbitas. Según Lord Ashton, el poder corrompe y el poder absoluto corrompe absolutamente: en pocos casos se cumple esta maldición de modo tan eficaz: como Ícaro al volar rumbo al sol, los intelectuales siempre terminan deslumbrados ante el poder. ¿Cómo eludir esta condena? ¿Cómo estudiar de cerca el virus sin contaminarse? Éste es el gran reto de *Tal Cual*.

Entrevista con Josefa Ponce

—*Háblanos un poco de la relación de Quevedo con Michel Foucault.*

J. P. Él lo salvó, señor. Estoy convencida de que, de no haber sido por su apoyo, Aníbal jamás se hubiese recuperado de las traiciones de esa mujer. Desde hacía mucho soñaba con la idea de trabajar con él, de modo que la invitación que éste le formuló para colaborar en uno de sus proyectos resultó providencial. Tras su experiencia como animador del Grupo de Información sobre Prisiones, Foucault había dirigido su atención hacia los mecanismos de control ligados al universo carcelario, empeñado en realizar una «genealogía de la moral moderna mediante una historia política de los cuerpos». Su idea era que el panóptico, esa cárcel circular diseñada por Bentham para vigilar a los presos desde un puesto central, no sólo es una metáfora de la sociedad contemporánea, sino uno de sus pivotes esenciales.

No dejaba de resultar paradójico que Foucault concluyese *Vigilar y castigar* justo cuando su fe en la revolución se había extinguido. Hacía casi tres años que, debido a desertiones como la de Aníbal, los últimos residuos de la Izquierda Proletaria habían desaparecido y, a diferencia de lo que sucedía en Italia o Alemania, sólo los activistas más radicales como Pierre Victor continuaban defendiendo el camino de la violencia. Sin embargo, en esos momentos los maoístas pusieron en marcha una de sus últimas iniciativas. Renegando de las instituciones judiciales burguesas, pretendían establecer una especie de tribunales paralelos en el marco de una estrategia a la que denominaban *justicia popular*.

Pese a la simpatía que en algún momento lo había ligado a Pierre Victor, Foucault no podía estar de acuerdo con un mecanismo como éste. Él siempre desconfió de todas las formas de opresión, sin importar que fuesen practicadas por el gobierno o por grupos subversivos. Durante un crucial debate público con el antiguo secretario de Sartre, Foucault no ocultó su desacuerdo. Para él, la transformación de la mentalidad penitenciaria no se lograría eliminando los tribunales burgueses y trasladando su crueldad a asambleas populares, sino poniendo en entredicho la noción misma de justicia. Como era de preverse, esta actitud le granjeó la enemistad de sus antiguos camaradas, quienes no tardaron en cuestionar el valor de sus afirmaciones.

Tratando de desdeñar estos ataques, Foucault se consagró entonces a

redactar el primer volumen de su monumental *Historia de la sexualidad*. En ella, el filósofo no sólo quería revisar la necesidad de escudriñar el interior de uno mismo, sino las prácticas y estrategias creadas a lo largo del tiempo para supervisar este proceso. Por ello necesitaba de Aníbal: su programa incluía, de modo natural, una genealogía crítica del psicoanálisis. Hasta entonces esta disciplina había escapado de su furia interpretativa, pero ahora pensaba demostrar que esa «curación por la palabra» estaba emparentada con el conjunto de técnicas empleadas desde la antigüedad para obtener la verdad de los otros. En su opinión, el psicoanálisis, al igual que la confesión cristiana, basaba su eficacia en el mismo «dispositivo de la sexualidad», esto es, en la idea de que la cura —y, por tanto, la normalización del individuo— depende del reconocimiento de la represión sexual que éste ha sufrido, sea ante los oídos del analista o los del sacerdote.

A contracorriente, el filósofo pensaba que no existía una verdad única, y, por tanto, que los mecanismos empleados para sacarla a flote —la confesión y el psicoanálisis, la educación y la moral— eran actos de violencia ejercidos contra la mente y el cuerpo de los individuos. ¿Qué sucede en una sociedad como la nuestra donde la sexualidad no sólo es un medio para reproducir la especie, la familia y el individuo ni un simple medio de obtener placer y gozo? ¿Cómo se ha llegado a considerar que la sociedad es el lugar privilegiado donde se lee y se expresa nuestra «verdad» más profunda? Con la ayuda de Aníbal, Foucault intentaba responder a estas preguntas.

La aparición en 1976 de *La voluntad de saber* obtuvo una fría acogida por parte de la crítica y del público. ¿Cuáles fueron los motivos de su fracaso? Yo no soy la persona más indicada para explicárselo. La verdad es que se trataba del prólogo a una obra de mayor envergadura —en la contracubierta se detallaba un plan de seis tomos—, aunque en él ya anunciase que su meta no sólo consistiría en analizar cómo la sexualidad había sido reprimida en Occidente a partir de la era victoriana, sino en estudiar por qué los modernos aún nos mostramos tan arrepentidos por haberlo hecho. Sin negar que el sexo hubiese sido estigmatizado, le preocupaba la pasión con la cual nos empeñamos en expiar nuestra censura. En su opinión, los victorianos en efecto se encargaron de depurar el vocabulario ligado con el sexo, de controlar su retórica y sus reglas, de establecer sus normas de enunciación, pero los discursos sobre el sexo no habían dejado de multiplicarse desde entonces. Como era natural, sus enemigos no tardaron en acusarlo de reaccionario y a partir de entonces los ataques en su contra no tuvieron fin.

—¿Sabes que Baudrillard acaba de publicar un libro titulado *Olvidar a Foucault*? —me preguntó Aníbal, escandalizado.

—No te preocupes —lo tranquilicé—. Muy pronto nadie se acordará de ese nombre.

Pese a las bromas, la amargura de Foucault se reconcentraba. Enervado por las acusaciones que recibía en Francia, aceptó trasladarse a la Universidad de Berkeley como profesor invitado durante la primavera de 1975. Igualmente afligido tanto por las críticas que sus obras recibían en México —Pérez Avella seguía despedazando cada uno de sus libros— como por el implacable silencio que le reservaba esa mujer, Aníbal no dudó en aceptar la invitación de Foucault para acompañarlo a California en calidad de ayudante de investigación. Ninguno de los dos imaginaba que América no haría sino exacerbar su rencor hacia la sociedad contemporánea.

Peor libro del año

Utopías, de Aníbal Quevedo (Siglo XXI, 1983). Sin duda, una de las obras más confusas, pretenciosas, superficiales y oportunistas de alguien que se caracteriza por ser el más confuso, pretencioso, superficial y oportunista de los escritores mexicanos de su generación.

Juan Pérez Avella, «Lo mejor y lo peor del año»,
Nexos, diciembre de 1983

Jacques Lacan, encantador de serpientes

Sólo el dolor. Es lo único que me queda, lo único que me sostiene. ¿Seré capaz de comprender mi disolución en términos topológicos o matemáticos? ¿Para ser congruente conmigo mismo deberé tolerar que mi cerebro repita una y otra vez mis ideas hasta agotarlas? ¿Me despeñaré en la imbecilidad justo cuando me deslizo a las orillas de la muerte? Aunque la droga que me ha inyectado ese médico imbécil me arranca la conciencia —las arrugas de su rostro me parecen tan difusas como la insoportable urgencia de mis deudos—, también me otorga una lucidez inusual. Si mi decrepitud me llevase a creer en Dios, casi podría imaginar que esta ráfaga de luz que me golpea proviene de Su infinita misericordia. ¡Lástima que mi chochera no se haya agudizado! La claridad que se instala en mi conciencia me concede cierta ligereza. El fulgor no me ilumina ni me salva, y ni siquiera me consuela, pero al menos no me provoca remordimientos ni me predispone al misticismo. Es muy simple: yo soy Dios y yo estoy muerto. ¡Suprema aberración concebir que en los últimos segundos uno vea pasar su vida como si se hallase en una sala de proyección! ¡Qué estúpido anhelo el de los vivos! Un repaso de los instantes previos, un recuento de los sinsabores y las alegrías, una película con inicio, desarrollo, clímax y final... Qué simple sería descubrir así el sentido de la historia —de mi historia—, conferirle una explicación o una excusa a cuanto hemos hecho. En la agonía, el pasado se esfuma. Yo no soy lo que he sido: sólo soy esta voz interior que poco a poco se consume. Nada de llantos, de culpas, de misterios. Ninguna salvación, ningún castigo. ¿Acaso esperaba que la muerte me concediese la *sabiduría*? ¿Obtener una especie de certificado de buena conducta? ¿Me sentiría mejor si pudiese probar que mi idea de la muerte se acercaba a la realidad? ¿Y si todas mis teorías y palabras no sirvieran para comprender el sentido de la vida sino para expresar —o conjurar— esa soledad y ese dolor que es la existencia, esa soledad y ese dolor que me definen? Vaya, así que *esto* es la muerte. La marca de la ausencia. Qué pueril: yo, el gran Lacan, me apresuro a morir en la misma odiada clínica en donde falleció mi madre hace treinta años —qué burda metáfora freudiana—, registrado con un nombre que ni siquiera es el mío. Me gustaría decir que descubro una azarosa congruencia en este ridículo final, pero ni siquiera este equívoco alcanza a sorprenderme. Si todavía tuviese un hálito de fuerza, no dudaría en abofetear a todos los presentes, a esos cuervos que ya paladean mi herencia y

sobre todo a ese estúpido médico que no sólo me ha privado del dolor, sino de mí mismo. Entonces tal vez podría marcharme en paz. *Soy obstinado*, murmuro entre dientes... Y, privándolo para siempre del goce de certificar *mi* fallecimiento, yo mismo dictamino: *Desaparezco...*

Aníbal Quevedo, «El último día, I»,
Tal Cual, julio de 1989

Sesión del 15 de julio de 1989

No entiendo por qué acepté analizarlo. ¿Responsabilidad profesional, compasión, simple curiosidad? Cuando recibí la llamada del secretario particular de su secretario particular, pensé que alguien me jugaba una broma de mal gusto, pero al reconocer la voz ácida y nasal supe que no se trataba de un juego y que, por desgracia, mi vida sería menos apacible a partir de entonces. Tras mi experiencia en Cuba me había prometido nunca volver a someterme a las veleidades de los hombres de poder, y sin embargo allí estaba de nuevo, petrificado y atónito, confrontado con la sinuosa petición que él me formulaba. ¿Podía negarme? Por imprevisión o perversidad —o simple ansia de saber—, no tuve el valor de negarme y accedí a visitarlo por la noche.

Un ujier me hizo atravesar los amplios salones de la residencia oficial hasta conducirme a un pequeño cuarto en el cual relucía un imponente diván de cuero negro (nada que ver con el improvisado juego de sillas del comandante). Mi paciente no tardó en presentarse, vestido de modo más o menos informal —camisa a rayas sin corbata—, y sin mayores preámbulos aclaró todas mis dudas: en el interior de aquellas paredes, nuestra relación sería estrictamente profesional —nunca política—, yo no podría grabar sus palabras ni tomar notas de lo que me dijese y, en fin, me comprometía a tratarlo como a cualquier otra persona, sin tomar en cuenta su investidura. En contrapartida, él se sometería a mis dictados y pagaría mis honorarios al final de cada sesión. Como era evidente, ninguno de los dos debía revelar las condiciones de nuestro trato y menos aún el contenido de nuestras charlas. Ahora resulta obvio que lo traiciono: me siento un tanto culpable, pero no soy estúpido y reconozco que estas páginas serán mi única protección en caso de que algo salga mal.

Después de algunos formalismos, al fin se relaja y comienza a hablar, recostado en el diván. Tal vez debido a un prejuicio freudiano, me relata una terrible historia ocurrida durante su infancia. Al parecer, un desafortunado accidente acabó con la vida de una de sus sirvientas. Un arma de fuego infaustamente cargada. Una muerte absurda.

—Ya le he dicho que se trató de un accidente —su voz es límpida y pausada, con una dicción impecable—. Éramos unos niños, estábamos jugando. Jamás imaginé que las balas fuesen de verdad. La pobre se dobló como los blancos de las ferias, fue espantoso, pero tampoco podía sentirme

culpable por el resto de mi vida. Como dice Freud, uno debe afrontar las consecuencias de sus actos y seguir adelante... Esa experiencia me marcó de modo más bien positivo —mi célebre paciente no duda, nunca titubea—. Me ayudó a modelar mi carácter, haciéndome ver cuál podía ser el resultado de mis actos... Yo era sólo un niño... Ése fue, sin duda, mi primer contacto con el poder... Muchas veces he pensado que, si hoy ocupo esta posición, es gracias a la muerte de esa infeliz. Su sacrificio me convirtió en un hombre. Por eso ahora me corresponde sacrificarme para servir al pueblo de México.

Al terminar su discurso no muestra la menor señal de cansancio o abatimiento. Apenas una gota de sudor resbala por su cráneo. Es como si hubiese terminado de leer una declaración pública. Prefiero no agobiarlo con mis elucubraciones y, en el más puro estilo lacaniano, me limito a puntuar la sesión. No le voy a dar el gusto de reprimirlo. Imperturbable, me limito a solicitar mi pago.

Entrevista con Leonora Vargas y Sandra Quevedo

LV. Nos enteramos del regreso de Aníbal por la prensa. Tal como lo oye, él nunca nos avisó.

—*¿El doctor Quevedo no mantenía ningún contacto con ustedes desde que salió de México en 1967?*

SQ. Mi padre siempre me enviaba un regalo el día de mi cumpleaños... Todavía conservo un conejo de peluche...

LV. ¿Otra vez vas a ponerte a defenderlo? No, Aníbal simplemente se olvidó de nosotras. A estas alturas tendrías que aceptarlo, Sandra. El miserable salió huyendo de México cuando eras una niña y la siguiente vez que lo viste fue veinte años después, y por televisión.

—*Quiere decir que nunca volvieron a hablar con él mientras vivió en Francia.*

LV. Así es. Sabíamos que continuaba vivo porque su firma seguía apareciendo en los cheques que Josefa Ponce se encargaba de enviarnos...

—*¿Siempre cumplió con sus obligaciones monetarias?*

SQ. Sí, siempre. Papá era muy generoso. Nunca dejó de mandarnos dinero, ni siquiera cuando comenzaron sus problemas económicos con la revista.

LV. Esta muchacha no ha acabado de entender que la generosidad no radica en firmar unos cheques desde el otro lado del Atlántico. Aníbal es el hombre más egoísta que he conocido. Para él, era como si estuviéramos muertas. Nunca hizo el menor esfuerzo por acercarse a nosotras...

—*Pero, una vez que supieron que había regresado a México, ¿ustedes trataron de ponerse en contacto con él?*

LV. Sandra estaba obsesionada con volver a verlo. Yo le dije que yo siempre fui su padre y su madre al mismo tiempo, pero no hubo modo de disuadirla...

—¿Y cómo fue el encuentro?

LV. ¿Cómo habría de ser? Espantoso...

SQ. ¡La señora me está preguntando a *mí*, mamá! Fue una experiencia imborrable, se lo juro. Casi me atrevería a decir que fue hermosa...

LV. Uy, sí, hermosísima...

SQ. ¡Mamá! Me enteré de que él iba a dar una conferencia de prensa, o algo así...

LV. La vez que anunció su revista, *Tal Cual*. Qué nombre tan malo, ¿no le parece? Si se hubiera tomado la molestia de preguntarme mi opinión...

—*Sandra, así que usted se presentó de improviso...*

SQ. Lo abordé al final de la presentación, como tantos de sus admiradores. Desde luego, él no me reconoció. Pero creo que le gusté un poco, usted sabe, había algo en su mirada... Algo especial.

LV. ¡Sandra!

SQ. La verdad, no me lo imaginaba así. No sé cómo expresarlo. Yo pensé que estaría más delgado, pero por lo visto engordó peso en los últimos años. Sus ojos, en cambio, seguían siendo tan luminosos como en las fotos...

—¿Y usted qué le dijo?

SQ. Nada...

—¿Nada? No le reveló quién era...

SQ. No pude hacerlo. Cuando al fin estuve frente a él, percibí cierta fragilidad en su mirada. No podía echarle a perder un día tan especial... Sentí que yo no tenía derecho a confrontarlo de modo tan abrupto con su pasado. Así que le pedí un autógrafo, y me marché...

LV. ¿No le digo que esta muchacha es tonta? Si ya me había desobedecido y había tenido el poco juicio de presentarse allí, al menos hubiese aprovechado para ponerlo en su lugar... Ay, Sandra, tendrías que haberle dicho que eras su hija, esa hija a la que abandonó a los diez años, a ver si al menos se arrepentía de su infamia y se le caía la cara de vergüenza enfrente de todos esos periodistas...

SQ. Es curioso. A pesar de la multitud que lo bombardeaba con elogios y

preguntas, sentí como si mi padre en realidad estuviese dormido... Y no
tuve el valor de despertarlo.

Elena Poniatowska, «Los Quevedo»,
La Jornada, 20 de mayo de 1990

DOS

Carta de Claire

Lagos, Nigeria, 28 de mayo de 1985

Querido Aníbal:

¡Antes que nada quiero agradecerte que me mantengas al tanto de lo que ocurre en México! ¡Qué paciencia la tuya para enviarme todos esos recortes de periódicos, notas, comentarios! Los he estudiado con detenimiento pero aun así me resulta difícil comprender la situación política de tu país. Al menos me doy cuenta de que hace falta una voluntad de acero para levantar una empresa como *Tal Cual*. Comparto tu desánimo. Cuando uno dedica tanto esfuerzo —y tantos desvelos— para poner en práctica una idea, resulta descorazonador comprobar que los demás la obstaculizan sin otro motivo que la perversidad o la envidia. Tus enemigos se ocultan en todas partes: dentro y fuera. Por ello no sólo debes ser precavido, sino multiplicar tus ojos para vigilar a quienes pretenden atacarte por la espalda. Trato de imaginar la cantidad de trámites burocráticos que has traspasado: por lo visto, editar una revista en México —o montar cualquier proyecto fuera de los círculos oficiales— significa atravesar un laberinto de papeles, obstáculos y trampas, sin contar con un escudo que te defienda de la voracidad de funcionarios e inspectores. El interminable periplo que has emprendido para conseguir eso que llamas *certificado de licitud de contenido* —suena tan absurdo como buscar el yelmo de Mambrino— es, por el contrario, un episodio digno del mejor Josef K. A nuestro Foucault le hubiese encantado estudiar esta telaraña con la cual el poder controla la libre circulación del papel (y las ideas). No puedo sino desearte suerte. Más grave me parece, en cambio, la falta de comprensión que te han dispensado otros intelectuales mexicanos. ¿De verdad te trataron como a un loco? ¿No entienden que una nueva publicación siempre es una buena noticia? Por lo que cuentas, muchos de tus colegas creen que la vida intelectual es un juego de

suma cero en el cual necesariamente uno gana lo que otro pierde. Qué falta de visión. Y, claro, en un lugar donde las ganancias que deja una revista no constituyen un factor determinante, lo único que les importa es mantener el monopolio de su prestigio. Como la opinión pública permanece férreamente manipulada, sólo desean el reconocimiento de ese poder que en apariencia tanto critican. ¡Vaya juego de espejos! Entiendo por qué tus colegas se sienten tan enfadados: no les preocupan tus inclinaciones políticas, ni que tu anhelo sea propiciar el debate público, sino que les arrebatas visibilidad. Todo lo que hacen, incluidos sus más virulentos ataques contra el PRI, no tiene otro objetivo que llamar la atención de los poderosos; en una sociedad cerrada, es la única medida de su éxito. No te desanimes: tarde o temprano conseguirás que los mejores escritores mexicanos se peleen por aparecer en tus páginas... Ay, Aníbal, unir *poder* y *saber* resulta una tarea muy azarosa. Aunque sin duda los resultados serán positivos para ti y para tu país —creo, como tú, en la necesidad de multiplicar la resistencia—, comprendo que a veces pienses darte por vencido. Y si a ello le sumas los obstáculos que el poder no tardará en imponerte, te recomiendo que te prepares para sortear una larga temporada de huracanes... Estoy segura de que saldrás a flote. Siempre lo has hecho. En cuanto a mí, te agradezco que me invites a colaborar contigo, pero sabes muy bien que yo no escribo. *Yo no puedo escribir*. Lo he intentado demasiadas veces como para aceptar mi incapacidad sin que me duela. Me conformo con que tú *me escribas*. Mientras tanto, yo sigo aquí, como todos los días, acostumbrándome a esta nueva vida —a esta nueva etapa, como tú la llamas—, cada vez más sosegada. Ya no trato de encontrarme a mí misma. He aprendido, gracias a Foucault, que al final nunca lograremos expresar nuestra *verdad*. Esa verdad inmutable que tanto he perseguido no existe, y por lo tanto no puedo hallarla a través del psicoanálisis, la filosofía o la revolución. Por el contrario, lo único que poseo es ese cúmulo de verdades cambiantes y mutables que tanto me había empeñado en cancelar y que ahora reconozco como la mejor parte de mí misma: por fin soy dueña de mis voces. Ahora debo irme: el brazo se cansa, la mente necesita reposo y aquí queda mucho trabajo por hacer... Espero que el día de mañana me otorgue un poco más de sabiduría y un poco menos de sol.

Claire

Una visita al limbo

Oventic, Chiapas, 5 de enero, 1989. Afirmar que las condiciones de vida en este pueblo son inhumanas supondría emplear un tibio eufemismo. Tras recorrer un camino de terracería a lo largo de cuatro interminables horas, el improvisado *jeep* que a regañadientes nos proporcionó el gobierno estatal al fin nos depositó frente a una azarosa combinación de ladrillos, zanjas y matorrales. «Bienvenidos a Oventic», exclamó Ramiro, nuestro chofer, oriundo de otro pueblo de la región de las Cañadas. Y, en efecto, eso parecía ser *todo* Oventic: las casuchas se amontonaban sin ningún orden, como si el calor impidiese la simetría. Ni siquiera valía la pena preguntar si había luz eléctrica o agua corriente; para satisfacer sus necesidades, los habitantes de la comarca necesitan caminar durante media hora hasta un ojo de agua que sólo Dios sabe por qué no se ha evaporado. Incluso los niños y los ancianos parecían tolerar su destino: aunque suene a lugar común, en los rostros de cada uno de ellos relucía una sonrisa, como si no estuviesen al tanto de la marginación que sufren desde hace cinco siglos.

—¿Dónde vamos a pernoctar? —preguntó Ernesto Zark al confirmar su temor de que en la localidad no hubiese hoteles de cinco estrellas.

Para aumentar su disgusto, la única escuela primaria de la zona se hallaba en un estado tan lamentable como el resto de las construcciones. Según nos refirió doña Yolanda Garrido, la prematuramente envejecida directora de la institución, su techo se desplomó tras un incendio en mayo de 1977; desde entonces solicitó una y otra vez los fondos necesarios para su reparación pero, según le confirmó en fecha reciente un funcionario del gobierno estatal, el asunto aún seguía sujeto a trámite.

—Tomás fue profesor de esta escuela por varios años —nos contó doña Yolanda con orgullo—. Antes de irse a hacer la secundaria a Ocosingo.

Si trasladarse a ese espantoso villorrio era un signo de ascenso, las posibilidades de progresar en la región debían ser casi nulas. Oventic ha sobrevivido de milagro: a diferencia de otros lugares de la zona, sus habitantes no poseen pastos propicios para la ganadería y, debido a las condiciones climáticas extremas, la siembra se reduce a unas cuantas milpas sometidas a los caprichos de los líderes ejidales. No obstante, a pesar de su marginación —ninguno de nosotros había escuchado el nombre del lugar antes de la muerte de Tomás Lorenzo—, en Oventic, Chiapas, se reproducen todos los vicios del

autoritarismo nacional. El PRI mantiene una absoluta hegemonía en donde se combina la peor tradición caciquil con una corrupción galopante. Miguel Alba, el presidente municipal, controla todos los recursos de la comunidad. Amparándose en una vieja costumbre corporativista, se comporta como un tirano que no responde más que a sus caprichos y a la lejana voluntad del señor gobernador. Al comprobar los niveles de desigualdad y la ausencia de instituciones democráticas, los historiadores han afirmado muchas veces que la Revolución mexicana nunca llegó a Chiapas, pero lo cierto es que aquí nada parece haber cambiado desde la Colonia. Un dato objetivo basta para demostrar el atraso que padece la región: aunque las mujeres están completamente sometidas a la voluntad de sus esposos, las expectativas de vida son las más bajas del país y se trata de la zona más deprimida de México, en las últimas elecciones el noventa y nueve por ciento de los votos fueron para Alba y para el PRI.

—Lo increíble es que en este infierno pueda haber surgido alguien como Lorenzo —apuntó Monsiváis.

—Yo recomiendo no adelantar juicios —intervino Aréchiga—. Nuestra obligación es ser objetivos.

—Aquí lo único objetivo es la pobreza —le reclamé yo—. ¿Quieres algo más objetivo que esta escuela hecha añicos desde hace más de diez años?

Nuestra discusión fue frenada por el propio Miguel Alba, quien se presentó de improviso para saludarnos oficialmente, acompañado por un apretado séquito de funcionarios y policías municipales.

—Sean ustedes bienvenidos a este nuestro humilde pueblo —nos dijo repartiéndoles apretones de manos—. Cualquier cosa que necesiten, nomás se la piden aquí a mi asistente, ¿verdad, Camilo?

Camilo Montes, un indígena correoso y discreto, asintió con desconfianza. Luego nos enteramos de que se desempeñaba a un tiempo como encargado de la seguridad de *don* Miguel y como el jefe de la policía municipal y que era, por tanto, el principal sospechoso del homicidio de Tomás Lorenzo. Resultaba natural que en un lugar como ése ocurriera algo semejante: el propio asesino era responsable de esclarecer su crimen. De seguro su actuación también sería aprobada por el noventa y nueve por ciento de sus conciudadanos. El uno por ciento restante estaba muerto.

—Lo único que necesitamos es que nos permitan hablar con la gente y visitar los lugares donde ocurrieron los hechos —explicó Monsiváis con energía.

—Nomás faltaba —susurró Alba, empalagoso—. Aquí Montes se encargará de que se sientan como en su casa.

—Preferimos movernos a nuestro aire —intervino Zark.

—¿A su aire?

—El señor Zark quiere decir que no necesitamos que don Camilo nos acompañe —tradujo Aréchiga—. Nada personal, pero se trata de un trabajo que debemos realizar por nuestra cuenta, ¿me entiende, don Miguel?

—Ah, pos ahí como ustedes quieran, chingá. Pero si algo se les atraviesa, pues ahí nos avisan.

Después de discutir durante unos minutos sobre lo que debíamos hacer primero —Ernesto Zark insistía en rociarnos con repelente contra insectos mientras Julio Aréchiga le contaba a doña Yolanda un chiste picante—, al fin convinimos en que lo más urgente era visitar el lugar donde Tomás había sido asesinado antes de que a Alba o a Montes se les ocurriese construir una placita en honor de su eterno rival. Cuando llegamos al sitio indicado nos dimos cuenta de que era demasiado tarde: la zanja que aparecía en las fotografías que nos mostraron en Ocosingo había desaparecido.

—El terreno cultivable en esta zona del país es muy escaso —nos aleccionó Aréchiga, experto en agrarismo chiapaneco—, así que no podemos culparlos por utilizarlo como zona de siembra. No me parece que haya nada raro...

Nuestro plan inicial había fracasado. Como insinuó Monsiváis, nuestra experiencia como investigadores provenía de *Starsky & Hutch* y del 007, de modo que tampoco podíamos imaginar que realizaríamos grandes progresos de la noche a la mañana. Debíamos recordar que los peritos de la PGR ya habían realizado su trabajo. Los cuatro éramos escritores —los «ángeles de *Charlie*», nos llamó un malicioso editorialista— y no nos correspondía actuar como detectives, sino escuchar a las personas que conocieron a Tomás Lorenzo. Eso era todo.

Una vez puestos de acuerdo, nuestro siguiente paso quedó claro: después de refrescarnos con unas cervezas —Zark prefirió darle un trago al whisky de malta que llevaba en su petaca de cuero—, nos dirigimos a la casa familiar de la víctima. Según nos habían dicho, el hermano menor de Lorenzo era de los pocos habitantes del pueblo dispuesto a colaborar con nosotros.

—¿Quieren saber quién mató a mi hermano? —nos espetó en cuanto lo saludamos.

—Para eso vinimos.

Sin saber que sus palabras parafraseaban a un clásico, el joven indígena respondió:

—Pues todo este pinche pueblo de agachados.

Aníbal Quevedo, «El homicidio de Tomás Lorenzo, II»,
Tal Cual, febrero de 1989

Peor libro del año

Lacanianana, de Aníbal Quevedo (Joaquín Mortiz, 1984). El psicoanalista mexicano nos entrega en esta ocasión un libro en donde consigue algo insólito: una prosa todavía más incomprensible y un estilo todavía más oscuro que el de Lacan. De no ser porque se toma excesivamente en serio, su explicación del «objeto *a*» merecería figurar en una antología de literatura fantástica. Quizás no nos hemos dado cuenta y allí radica el verdadero talento de Quevedo.

Juan Pérez Avella, «Lo mejor y lo peor del año»,
Nexos, diciembre de 1984

El otro terremoto

México, D. F., 20 de septiembre de 1985. A sólo unas horas del terremoto más devastador que se recuerda en la ciudad de México, sus habitantes se han volcado a las calles de manera espontánea para participar en las labores de rescate. Después de que a las 07:17 horas del día de ayer un sismo de 8.1 grados azotara la capital del país, destruyendo decenas de edificios y provocando un número indeterminado de víctimas, han sido los propios vecinos quienes, superando la lentitud e ineficacia de los cuerpos de seguridad, han salvado a decenas de sobrevivientes de entre las ruinas que se extienden en numerosos barrios. Aunque varias organizaciones sociales han solicitado al gobierno la aplicación de un plan de emergencia y la suspensión de garantías individuales prevista por la Constitución para casos de desastre, la respuesta de las autoridades ha sido prácticamente nula. Los cuerpos de seguridad han visto frenadas sus labores debido a la ineficacia del equipo, las rivalidades internas y las dilaciones burocráticas.

Después de varias horas de silencio, el presidente Miguel de la Madrid afirmó durante su primera aparición pública por televisión que el país no requería ayuda del extranjero. «Los mexicanos sabremos estar a la altura de las circunstancias», manifestó el mandatario ante la sorpresa de la comunidad internacional. No obstante, diversos países, entre ellos Francia, preparan ya el envío de varias toneladas de ayuda humanitaria. Mientras tanto, los pobladores de una de las ciudades más grandes del mundo se las arreglan como pueden. En todas las colonias es posible observar el entusiasmo de incontables jóvenes que no dudan en introducirse en los escombros en busca de supervivientes. Como las clínicas y hospitales se hallan desbordados, escuelas, mercados y oficinas han sido convertidos en centros de acogida. A pesar de que los servicios de luz, teléfono y agua corriente siguen escaseando, la ciudad ha adquirido un ritmo frenético. En medio de una solidaridad sorprendente, nadie se queda con las manos cruzadas. Hombres, mujeres y niños participan en la ayuda a los damnificados y el acopio de alimentos y medicinas.

Uno de los numerosos grupos de vecinos organizados al margen de las autoridades está coordinado por el psicoanalista Aníbal Quevedo. «El gobierno simplemente ha desaparecido», declaró el escritor mientras cargaba a un niño cuyas piernas habían sido prensadas entre dos bloques de cemento. «Ésta es la comprobación de que el PRI está podrido», continuó sin dejar de hacerse

cargo del menor. «Nuestros políticos son incapaces de afrontar la situación. Los ciudadanos comunes los superan. Ésta es la única manera de salir adelante después de la tragedia.»

La opinión de Quevedo, quien se expresa en un excelente francés, es compartida no sólo por otros intelectuales de izquierda, sino por la mayor parte de los habitantes de esta gigantesca urbe. Las mayores acusaciones apuntan hacia el regente [alcalde designado] del Distrito Federal, responsable de aprobar las normas de construcción de la ciudad. «Si en vez de embolsarse las *mordidas* [sobornos] se hubiesen preocupado por la seguridad de los ciudadanos, esto no habría ocurrido», explica Josefa Ponce, responsable del centro de acopio montado en las oficinas de la revista *Tal Cual*, dirigida por Quevedo. «La sociedad civil se organiza al margen de las estructuras tradicionales», añade el antiguo discípulo de Jacques Lacan y Michel Foucault. Interrogado sobre si pensaba emprender una acción concreta contra el gobierno, Quevedo afirmó contundente: «Todavía hay muchas vidas por salvar.»

Libération, 21 de septiembre de 1985

Del cuaderno de notas de Aníbal Quevedo

El maestro y sus discípulos me aseguraron que la oscuridad será completa —el anonimato como garantía— y que nadie se enterará de mi presencia, pero ahora me doy cuenta de que su promesa ha sido un engaño o una exageración. La penumbra resulta fingida, una disculpa o una atenuante, una metáfora articulada para suavizar mi pánico: la luz se filtra a través de las cortinas de terciopelo, perfila los contornos y delinea las siluetas, la piel, los músculos... Es verdad que no reconozco a nadie, pero ello se debe más a un esfuerzo personal por borrar las señas de identidad que al carácter mismo de este sitio. Poco a poco, mientras avanzo entre las sombras —mis colegas se han dispersado y yo prefiero no saber dónde se encuentran— sigo sin comprender por qué me dejé conducir hasta aquí. ¿Puedo echarle la culpa a la curiosidad o, como ellos me han insinuado, a una pulsión menos transparente? Al final he terminado por seguir disimulando mi nerviosismo. Para diluir mi responsabilidad, me digo que *necesitaba* ver lo que ocurría aquí adentro, que no podía conformarme con sus relatos, y me convengo de que se trata de una experiencia filosófica. Lo peor no es desconocer las intenciones de quienes me rodean, los constantes roces físicos o las insinuaciones que se me deslizan como ungüentos; tampoco me inquietan los gritos, los gemidos, las palabras soeces o el eco de los golpes. Lo que no soporto son las risas destempladas ni la peste. Hay demasiado sudor, demasiada desnudez, demasiada podredumbre. Trato de guiarme palpando los muros, pero de inmediato me topo con parejas que se unen y separan junto a mí sin pudor. ¿De veras tendré que traspasar esta frontera para comprender a mi maestro, borrar las diferencias entre el placer y el dolor y al fin conocerla *a ella*? ¿Debo convertirme en hembra por una noche, imaginándome en su piel? De pronto el temor desaparece. Aquí yo no soy una persona, sino un cuerpo a disposición de los otros cuerpos. Me siento tan lejos de mí mismo que el goce que me proporciona una boca anónima se torna casi metafísico. No sé a quién pertenecen estos labios, estos brazos, estos hombros o estos cabellos que ahora acaricio. Importa poco. Me desprendo de él y prosigo mi camino en las tinieblas, con la mente iluminada por las ráfagas de colores producidas por el LSD. Bajo unas escaleras e ingreso en una especie de sótano o calabozo; al fondo distingo una vaga escenografía de barrotes, máquinas de tortura, trajes de cuero y látigos al aire, y me dejo envolver por los alaridos histriónicos. Sin

consultarme y sin permitir que me resista —mi sola presencia confirma mi disposición—, unas gruesas manos me toman por la espalda y me empujan hacia una esquina. Al topar con la pared me hago daño en la cabeza. Debe tratarse de alguien grande y fuerte, porque apenas le cuesta trabajo cargarme. Por fortuna, no parece ser de los que hablan mucho y se empeñan en insultarte para aumentar su excitación o su deseo. Me embiste en silencio, sin misericordia. Yo lo siento y no lo siento. O más bien no me importa. *No soy yo*. ¿Disfruto acaso? La pregunta se torna irrelevante. Ahora entiendo por qué mi maestro descubrió aquí una experiencia límite: la inminencia del peligro no se parece a nada conocido; nada de lo que sucede aquí tiene que ver con el sexo, es algo distinto, violento y cruel, irresistible. ¡Basta ya! Quiero parar. Al cabo de unos minutos, ¿o serán unos segundos?, el dolor al fin se torna real. El escozor me causa más vergüenza que incomodidad. Me precipito hacia la salida, enloquecido, tropezando con aquellas risas anónimas. Sé que he conseguido un triunfo; no obstante, apenas lo resisto. He traspasado un límite que siempre imaginé infranqueable. Ahora soy otro, alguien más parecido a él. Ojalá algún día sea capaz de enorgullecerme de mi conducta. Ahora necesito un baño caliente, y mucho alcohol...

Entrevista con Josefa Ponce

JP. ¡Mentira! Los rumores son falsos, por no decir perversos. Si bien es cierto que Aníbal acompañó a Michel a California, ello no significa que siempre siguiese su ejemplo. Usted sabe que yo no tengo nada contra la comunidad *gay* —supongo, señor, que habrá leído mis artículos sobre teoría de género—, pero es muy distinto afirmar que Aníbal lo fuese... De seguro el origen de esta calumnia se puede hallar en Pérez Avella. La supuesta nota escrita por Aníbal en San Francisco es, a todas luces, apócrifa. Mire, el propio Michel nunca permitió que su filosofía fuese arrinconada en el estanco de la subcultura homosexual y, aunque siempre apoyó las iniciativas de este grupo, prefería mantener su orientación sexual al margen del dominio público. Aníbal jamás hubiese tenido el descuido de escribir una página tan comprometedora; él siempre se esforzó por mantener su intimidad en secreto.

Hay que decir que la década de los setenta fue un período particularmente difícil para todos. De regreso a París, tanto Michel como Aníbal atravesaron una época llena de conmociones. Hasta antes del viaje a Berkeley, uno y otro habían construido un itinerario vital y filosófico confiable; después de California, esa confianza se resquebrajó. Fíjese usted en las declaraciones realizadas por Michel en esa época y verá que están plagadas de contradicciones. Aníbal no se perdía una sola de sus conferencias en el Collège de France y decía que, durante sus lecciones, Foucault parecía luchar consigo mismo. París lo ahogaba. Cambió de amistades, se acercó a Glucksmann y se distanció para siempre de Deleuze. Flirteó con el liberalismo y, más adelante, se comprometió con regímenes que ahora no dudaríamos en calificar como monstruosos. Al final, incluso se dejó atropellar por un coche al salir de su casa después de haber fumado opio...

Poco antes del accidente, Aníbal me llevó a la Sociedad Francesa de Filosofía para escuchar una conferencia de Michel titulada «¿Qué es la crítica?». Debió de ser en el setenta y ocho. Para ambos se trató de una charla muy estimulante. No necesito repetirle que Foucault vivía obsesionado por las relaciones entre poder y saber, pero entonces le preocupaba especialmente la posibilidad de que la crítica se convirtiese en «el arte de no ser gobernado y pagar un precio». Frente a la imposición de la Ley —Foucault llamaba a este proceso *gubernamentalidad*—, la crítica surgía como la única posibilidad de resistirse.

Tras asistir a esta conferencia, Aníbal no sólo se creyó capaz de justificar su propia militancia revolucionaria, sino incluso el errático comportamiento de esa mujer. Si ella había abjurado del psicoanálisis de Lacan, se había convertido en militante de la extrema izquierda y por fin en terrorista, si había probado todas las drogas y experimentado con todas las variedades de placer y si, en última instancia, lo había rechazado a él, debía ser a causa de su inmovible voluntad de no ser gobernada. Con sinceridad, pienso que Aníbal se equivocaba de nuevo, pero al menos él se sentía más sereno.

En cambio, nada atenuaba el desasosiego de Foucault. Siempre dispuesto a alejarse de París, esta vez aceptó una propuesta del *Corriere della Sera* que lo invitaba a ser corresponsal de guerra en Irán, donde la Revolución islámica se enfrentaba al régimen autocrático del Sha. La idea de convertirse en periodista era uno de sus viejos anhelos; nunca se sintió a gusto como filósofo de escritorio y siempre albergó el deseo de lanzarse a una vida de aventuras. Como de costumbre, Aníbal lo acompañó. Ambos necesitaban escapar a sus fantasmas y viajar en busca de una nueva experiencia límite, esta vez a Oriente. A principios de 1978, ellos eran los únicos que no se daban cuenta de que estaban a punto de cometer el error más costoso de sus carreras.

Carta abierta

C. Presidente de los Estados Unidos Mexicanos:

Los abajo firmantes le manifestamos nuestro más drástico repudio por la ineficacia con la cual su gobierno, y usted en particular, han afrontado la crisis surgida a raíz del terremoto que azotó a la ciudad de México el pasado 19 de septiembre. Mientras cientos de personas perdían sus vidas en medio de una de las peores catástrofes que ha sufrido nuestra capital, usted sólo se preocupó de que la sociedad civil no se desbordara contra el poder de su partido. En vez de servir a los ciudadanos, usted se cercioró de que los cuerpos de seguridad los vigilaran, al tiempo que ejercía una drástica censura sobre los medios. Su conducta no sólo fue negligente, sino criminal. Resulta difícil concebir una aberración mayor que sus primeras declaraciones públicas. ¿En verdad creyó usted que la gente estaría preocupada por la posible cancelación de la Copa del Mundo cuando acababa de perder sus hogares, sus posesiones, sus familias?

Señor, perdió usted una oportunidad histórica. Tuvo en sus manos la ocasión de reivindicar a su partido y de reconstruir nuestra ciudad; en vez de ello, prefirió recluírse en Los Pinos y tranquilizar al Fondo Monetario Internacional, a los inversionistas extranjeros y a la FIFA. Por fortuna para México —y por desgracia para usted y para el PRI—, nuestra sociedad ya está cansada de su mal gobierno. México ha despertado. A contracorriente, su ineficacia le rindió un gran servicio al país: a partir de ahora la resistencia se volverá implacable. La reacción del pueblo mexicano frente al terremoto demuestra su voluntad de no ser gobernado como hasta ahora.

Aníbal Quevedo, Josefa Ponce y 150 firmas más,
Tal Cual, octubre de 1985

Louis Althusser, prisionero de la fe

He atestado mi muerte: se deslizó entre mis dedos cuando privé a mi esposa de la suya. No hace falta que vuelva a padecerla. El día en que me entierren no ocurrirá nada excepcional; hace más de ocho años que no existo. Me evaporaré sin que nadie se dé cuenta. Mi fallecimiento sólo servirá para recordar ese instante en que, al escudarme en la demencia, dejé de ser un hombre. ¡Por qué diablos guardé silencio! Debí desoír los consejos de mis amigos y abogados y, mientras el cadáver de Hélène aún reposaba sobre el suelo, gritar: *Yo, Louis Althusser, habiendo estrangulado a mi esposa...* Pero no lo hice. Preferí callar y recibir la indulgencia de la ley. Por eso ahora intento vaciar mi infamia en este cuaderno:

Arrodillado muy cerca de ella, inclinado sobre su cuerpo, le doy un masaje en el cuello. Apoyo los dos pulgares en el hueco de la carne que bordea lo alto del esternón y voy llegando lentamente, un pulgar hacia la derecha, otro un poco sesgado hacia la izquierda, hacia la zona más dura encima de las orejas. Siento una gran fatiga muscular en los antebrazos: es verdad, dar masajes siempre me produce dolor en el antebrazo. El rostro de Hélène permanece inmóvil y sereno y sus ojos, abiertos, miran al techo...

Lo peor es que ni siquiera recuerdo lo que ocurrió después. ¡Si al menos conservase el perfil de mis nudillos crispados, el eco de su voz desfalleciendo o un residuo del gemido que sepulté en su garganta! Soy culpable pero, como si hubiese tramado la coartada perfecta, no conservo ninguna huella de mi falta. Cometí el crimen perfecto: aunque asesiné a un ser humano, la locura me volvió inocente. Aletargado por somníferos y tranquilizantes, los médicos me depositaron en este suave encierro, a salvo de la justicia. Gracias a la letra menuda del contrato social —a esos aparatos represivos del Estado que tanto denuncié—, fui declarado un *no-sujeto*, alguien que por definición no es consciente de sus actos. De un plumazo, la ley no sólo canceló mi delito, sino que me convirtió en una criatura incapaz de reconocer la diferencia entre el bien y el mal. Mi acto me confinó al limbo: atrapado en esta prisión desprovista de nombre, permanezco condenado a expiar un *no-crimen* —los diarios lo denominan *incidente*— como si fuese el protagonista de un malentendido.

¿Por qué insisto en recordar? ¿Por qué me obstino en abandonar este vacío para proclamarme responsable de su deceso? Hace unos meses leí en *Le Monde* un artículo donde se comentaba el espantoso caso de un japonés que, tras asesinar a una joven holandesa, fue liberado por los jueces debido a su incapacidad mental. Al final, el autor de la nota me comparaba con ese miserable, y preguntaba: «¿Y la víctima? La víctima no merece ni tres líneas.» Varios amigos me recomendaron enviar al diario una carta de protesta; en vez de ello, tuve que reconocer que ese reportero tenía la razón: al invocar un pretexto legal, silenció a Héléne por segunda vez.

Entonces supe lo que tenía que hacer. Si en aquella ocasión contemplé mis dedos cuando ya se habían cerrado sobre su cuello, esta vez los vi abandonar la pluma cuando ya habían acabado de transcribir el homicidio, o al menos lo poco que recuerdo de él. Las páginas que escribí son la tardía mortaja que al fin pude entregarle a mi mujer. Al garabatearlas, *presenció* su muerte: *me miré asesinándola*. Quien tenga la osadía de leer esta confesión, verá que no intento bosquejar una excusa, sino recuperar mi culpa y, con ella, lo poco que queda de mí. Si escribo mis memorias es para al fin proclamar: *Sí, fui yo*.

La repetición del crimen me lanzó hacia otros territorios de mi pasado. Luego de recuperar ese episodio, sentí la necesidad de observar el resto de mi vida. Como si la desaparición de Héléne hubiese sido un prefacio —un epílogo colocado al inicio de mi relato por error—, decidí realizar un retrato completo de mí mismo. Sé que corro el riesgo de que mi infancia, mi juventud y mi madurez parezcan dirigirse hacia esa inexorable conclusión, pero no pienso detenerme. No me interesa enviarle el manuscrito a un editor, desde el principio asumí que su suerte sería póstuma. Es el testamento que les dejo a mis antiguos alumnos, a quienes fueron víctimas de mi insensatez y, contaminados por mi delito, decidieron no volver a pronunciar mi nombre.

Impulsados por mis escritos, cientos de jóvenes tramaron la revolución en todo el orbe, combatieron sin tregua para establecer una sociedad más justa, arriesgaron sus vidas —y sus almas— para cumplir los designios de un demente. ¿Cómo hubiesen podido imaginar que su inspirador estaba loco? ¿Y cómo hubiesen podido atisbar que detrás de mis gélidas teorías se escondía un criminal? Al comprobar la magnitud de la estafa, no les quedó otro remedio que abjurar de sus creencias, olvidar su compromiso o perderse en el anonimato, convencidos de que se equivocaron tanto como yo. Para colmo, ellos no pueden alegar demencia alguna y no se benefician del *no ha lugar* que a mí me protegió. Es natural que se sientan traicionados: si bien yo fui el autor intelectual de su revuelta, fueron ellos quienes la volvieron realidad. Mientras

yo me contentaba con balbucir unas cuantas frases incendiarias desde mi despacho de la rue d'Ulm, ellos se arriesgaban a cambiar el mundo. Por mi culpa, ahora están perdidos. Desde aquí los contemplo cabizbajos y arrepentidos, dolientes, solitarios... Lejos de explicar las razones que me llevaron a romperle el cuello a mi mujer, en el fondo escribo estas líneas para ellos. Tal vez cuando las lean en el futuro se liberen de sus remordimientos y sean capaces de combatir de nuevo por su fe.

Aníbal Quevedo, «El último día, II»,
Tal Cual, agosto de 1989

TRES

Peor libro del año

Elogio de Sacher-Masoch, de Aníbal Quevedo (Era, 1985). El psicoanalista mexicano sufre, sin duda, una neurosis obsesiva: es el único escritor mexicano capaz de entregarnos cada año un libro diferente sobre un tema radicalmente distinto del anterior. En su caso, por desgracia, esto no debe ser entendido como un elogio. Nada más alejado del talento de Quevedo que la universalidad. Por el contrario, todo lo que toca se convierte en un fiasco. En sus manos, un tema tan atractivo como la vida y obra del malogrado novelista austrohúngaro no sólo se torna banal, sino aburrido. Crucemos los dedos porque algún día Quevedo encuentre un psicoanalista capaz de arrebatarse su grafomanía. Él se curaría y nosotros podríamos respirar mejor con su silencio.

Juan Pérez Avella, «Lo mejor y lo peor del año»,
Nexos, diciembre de 1984

Entrevista con Josefa Ponce

JP. Imagine la escena, señor: de pie frente a una mezquita en las afueras de Teherán, nuestra pareja de intelectuales-reporteros contempla a la multitud que se reúne cada cuarenta días para rendir tributo a los seminaristas asesinados en la ciudad sagrada de Qôm por la policía política del Sha. Bajo el cielo de la antigua Persia, Aníbal y Michel se comportan como esos viajeros ingleses del siglo XIX empeñados en adentrarse en los santuarios prohibidos del Islam. Fascinados por los rituales de ese mundo, ni siquiera se dan cuenta de sus desatinos: a pesar de la supuesta objetividad que los anima, creen que cumplen una misión histórica. No sólo han viajado al corazón mismo de la Revolución islámica, sino que se aprestan a revelar sus misterios a sus impacientes lectores de Occidente. No los juzgue con demasiada dureza, señor, y mejor intente ponerse en su lugar. Tanto Foucault como Quevedo están hartos de la mediocridad de la vida moderna. Tras haber conducido todas las luchas posibles, necesitan una nueva causa que defender.

Obnubilados, no advierten el fanático desafío de los ayatolás, la intolerancia escondida en sus plegarias, la opresión religiosa que se apresta a sustituir a la opresión imperial. Prefieren admirar la supuesta espiritualidad del movimiento revolucionario, el rechazo a la tiranía del Sha, el heroísmo de un pueblo que no duda en enfrentarse a la muerte. Millares de personas dispuestas a sacrificarse para manifestar su repudio contra el régimen: si este hecho no constituye una experiencia límite, si no se trata de un modo idílico de resistirse a ser gobernado, entonces Foucault se equivocó al forjar esta expresión. Como escribió en uno de los reportajes del *Corriere della Sera*, la resistencia iraní es «la primera gran insurrección contra el sistema planetario, la forma más demente y más moderna de rebelión».

En cuanto volvió a París, Aníbal me confesó el mismo entusiasmo:

—Tendrías que haber visto la energía de esa gente, fue como asistir a un rito de iniciación o una ceremonia primitiva. Allí está la vida...

Odiosas palabras provenientes de un agnóstico como él. Yo, que nunca he sido dada a estas expresiones de júbilo, le manifesté mis reticencias; en mi condición de militante feminista no podía dejar de sentir una profunda desconfianza hacia el mundo musulmán. Aníbal continuó defendiéndose, pero por primera vez no me pareció sincero. O, más bien, sus palabras no poseían la fuerza de antaño. Mientras defendía la Revolución islámica, Aníbal

atravesaba otra de sus crisis recurrentes. La oposición al Sha era un pretexto, una manera de aferrarse a sus convicciones para no derrumbarse por completo.

Algo similar ocurría con Foucault. Si usted lee atentamente sus artículos del *Corriere della Sera* —nunca quiso recopilarlos en forma de libro—, no advertirá la firmeza y la indignación de otros textos suyos. Era como si los dos se hubiesen visto obligados a llevarle la contraria al resto del mundo. Como los revolucionarios islámicos despertaban una profunda desconfianza entre los políticos occidentales, ellos los defendían a toda costa. Sólo así puede entenderse que ambos considerasen a Jomeini como un iluminado y no un dictador aún más feroz que el Sha. Incluso cuando las huestes islámicas tomaron el control del país y desataron una brutal carnicería, Quevedo y Foucault continuaron con su ridícula defensa de la revolución. Lo más natural hubiese sido que dos hombres de su inteligencia reparasen en el error e intentasen enmendarlo, pero ellos prefirieron guardar silencio y no vacilaron en justificar las ejecuciones ordenadas por Jomeini.

Recuerdo que el artículo que Foucault publicó en *Le Monde* en esos momentos provocó una fuerte disputa entre Aníbal y yo. Michel afirmaba allí que las revoluciones son necesarias, irreductibles, y que, cuando los individuos al fin se deciden a oponerse frontalmente a ser gobernados, no hay poder alguno capaz de frenarlas. Y luego decía que la violencia era el precio que debía pagarse por ese despertar. En su opinión, todas las revueltas se encuentran condenadas a derramar la sangre de sus enemigos.

—Aníbal, tú has visto que las revoluciones terminan siempre por corromperse, tú mismo lo has denunciado —le dije, pero él se limitó a defender los puntos de vista de su maestro.

—Josefa, lo que mantiene viva a una sociedad no es el poder totalitario —se defendió—, sino ese momento en que, como afirma Foucault, más allá de las amenazas y de la violencia, cuando la vida ya no se transa, los individuos se rebelan contra las ametralladoras y las cárceles.

¿Cómo demostrarle que su razonamiento era inhumano? ¿Cómo arrebatarle esa locura? Sí, sí, ya sé que siempre resulta lamentable comprobar que alguien admirado se equivoca de modo tan radical, pero, sin querer defender a Quevedo o a Foucault a toda costa, los grandes hombres suelen cometer grandes errores. Se lo he dicho antes, señor: la conducta de Aníbal no se explica como un mero retroceso a su etapa de militante revolucionario; su posición en esos días poco tenía que ver con la política. Una vez más, la culpa de su descontrol la tenía esa mujer.

No, él no se había olvidado de ella: el pobre Aníbal nunca lo logró. Fue

ella quien, como de costumbre, se olvidó de él. En 1975, Foucault le había presentado a Bernard Kouchner, gracias a cuya intervención ella comenzó a trabajar para Médicos sin Fronteras. Al año siguiente dejó Francia y, según nos enteramos después, se dedicó a vagar por el África subsahariana a cargo de diversas misiones humanitarias. No fue sino hasta fines de 1978 cuando Aníbal volvió a recibir noticias suyas. Nunca lo vi tan abatido como entonces. En una breve carta, ella le contó que acababa de tener una hija. Una niña que, desde luego, no podía ser de Aníbal. ¿De quién entonces? Eso era lo peor. La infame nunca quiso revelar el nombre del padre.

Sesión del 30 de julio de 1989

—De modo que su baja estatura nunca representó un problema para usted —lo agujoneo.

No resisto la tentación de incordiarlo. Quizás no se trate de una actitud muy profesional —incluso soy un tanto infantil—, pero pocas veces he tenido la oportunidad de humillar a alguien tan poderoso. Es un placer al que no logro sustraerme.

—Sinceramente, no. Yo sé que todo el mundo lo piensa así, tenemos demasiado fresca la imagen de Napoleón o de Hitler, pero se trata de una simplificación absurda. —Desde luego no le creo, pero lo dejo proseguir—. Recuerdo que, cuando niño, siempre era el primero de la fila durante las ceremonias de honores a la bandera de los lunes, pero en vez de molestarme mi posición me llenaba de orgullo. Mi estatura me proporcionaba ventajas que los demás no tenían. Yo encabezaba la fila y, por tanto, decidía cuándo movernos y hacia dónde... Desde entonces guiar a la gente se convirtió para mí en algo natural. No voy a negar que en otros momentos me sentía incómodo, en especial con las mujeres, pero al final logré sobreponerme... Siempre supe que labraría mi atractivo poco a poco, y nunca fui impaciente. Si bien durante muchos años me fue difícil conseguir que me tomaran en cuenta, yo sabía que al final, cuando les hubiera mostrado de lo que era capaz, terminarían peleándose por mí... Y así ha sido, en efecto... ¿Qué quiere que le diga? Mi vida ha sido completamente *normal*. Nunca me sentí frustrado a causa de mi aspecto físico. A fin de cuentas, uno no tiene la culpa de sus genes, ¿no cree? A pesar de todas las humillaciones y todas las muestras de desprecio, nunca cedí a la tentación de autocompadecerme... Tengo muy viva la imagen, por ejemplo, de la primera vez que alguien se burló de mí. Yo debía tener cinco o seis años y me preparaba para mi primera comunión. Estaba sentado en una de las bancas de la parte posterior de la iglesia, esperando mi turno, cuando se me acercó un niño mayor (uno de *sexto*, como decíamos entonces) que comenzó a mofarse de mí. Yo escuchaba sus chistes y sus provocaciones y no sentía ni ira ni tristeza. Por crueles que fuesen, sus palabras ni siquiera me rozaban —sólo un leve tic en su párpado izquierdo denuncia su nerviosismo—. ¿Por qué iba a ofenderme? Al contrario, experimentaba cierta pena por su necesidad de afirmarse de ese modo. Era él quien tenía un problema de autoestima, no yo. El pobre me daba lástima... Y fíjese qué curioso, hace poco

lo volví a ver...

—¿Lo reconoció después de tantos años? —intervengo al fin.

—Yo *nunca* olvido los rostros ni los nombres —me contesta, enfático—.

En cuanto vi su apellido en mi lista de peticiones de audiencia supe que era él... Se había convertido en un importante empresario. Al parecer, acababa de ser víctima de un desfalco y necesitaba que yo interviniese en la renegociación de su deuda...

—¿Y usted lo ayudó?

—¿Por quién me toma, doctor? —sonríe—. Soy un hombre magnánimo, no un imbécil... Como dicen los abogados: *la ley es dura, pero es la ley*.

El derecho a sublevarse

Oventic, Chiapas, 6 de enero, 1989. Nunca había visto unos ojos como los suyos. Negros, profundos, impenetrables. Llenos de una silenciosa dignidad. El muchacho no debía de tener más de dieciocho años, pero su seguridad y su indignación eran propias de un adulto. Si bien su trato hacia nosotros nunca fue descortés, en ningún momento nos miró con simpatía: en apariencia estábamos de su parte, habíamos viajado cientos de kilómetros desde la ciudad de México con el único objetivo de contribuir a esclarecer el homicidio de su hermano, pero a fin de cuentas éramos *ladinos* —y, peor aun, intelectuales—, lo cual nos colocaba de inmediato en las filas de sus enemigos.

—No entiendo —le rió Zark de pronto—, usted piensa que somos sus adversarios cuando lo único que queremos es encontrar a los asesinos de su hermano.

Conteniendo su furia, Santiago Lorenzo no tardó en reaccionar.

—¿Sabe cuántas veces ha venido gente de la capital para prometernos ayuda? —se le crispaban los puños—. Ojalá pudiéramos vivir de promesas y buena voluntad, porque entonces seríamos ricos, señor. Estamos hartos. Ustedes son los peores: vienen unos días, se pasean entre nosotros presumiendo su bondad, creen que lo entienden todo y se largan muy satisfechos. Luego andan diciendo que son expertos en nuestros problemas. Y al final, como de costumbre, simplemente se olvidan de nosotros...

Monsiváis y yo asentimos, mientras Zark y Aréchiga por primera vez en su larga carrera de desencuentros parecían estar de acuerdo: igualmente ofendidos, se marcharon en direcciones contrarias, dispuestos a escribir los sesudos editoriales que no tardarían en enviar a *Proceso*, *Vuelta* o *La Jornada*.

—¿Cómo vamos a confiar en esos? —nos dijo Santiago a Monsiváis y a mí—. No somos ningunos pendejos, señores. Sabemos quién es quién.

—¿A qué se refiere? —le pregunté.

—A esos señores que acaban de irse. Algunos sí sabemos leer aquí, aunque no lo parezca. Uno de esos señores, el que se fue por allá —Santiago señaló el sendero de la izquierda—, ese señor, le digo, escribió en el periódico que las últimas elecciones fueron un modelo de limpieza. ¡Si hubiesen sido limpias, yo no hubiese tenido que enterrar a mi hermano! Y Salinas no sería presidente —nos dejó con la boca cerrada—. ¿Cómo vamos a creer que a ustedes de veras les interesa encontrar a los culpables?

—En la comisión hay gente con puntos de vista distintos —le explicó Monsiváis—, ésa es la riqueza de la democracia. Así nadie podrá decir que nuestras conclusiones han sido manipuladas.

—Yo a ustedes dos siempre los he admirado, eso que ni qué. Pero tienen que entender que no puedo creerles. Ni a ustedes ni a nadie.

Santiago tenía razón. ¿Por qué íbamos a ser distintos de los cientos de políticos que les decían una cosa y luego hacían la contraria? ¿O de esos candidatos que sólo visitaban el pueblo en época de elecciones, los obligaban a votar por el PRI prometiéndoles el cielo y las estrellas, y luego no volvían a aparecer? ¿O de esos intelectuales que tanto defendían la democracia y la transparencia pero no dudaban en medrar a costa del gobierno? Nos despedimos con una sensación de amargura. Si en realidad deseábamos ayudarlo, teníamos que hacer algo concreto. No podíamos repetir los mismos engaños de siempre. No podíamos entregarle sólo palabras.

A lo largo de los días siguientes —permanecimos dos semanas en Oventic—, Monsiváis y yo hablamos con toda la gente del pueblo. No sólo nos entrevistamos con los diversos actores políticos, sino que procuramos obtener la opinión de los niños, las mujeres, los ancianos... La verdad debía esconderse en esas voces entrecruzadas, en los testimonios que hilábamos poco a poco, convencidos de nuestra capacidad para atar los cabos sueltos.

Nuestro entusiasmo disminuyó con el tiempo. Aunque los habitantes de Oventic no se negaban a platicar con nosotros —el cliché de la hospitalidad campesina se cumplía al pie de la letra—, era evidente que no pensaban decirnos nada comprometedor. Una perversa mezcla de miedo y prudencia les impedía confesarnos sus opiniones. Santiago acertaba una vez más: ¿cómo iban a acusar a alguien sabiendo que nosotros nos iríamos muy pronto y que seríamos incapaces de protegerlos en caso necesario? Arábamos en el aire. Una barrera invisible separaba nuestros universos. Eran demasiados años de desconfianza, demasiados años de odios y rencores para eliminarlos de tajo.

Uno de los momentos más desagradables de nuestra estancia en Oventic ocurrió durante un encuentro con Miguel Alba y Camilo Montes. Desde que llegamos a Oventic, los dos funcionarios nos mantuvieron bajo permanente vigilancia, inmiscuyéndose en nuestras acciones sin el menor disimulo. Por ello habíamos pospuesto su interrogatorio hasta el último. En cuanto nos recibieron en el palacio municipal —una simple casa de adobe acondicionada como oficina— quedó claro que, a pesar de su zalamería, no tenían la menor intención de cooperar.

—En Tuxtla y en la capital piensan que aquí todo es retefácil —se quejó Alba mientras nos ofrecía una copita de aguardiente—. Pues está canijo.

Ustedes ya han visto nuestro pueblo. Somos gente honrada, el problema es que nadie nos hace caso.

Si tuviésemos más recursos, no pasarían cosas como ésta. La gente tendría más esperanzas, ¿cómo les digo?, tendrían más ganas de progresar. Pero así todo vale madres. Y pues la gente se frustra. Ustedes ya lo han visto. Y entonces vienen las borracheras, y los pleitos...

—¿A qué se refiere? —preguntó Aréchiga.

—Al alcohol, pues... Una copita no le hace daño a nadie, ¿a poco este mezcalito no está retbueno? La cosa está en no pasarse, porque cuando uno se pasa...

—Yo por eso no tomo —intervino Camilo Montes—. Un policía no se lo puede permitir...

—Camilo tiene harta razón —prosiguió Alba—. Cuando uno se empeda hace muchas pendejadas... Si Tomás no hubiese bebido tanto esa noche, no estaríamos lamentando esta tragedia...

—¿Está usted insinuando que Tomás Lorenzo bebió de más la noche que lo mataron?

—Qué insinuar ni qué nada —espetó Montes—. Estaba hasta las chanclas...

—¿Y por qué eso no viene en el informe? —le cuestioné yo.

—Hombre, ¿a poco a usted le hubiese gustado que se supiera eso de un hermano suyo? Santiago, el carnal de Tomás, nos pidió ser discretos...

—A ver si he comprendido —saltó Monsiváis—. Ustedes afirman que Santiago les pidió ocultar un dato esencial para las investigaciones...

—Pa no perturbar a doña Inés, su madrecita —continuó don Miguel—. ¿Cómo no íbamos a hacerle ese favor? Doña Inés ya está muy mayor, imagínese si también se nos muere... Por eso preferimos no decir nada de eso ni de lo otro...

—¿Lo otro? —era la voz de bajo de Zark.

—Lo de la mujer de Aniceto, pues.

—¿Aniceto? —repitió Zark con su habitual perspicacia.

—Aniceto Cruz, el marido de Lupita.

—Mejor se los cuento de una vez —atajó Montes—. Tomás era muy bueno, pero tenía un defecto... Bueno, dos, si contamos el alcohol... Ya saben a lo que me refiero... Esa noche se tomó unas copas de más y se fue a buscar a la Lupita...

—Que, con su perdón, está buenísima —completó el presidente.

—A la mera casa de Aniceto... El pobre terminó enterándose de todo. ¿A poco usted no se habría encabronado? —me señaló.

—¡Me está usted diciendo que Aniceto Cruz asesinó a Tomás por un lío de faldas con su esposa! —me enfurecí.

—El problema no es lo que yo le diga o lo que usted quiera creer...

—¿Y entonces cómo demonios sabe usted lo que pasó?

—Mire señor, éste es un pueblo chico.

—¿Y por qué no han arrestado al tal Aniceto? —apuntó Aréchiga con clarividencia.

—Qué más quisiéramos, pero el pobre tuvo un accidente la semana pasada.

—¿Cómo?

—Al muy pendejo se le escapó un tiro mientras limpiaba su pistola. Que en paz descanse...

—¿Se está burlando de nosotros? —Monsiváis casi hubiese podido golpearlo.

—Nosotros queríamos contarles la historia desde el principio, pero ustedes no nos dejaron. Es una pena que hayan perdido todo este tiempo, pero al menos disfrutaron de la hospitalidad de nuestro pueblo, que es retebonito, ¿o no?

Enfurecidos, abandonamos de inmediato la presidencia municipal de Oventic. Era increíble el cinismo con que las autoridades transformaban un homicidio político en un chisme de vecindad. Su versión de los hechos parecía sacada de la peor telenovela. ¿Qué hacer? Por lo pronto, redactar un informe para entregárselo al Procurador y a los medios de comunicación. Tanto Alba como Montes merecían acabar en la cárcel.

Yo me sentía tan indignado que ni siquiera acompañé a mis colegas a cenar en nuestro improvisado albergue. Necesitaba pasear un rato, rumiar a solas mi frustración. Entonces se me ocurrió visitar a Santiago. No tenía nada que decirle —sólo podía compartir mi impotencia con él—, pero pensé que al menos le debía una disculpa. Casi al final de nuestra charla, Santiago tuvo el valor —o la imprudencia— de revelarme que tanto su hermano como él formaban parte de un grupo de indígenas que, decididos a encontrar un mejor modo de vida en las cañadas de Chiapas, se organizaban para acometer la misión más digna posible: no dejarse gobernar.

—Por eso lo mataron —sollozó—. Pero nosotros ahora decimos: *basta*.

Esas pocas palabras fueron la mejor enseñanza que me llevé de mi viaje a la Lacandona. Luego de escuchar a Santiago, no pude dejar de recordar las palabras de Michel Foucault, mi maestro: «Algunos movimientos son irreductibles: aquellos en que un solo hombre, un grupo, una minoría o todo un pueblo afirman que ya no van a obedecer y que van a arriesgar la vida ante un

poder que consideran injusto. Porque no existe poder alguno capaz de tornarlo imposible.»

Aníbal Quevedo, «El homicidio de Tomás Lorenzo, III»,
Tal Cual, marzo de 1989

Del cuaderno de notas de Aníbal Quevedo

Voy a resumir la situación financiera que atraviesa *Tal Cual* con un solo adjetivo: *catastrófica*. A partir del número de octubre, nuestros ingresos por publicidad son casi inexistentes. No es que antes disfrutásemos de una solidez económica envidiable, pero al menos la fidelidad de unos cuantos anunciantes nos permitía salir a flote al final de cada mes. Tras el número dedicado al terremoto, no contamos con una sola factura a nuestro favor. Los ingresos obtenidos por la venta directa de ejemplares y a través de nuestras escasas suscripciones (las cuales no sobrepasan el centenar), no bastan para asegurar siquiera los salarios de las tres personas que trabajamos tiempo completo en la empresa (el diseñador, Josefa y yo mismo). Si la situación continúa de este modo, pronto seremos incapaces de pagar las cuentas de luz.

El gobierno nos ha declarado la guerra. No poseemos una sola prueba que confirme esta aseveración (el regente de la ciudad incluso nos propuso como candidatos para obtener la medalla *19 de septiembre* al mérito cívico), pero las llaves que antes nos proporcionaban recursos se mantienen cerradas. Las explicaciones son siempre idénticas: en estos momentos el dinero debe ser utilizado en la reconstrucción de la ciudad. ¿Podemos aceptar esta excusa? Sinceramente, no. Si el gobierno y los empresarios practicasen este mismo principio con todos los medios de comunicación, nos atenderíamos a las consecuencias, pero sabemos que han destinado millones de pesos en publicidad para lavar su imagen luego de su desastrosa actuación durante el sismo. ¿Qué podemos hacer? Si no tomamos una medida drástica, resultará imposible enviar a la imprenta el número de febrero.

* * *

«¡Aníbal, cuánto tiempo sin vernos!» Por más que intento hacer memoria, sus rasgos se me escapan. Casi podría jurar que nunca he visto a este sujeto de pómulos gigantescos y modales engañosos; él, en cambio, me ha envuelto con un abrazo fraternal desde que me vio salir de la Librería Francesa, en plena Zona Rosa. «No me digas que no sabes quién soy», me reclama. Ya que me lo solicita con tanta cortesía, disimulo mi desconcierto. «Te felicito por el trabajo que están realizando en *Tal Cual*, Aníbal, qué maravilla, hace mucho que en México hacía falta una revista así. Por cierto, yo tengo unos poemas

que me gustaría enviarte, sería un honor colaborar con ustedes, si a ti te gustan, claro.» Sigo sin tener la menor idea de su nombre, pero en cualquier caso le respondo: «Los leeré con gran interés. Envíamelos cuanto antes, por favor.»

A la semana siguiente, recibo un enorme paquete con sus obras completas. Al menos ahora sé cómo se llama: Mario Montano, aunque sigo sin recordar cuándo lo conocí. Lamentablemente, los poemas son horribles. Él me llama a diario para preguntarme qué me parecen y para que le diga si ya he escogido el que saldrá en la revista. Yo le doy largas y le pido a Josefa que le responda. Al cabo de unas semanas, descubro uno de sus adefesios en el número de marzo de *Tal Cual*. «No es tan malo», me explica Josefa. «Y, además, Montano acaba de publicar una reseña muy elogiosa de tu último libro. No queremos otro Pérez Avella deambulando por el mundo.»

Carta de Claire

Mogadiscio, Somalia, 30 de julio, 1986

Querido Aníbal:

No sabes cómo lamento que nuestra correspondencia haya escaseado tanto a lo largo de estos meses, pero Anne y yo hemos viajado de un lado a otro, sin descanso. Ella acaba de cumplir ocho años y, a pesar de las carencias, logré organizarle una pequeña fiesta. Tendrías que haberla visto con el improvisado pastel que tuve la osadía de cocinarle con un poco de harina de maíz. ¡Ocho años! Increíble, ¿verdad? ¿Cuántos han pasado desde la última vez que nos vimos tú y yo? Ni siquiera soy capaz de calcularlos. Sé que la distancia no ha sido fácil para ti, y perdóname si esta nueva ausencia ha vuelto a lastimarte, pero me conoces lo suficiente como para saber que no tenía otra salida: cuando una idea se me mete en la cabeza debo llevarla hasta sus últimas consecuencias. ¿Acaso no me dijiste que éste era uno de los rasgos que definían mi carácter? No sé qué pensará Anne de tener una madre tan voluble, sólo espero que el desequilibrio que me heredaré sea menos imperioso que el mío y le conceda mayores posibilidades de ser feliz. Al menos eso intento todos los días, incluso cuando me siento más desesperada... Como ves, ahora confieso mi amargura en voz alta; ya no me avergüenzo de mis lágrimas, pero tampoco permito que el desánimo me paralice. Demasiadas personas dependen de mí, y no puedo decepcionarlas. No creo que los años me hayan hecho madurar —al parecer tú y yo nunca superaremos la adolescencia—, aunque ahora me fatigo más deprisa... En fin, Aníbal, no te agobio con mis dudas: tú tienes que lidiar con tus propios problemas... Creo que tu idea de sumarte al frente opositor para las elecciones de 1988 es excelente, sobre todo en estos momentos en que la izquierda parece capaz de olvidar sus divisiones para alcanzar una meta superior («sacar al PRI de Los Pinos», como tú dices). Por lo que me cuentas, el régimen se halla en plena decadencia y, aunque yo no dispongo de los elementos necesarios para saber si los disidentes serán capaces de articular una verdadera alianza, no me cabe duda de que el esfuerzo valdrá la pena... Por desgracia Anne y yo estamos demasiado lejos y, por más que tú sigas enviándome cartas y recortes de periódicos sobre la situación mexicana, apenas puedo enterarme de lo que ocurre. En cualquier caso, te deseo lo mejor. Al fin has comenzado a obtener el éxito que mereces; la envidia y el resentimiento no conseguirán detenerte.

Estoy convencida de que *Tal Cual* ocupará un lugar privilegiado en la transformación de tu país.

Claire

Del Diario inédito de Christopher Domínguez

Martes, 4 de abril de 1989

En todas las sobremesas de la ciudad se comenta con idéntica fruición el mismo *petit scandale*: el insólito encuentro entre Aníbal Quevedo y el presidente de la República en casa de JA. He confirmado el suceso con diversas fuentes: aunque la charla no se desarrolló en los términos más cordiales, AQ no se atrevió a asestar el sonoro rechazo en el rostro de nuestro primer mandatario como le prometió a una reportera de *Proceso* después de las elecciones. Al parecer, nuestro intelectual *engagé* paradigmático se comportó como un caballero: a fin de cuentas no estaban en la calle o en un acto oficial, sino en casa de un amigo común. Una prueba más de que los mexicanos nunca perdemos la compostura (o de que somos expertos en el fino arte de la hipocresía). ¡Con razón los politólogos extranjeros son incapaces de comprender las sutilezas del sistema político mexicano!

Vale la pena anotar que, de acuerdo con mis averiguaciones, el encuentro entre tan singulares personajes fue todo menos casual. Según las malas lenguas —las cuales, en el medio literario, son *todas* las lenguas—, JA armó el tinglado sin prevenir a ninguna de las partes. No lo creo. Es posible que Quevedo no supiese que el presidente iba a presentarse de improviso en la fiesta, pero no me cabe duda de que JA debió de informarle a nuestro *jefe máximo* sobre la posible asistencia de uno de sus críticos más incómodos. Sin embargo, tampoco sonaría descabellada una tercera posibilidad: que el mismo presidente le haya solicitado a JA que organizara el ambigú con el único objetivo de toparse con Quevedo. Conociendo el registro maquiavélico de nuestro líder nacional, esta opción no me parece inverosímil.

¿Cuáles serían los motivos del presidente para montar este operativo? Los rumores se multiplican. Hay quien sostiene que siempre confronta a sus enemigos; otra versión apunta, en cambio, hacia un complot oficial destinado a desprestigiar a la maltrecha izquierda mexicana. En mi opinión, la razón resulta más evidente: como todo mundo sabe, AQ participa, junto con EZ, CM y el propio JA —¿a quién se le habrá ocurrido una mezcla tan macabra?— en una comisión encargada de investigar la muerte de un cardenista chiapaneco (un esperpéntico Tribunal Russell *à la mexicaine*). A partir del mes de enero, AQ ha ido publicando en su revista —que, debo añadir, sólo leen *cuatro gatos*— una

serie de «reportajes de ideas» (el término es de Foucault) donde acusa al gobierno, y en particular al PRI, de encubrir a los homicidas.

Más allá de la seriedad que uno pueda concederle a un personaje como AQ, debo reconocer que es uno de los pocos intelectuales que se arriesgan a espetar en voz alta unas cuantas verdades embarazosas. Aunque la mayor parte de mis amigos de *Vuelta* lo considera un payaso, a mí no deja de simpatizarme. El otro día, durante una de las sesiones de la mesa de redacción, alguien sacó a relucir la famosa fiesta en casa de JA. Con su característica malicia, Octavio se limitó a opinar: «Ese Quevedo es un necio y un estalinista. No sé cuál de las dos cosas sea peor.» Paladeando cada sílaba con su voz de locutor radiofónico, Bilo Sheridan añadió: «Para colmo, el pobre sufre una enfermedad degenerativa: es *lacaniano*.» Si mi padre no fuera psicoanalista, yo también habría celebrado su ocurrencia.

Como fuere, según mis informantes —mis viejos camaradas del PCM reconvertidos al salinismo—, la conversación de AQ con el presidente no tuvo desperdicio. Éste lo acusó de ser el responsable de todos los problemas que atraviesa el país. Envalentonado por el alcohol (o con su «demencial imprudencia de siempre», como apuntó un testigo), Quevedo se refirió al fraude electoral del año pasado, a la célebre «caída del sistema» y a los asesinatos de militantes cardenistas ocurridos desde su toma de posesión. Aunque resulta arduo confiar en alguien que, como yo, primero fue comunista y ahora es neoliberal, según otro de los comensales, el presidente logró evadir su responsabilidad con alguna elegancia. Eludiendo el tema electoral, le dijo a AQ que él también estaba muy preocupado por la violencia política y que seguía muy de cerca los trabajos de la comisión que supervisaba el caso de Tomás Lorenzo.

«Señor», le reclamó Quevedo (quien se niega a llamarlo *presidente*), «no se puede crear una comisión para cada homicidio cometido por priístas descontentos. Su gobierno es culpable de todas esas muertes hasta que no se demuestre lo contrario». Hay que reconocer que, pese a ser psicoanalista, AQ tiene los huevos bien puestos. En cambio, al presidente lo distinguen su falta de simpatía (y su perversidad). Sin perder el control, le prometió a Quevedo aplicar todo el peso de la ley contra cualquiera que interfiriese en sus investigaciones, sin importar el partido en que militara. Además, le dijo que si la comisión llegaba a descubrir el menor indicio de complicidad por parte de las autoridades, él se aseguraría de que el responsable recibiese su castigo. «Las promesas no bastan, señor», le insistió AQ, «necesitamos hechos concretos». Nuestro primer mandatario le pidió paciencia. «Entrégueme una sola prueba, y yo cumpliré mi palabra.»

El presidente sonrió con astucia y, pretextando una llamada de urgencia, comenzó a despedirse de los otros invitados (entre los cuales se hallaba la mitad de la antigua izquierda mexicana). Al final, todavía tuvo tiempo de acercarse a AQ y le dijo enfrente de todos: «Espero verlo muy pronto, doctor. Esta charla con usted ha sido muy provechosa. Le agradezco su confianza. Comprendo que tenga dudas sobre la actuación de mi gobierno, pero le aseguro que, en contra de las resistencias del pasado, estoy decidido a cambiar este país a toda costa. El único problema es que no puedo seguir yo mismo todos los asuntos. Necesito gente como usted que, sin renunciar a sus propias ideas, colabore conmigo en la modernización de México. No le pido que seamos amigos, sólo que sigamos dialogando.» Al parecer, eso fue todo. O casi. Porque, en un descuido, el presidente logró que Quevedo le estrechase la mano antes de salir.

Esta anécdota podría sonar exagerada —uno más de los mitos que rodean al poder en México— de no ser porque hace poco yo presencié una escena prácticamente idéntica. Sólo que en esta ocasión la fiesta era en casa de EZ... y los invitados de honor éramos nosotros.

CUATRO

La voz de los sin voz

En algún lugar de la Selva Lacandona, Chiapas, 14 de marzo, 1989. Dos meses y medio después de mi primera visita a esta comunidad de las Cañadas, regreso a Oventic con un ánimo distinto. No puede decirse que la situación haya mejorado drásticamente, pero al menos las autoridades federales han cumplido su palabra y, aunque aún no se les enjuicia por obstrucción a la justicia, el presidente municipal y el jefe de la policía han sido obligados a renunciar a sus cargos. Repito: no se trata de un avance sustancial —desde enero la investigación no ha progresado y la posibilidad de encontrar al homicida de Tomás Lorenzo se mantiene tan remota como entonces—, pero al menos habrá que reconocer esta tímida toma de conciencia por parte del poder.

En esta ocasión he viajado solo, sin prevenir a mis compañeros. Supongo que al leer estas páginas tanto Ernesto Zark como Julio Aréchiga se pondrán furiosos, sin embargo, no he querido correr el riesgo de que su suspicacia malogre mis objetivos. Santiago fue tajante —debes venir tú solo, me advirtió— y yo no quise traicionarlo. Mientras permanezco detenido en este anónimo paraje en espera de nuevas instrucciones, la sensación de peligro se torna casi embriagadora; resulta muy excitante imaginarme *fuera* del mundo, al margen de mi vida cotidiana. La selva me devora poco a poco. Nunca antes había logrado sentirme integrado con la naturaleza —soy un ciudadano contumaz—, pero en cambio ahora me transmuto en parte del paisaje, semejante a un tronco abandonado. ¿Cuántas horas llevaré aquí, bajo la custodia de este indígena que se niega a revelarme su nombre? Calculo unas cinco, aunque la humedad que se filtra por mis botas me hace pensar en muchas más.

Santiago me recomendó no desesperar. «No tengas miedo», me previno, «porque el olor del pánico atrae a los insectos ponzoñosos. El tiempo por acá no es como el de la ciudad. Después de quinientos años de espera, uno se

acostumbra a no tener prisa». Intento hacer caso y me concentro en descifrar los ruidos de la noche —imagino grillos, cigarras, tal vez un tucán o un tapir—, convencido de que esconden una música secreta. Al cabo de un rato me despierta el brusco rechinido de unos frenos; distingo la silueta de un todoterreno que se acerca hacia nosotros. El indígena me escolta en silencio a la parte trasera del vehículo.

—Perdone —me dice mientras me coloca una venda sobre los ojos.

Nos ponemos en marcha. Arrinconado en esa doble oscuridad, el tiempo se desliza aún más lentamente.

—¿Estamos muy lejos? —le pregunto al chofer.

—No mucho, no mucho...

Tras un trayecto imposible de recordar, por fin la camioneta se detiene. Mi acompañante me arranca la venda con cuidado, pero la neblina me impide distinguir nada a más de un metro de distancia. Una bruma amarillenta recubre la entrada de una cabaña de madera enclavada detrás de un pequeño monte.

—¡Bienvenido! —escucho que me dice una voz aguda, entusiasmada—. Pasa, doctor, te lo suplico. ¡Bienvenido al estado más pobre del país, a la parte más jodida y olvidada de México!

El tímido resplandor de una lámpara de aceite apenas me permite discernir el perfil aguileño de mi interlocutor, quien continúa sentado en una silla de madera al fondo de la estancia; la mitad de su rostro permanece cubierta por una barba rala y sus ojos chispean con la luz. Sin más preámbulos, me ofrece una taza de café. El líquido caliente me desentumece poco a poco. Mientras tanto, él pone sobre la mesa un paquete de tabaco y se prepara una pipa con parsimonia.

—¿Fumas?

—No.

Su acento tiene un deje nortero.

—¿De dónde eres? —me atrevo a preguntarle—. ¿De Monterrey?

—No, doctor —me responde con convicción—. Soy de aquí, de la selva.

—Gracias por recibirme.

—No, hombre, si el agradecido soy yo —suelta una brusca carcajada—. Me considero uno de tus lectores más atentos.

—¿De veras?

—Cito varios de tus libros en mi tesis de licenciatura... Estudié Filosofía, en la UNAM. ¿Y sabes quién es mi filósofo favorito? —se divierte al introducir unos segundos de suspenso—. Louis Althusser... Es una lástima lo que ocurrió con el pobre hombre...

—Terrible, sí —conuerdo—. Louis nunca fue *normal*, pero nadie imaginó

que haría algo tan espantoso... Qué destino tan triste.

—¿Sabes cómo está ahora?

—No, no —me escabullo—. Una de mis colaboradoras sigue en contacto con él, pero tras la muerte de su mujer yo no he tenido el valor de visitarlo...

La coincidencia destierra nuestra mutua desconfianza; al rememorar la tragedia de Althusser, descubrimos la red de complicidades que nos une. Pasamos los siguientes minutos charlando sobre el viejo filósofo homicida, sus teorías y divagaciones, sus relaciones con América Latina, su amistad con Marta Harnecker y Fernanda Navarro y sus vínculos con Cuba.

La situación resulta inverosímil: dos intelectuales discutiendo sobre los aparatos represivos del Estado y la revolución cultural en plena Selva Lacandona... Nuestra conversación se prolonga varias horas antes de que llegemos al asunto que nos preocupa.

—¿Y lo de Tomás, cómo va?

—No muy bien —confieso—. Hacemos lo que podemos. Como sabes, las autoridades del municipio fueron destituidas, pero eso no ha hecho que avance la investigación. La gente sigue teniendo miedo de hablar.

—¿Y cómo no va a tener miedo? —se exalta—. Doctor, a ti no tengo que repetirte lo que mi gente ha soportado.

—¿Tu gente?

—Ya te lo dije, ahora yo soy uno de ellos.

Me agrada su tono. Sus palabras contienen una dosis de heroísmo que no he vuelto a escuchar desde mayo del sesenta y ocho.

—¿Puedo preguntarte cómo llegaste hasta aquí?

—Al México del sótano se llega a pie, descalzo, o con huarache o botas de hule. Si fuésemos congruentes, tendríamos que aceptar que todos los caminos conducen a este infierno...

—Me sorprende que hayas escogido la Selva Lacandona, dicen que sólo los indígenas sobreviven en este medio tan agreste...

—Ése es justo el problema. Aunque te hayas formado y crecido en su seno, llega un momento en el que la montaña, como una mujer, te rechaza, y no hay nada que hacer. Para convencerla de que te acepte tienes que vivir dentro de ella. No basta con vivir en los pueblos, hay que convertirse en indígena.

Él continúa hablándome con ese tono violento y elegíaco, describiendo con indignación las condiciones de miseria que padecen los habitantes de las Cañadas. Conoce de memoria las estadísticas de la pobreza y las sazona con un poco de teoría marxista. Al final, insinúa que el único modo de cambiar las cosas en Chiapas es mediante la lucha armada.

—A diferencia de lo que pasa en otras partes del país, aquí la razón no sirve de nada. Son demasiados años de olvido, doctor. Es necesario cambiar el sistema por completo. Y eso no se logrará mientras el PRI y ese usurpador continúen en Los Pinos. —Luego, parafrasea a Foucault, a quien también ha estudiado con detenimiento—: Mi tarea es mostrarle a mi gente que es posible resistirse al poder, que es posible encontrar maneras de no dejarse gobernar...

Añade que él no desea incrementar la violencia —su aspiración es que los indígenas tomen conciencia de la injusticia—, pero la opresión que sufren por parte del gobierno y de los finqueros resulta tan insoportable que no contempla otra salida.

—El odio se ha instalado aquí desde la Conquista —prosigue—. Tarde o temprano, Chiapas va a estallar.

Contengo el aliento. Las palabras de este filósofo *ladino* que ha preferido vivir con los indígenas me devuelve la confianza en el futuro; ha renunciado a una cómoda carrera de profesor universitario para ponerse al servicio de los marginados. Para lograrlo, se vale de un nuevo lenguaje que destierra los clichés del marxismo académico; después de tantos años de oír la cálida lengua de los tzeltales, tzotziles, tojolabales y choles, este ciudadano ha modificado su español, haciéndolo sonar poético y antiguo —trufado de metáforas—, devolviéndole su poder de seducción. Por si ello no bastara, su energía retórica no está exenta de talento literario.

—Tendrías que escribir... —le sugiero, entusiasta.

—¿Qué?

—Lo que me has dicho. Usa ese mismo tono. Ese estilo. Tu sintaxis proviene directamente del habla indígena.

—¿Te parece?

—Por supuesto. Ellos no saben el poder que tiene su lengua. Tú puedes ayudarlos a transmitirlo, tú puedes hablar por ellos. Yo sé lo que digo: debes convertirte en la voz de los sin voz.

Nos despedimos con un abrazo que presentimos no habrá de repetirse. El velo de la madrugada se posa sobre las montañas. No sé cuál vaya a ser el destino de este hombre, pero sí que, como él mismo me ha dicho, el tiempo se agota. Sólo un cambio radical en la política del gobierno logrará evitar lo que ahora parece inevitable: el inicio de una rebelión indígena en el sur de nuestro país.

Aníbal Quevedo, «El homicidio de Tomás Lorenzo, IV»,
Tal Cual, abril de 1989

Carta de Claire

Lagos, Nigeria, 10 de agosto de 1988

Querido Aníbal:

Aunque apenas tuvimos oportunidad de charlar —la velocidad de los acontecimientos nos rebasaba—, quiero decirte que disfruté mucho al verte de nuevo, y más aún en tu país. Mientras volaba de regreso a África lamenté que las circunstancias no hubiesen sido más propicias para nuestro reencuentro, pero luego terminé por celebrarlo: nos conocimos en mayo del sesenta y ocho, mientras se llevaba a cabo una manifestación en el centro de París, así que tal vez era lógico que coincidiésemos veinte años después en una manifestación semejante, aunque esta vez en la ciudad de México. Mientras marchábamos juntos rumbo al Zócalo, donde Cuauhtémoc Cárdenas se disponía a cerrar su campaña a la presidencia, sentí como si el tiempo no hubiese transcurrido y, a pesar de todos los malentendidos, tú y yo fuésemos los mismos de entonces. La sensación de felicidad era tal que me obligó a detenerme. Te miré de reojo y por primera vez palpé el extraño lazo que nos une. ¿Sabes que cuando me invitaron a participar como observadora electoral lo primero que hice fue pensar en ti? No te imaginas lo nerviosa que estaba cuando coincidimos en la rueda de prensa en la que Cárdenas denunció el homicidio de sus colaboradores y las amenazas en su contra... La situación era gravísima, y sin embargo tu presencia en la sala me hizo sentir protegida. Y, aunque al final tú debías marcharte al lado del candidato, te acercaste a saludarme. No hizo falta que dijeras nada: todo lo que habíamos perdido se recuperó en ese momento. Sigo recordando con emoción aquellos días fragorosos, los mítines multitudinarios, las tensas jornadas previas a las votaciones y las interminables horas posteriores al cierre de las urnas. En esos días, cuando «se cayó el sistema» y el gobierno consumó el fraude comprendí que tal vez nos quedaba una oportunidad. Reconozco lo absurdo de mi planteamiento. El país se resquebrajaba y, mientras los esbirros del PRI manipulaban las computadoras, quemaban boletas electorales y operaban un golpe de Estado cibernético, yo no hacía sino pensar en nosotros... Al verte allí, más firme que nunca en tu papel de consejero de Cárdenas, denunciando ante la prensa extranjera las atrocidades cometidas por *mapaches* y *alquimistas*, no pude menos que admirarte. Fue una revelación. Me gustaría volver a México una vez que ustedes terminen de organizar la estrategia para la resistencia civil. Durante

muchos años tú me seguiste de un lado a otro para combatir a mi lado; esta vez me corresponde acompañarte.

Claire

Roland Barthes, miniaturista

Una luz pastosa se desliza a través de las persianas y se posa sobre los muebles blancos y macizos; las curvas de las sábanas surgen frente a mí, ariscas como cordilleras. El lecho es un paisaje que conozco de memoria. Ahora que he recuperado la conciencia, no me siento más feliz ni menos perdido. ¿Debería saltar de gusto al recobrar mis dolores de cabeza o mis resfriados? Un amigo me contó que los vecinos que me salvaron después del atropellamiento ni siquiera me reconocieron. Supongo que es la prueba definitiva de que mis adversarios han tenido éxito: ya nadie se acuerda de mí. ¿Y si mis escritos también fuesen olvidados? ¿Y si, alegando mi escasa preparación académica, terminaran por creer que no he hecho sino tergiversar la historia, corromper la filología, falsificar la lingüística? ¿Y si al final todo el mundo me creyese un impostor?

Este patético accidente me ha devuelto a la infancia. Mientras espero a que la enfermera me traiga la pastilla de las doce, regreso a la morosa felicidad de mis años en Bayona, a los brazos de mi madre, a la humedad de las aceras... Mi madre se vanagloriaba de haber procreado un niño delgaducho pero sano hasta que, la noche del 10 de mayo de 1934, la enfermedad se abatió sobre mí con toda su crueldad, dispuesta a acompañarme para siempre. A partir de entonces me transformé en un ser *distinto*, frágil, al borde de la muerte. Atado a la cama, con el pulmón izquierdo destrozado —respirar era un milagro—, me veía constreñido a pasar infinitas horas en silencio, soñando con la vida al aire libre de los niños de mi barrio. No es casual que el término que mejor describe al enfermo sea *paciente*: los físicos no hacemos sino esperar a que el mal desaparezca o se retraiga y, mientras tanto, sobrellevar el denso vacío de las horas...

Me aburría. Postrado en aquel camastro tan similar a éste, suponía que el limbo debía de parecerse a ese tiempo muerto y sin fronteras. En medio de aquella desolación, descubrí que la literatura era mi mejor medicamento; sin ella nunca hubiese logrado sobrevivir. La lectura me resucitó. Como los burgueses que tanto detesto, desde entonces necesité colmar los instantes con ese absurdo y delicioso entretenimiento. Mi gusto por los detalles no proviene, pues, de una devoción especial hacia los libros, sino de ese atavismo infantil. Si ahora soy capaz de examinar durante horas una frase o un párrafo, es gracias al horror que me provoca el tiempo libre... Según Nietzsche, la

ociosidad es la madre de toda psicología; en mi caso, lo fue de la lectura. Las sílabas eran para mí como pequeñas bolas de arcilla que yo modelaba poco a poco, puliendo sus aristas. Por eso nunca me interesaron las teorías o los sistemas generales: las grandes construcciones filosóficas me resultaban tan sosas como las áridas tardes de domingo. Prefería fijar mi atención en las briznas y los fragmentos, en las diminutas piezas que articulan la sutil maquinaria del cosmos. Podía pasar tardes enteras desmontando relojes, pero no para descubrir las leyes que los gobernaban, sino para admirar la perfección de su engranaje.

No concibo otra paz que la rutina. Odio los exabruptos, los gritos, el caos. Como mi mayor placer consiste en pasear por los linderos del Sena, repasar una sonata de Schumann o acariciar distraídamente la rodilla de un amigo, no concibo que alguien prefiera los desarreglos de la pasión o la brutalidad de las peleas. Detesto en igual medida a los revolucionarios y a los amantes despechados, a los revoltosos y a los impacientes, a los burgueses siempre descontentos consigo mismos y a los hombres que no saben estar solos. ¿Por qué no me dejan en paz? He suplicado que no me incordien, pero en todo momento oigo las voces de esos desocupados colegas que insisten en venir a saludarme. ¡Basta de ruido! ¡No quiero ver a nadie! Me gustaría desvanecerme lentamente, sin estridencias ni alaridos. Una muerte como la vida que siempre anhelé: suave, etérea, contenida. A fin de cuentas, si no fallecí tras el golpe, si recobré la conciencia y tuve una aparente mejoría, fue para volver a esta cama y disponer del tiempo necesario para estudiar mi propia muerte, la verdadera muerte del autor.

¿Me arrepiento de algo? De muchas tentaciones innombrables. Y, tal vez, de no haber concluido una novela. A lo largo de mi carrera me dediqué a bosquejarla o imaginarla —a codiciar las de los otros en secreto—, disimulando mi envidia detrás de teorías y neologismos, satisfecho al hacer trizas las ficciones de los otros. ¡Soy patético! Mientras la posteridad recordará a Balzac por haber escrito *Sarrazine*, mi fama póstuma estará ligada a descuartizar esa pequeña obra maestra... ¿Por qué lo hice? ¿Por qué me convertí en verdugo de los autores? Como el forense que se empeña en diseccionar el cerebro de un cadáver, yo me solacé escarbando en las obras de arte para aproximarme al talento de sus creadores. No es casual que hablase tanto de los textos y tan poco de quienes los fraguaron: los seres de carne y hueso me parecían criaturas despreciables que se vanagloriaban de ser dueñas de sus páginas cuando ni siquiera eran capaces de atisbar sus múltiples sentidos. A diferencia de ellos, yo lograba paladear su infinita belleza.

El castigo por mi arrogancia corresponde a la magnitud de mi pecado.

Con el pretexto de «ayudarme a respirar», hace unas horas un obtuso cirujano me realizó una traqueotomía. El pobre no se dio cuenta de que, hiciera lo que hiciese, yo terminaría por asfixiarme de todos modos, tal como anunciaron mis pulmones aquel lejano 10 de mayo de 1934. Lo terrible es que, al operarme, me privó de la voz. ¡Sin ella no soy nada! ¿Ahora cómo podré maldecirlo? ¿Cómo podré lamentar el fin del amor? ¿Cómo podré escribir esa novela que tanto he anhelado?

En vez de salvarme, ese médico me impuso la pena capital... Se hace tarde. Espero a que regrese mi hermano con la cinta de Bach que le he pedido. Encerrado en mi silencio, necesito escuchar su música por última vez.

Aníbal Quevedo, «El último día, III»,
Tal Cual, septiembre de 1989

Peor libro del año

Memorial de la destrucción, de Aníbal Quevedo (Planeta, 1986). ¿Puede alguien manipular los sentimientos de una nación impunemente sólo para satisfacer sus ambiciones personales? Aníbal Quevedo así lo cree. Después de probar todos los géneros —de destrozar todos los géneros— ahora ha querido ensayar el pantanoso terreno del «reportaje de ideas». Por desgracia, lo único que no hay en este panfleto es eso: ideas. Desde el principio sabemos lo que busca: convencernos de que el PRI es responsable de todas nuestras desgracias. Ahora resulta que hasta el terremoto del 85 es culpa del gobierno. En estos complicados momentos que atraviesa el país, lo que menos se necesita es una incitación al odio o a la desobediencia como la contenida en este libelo. Ya no basta con denunciar la mala prosa de Quevedo, sino también su inmoralidad.

Juan Pérez Avella, «Lo mejor y lo peor del año»,
Nexos, diciembre de 1986

Solicitud de ponencias

La Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en coordinación con el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, la Secretaría de Relaciones Exteriores y la revista *Tal Cual*, convocan a todos los interesados en participar en el Coloquio de Verano «Las desventuras de la revolución», el cual se llevará a cabo en la ciudad de México entre el 3 y el 7 de julio de 1989. Los interesados en participar deberán dirigir un *abstract* con el contenido de su ponencia, así como una breve nota biográfica, a la secretaría ejecutiva del Coloquio con atención a la señora Josefa Ponce. La inauguración oficial se llevará a cabo el 3 de julio en presencia del rector y de representantes de las instituciones organizadoras. El acto central del Coloquio, la conferencia magistral impartida por el Dr. Aníbal Quevedo titulada «El arte de no dejarse gobernar», precedida por las palabras del Dr. José Córdoba, secretario de la Oficina de la Presidencia, tendrá lugar el 8 de julio y será retransmitida por el Canal 11 de la televisión mexicana. El programa de actividades estará a disposición del público interesado a partir del mes de septiembre.

Gaceta de la UNAM, 3 de mayo de 1989

Sesión del 4 de agosto de 1989

Cada vez me incomoda más venir hasta aquí. A pesar de que mis visitas han comenzado a volverse rutinarias, no logro vencer mi disgusto. ¿De verdad el análisis podrá revelarme algo que no sepa? ¿Me hará capaz de comprender mejor los mecanismos del poder? ¿O sólo me transformará en su cómplice? Es absurdo: lo cierto es que ni él pretende curarse ni yo tengo intenciones de ayudarlo. ¿Qué hacemos entonces? Jugamos una partida de ajedrez. Una especie de reto mental, un desafío. ¿Para qué? He ahí la pregunta clave.

En esta ocasión él viste una bata de terciopelo rojo, no muy distinta de las que usaba Lacan. Yo le encuentro un odioso parecido con Mickey Mouse cuando se disfraza de Aprendiz de Brujo. No me extrañaría que de un momento a otro empezara a darle órdenes a las escobas.

Como de costumbre, él comienza a hablar sin más.

—Usted tiene razón, doctor, yo siempre quise ser el primogénito —por primera vez descubro un signo de preocupación en su mirada, cierta tristeza, una sombra de melancolía—. Ello no quiere decir que haya tenido problemas con mi hermano mayor, pero sí que, de manera natural, le hubiese correspondido a él ser el guía de los más pequeños. El problema es que posee un temperamento, ¿cómo decirlo?, *artístico*, y nunca le preocupó servir de ejemplo... De niño le encantaba la poesía e incluso llegó a escribir algunos cuentos; creo que ha publicado alguno por allí. Y si a eso le añadimos su especial debilidad por las mujeres... Bueno, yo siempre lo admiré, era mucho más desinhibido que yo, más abierto, más simpático, con un gran sentido del humor. Tiene un enorme *carisma*. Resulta imposible enfadarse con él. Al final, uno acaba perdonándole todo lo que hace. Mientras que conmigo se mostraba inflexible, mi padre siempre disculpó sus devaneos. A pesar de que nos parecemos en muchas cosas, somos las caras opuestas de la moneda...

—En resumen, usted tuvo que ocupar el lugar que su hermano mayor dejó vacante —lo provocho.

—Algo así. Ya le he contado que yo siempre fui más solitario, más tímido. Y, aunque él era el preferido, al final mi padre no tuvo otro remedio que elegirme como su heredero político. No sé si en realidad yo deseaba esta posición, pero en cualquier caso nunca tuve oportunidad de plantearme la pregunta. Mi padre quería que uno de sus hijos continuase su carrera en el sector público. Cuando éramos adolescentes, todo el mundo pensaba que mi

hermano mayor alcanzaría las posiciones más altas, pero ya ve que esa responsabilidad me ha tocado a mí...

—¿Y él cómo se tomó este intercambio de papeles?

—Sinceramente, muy bien. Al principio pensé que tendría celos, pero desde que tomé posesión de mi cargo he comprobado que me equivoqué. Él se ha vuelto prácticamente invisible para mí. Ha preferido ocupar una posición discreta para no causarme problemas. Se trata de un acto de enorme generosidad que yo sin duda le agradezco.

Es obvio que, a pesar de la tranquilidad que manifiesta, no revela sus verdaderas preocupaciones. A diferencia de lo que le ocurre con el resto de la gente, sabe que su hermano es la única persona en el mundo a la que nunca será capaz de controlar.

Entrevista con Josefa Ponce

JP. En 1981, François Mitterrand ganó las elecciones. Tras numerosos intentos frustrados, era la primera vez desde la creación de la V República que una coalición de izquierda obtenía la presidencia. A pesar de su recelo hacia los políticos, tanto Michel como Aníbal se sumaron a las celebraciones. En una entrevista con *Libération*, el filósofo no escatimó elogios a la hora de referirse al Partido Socialista e incluso justificó la posibilidad de que un escritor independiente colaborase con el nuevo gobierno. En su opinión, la izquierda podía instaurar una nueva relación entre gobernantes y gobernados que no fuese de sometimiento sino de trabajo: había que escapar al dilema de tener que estar siempre *a favor* o *en contra* apoyando al régimen sin que ello implicase la aceptación de todas sus políticas. Uno podía colaborar y ser crítico a la vez; el apoyo y la reticencia podían ir de la mano.

Como era de preverse, la luna de miel duró muy poco. En diciembre, las tropas leales al general Jaruzelski reprimieron brutalmente a los obreros del Sindicato Solidaridad en los astilleros de Gdansk, en el norte de Polonia. La noticia provocó la indignación de la izquierda progresista en todo el mundo pero, en contra de lo que se esperaba, el ministro de Asuntos Exteriores de Mitterrand no condenó el uso de la fuerza y se limitó a afirmar que se trataba de un problema interno de Polonia y que el gobierno francés no pensaba intervenir. Al enterarse de esta determinación, los intelectuales de izquierda se sintieron engañados y traicionados. Al sociólogo Pierre Bourdieu y al propio Foucault se les ocurrió entonces redactar un manifiesto, publicado luego en *Libération*, donde criticaban severamente a los socialistas. Como temía Foucault, se comprobaba que a fin de cuentas el triunfo de la izquierda sólo había provocado un reacomodamiento de la clase política y no un verdadero cambio en la forma de gobernar.

A partir de ese momento, varios allegados a Mitterrand descalificaron a los cada vez más numerosos firmantes del desplegado de Bourdieu y Foucault. Incluso los ministros en apariencia más conciliadores, como Lionel Jospin y Jack Lang, se lanzaron al cuello de sus críticos. Furioso, este último los acusó de manifestar «una inconsecuencia típicamente estructuralista». Las diferencias entre ambos bandos se exacerbaban. Tal como hiciera antes con Irán, Michel propuso un plan para apoyar a Solidaridad. Pero Foucault estaba tan indignado que incluso barajó la idea de escribir un libro junto con Didier

Eribon donde detallaría su decepción con el Partido Socialista por su escaso oficio en el «arte de gobernar». Si ni siquiera la izquierda resultaba confiable, quizás la idea de colaborar con el poder sin dejar de resistirlo era una fantasía impracticable. Al final, la ruptura de Foucault con los socialistas fue definitiva; nunca les perdonó su traición. Desengañado, Michel se apartó cada vez más de la vida pública. Para entonces la enfermedad ya había comenzado a minar su salud y él se hallaba más preocupado por su intimidad que por su relación con la política.

Este recogimiento marcó profundamente a Aníbal. Hasta entonces, él se había concentrado en estudios muy diversos, desde el psicoanálisis lacaniano hasta la crítica de arte, desde el marxismo de Althusser hasta la semiótica de Barthes y desde la revolución cultural hasta la resistencia civil, pero, desde que llegó a París y se topó con esa mujer, no se había preocupado por sí mismo. La transformación de Michel lo obligó a mirarse de forma distinta. Gracias a su maestro, Aníbal atisbó por primera vez la posibilidad de gobernarse a sí mismo, de sentir y pensar *de otra manera*.

CINCO

Carta de Claire

Brazzaville, Congo, 10 de abril de 1989

Querido Aníbal:

¡Así que se te apareció el demonio! El maligno preparó una trampa y tú caíste en ella sin remedio. No me extraña que el poder se valga de estratagemas como ésta, sino que tantos intelectuales se corrompan sin apenas darse cuenta. Hasta ahora, tú has conseguido escapar a sus encantos —no sabes cómo me reconforta tu firmeza—, pero muchos otros no han corrido la misma suerte. El caso de Julio Aréchiga, tu compañero en la comisión, me parece el más triste de todos. ¿Dices que hasta hace poco era uno de los críticos más lúcidos y brillantes de México además de un buen novelista? ¡Y mira en lo que se ha transformado! No sólo se presta al juego del gobierno, sino que se indigna cuando alguien se lo reprocha... No deja de sorprenderme la obstinación de los gobernantes; saben que en cambio a ti nunca lograrán comprarte, y aun así te provocan empleando los artificios más sutiles. Es un perfecto ejemplo de lo que Foucault llamaba microfísica del poder; sólo que, por lo que me cuentas, tu presidente busca articular una verdadera *macrofísica*. No tuvo ningún empacho en organizar una reunión social con la única intención de conocerte y de seguro no se detendrá a la hora de enfrentarte... Dime: ¿cómo es en persona? ¿Su figura resulta tan insignificante como en la televisión? Cuéntame, por favor: ¿te ofreció un saludo viscoso o firme y decidido? ¿Te miraba fijamente o sus ojos vagaban de un lado a otro mientras te hablaba? ¿Pretendía demostrarte su fuerza o su cordialidad? ¿O ambas cosas a un tiempo? ¿Su tono de voz era sereno y pausado, o más bien irónico, o seco? ¿Sudaba, olía a perfume, ocultaba algún tic...? ¿Cómo vestía, elegante o informal? ¿Le llevó un regalo al anfitrión? ¿Quiso atacarte, te expuso sus opiniones o se limitó a escuchar tus reclamos conteniendo el encono y

mostrándose conciliador? ¿Qué comió, cuánto bebió, alguna vez se disculpó para ir al baño...? Perdona que te haga estas preguntas, Aníbal, pero resultan cruciales. Cuando a uno lo tienta el diablo, lo menos que puede hacer es fijarse en todos los detalles, medir sus atributos, sus flaquezas... Sólo si lo estudias a la perfección y si logras adivinar sus pensamientos tendrás oportunidad de vencerlo. ¡No sabes cuánto me intriga! Desde la primera vez que lo vi por televisión, durante su agitado juramento en el Congreso —los gritos de los diputados opositores no le permitían concentrarse—, me di cuenta de que era un hombre *peligroso*. Créeme, Aníbal, aunque te sonría y se muestre gentil, aunque su fealdad y su tamaño lo hagan parecer inofensivo, aunque sea amable y te quiera demostrar su simpatía, no pierdas de vista que sólo piensa en destruirte. Ese día, mientras el líder del Congreso intentaba colocarle la banda presidencial y los partidos de oposición sabotaban su discurso, él perdió sus últimos rescoldos de humildad... A diferencia de otros políticos, él nunca perdonará a quienes lo humillaron. Ha sufrido demasiado a lo largo de su vida como para tolerar esta ofensa. Ahora que disfruta de un poder absoluto ya no tiene necesidad de resguardarse. No va a descansar hasta vengarse de quienes cuestionaron su legitimidad. Y tampoco va a olvidar tus burlas, Aníbal, de eso puedes estar seguro. Quizás te salude con deferencia, te halague comentando uno de tus libros o incluso te pida algún consejo, pero aun así nunca te perdonará. El olvido no está en su naturaleza. ¿Sabes qué pretende? *Seducirte*. Satanás no destruye a los mortales torturándolos, sino volviéndolos semejantes a sí mismo. Los teólogos medievales sabían lo que decían. Has visto al Enemigo cara a cara, has respirado su aliento, has contemplado su lengua, has rozado su piel... *Vade retro!* Esta vez saliste airoso, lo combatiste con destreza y resististe sus tácticas gracias a la fuerza de tu fe, pero ello no quiere decir que te has salvado. A partir de ahora, él no va a ceder; te perseguirá hasta el fin de los días. Para completar su maleficio, hará lo que mejor sabe, para lo que ha sido creado y para lo que se halla mejor dispuesto: te deslumbrará con su poder. El poder siempre ciega, Aníbal. *Siempre*. Es idéntico a la luz. No olvides que Luzbel es un ángel caído. Conoce nuestra naturaleza y nuestras debilidades, encarna nuestra imagen del otro lado del espejo. De seguro en su juventud tu presidente también fue un idealista, deseoso de transformar el sistema *desde adentro*, y comulgó con los mismos anhelos de justicia que nosotros. Es uno de esos líderes mesiánicos que están convencidos de cumplir una especie de misión o de destino, por eso asume que la gloria coronará todos sus esfuerzos... Cuidate, Aníbal, porque el Adversario te ha elegido como blanco y a partir de ahora no te perderá de vista. Es muy sencillo que la gente como nosotros termine entre sus garras. Quienes

nos esforzamos día a día por no dejarnos gobernar, poseemos una fascinación por el poder idéntica a la suya. Poco importa que tú y yo hayamos elegido el sendero contrario. Yo sé lo que te digo: Lacan, Debord, Pierre, la Izquierda Proletaria, Castro, la guerrilla... ¿No te parece muy fácil reconocer el patrón que yo he seguido? Mi voluntad de combatir la opresión ha sido tan grande como mi necesidad de someterme a ella... Por eso te recomiendo que te protejas al máximo. No lo veas, no lo oigas, no te le acerques. Esquívalo. Su mirada puede devorarte.

No lo olvides, Aníbal: el poder es la mayor de las tentaciones. Porque, en el fondo, nosotros lo deseamos tanto como él.

Claire

PD. Está decidido. Aún no puedo decirte cuándo llegaremos a México, pero falta poco. Anne está muy entusiasmada con la idea de volver a verte. Yo *también*.

Tormenta de verano

Ciudad Universitaria, México, D. F., 6 de julio de 1989. Un balde de agua fría se abatió esta mañana sobre los organizadores del Coloquio de Verano «Las desventuras de la revolución», organizado por la UNAM, el CONACULTA y la revista *Tal Cual*, y cuya cuarta jornada de actividades concluirá a las ocho de la noche con una conferencia magistral del psicoanalista Aníbal Quevedo. Las declaraciones realizadas por Octavio Paz han provocado una conmoción en nuestro medio intelectual. Cuestionado sobre su ausencia del coloquio, el director de la revista *Vuelta* manifestó que nunca recibió la invitación que supuestamente le cursó Quevedo y que, de haberla recibido, tampoco hubiese aceptado participar.

«¿Qué interés puede tener un encuentro convocado por una sola persona con el único fin de hacerse propaganda?», cuestionó el poeta. «Me daría igual si alguien decide invertir sus recursos en rendirse un homenaje, lo que me parece intolerable es que un escritor utilice fondos públicos para promover su imagen», añadió el autor de *Posdata*. «No se trata de un acto de vanidad o de impudicia, sino de vileza. No entiendo cómo la Universidad y el Consejo para la Cultura han podido colaborar en este sainete. Los ciudadanos no pagamos nuestros impuestos para beneficiar a un solo grupo.» Interrogado sobre la opinión que le merece Aníbal Quevedo, Paz respondió: «Si tuviera un poco de dignidad, ese señor debería emprender una profunda autocrítica. Es el típico ejemplo del perro que muerde la mano de su amo. O, para decirlo con otras palabras: mientras con la diestra escribe artículos incendiarios contra el gobierno, con la siniestra recibe dinero de ese gobierno que tanto critica.»

Una de las causas de esta polémica se halla en la profunda rivalidad que enfrenta a los diversos grupos intelectuales del país. Las reacciones en torno a esta disputa han sido muy variadas. Cuestionado sobre su participación en el coloquio, Carlos Monsiváis afirmó: «Acepté venir porque, como usted sabe, yo participo en todos los coloquios. Pero lo cierto es que, parafraseando a Groucho Marx, a mí sólo me interesaría asistir a los que no me invitan.»

En cambio, para Enrique Krauze, Christopher Domínguez y Guillermo Sheridan, colaboradores de la revista *Vuelta*, la actitud de Quevedo y sus «comparsas» demuestra la «típica incongruencia de la izquierda» y su falta de visión para organizar este tipo de actividades. «Desde hace un año nosotros preparamos un encuentro verdaderamente plural. Contaremos con la presencia

de algunos de los más destacados enemigos del totalitarismo, auténticos defensores de la libertad y la democracia en todo el mundo. Desde luego, no buscaremos el apoyo del gobierno, sino de la iniciativa privada. Televisa se ha mostrado muy interesada en asociarse a este proyecto.»

En contraste, Héctor Aguilar Camín, director de la revista *Nexos*, considera que «la colaboración entre instituciones públicas y privadas es normal en cualquier sistema democrático. Pese a que yo no siento ninguna simpatía particular por Aníbal Quevedo (yo tampoco recibí invitación a su coloquio), creo que no es necesario hacer una tormenta en un vaso de agua». Asimismo, manifestó que su revista también tiene previsto organizar un coloquio de intelectuales el próximo invierno, y no descarta contar con el apoyo de la UNAM y el CONACULTA.

Tanto las autoridades universitarias como el vocero del Consejo para la Cultura han mantenido silencio hasta el momento. A nombre de la revista *Tal Cual*, su jefa de redacción, Josefa Ponce, defendió la posición de los organizadores. «Hemos realizado un foro sin precedentes en México. Durante cinco días algunos de los intelectuales y académicos más importantes del mundo han venido a la ciudad de México a exponer sus puntos de vista sobre el cambio democrático. Como cualquiera de ellos podrá comprobar, existió una absoluta libertad de expresión. Juntos pusimos en marcha una fiesta de la crítica. Nos sentimos muy satisfechos con los resultados. Es natural que despertemos la envidia de otros grupos: logramos colaborar con el poder sin perder nuestra independencia. Quizás éste sea el inicio de una nueva relación entre gobernantes y gobernados definida por el trabajo y no por el sometimiento. Debemos escapar al viejo dilema de tener que estar siempre *a favor* o *en contra*. Ha sido la mejor prueba de que el apoyo y la reticencia pueden ir de la mano.»

La Jornada, 7 de julio de 1989

Peor libro del año

El agravio cardenista, de Aníbal Quevedo (Siglo XXI, 1987). Por segundo año consecutivo, el psicoanalista mexicano insiste en presentarse como comentarista político. Y por segundo año consecutivo falla y nos entrega un libelo obtuso y vano. No hay un solo argumento, un solo análisis, una sola teoría de peso en estas páginas, sólo grandilocuentes elogios para sus amigos y groseras descalificaciones para sus adversarios. Lo único que salta a la vista es que, en vez de defender la candidatura a la presidencia de Cuauhtémoc Cárdenas para las elecciones del año próximo, Quevedo quiere asegurarse un puesto en el futuro gabinete. Este panfleto demuestra que nuestro intelectual comprometido por antonomasia está empeñado en medrar.

Juan Pérez Avella, «Lo mejor y lo peor del año»,
Nexos, diciembre de 1987

Del cuaderno de notas de Aníbal Quevedo

Por casualidad, hace unos días me topé con el texto de un filósofo mexicano llamado Emilio Uranga. De inmediato me pareció que la brillantez de su estilo y la fuerza de sus argumentos tenían pocos equivalentes en lengua española. Debo confesar que hasta ese momento no sabía nada de él, así que decidí investigar un poco más sobre su vida y su obra, interesado en conocerlo y, si aún estaba vivo, en invitarlo a escribir para *Tal Cual*. Tras consultar con otros colaboradores de la revista, averigüé que de joven estudió en Europa y que formó parte de un grupo de pensadores mexicanos, inspirados en Husserl, el cual tomó el nombre de *Hiperión*. Fascinado con mi descubrimiento, rebusqué en archivos y bibliotecas hasta encontrar otros trabajos suyos, la mayoría tan vigorosos y sutiles como el primero que leí. Fue entonces cuando alguien me dijo que un filósofo llamado Emilio Uranga había sido consejero del presidente Gustavo Díaz Ordaz y se había caracterizado como uno de los críticos más severos del movimiento estudiantil del sesenta y ocho. ¿Era posible que *mi* Emilio Uranga, el filósofo razonable, lúcido y erudito que yo había leído fuese también el *otro* Emilio Uranga, el cómplice del tirano que ordenó la masacre de Tlatelolco? En México, la respuesta resultaba previsible. Era él.

* * *

Los fondos suplementarios que he podido inyectarle a *Tal Cual* han probado ser un rotundo éxito. A lo largo de estos meses hemos ejercido la misma libertad editorial de siempre, nuestras críticas al poder se han redoblado y no hemos sentido ninguna presión adicional por parte del gobierno. Josefa tenía razón: al final, mi ilustre *paciente* ha mantenido su palabra. No podemos sino felicitarnos por haber alcanzado esta independencia financiera que nos permitirá poner en marcha nuevos proyectos. De pronto se abren numerosas posibilidades para nuestra pequeña empresa. Desde el inicio, el lema de *Tal Cual* fue «Pensar de otra manera». Para ser consecuentes con este anhelo, debemos ir más lejos. Se me ocurren diferentes vías. En principio, un paso necesario: la creación de las Ediciones Tal Cual; luego, la producción de un programa radiofónico y, por último, una serie televisiva, a la que he titulado provisionalmente *Una Centuria Mexicana*, en donde revisaría la historia

intelectual de México desde la Revolución de 1910. Después de todo, Josefa ha vuelto a acertar: *no hay mal que por bien no venga*.

Entrevista con Josefa Ponce

JP. En 1984, Foucault sufrió un desmayo en la cocina de su apartamento de la rue Vaugirard. La enfermedad le había provocado molestias en otras ocasiones, pero sólo entonces tomamos conciencia de su gravedad. Fue una revelación espantosa. Aníbal y yo nos precipitamos a visitarlo en una pequeña clínica del barrio Quince junto con el joven escritor y fotógrafo Hervé Guibert.

—Siempre crees que en ciertas situaciones vas a encontrar algo que decir y al final resulta que no hay palabras que valgan —musitó el filósofo desde su cama mordiéndose los labios.

Foucault agonizaba. La tos sacudía su cuerpo cada vez más delgado, lo devoraban las migrañas y le costaba un enorme esfuerzo respirar... Él mismo se daba cuenta de que nunca completaría su *Historia de la sexualidad*, cuyos dos tomos más recientes, *El uso de los placeres* y *La inquietud de sí*, estaban por salir de la imprenta. Usted no se imagina lo desolador que resultaba contemplarlo en la cama de la Salpêtrière adonde fue trasladado después. Había pasado los últimos años creyendo que sería capaz de enfrentarse al sida sin tener que someterse a las vejaciones impuestas por los médicos, pero al final tuvo que rendirse ante ellos pese a que la ciencia poco podía hacer por él. Foucault se sentía devastado, pero no sólo por su propio estado de salud, sino por lo que esa enfermedad representaba para los homosexuales.

—Una comunidad que ha hecho tanto para liberarse de la opresión, para no dejarse gobernar, debe recurrir ahora a la autoridad médica, a los juegos de poder, a los juegos de verdad —se lamentó—. Es absurdo. Es terrible...

Pese a que lucía más o menos tranquilo, luchaba con todas sus fuerzas para mantenerse con vida. No hay que olvidar que era un nietzscheano y, como tal, no estaba dispuesto a dejarse vencer por la muerte sin luchar...

Para Aníbal aquellos días resultaron infernales. Después de tantos años de coincidir con el filósofo, de remontar sus diferencias y su mutua desconfianza, se habían vuelto inseparables. Desconozco el grado de intimidad que alcanzaron, pero sus temperamentos eran muy parecidos. Ambos vivieron obsesionados con el poder y la verdad y ambos dedicaron sus últimos esfuerzos a buscarse a sí mismos, a saber lo que eran y a averiguar por qué les dolía tanto lo que eran... Disculpe mis lágrimas, señor.

Aníbal volvió a visitar a Foucault pocas horas antes de su muerte. Los dos

amigos hablaron un poco, sonrieron, se apretaron las manos. ¡Era tan triste! Aníbal nunca me reveló cuáles fueron las últimas palabras que le dirigió su amigo... Después de un rato, se despidió de él; sabía que no lo vería nunca más. Cerca de la una de la tarde, Foucault fue declarado clínicamente muerto. Aníbal prefirió no regresar al hospital y me pidió que lo acompañase a dar un paseo. Caminamos en silencio durante varias horas hasta que lo dejé en el Jardín de Luxemburgo, uno de sus lugares favoritos; no quería perturbar su duelo. Como el propio Michel vaticinó, frente a la muerte lo demás es silencio.

Al día siguiente, todos los amigos de Foucault le ofrecimos un último homenaje. Nos reunimos desde muy temprano en el patio trasero de la Salpêtrière. Tras unos minutos de espera, comenzamos a escuchar que alguien leía en voz alta unos pasajes de *El uso de los placeres*... ¡Era increíble! Sólo después de unos segundos reconocimos la voz de Gilles Deleuze, quien había sido uno de sus compañeros más cercanos pero de quien se había distanciado en los últimos tiempos.

—¿Qué valor tendría el empeño de saber si sólo nos concediera la adquisición de conocimientos y no, en cierto modo y en la medida de lo posible, el desvarío del sujeto que sabe? —musitó Deleuze—: ¿Qué es la filosofía sino la labor crítica del pensamiento sobre sí mismo? ¿Y si, en vez de legitimar lo que ya se sabe, consistiera en saber cómo y hasta donde es posible pensar de otra manera?

A Aníbal le temblaban los párpados. Creo que hubiese comenzado a llorar, igual que yo, de no ser porque de pronto escuchó, no muy lejos, los escandalosos gemidos de una mujer. Era *ella*. Allí estaba, al lado de Bernard Kouchner, recién llegada de África para asistir a la ceremonia luctuosa. Trastabillando, sostenía la mano de una niña de seis años, rubia y luminosa, incapaz de comprender el dolor que la rodeaba. Aníbal me hizo a un lado y se aproximó a ellas. A unos pasos de distancia —yo nunca toleré su cercanía—, los vi abrazarse lentamente. Ella sollozaba sin pudor y Aníbal la consolaba ante los enormes ojos color agua de la pequeña... Comenzamos a retirarnos poco a poco. Ninguno de nosotros había sido convocado al entierro que la familia de Foucault había dispuesto en el cementerio de Vendevre. Aníbal y esa mujer caminaban juntos, sin hablarse, mirándose apenas, reunidos por obra de la muerte. Unos metros atrás los seguíamos la niña y yo, escoltados por Jean Daniel, el anciano Georges Dumézil y Pierre Boulez.

Poco después de ese día, un oscuro rumor comenzó a recorrer el mundillo intelectual francés. Era una calumnia subterránea, maligna, pavorosa. Según esta leyenda negra, a partir de 1983, cuando ya sabía que estaba infectado de sida, Michel había visitado los baños de San Francisco con la

intención expresa de contagiar a otras personas. La infamia era monstruosa. Aníbal y esa mujer se propusieron hacer cuanto fuera posible para combatir aquella afrenta; redactaron cartas públicas, se entrevistaron con los medios, dieron conferencias, publicaron artículos... Como era de preverse, sus cuerpos no tardaron en entrelazarse. El amor que ambos le profesaban al filósofo precipitó la tragedia, uniéndolos por última vez.

Las costumbres del poder

Palacio de Covián. Ciudad de México, 4 de abril de 1989. El secretario de Gobernación ha postergado la cita una y otra vez. Con su voz neutra, su joven asistente siempre nos recita la misma explicación: «El señor secretario lamenta mucho no poder recibirlos, pero un asunto de extrema urgencia ha requerido su atención; él mismo se comunicará con ustedes para acordar una nueva fecha.» Aceptamos su excusa sin discutir; la siguiente cancelación, en cambio, nos parece menos convincente: horas después de la llamada, el sonriente secretario —cuyo rostro, dicho sea de paso, no se presta a las sonrisas— aparece en televisión al lado del presidente de la República mientras se inaugura un seminario sobre el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá que México está a punto de firmar. La tercera anulación resulta francamente injustificable; el señor secretario acaba con nuestra paciencia. A pesar de las divergencias que aún nos enfrentan —al menos un miembro de la comisión insiste en «conservar las buenas maneras» hasta el final—, acordamos publicar un desplegado en *La Jornada* denunciando la indiferencia de las autoridades hacia nuestro trabajo. La prensa es el mejor antídoto contra la parálisis gubernamental: en menos de dos horas recibimos las melifluas disculpas del secretario, quien nos invita a visitar su despacho cuando mejor nos convenga.

—Nos conviene de inmediato —lo apremiamos—. No queremos que se pierda el interés despertado por el caso.

—Ustedes mandan, señores míos.

Nos presentamos en la vieja casona de Bucareli al mismo tiempo. Foucault tenía razón: la autoridad funciona como un laberinto: antes de poder encontrar la oficina del secretario, una amplia cohorte de secretarías y funcionarios menores nos pregunta nuestros nombres, revisa sus listas, solicita autorizaciones telefónicas o espera la confirmación de sus superiores antes de pasarnos al siguiente nivel. Una puerta tras otra, un empleado tras otro: todos idénticos, todos cordiales, todos engrosando la ruidosa maquinaria que articula la microfísica del poder.

—Sí, señorita... Sí, señor... Sí y mil veces sí... —contestamos a cada uno de nuestros interlocutores—: tenemos cita con el señor secretario... Sí, él mismo nos la dio... Sí, ahora.

Los subordinados le tienen pánico a los errores y evitan tomar cualquier

decisión por sí mismos; ninguno permite, sin embargo, que se le califique de *burócrata* —la palabra se ha vuelto como un insulto en nuestro país— o que se le acuse de incumplir unas órdenes cuya borrosa naturaleza desconocen. Al cabo de media hora de rodeos, un ujier nos deposita en la última sala de espera del edificio. Los asientos de cuero negro y el monumental retrato de Zapata que pende sobre nuestras cabezas demuestran el buen gusto del señor secretario en contraposición con la burda sucesión de paisajes que lucían en los despachos de sus subalternos. La escenografía anticipa el resplandor del poder: la distribución del espacio no es casual, sino que muestra cómo éste se distribuye, se difumina, se reparte... Cuando por fin el secretario se presenta ante nosotros, la sensación de *déjà vu* se torna más intensa que nunca, pero no porque hayamos contemplado su rostro en la televisión o en los diarios, sino porque la autoridad siempre resulta idéntica a sí misma.

Antiguo coronel del ejército, nuestro anfitrión es uno de los hombres más respetados y temidos del país. Durante décadas fue el brazo derecho de diversos presidentes, resistiendo con una mezcla de sinuosidad y dureza los vaivenes de cada época. Las densas matas grises que se extienden por sus parietales y su fleco le conceden un aura de astucia que disimula su edad. Viste un traje gris cruzado, elegante pero no demasiado llamativo, y una corbata de seda color lila. Las mancuernillas de oro que luce en los puños de su camisa rosada constituyen su única concesión a la opulencia si se exceptúa la perfecta linealidad de su bigote. Para definir su carácter baste decir que, durante los peores años de la guerrilla en México, se desempeñó como jefe de la policía secreta. Su condición de eminencia gris encargada de asegurar la estabilidad de la nación no le impidió establecer lazos de amistad con personajes de la talla de —*of all people*— Fidel Castro. Sin embargo, tampoco hay que malinterpretar su carácter: pese a su devoción por el ejército, no se trata de un tirano en potencia como los que han asolado a otros países de América Latina. Para él, su rango es una especie de disfraz; nunca le ha interesado convertirse en una figura de primera línea, sino mantenerse como un celoso guardián del poder.

—Por favor, caballeros, adelante...

Él mismo nos abre el grueso portón de madera que conduce al interior de su despacho. Cada detalle de la decoración parece haber sido cuidadosamente elegido: el color malva de la alfombra, la borrosa iluminación de las esquinas, los muebles de diseño italiano, el pesado escritorio del fondo, el abrupto colorido de los cuadros, la amplia colección de libros de derecho alineada en los estantes, las medallas y diplomas militares, la omnipresente calva del presidente de la República vigilando cuanto ocurre. No nos sentimos en la

oficina de un político, sino en el gabinete de un notario. Su autoridad, en cambio, se palpa por doquier.

—¿Gustan tomar algo? —nos pregunta mientras aprieta el botón de un mando a distancia, acaso el mejor símbolo de su puesto.

De inmediato aparece un mesero uniformado con levita blanca que nos ofrece agua, café, refrescos.

—¿O se les antoja un tequilita?

El propio secretario se da cuenta de que se ha excedido un poco, de modo que no insiste y se conforma con ofrecernos unos vasos de agua. Entretanto, nosotros nos acomodamos delante de una mesa de vidrio transparente.

—Lamento no haberlos recibido esta mañana, pero ustedes entienden que un servidor público no dispone de su tiempo —nos explica con un tono de voz que ni de lejos suena a una disculpa—. Estoy a sus órdenes, caballeros.

La arcaica contundencia de sus palabras busca mostrarnos que él no se considera uno de nosotros; no debemos olvidar que el señor secretario es ante todo un militar, más acostumbrado a redactar informes secretos que a demostrar sus buenos modales. Para él, no dejamos de ser unos civiles impertinentes. Ajenos a sus pensamientos, Monsiváis y yo decidimos dejar claras nuestras intenciones desde el principio, negándonos a mantener una charla social.

—Estamos muy indignados por la prepotencia que las autoridades federales y locales han demostrado frente al homicidio de Tomás Lorenzo —lo increpo—. Nuestra labor en la comisión de seguimiento no servirá de nada mientras el gobierno no elimine los obstáculos que impiden la puesta en marcha de una investigación seria...

El viejo lobo me observa sin inmutarse; como todos los políticos, lleva décadas fingiendo escuchar las razones de los otros —de esos infinitos otros que solicitan su ayuda, su intervención, su juicio, su autoridad, su consuelo—, cuando lo único que desea es librarse de ellos para concentrarse en lo que de veras le preocupa: el estricto cumplimiento de sus disposiciones.

—Yo también quería referirme cuanto antes a este asunto... —me interrumpe.

Ha identificado que Monsiváis y yo somos los más aguerridos del grupo e intenta minar nuestra confianza. Pretende dejarnos en claro que es él quien controla el rumbo de la conversación; es él quien da y quita la palabra; él, y sólo él, quien tiene el monopolio de la verdad... A lo largo de los siguientes minutos nos interroga uno a uno como si fuésemos los acusados en un juicio; apenas necesita presionarnos un poco para poner en evidencia nuestras

contradicciones. Pese a que hemos ensayado un guión antes de la entrevista, lo cierto es que seguimos sin ponernos de acuerdo en lo esencial. Nuestro anfitrión reconoce nuestros desacuerdos y nos enfrenta con la típica estrategia de *divide y vencerás*. Sin apenas esforzarse, manejando los hilos de la charla como un sutil titiritero, logra que comencemos a pelear entre nosotros. Es fácil comprender que, gracias a sus buenos oficios, la guerrilla en México nunca haya tenido oportunidades de prosperar.

Los cuatro nos sentimos igualmente irritados; cada uno imagina que el poder ha conseguido seducir o sobornar a los otros. Yo apenas consigo serenarme, quisiera tener el valor para denunciar ahí mismo, en el despacho del señor secretario, las sucias maniobras que su equipo ha puesto en marcha para evitar que alcancemos la verdad. A él no le interesa saber quién mató a Tomás Lorenzo —quizás lo sabe, o lo sospecha, pero no le importa en absoluto—, lo único que quiere es que nos larguemos cuanto antes, cansados de jugar a los intelectuales comprometidos, para que él pueda anotarse un tanto más en su prolongada carrera de apaciguador de conflictos. Su mayor victoria como responsable de la política interior consistiría en lograr que nada pase. O al menos en hacerle creer al presidente que nada pasa.

Justo cuando nos descubre más desanimados, el secretario encaja su golpe maestro. Dueño de todos sus recursos, se saca un as de la manga y nos pone contra la pared.

—Tengo un anuncio que hacerles, caballeros —exclama de pronto, acentuando el suspenso—. Hace apenas unas horas la Procuraduría de Justicia del Estado de Chiapas detuvo al presunto responsable del homicidio de Tomás Lorenzo.

Nos quedamos estupefactos. ¿Hace *unas horas*? Eso quiere decir que él lo ha sabido desde el principio, pero se ha regodeado en silencio para ponernos en ridículo.

—¿Y de quién se trata? —inquire Monsiváis, sin dejarse intimidar.

El señor secretario toma su tiempo antes de dirigirse al escritorio para leer el expediente. Lo hojea antes de mostrárnoslo.

—Veamos —dice, paladeando las sílabas—. Según este reporte, el nombre el presunto responsable es Santiago Lorenzo, hermano del occiso.

—¡Imposible! —me exalto yo.

—Todo está aquí. Al parecer, dos testigos lo vieron hacerlo, o al menos así lo declararon. Y al final él mismo lo admitió. Como decían mis maestros de la Facultad de Derecho de San Ildefonso, la confesión es la reina de las pruebas, caballeros —se burla de nosotros con su erudición jurídica—. Puedo asegurarles que el interrogatorio se llevó a cabo con el más estricto apego a la

ley, en presencia de los representantes de dos organizaciones no gubernamentales de derechos humanos. Si gustan, pueden comprobarlo por ustedes mismos.

Aníbal Quevedo, «El homicidio de Tomás Lorenzo, V»,
Tal Cual, mayo de 1989

Sesión del 30 de agosto de 1989

Estoy harto. No puedo continuar con esta farsa. Hoy he tenido que esconderme en el suelo del coche que mi paciente me envía todos los jueves para evitar a los reporteros apostados a las puertas de Los Pinos. ¿Qué dirían mis compañeros de ruta si supieran que visito regularmente a quien se supone que es mi peor enemigo? ¿Cómo les explicaría mi incongruencia? ¿Y cómo le haría entender a la opinión pública que es posible criticar el poder e intentar comprenderlo al mismo tiempo? Lo tengo decidido: hoy será la última sesión. Arriesgo demasiado en esta empresa.

Ni siquiera le permito recostarse en el diván, prefiero encararlo de frente, sin temor.

—Con toda sinceridad, creo que usted me miente —lo amonesto—. No sé si se toma este análisis en serio o si sólo lo utiliza para convencerme de sus razones políticas.

—Me extrañan sus palabras, doctor —su cortesía me resulta nauseabunda—. Desde el principio acordamos que nuestra relación sería estrictamente profesional, y yo nunca he dudado en considerarla así. Me he abierto completamente frente a usted, evitando cualquier censura, porque confío en su talento como terapeuta. ¿Cree usted que le habría revelado tantos aspectos de mi vida privada si pretendiera engatusarlo? No soy ni tan imprudente ni tan tonto. Así que le exijo que confíe en mí en la misma medida en que yo confío en usted.

—Lo siento, pero no puedo continuar con su tratamiento —lo corrijo—. Nuestros conflictos de intereses se hacen cada vez más insuperables. Allá afuera somos enemigos, no lo olvide.

—Necesito su ayuda, doctor. Jamás me atrevería a consultar a otro analista. Usted es el único que puede comprenderme. Sólo los adversarios son capaces de conocerse entre sí.

—No estoy seguro de ello —le respondo. Aunque procura disimularlo, guarda una infinita agresividad en mi contra. Cada vez que habla, me amenaza—. Usted mismo me ha confesado que es incapaz de perdonar. Si piensa que alguien lo ha perjudicado, no cesa hasta verlo destruido. A diferencia de lo que sucede con otros líderes, su opción por el poder no procede de una sublimación de la libido; usted no busca el reconocimiento público, el dinero, la fama o la inmortalidad, sino la humillación de quienes lo despreciaron en el

pasado...

—Me inquietan sus palabras, doctor. Yo imaginaba que su contacto con la política lo habría vuelto más sensible, pero al parecer me he equivocado — aunque el volumen de su voz sólo aumenta unos cuantos decibeles, su frialdad me aterroriza—. ¿Debo ser yo quien le demuestre que la política es la continuación de la guerra por otros medios? La *guerra*, doctor, ni más ni menos. Usted lo ha vivido, ¡hombre! No se trata de un problema psicoanalítico. Los peores gobernantes son los que no tienen memoria...

—Lo siento, mi decisión está tomada.

—¿Así que piensa abandonarme? —como de costumbre, en sus palabras no hay ira, decepción o amargura, sólo autoridad—. Como quiera, pues. Sólo recuerde que, como usted ha dicho, yo nunca olvido. Tómelo muy en cuenta.

Del Diario inédito de Christopher Domínguez

Lunes, 10 de julio de 1989

A nadie debería extrañarle que los escritores posean un ego desmesurado; cualquiera que haya revisado someramente la historia de la literatura se dará cuenta de que el exceso de vanidad es el denominador común de los grandes artistas. No habría que culparlos demasiado: los infelices cargan por lo general con tantos defectos y manías que habría que dejarlos en paz en su plácida y cotidiana admiración de los espejos. Me aburre, entonces, la eterna queja sobre la arrogancia de este novelista, el orgullo de ese dramaturgo o la falsa modestia de aquel poeta. ¿Y a nosotros, qué? No veo la necesidad de rasgarse las vestiduras porque un autor —por despreciable que resulte su talento— exhiba en público el infinito amor que siente por sí mismo. Sin embargo, AQ ha roto todos los límites. Él mismo se ha organizado un homenaje en el que sólo participan sus admiradores, traductores, editores y amigos para demostrar que el país al fin reconoce su talento.

El incidente no sería sino uno más de los episodios de autobombo característicos de nuestra *intelligentsia* —los cuales, insisto, yo respeto— de no ser porque todos hemos subvencionado su capricho. Pagamos una fiesta y ni siquiera tuvo la delicadeza de invitarnos. Su desmesura es, más bien, una torpeza: si tuvo la desfachatez de montar este espectáculo, al menos debió convidar a sus adversarios. No por eclecticismo o pluralidad, sino para permanecer dentro del juego. Al no hacerlo y al quererse mostrar como *outsider* sin perder los privilegios del *mains-tream*, AQ sólo ha provocado la ira de los intelectuales excluidos. Es decir, del noventa por ciento restante. Lo único que puedo asegurar es que, en represalia, no volverá a tener un cumpleaños así. De eso nos encargaremos nosotros.

SEIS

Carta de Claire

París, 7 de agosto, 1989

Querido Aníbal:

Te lo advertí. Era inevitable que, en cuanto tu posición como intelectual crítico se afanzara, el poder no tardaría en perseguirte. Como has podido comprobar, tus enemigos han comenzado a desprestigiarte en todos los frentes: financiero, ético y profesional, y pronto comenzarán a inmiscuirse en tu vida privada. Lo que resulta más indignante es que los demás intelectuales mexicanos no se pongan de tu lado. Su silencio los convierte en cómplices del gobierno. ¡Es increíble! La envidia no tiene límites... Ay, Aníbal, me encantaría estar a tu lado en estos momentos. Tal como veo las cosas, las hostilidades apenas se inician. Prepárate para lo peor: una drástica disminución de tus ingresos, la proliferación de las calumnias, el desprecio generalizado de tus colegas, la falta de solidaridad de quienes hasta hace poco considerabas tus amigos. Cuida todos los flancos. Y, perdona que te lo repita, vigila de cerca las maniobras de Josefa. Le has conferido un poder que rebasa sus capacidades, y no hay nada tan peligroso como un alma simple con poder... Me preocupas. Los miserables harán lo imposible para doblegarte; combinando las presiones más sutiles con las más burdas, no te dejarán un resquicio de paz, buscarán demolerte física y anímicamente para arrebatarte tu posesión más valiosa: tu revista. No lo permitas. Tu misión es muy superior a su inquina o a su maldad. Puedes vencerlos. ¿Cómo? Perseverando en las tareas que tú mismo te has impuesto: la independencia, la crítica, la voluntad de resistir... Siguiendo el ejemplo de Foucault, lo importante es que te gobiernes a ti mismo, arriesgándote a ser diferente de los otros y a prolongar tu desafío hasta el final... Mientras tanto, Anne y yo nos preparamos para alcanzarte. Hace sólo unas horas terminamos de empacar. Como nuestra condición ha sido siempre

nómada, apenas tenemos posesiones materiales —¿a cuántas ciudades ha debido acostumbrarse mi hija en estos años?—, de modo que dismantelar la antigua residencia de mi abuelo apenas nos ha costado algún esfuerzo. No quiero adelantar visperas ni prometerte que nuestra estancia en México vaya a ser definitiva, pero al menos sé bien que este viaje no será como los otros. En esta ocasión no huyo, simplemente clausuro una etapa, dispuesta a emprender una nueva aventura cerca de ti.

Hasta muy pronto,

Claire

El silencio

Penal de Cerro Hueco, Chiapas, 6 de abril de 1989. Cuando describió las atrocidades cometidas en las prisiones francesas del siglo XVIII, Michel Foucault debió tener en mente una imagen muy parecida a la de este averno chiapaneco. Como parte de su labor al frente del Grupo de Información sobre Prisiones, el filósofo recorrió decenas de centros correccionales, pero estoy seguro de que nunca se adentró en una pocilga como ésta. Cerro Hueco no es una penitenciaría, sino una porción del inframundo, un no-lugar construido para arrebatarles a sus miserables pobladores hasta el último vestigio de confianza. Traficantes de drogas, proxenetas, ladrones, estafadores, homicidas y violadores se hacinan en su interior, controlados por un grupo de viciosos celadores que comparte la misma insalubridad de los reos. En las celdas de tres por dos metros se apiña media docena de personas, acusados y condenados por igual como si la diferencia entre unos y otros fuese una sutileza irrelevante, escondidos de esos defensores de los derechos humanos que nunca se atreven a cruzar el umbral de este edificio. Aunque es poco probable que al inaugurarse este recinto fuese una cárcel modelo, la decadencia y la sobrepoblación lo han transformado en un perol de miseria. Si bien las autoridades insisten en mostrarnos los avances registrados durante este sexenio —una sala de recreo y la ampliación del dispensario—, este escondrijo permanece al margen del siglo XX.

¿A quién podría importarles la suerte de estos parias en la región más pobre de México? De no ser doloroso, el espectáculo resultaría grotesco. En su interior no queda un solo residuo de la voluntad decimonónica de ordenar la vida de los delincuentes para lograr su reinserción social; ninguno, tampoco, del panóptico de Bentham y su deseo de observar meticulosamente sus conductas. En Cerro Hueco ni los celadores ni los custodios, y mucho menos las autoridades del Estado, tienen el menor interés en *mirar* lo que ocurre detrás de estos muros picados por el salitre. Más bien parece como si la intención de las autoridades fuese borrar de un plumazo estas vidas al garete, disimularlas y perderlas de vista para no perturbar las buenas conciencias de quienes permanecen afuera, a salvo de su oprobio. Lamento no disponer del espacio suficiente para brindar un relato pormenorizado de la brutalidad que impera en este antro: el inventario de corrupción y abuso es tan largo que haría falta un libro completo para dar cuenta de sus llagas.

Si Foucault acertaba al denunciar la injusticia existente en las cárceles francesas, aquí su indignación no tendría límites: para los internos en Cerro Hueco no existe otra verdad que la del poder. En contra de lo que uno supondría, ni siquiera impera la ley del más fuerte, la anarquía o la mera arbitrariedad; por el contrario, existe un complejo sistema de derechos y obligaciones, de deberes, faltas y castigos que se aplica con rigor ejemplar. Cada segmento de la vida diaria se halla minuciosamente sancionado en este reino donde todo tiene un precio: los cigarrillos, el alcohol, las mujeres, la comida, la mera posibilidad de subsistir... En ninguna otra sociedad el capitalismo funciona de modo tan eficaz: dime cuánto tienes y te diré quién eres. El dinero compra cualquier cosa, excepto la libertad. Nos han dicho que algunos internos disfrutaban de celdas individuales, que poseen televisores y equipos de sonido, aire acondicionado, libros y ropa de marca. Si uno paga el precio justo, es posible conseguir prostitutas caribeñas, vino español, caviar iraní. Y, como en cualquier comunidad civilizada, el sistema impositivo se halla muy desarrollado: los presos tienen la obligación de contribuir al sostenimiento de las instituciones en la sombra de esta sociedad en miniatura para poder recibir privilegios como la atención médica o la seguridad personal. La cárcel, como la locura, es una lente de aumento; reproduce y magnifica las taras de la normalidad. Igual que afuera, adentro hay ricos y pobres, afortunados y menesterosos, inteligentes y estúpidos... El único problema es que, a diferencia de lo que ocurre en el exterior, no existe la menor posibilidad de disentir. Exacerbado, el poder carcelario recubre por completo las existencias individuales, aniquilando el libre albedrío. Se es gobernado todo el tiempo, sin piedad y sin tregua, por ese Gran Otro ante el que no existe defensa que valga. Por eso las prisiones resultan siempre inhumanas. Y por eso Cerro Hueco, quizás la peor de ellas, sea el último lugar del mundo al cual uno desearía ir a parar.

—Queremos verlo hoy mismo —le exigimos al señor secretario hace unas horas cuando nos reveló la supuesta culpa de Santiago—. No vamos a esperar a que lo torturen de nuevo, o algo peor...

El secretario esbozó otra de sus morosas sonrisas: una vez más se había adelantado a nuestros deseos —ya sostenía Weber que el poder es la capacidad para predecir la conducta de los otros—, y nos anunció que había hecho los arreglos necesarios para que viajásemos a Chiapas de inmediato.

—El presidente me ha instruido que ponga a su disposición una avioneta de la Procuraduría General de la República para que los traslade a la prisión de Cerro Hueco —repuso con suficiencia.

Al cabo de unas horas embarcamos en la pringosa avioneta que nos

conduce, a través de un cielo cínicamente blanco, al otro extremo del país. Las turbulencias y el viento que azotan los alrededores de Tuxtla Gutiérrez, la capital del estado —y que provocan la diaria cancelación de decenas de vuelos—, constituyen la perfecta metáfora de nuestro periplo. En cuanto aterrizamos, una patrulla nos conduce por una angosta carretera hasta las puertas del penal.

Nuestra llegada a Cerro Hueco resulta tan repentina que las autoridades ni siquiera han camuflado su deterioro. El director es un hombrecillo calvo y obsequioso que se niega a asumir la responsabilidad por las violaciones de derechos humanos que se producen a diario ante sus ojos. El licenciado Arévalo insiste en presentarse como una víctima de las circunstancias, un héroe anónimo cuyo penacho no se mancha pese a administrar los destinos de este pantano. Tras un saludo protocolario, nos invita a pasar a una oficina árida y desnuda, no muy distinta de una celda, que nos cuesta aceptar que sea la suya. Cauteloso, nos advierte que el gobernador le informó de nuestra visita hace apenas unos minutos.

—Como ustedes mismos podrán comprobar, el penal que me honro en dirigir sufre de profundas carencias. El sobrecupo rebasa el sesenta y siete por ciento —más que como un alcaide, se expresa como gerente de hotel—. Éste es nuestro principal problema, señores, pero ello no quiere decir que no tengamos otros, incluso más graves... Drogadicción, homosexualidad, violencia. Por eso celebro su venida. Tal vez ustedes sean capaces de atraer la atención de las autoridades estatales y, con un poquito de suerte, igual nos envían el dinero que hace falta para pagar el sueldo que le debemos a los custodios desde el mes pasado. —Para probarnos que no miente, el licenciado Arévalo camina de puntillas hasta un archivero y manipula una gruesa carpeta que nos entrega como si fuese su último libro de poemas. En todo momento busca demostrarnos que su actual encargo se halla muy por abajo de sus capacidades. Las estadísticas que nos exhibe resultan, en efecto, pavorosas: el sesenta por ciento de los internos son indígenas acusados por delitos relacionados con el reparto de la tierra o por diferencias religiosas (en los últimos años la comunidad evangélica se ha multiplicado debido a la acción de misioneros estadounidenses).

—La pobreza es la madre de todos los vicios —nos explica Arévalo como si pronunciara una frase genial—. En fin, que ustedes no han venido hasta acá sólo para atraer la atención de la prensa, ¿verdad? Pero mucho me temo que su viaje haya sido en balde. Me explico: yo no tengo ningún inconveniente, de verdad ninguno, en que se entrevisten con Santiago Lorenzo. El gobernador me ha dado instrucciones muy claras... Sólo hay un pequeño problemita, y es

que él se niega a hablar con nadie... Y nosotros no podemos obligarlo.

—¡Esto es increíble! —me exalto—. ¡Qué cinismo!

—No hay necesidad de gritar, señor mío, yo sólo les expongo la situación. No sé, como las pruebas son tan contundentes...

—¿Qué pruebas?

—Bueno, pues las declaraciones de los testigos. —Arévalo se aclara la garganta—. Se trata ni más ni menos que del primo y el cuñado del detenido. Y, desde luego, las propias palabras del indiciado. Pero bueno, a mí no me corresponde juzgarlo, sino al juez...

La farsa alcanza proporciones descomunales. ¡Imposible tolerar tanta impunidad!

—No nos iremos sin hablar con él —sentencia Monsiváis.

—Ya le dije que él no quiere hablar con nadie. ¿Qué puedo hacer yo? Hablen con su abogado...

—*Convénzalo* —le ordeno yo, enfático—, usted es el director de este lugar.

El hombre reflexiona unos segundos; la decisión ha sido tomada desde hace mucho, y no por él, pero necesita aparentar que nos hace un favor.

—De acuerdo, señores, veré qué puedo hacer —toma el teléfono y, con una voz meliflua, le da indicaciones a uno de sus esbirros—: González, lleva a Santiago Lorenzo a la salita C... Sí, a la C... Aunque se niegue... Sí... —Luego cuelga, y añade—: Lo único que voy a pedirles es que sólo entre uno de ustedes, son reglas de seguridad...

Tras un simulacro de votación, yo soy el elegido. A fin de cuentas conozco a Santiago mejor que los otros. Refunfuñando, el teniente González me deposita en la sala C. La escenografía no recuerda en nada a las películas: no hay vidrios translúcidos, ni interfonos, ni siquiera guardias armados en la puerta. Sólo un amplio galerón casi vacío. Al fondo, oculto entre las sombras, distingo una silueta humana. Es él.

Aníbal Quevedo, «El homicidio de Tomás Lorenzo, VI»,
Tal Cual, junio de 1989

Renuncia anunciada

México, D. F., 14 de agosto de 1989. Miguel Hinojosa Lara, responsable de proyectos especiales del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, presentó esta mañana su renuncia al cargo que ocupaba desde enero del presente año, según informó un boletín difundido por la oficina de prensa de esta dependencia. Hasta el día de ayer Hinojosa Lara se desempeñaba como responsable de coordinar el trabajo del Consejo con otras instituciones públicas y privadas. Hinojosa Lara fue uno de los organizadores del Coloquio de Verano «Las desventuras de la revolución», organizado junto con la UNAM y la revista *Tal Cual*. Hinojosa Lara sostuvo que su dimisión se debía a motivos estrictamente personales y que nada tenía que ver con los cuestionamientos realizados en su contra por un numeroso grupo de intelectuales encabezado por Octavio Paz.

La jornada, 15 de agosto de 1989

Peor libro del año

Meditaciones sobre Dulcinea, de Aníbal Quevedo (Ediciones Tal Cual, 1988). La verdad, no sé qué decir sobre este extraño libro. Sólo intuyo que, como todas las obras de su autor, ha de ser pésima.

Juan Pérez Avella, «Lo mejor y lo peor del año»,
Vuelta, diciembre de 1988

Entrevista con Josefa Ponce

JP. «Llegó la hora.» Aníbal no necesitó añadir nada más para que yo comprendiese su impaciencia. Como ya le he contado, señor, una especie de telepatía unía nuestros espíritus; yo era capaz de adivinar sus pensamientos antes de que él los formulara. Así ocurrió aquel 26 de junio de 1985; bastó aquel *llegó la hora* para que yo comenzase a planear nuestro regreso a México.

Tras la muerte de Foucault, Aníbal no resistió pasar ni un solo día más en París, esa ciudad que tanto había amado y que ahora se le revelaba como un populoso desierto. Pasear por los mismos barrios que frecuentaba en compañía de su maestro le parecía intolerable; necesitaba cancelar cuanto antes el dolor que le infligían los puentes del Sena, las aulas del Collège de France o los alrededores de Montparnasse. En menos de una semana hice todos los arreglos: compré los boletos de avión, organicé la mudanza, inicié los trámites necesarios para que Aníbal obtuviese un puesto de investigador en la Universidad Nacional e incluso adquirí la casa de Chimalistac que él habitó hasta el día de su muerte.

En cuanto llegó a la ciudad de México, Aníbal se dedicó en cuerpo y alma a poner en marcha el gran proyecto que habría de ocuparlo desde entonces: la creación de una revista que aglutinase lo mejor del pensamiento universal. En sus páginas debían convivir la crítica y la creación literaria, el psicoanálisis y la política, el arte contemporáneo y la ciencia; su objetivo era superar en valor y calidad a las demás revistas culturales que había en el país. Como solía pasar con las ideas de Aníbal, a mí me correspondió hacer el trabajo. Si bien para entonces él ya no era un desconocido, tampoco puede decirse que las puertas de la vida intelectual mexicana se nos abriesen de par en par. No obstante, la leyenda que circulaba sobre su cercanía con Foucault permitió que un pequeño círculo de admiradores lo considerara ya como un autor de culto y se sumase de inmediato a colaborar con nosotros.

A partir de entonces, Aníbal comenzó a recibir tanto la admiración de unos cuantos discípulos como el desprecio de la mayor parte de sus compañeros de generación. Esta esquizofrenia marcó de modo profundo sus últimos años, pues se sentía incapaz de distinguir a sus amigos de sus enemigos y de comprender quiénes lo miraban con respeto y quiénes con repudio.

Desafiando a los escépticos, *Tal Cual* nació una hermosa tarde de julio de 1985 después de una intensa conversación entre Aníbal y yo. Fue un día

memorable. Habíamos bebido un poco de champaña para celebrar su ingreso al Instituto de Investigaciones Filosóficas y de pronto nos descubrimos fraguando el índice del primer número. Aquí estábamos, Aníbal y yo solos, en esta misma sala, ebrios pero lúcidos, sentados sobre la alfombra, bosquejando los temas que darían inicio a esta nueva aventura... Perdón que me emocione, pero fue uno de los mejores momentos de mi vida... ¿Y le cuento algo? El nombre de *Tal Cual* se me ocurrió a mí. Aníbal prefería un término como *Vuelta o Nexos* —incluso barajó la posibilidad lúdica de llamarla *Revuelta*—, pero yo le advertí de que sería mejor evitar los modelos consabidos y dejar clara nuestra vinculación con la cultura francesa. Traducir el título de la publicación de Sollers nos pareció una idea tan simple como efectiva. Aníbal se mostró entusiasmado... Tanto, que no dudó en concederme la jefatura de redacción de la revista.

Al principio padecimos las sacudidas de cualquier empresa recién nacida: la indiferencia del público, la animadversión de la competencia, la irritación del poder. Pero, como en todos los desafíos que tomábamos, Aníbal y yo no nos dejamos amilanar. Juntos resistimos las peores tempestades, como cuando el gobierno se empeñó en aniquilarnos a causa de los artículos que publicamos sobre el terremoto del ochenta y cinco o, más adelante, cuando denunciábamos el fraude electoral del ochenta y ocho. En uno y otro caso salimos airoso. Desafiando a quienes anunciaban nuestra prematura desaparición, *Tal Cual* se ha mantenido contra viento y marea.

Nunca contemplé a Aníbal tan activo como en esa época; acaso porque había vuelto a su patria y necesitaba demostrar su tenacidad frente a la animadversión de la mayoría, se involucró en una infinita variedad de actividades. Su curiosidad no tenía límites, como lo demuestran los textos que publicó en esos años; por otro lado, no dejaba de recordar su época de activista y apoyaba todos los movimientos de protesta contra el gobierno del PRI, como el emprendido por las costureras o los maestros, lo cual no le impedía escribir análisis sobre arte contemporáneo o la columna que empezó a tener en *La Jornada*.

Igual que Carlos Monsiváis, con quien sostuvo una intensa amistad no exenta de controversias, Aníbal se volvió omnipresente; no había un solo libro escrito por un intelectual progresista que no contase con un epílogo suyo (los prólogos eran de Monsiváis) o una mesa redonda sobre psicoanálisis, democracia o derechos humanos en la cual no participara como moderador o ponente. A finales de 1987, Aníbal se había transformado en un ícono de la izquierda intelectual mexicana, un tótem capaz de guiar, gracias a su coherencia y a su honestidad, a esa naciente sociedad civil que se aprestaba a

tomar el control del país luego de tantas décadas de corrupción.

1988 fue un año definitivo tanto para México como para Aníbal. Como militante del Frente Democrático Nacional, se mantuvo al lado de Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo durante toda la campaña contra Salinas. Pocos intelectuales denunciaron con tanto ahínco las sucias maniobras del PRI y muy pocos se atrevieron a burlarse de Salinas con tanta ferocidad e inteligencia. Durante las semanas en que se jugó el futuro de nuestro país tras las elecciones —había cometido un verdadero golpe de Estado técnico—, la voz de Aníbal iluminó la resistencia democrática. Recuerdo que una vez, invitado a un programa de televisión para hablar sobre Lacan, no se tentó el corazón y arrojó sobre la mesa, ante los ojos de millones de indignados espectadores, un paquete lleno de boletas electorales quemadas. ¿Qué mejor prueba del gigantesco fraude electoral?

¿Y qué decir de su impecable labor como miembro de la comisión encargada de supervisar las investigaciones sobre la muerte de Tomás Lorenzo en Oventic? Siguiendo el ejemplo de Foucault, Aníbal viajó una y otra vez a Chiapas para entrevistarse con gente de la zona, empeñado en averiguar lo que había ocurrido. Los reportajes de ideas que escribió a partir de esta experiencia son verdaderos ejemplos de rigor, talento y entrega. Digan lo que digan, sus textos contribuyeron a despertar la conciencia de miles de personas respecto a la miseria que sufren las comunidades indígenas. Pero los mexicanos carecemos de memoria histórica y ahora ya nadie se acuerda de su valeroso desafío. Por eso su final resulta tan trágico. Lo que el poder hizo con él fue, con su perdón, una *chingadera*. A raíz de sus opiniones sobre el caso de los hermanos Lorenzo publicadas en *Tal Cual*, el gobierno priísta desató una brutal cacería en su contra y no tuvo empacho en acabar con su prestigio. Las instituciones represivas del Estado lo hostigaron hasta desquiciarlo... ¿Y sabe usted cómo reaccionaron sus colegas? En vez de defenderlo, se dedicaron a injurarlo, plegándose a los designios del poder. Así de simple: la izquierda y la derecha se aliaron para dejarlo solo, a merced del presidente. El cabrón no descansó hasta verlo arruinado, vilipendiado, escarnecido...

Por si fuera poco, esa mujer acabó de trastornarlo. La fascinación que Aníbal sentía por ella era enfermiza. Yo he revisado cientos de veces su correspondencia para tratar de comprender por qué la amaba, en vano. ¿Por qué la prefirió a ella? Dígamelo usted, señor. ¿Por qué? Disculpe el exabrupto. A veces no logro contener la irritación. ¡Si al menos lo hubiese sostenido cuando todo empezó a derrumbarse! Pero no, la infeliz no confió en él. Le prometió que lo sostendría hasta el final y no tardó siquiera una semana en dudar de su palabra. Yo, en cambio, siempre me mantuve a su lado. *Siempre*.

¿Sabe cuántos años soporté sus manías y sus cambios de humor? ¿Cuántos años lo cuidé? ¿Cuántos años estuve a su servicio? Toda la vida, señor. ¿Y sabe usted qué obtuve a cambio? *Nada*. Esa mujer me lo arrebató y, cuando se cansó de él, lo desechó para siempre.

Del cuaderno de notas de Aníbal Quevedo

¿Por qué de pronto todos me vuelven la cara? ¿Qué pueden saber ellos? Cualquier lector de *Tal Cual* puede comprobar que hemos mantenido nuestra independencia crítica sin cortapisas. Yo no he permitido un solo acto de censura. ¿No es ése nuestro mayor logro? Entonces, ¿por qué insisten en lincharme? Los mismos que antes me llamaban a diario para saber si yo podía publicar sus engendros —como ese Mario Montano— son los que ahora me lapidan. De pronto se revelan como almas puras, indignadas por mis *turbias maniobras*, cuando todo el mundo sabe que *ellos* han medrado con el poder desde hace décadas, que *ellos* se han aprovechado de sus conexiones políticas para obtener todo tipo de favores, que *ellos* cobran sueldos y compensaciones en varias secretarías de Estado y oficinas de gobierno a cambio de las notas que publican en los diarios. Lo que no logro entender es por qué la gente da crédito a sus calumnias. ¿Por qué los toman en serio y en cambio me impiden defenderme? La razón es muy simple: porque, en un país como el nuestro, un chivo expiatorio siempre resulta conveniente, distrae la atención y libera las energías negativas. Si al menos hubiese un árbitro que dijese: *el que esté libre de culpa que tire la primera piedra...*

* * *

Lo confieso: tengo miedo. Una cosa es criticar al demonio a la distancia, lanzándole dardos envenenados desde la cómoda atalaya de la crítica, y otra muy distinta penetrar en el interior mismo del Hades —de su conciencia— y retarlo a la cara. Lo hice, y ahora debo pagar las consecuencias. Si suspendí las sesiones de análisis fue porque no me revelaban nada que yo no conociese o sospechase de antemano —el gran misterio del poder radica, justamente, en su falta de misterio—, pero al hacerlo me he condenado a padecer su furia. Es mi culpa. No puedo decir que ignorase el peligro que me aguardaba —Claire me previno una y otra vez—: yo me obstiné en aceptar el reto y me dejé conducir hacia sus fauces. Es demasiado tarde para lamentarlo: la sutil maquinaria del poder se ha puesto en marcha. Una vez más se ha cumplido el maleficio. Ahora debo decidir qué hacer: pactar con él y traicionarme o resistir su ira hasta el final.

Michel Foucault, cínico

¿Es ésta la *verdad*? ¿Y éste soy *yo*? El círculo se cierra, forzado por una retórica de la pasión que me rebasa, y al fin regreso al punto de partida. ¿Habré traspasado tantas pruebas y tantos peligros sólo para volver a este lugar? Hace más de veinte años me interné por primera vez en los angostos pasillos de la Salpêtrière, convencido de que en sus sótanos habría de encontrar esa verdad que tanto anhelaba. ¿Cuál? La mía, por supuesto: la verdad de los anormales y los maniacos, la verdad de los locos y los delincuentes, la verdad de los rebeldes... Sepultado en sus archivos subterráneos, renové la condena de los infelices miembros de mi raza. Arrinconado por esas historias que también constituían mi historia, por esa infinita variedad de padecimientos, delirios, alucinaciones, procesos y muertes, me arriesgué a componer una imagen de mí mismo sin necesidad de recurrir a los tormentos de la confesión.

Ahora, tres décadas después, regreso para rendir cuentas ante el tribunal erigido por mí mismo en este sitio. ¡Resulta tan ridículo morir en primera persona! ¿Fallecer no significa extraviar ese pronombre que nos sobrepasa, abstenerse de juzgar y de opinar, olvidar los secretos que ni siquiera conocemos? Lo he repetido tantas veces que mi pánico se ha convertido en un lugar común: desconfío de los psicoanalistas y de los sacerdotes, de los preceptores y los maestros, de los médicos y de los políticos... Ellos no hacen otra cosa que gobernarte para que reveles por la fuerza lo que eres; asumiendo la vieja consigna que liga indefectiblemente el saber con el poder, pretenden *conocerte* para que luego sea más sencillo dominarte. ¡Cuidado! Los individuos ejemplares no son quienes se desnudan delante de los otros —exhibicionistas lamentables—, sino quienes se inventan a sí mismos. Por eso yo prefiero mantenerme al lado de esa infame turba compuesta por los locos, los criminales, los perversos. ¿No se trata de una enumeración bastante clara? ¿Por qué los escojo a ellos? ¿Por qué me siento tan bien al lado de los marginados y los tráfugas? La psicología no basta para explicar mis motivos; de nada serviría desenterrar los pecados de mi infancia, la ira de mis padres, la soledad de quien se asume diferente. Si lo pregunto no es para obtener una respuesta, sino para adivinar por qué he vuelto a este sitio y por qué me duele tanto el recorrido.

Conócete a ti mismo. La vieja consigna del oráculo de Delfos ha servido

de pretexto para animar un sinfín de búsquedas y de autobiografías: aléjate del mundo y de sus distracciones, olvida la ley y el universo de los otros y concéntrate en lo único que importa, en lo único que vale: *tu* verdad. Pensemos en Sócrates. ¿Qué hace el anciano filósofo al ser confrontado con este mandato? Pervierte a la juventud con sus consejos, dialoga con los otros, invoca la razón y la justicia... En vez de cumplir con el oráculo, trastoca sus consejos y, sin darse cuenta, funda la profesión de confesor. Sólo más adelante, cuando al fin decide enfrentarse con la muerte, es capaz de comprender, *in extremis*, que al traspasar esta última prueba —al aceptar su sacrificio—, cumplirá la sentencia dictada por los dioses. Sólo cuando bebe la cicuta, Sócrates se conoce a sí mismo. Algo similar le sucede a San Antonio en el desierto. El eremita abandona a sus semejantes y se interna en esa penosa ascesis porque piensa que allí, encima de esa arena ardiente que calcina sus talones y debajo de ese cielo impávido que apenas lo consuela, sofocado por el hambre y el calor, podrá encontrarse a sí mismo. Abandonado a su suerte, nadie escucha sus clamores ni perdona sus lamentos. Por eso se le aparece el demonio. Para escapar del infierno, necesita soportar su tortura para aproximarse a la verdad. Como el resto de los hombres, San Antonio sólo sabrá quién es luego de haber pecado.

Los cínicos, esos sabios desatendidos, lo entendieron todavía mejor. Según ellos, sólo quien se precipita en las tinieblas tiene derecho a atisbar la luz. Diógenes es la representación misma del rebelde, del hombre que nunca se somete y nunca se deja gobernar. Desnudo y rabioso, no duda en burlarse de Alejandro Magno, se masturba en la plaza pública, encomia el canibalismo y el incesto, y se entrega sin pudor al dominio de las furias... Diógenes es el loco: el hombre que renuncia al mundo y sólo se preocupa de sí mismo. Es el único filósofo que cumple cabalmente con el oráculo de Delfos. Como él, yo también he querido oponerme a los poderosos, desafiar las normas, someter mi cuerpo a los estragos del dolor, gozar en medio de las tinieblas, trascender los límites, rozar la lucidez al hundirme en la desmesura de la sinrazón. Después de mucho ensayar y practicar, reconozco que éste ha sido mi camino; no es bueno ni malo, pero es el mío, del que ya no me arrepiento y que ya no oculto. ¿Será ésta mi *verdad*? ¿Y éste seré *yo*? El círculo se cierra. ¿Habré traspasado tantas pruebas y tantos peligros sólo para volver a este lugar? Hace más de veinte años me interné por primera vez en los angostos pasillos de la Salpêtrière, convencido de que en sus sótanos habría de encontrar esa verdad que tanto anhelaba. ¿Cuál? La mía, por supuesto: la verdad de los anormales y los maniacos, la verdad de los locos y los delincuentes, la verdad de los rebeldes...

Aníbal Quevedo, «El último día, IV»,
Tal Cual, octubre de 1989

SIETE

Nota del director

El 26 de diciembre de 1988, unos meses después de las cuestionadas elecciones federales del año pasado, el líder cardenista chiapaneco Tomás Lorenzo fue asesinado en el municipio de Oventic, Chiapas. A invitación del nuevo Procurador General de la República, al día siguiente se creó una comisión de intelectuales con el objetivo de supervisar la investigación del caso. El 7 de abril de 1989, las autoridades locales del estado de Chiapas detuvieron a Santiago Lorenzo como presunto responsable del homicidio de su hermano. El 20 de mayo del presente, por mayoría de votos de tres contra uno, los miembros de la comisión decidimos disolver nuestro grupo de trabajo para permitir a las autoridades judiciales llevar a cabo su tarea sin presiones externas. Hacemos votos para que dispongan de completa libertad a la hora de dictar su veredicto.

Aníbal Quevedo, «El homicidio de Tomás Lorenzo, VII»,
Tal Cual, julio de 1989

Presidencia paga seis millones a Aníbal Quevedo

México, D. F., 1 de octubre de 1989. Según documentos que obran en poder de *Proceso*, el escritor y psicoanalista Aníbal Quevedo renunció a la comisión encargada de investigar el homicidio del militante cardenista Tomás Lorenzo tras haber recibido al menos seis millones de pesos de la presidencia de la República por una *asesoría* cuya naturaleza se desconoce. Asimismo, como revelan las fotografías publicadas por el diario *La Jornada* en días pasados, ha podido comprobarse que el director de *Tal Cual* ingresó por la puerta trasera a la residencia oficial de Los Pinos al menos en cuatro ocasiones a lo largo de las últimas semanas. Desde entonces, las dudas sobre los verdaderos motivos de su dimisión no han hecho sino incrementarse.

El diputado cardenista Luciano Mendoza, quien hace unas semanas solicitó al Congreso una investigación exhaustiva de este asunto, afirma que las relaciones entre Quevedo y el presidente resultan «antinaturales, confusas, ambiguas, oscuras, tenebrosas e ilícitas». En su opinión, la sociedad civil merece conocer el contenido de sus conversaciones. «No deja de resultar perturbador que un intelectual de izquierda se olvide de pronto del asesinato de uno de nuestros militantes», apuntó, «y luego descubramos que no sólo visita al presidente a la medianoche —lo cual bastaría para despertar incontables suspicacias—, sino que recibe enormes cantidades de dinero de su *amigo*. Con toda energía, yo pregunto: ¿qué diablos esconden esos dos?».

Proceso, 6 de noviembre de 1989

Entrevista con Carlos Monsiváis

—¿Usted le creyó?

CM. ¡Desde luego! Quevedo era mi amigo y poseía una integridad sin límites. No tenía por qué dudar de su palabra. Al salir de la celda de Santiago se le veía descompuesto. De inmediato le pregunté qué ocurrió y él me respondió, devastado, que éste se había negado a hablar con él. Así, sin más. Desde luego, debieron torturarlo...

—¿Y entonces por qué se disolvió el grupo? ¿No hubiese sido más lógico continuar presionando a las autoridades para asegurarse de que Santiago tuviese un juicio justo?

CM. Ésa era mi opinión, pero no logramos ponernos de acuerdo. Al final, terminamos por aceptar que nuestra actuación como grupo había dejado de ser útil. Así que decidí proseguir la lucha en solitario.

—¿Y a usted no le pareció extraño que alguien tan comprometido como Quevedo abandonase la causa de manera tan repentina?

CM. Ya se lo dije, la comisión resultaba inoperante. Estoy seguro de que Aníbal estaba decidido a continuar defendiendo a Santiago, pero entonces se desataron todas las acusaciones en su contra. Para ayudar a Santiago, antes necesitaba limpiar su propio nombre.

—Usted no piensa que Quevedo recibió presiones para detener la investigación.

CM. ¡Claro que no! El gobierno intentó desacreditarlo y no descansó hasta verlo destruido. Su ánimo se quebró. Yo no puedo decir si en realidad mantenía una estrecha relación con el presidente, pero sí que Aníbal jamás se hubiese vendido. Aún pienso que fue víctima de una conjura tramada desde las más altas esferas del poder.

Del Diario inédito de Christopher Domínguez

Miércoles, 8 de noviembre de 1989

No deja de resultar prosaico —y, debo decirlo, doloroso— que la caída en desgracia de Aníbal Quevedo coincida con la agitación que reina en el imperio soviético y que parece anunciar el fin del comunismo totalitario. Después de más de setenta años de gobernar las mentes de miles de individuos en todo el mundo —de animar toda suerte de utopías que pronto se revelaron como minúsculos infiernos—, la idea revolucionaria vive sus últimos momentos. En este corto siglo que se extiende entre el triunfo de Lenin y las reformas de Gorbachov, la izquierda revolucionaria no sólo aglutinó las esperanzas de libertad y de justicia social de miles de personas, sino que constituyó el espacio natural de la intelectualidad crítica. Ahora esta tradición está a punto de fenecer. Tras más de setenta años de locura, el mundo se apresta a volver a la razón.

Tal vez eso le ocurrió a Aníbal Quevedo. O, más bien, a quienes contemplamos su caso con una mezcla de satisfacción y pena, de melancolía y horror: el intelectual paradigmático de la izquierda mexicana no es más que un hombre común. Un pobre hombre. Y entonces todos gritamos con sadismo: *¡El rey está desnudo!* ¡Quevedo no es un prócer ni un alma inocente! ¡Quevedo no tiene la conciencia limpia! Al exhibir sus vicios y sus mentiras sus adversarios demostramos que, a pesar de su discurso heroico, su apego a las causas nobles y su honestidad a toda prueba, Quevedo siempre aceptó la disimulada y ubicua corrupción que caracteriza a nuestro sistema político.

En México sólo se puede ser intelectual crítico si se participa en alguna medida en las estrategias del poder. Únicamente quien conoce los entretelones del sistema —y quien se aprovecha de sus beneficios— cuenta con las armas necesarias para mostrarse como un rebelde y ser tomado en serio por la opinión pública. Los auténticos *outsiders*, los verdaderos iluminados no tienen cabida en nuestra sociedad: a la larga se convierten en enemigos públicos, en caudillos, en dictadores, en guerrilleros o, en el peor de los casos, en simples criminales. Por ello, resulta difícil saber si Quevedo en verdad mantenía una relación íntima con el presidente, si aceptó sobornos del gobierno o si fue víctima de una conspiración; lo único cierto es que, olvidando su

independencia, se convirtió en parte indispensable de la maquinaria que tanto se empeñaba en demoler.

¿Cuál es su culpa? ¿Tratar de mejorar el ánimo del presidente y recibir a cambio un pago exagerado? De acuerdo con la información publicada por *Proceso*, las cantidades son realmente exorbitantes. Se trata, sin duda, de una fuente de sospechas. ¿De un delito? En todo caso, de una falta moral. Ése es el problema: a nadie le extrañaría que otro intelectual mantuviese una relación íntima con nuestro *primer mandatario* —de hecho, decenas de escritores y académicos visitan Los Pinos con más frecuencia que Quevedo—, pero que un hombre de izquierdas guarde esta cercanía resulta imperdonable.

Como decía antes, no deja de resultar prosaico —y doloroso, incluso para un antiguo comunista como yo— que la caída de Aníbal Quevedo coincida con la debacle del socialismo real. He tratado de compartir mi desconsuelo con otros colaboradores de *Vuelta*, pero sólo Paz —viejo compañero de ruta— comparte mi desasosiego. La historia de este siglo es la historia de una gigantesca decepción. Su ruina representa el ansiado fin de la locura. Después de incontables esfuerzos, se ha podido comprobar que, como muchos de nosotros habíamos advertido, la revolución fue un fiasco. Detrás de sus buenos deseos, su ansia de mejorar el mundo y su pasión por la utopía, siempre se ocultó una tentación totalitaria. *Siempre*. Cada vez que la izquierda se aproximó al poder, fuese por vías democráticas o revolucionarias, demostró su incapacidad para gobernar, sus taras ideológicas y su tendencia hacia la corrupción. Acaso la derecha no sea mejor —de hecho, es *mucho* peor—, pero al menos no intenta engatusarnos con sus baños de pureza.

Lo admito: debería estar feliz porque el Muro de Berlín está a punto de derrumbarse, y sin embargo me sacude un repentino escalofrío. Aunque reconozco que la izquierda revolucionaria es una mierda, no dejo de lamentar su defunción. Temo que, si llegase a desaparecer por completo, me sentiría más solo, más huérfano, más desprotegido. Desprecio a todos esos farsantes que lucraron en nombre de unos ideales en los cuales ya no creían, y al mismo tiempo los compadezco. Tal vez porque, aunque nunca me atrevería a confesarlo, su delirio continúa siendo la mejor parte de mí.

Entrevista con Julio Aréchiga

—¿Usted piensa que Quevedo le mintió a los demás miembros de la Comisión?

JA. A la luz de lo que ocurrió después, ésa es mi conclusión. Tal vez nunca sepamos lo que Santiago Lorenzo le dijo a Quevedo ese día, pero no me cabe duda de que él nos engañó.

—¿Por eso usted tuvo la iniciativa de disolver el grupo?

JA. ¿Qué caso tenía mantener un equipo en donde no podíamos confiar los unos en los otros? Era una pérdida de tiempo y de dinero para la nación. Resultaba mucho mejor dejar que los jueces actuaran imparcialmente.

—¿Usted cree entonces que en esos momentos Quevedo actuó con parcialidad?

JA. Eso me temo. O al menos eso se colige de las posteriores acusaciones en su contra. Son demasiadas coincidencias, ¿no le parece? Quevedo abandonó la causa y unos meses después la prensa develó que había recibido sumas millonarias por parte de ese gobierno al cual tanto criticaba. Creo que los hechos hablan por sí mismos...

Peor libro del año

El fin de la locura, de Aníbal Quevedo (edición a cargo de Jorge Volpi, Seix Barral, 2003). Lo que nos faltaba: un Quevedo póstumo. Como si no tuviésemos bastante con los libros que publicó a lo largo de cuatro décadas, ahora el *doctor* Volpi nos entrega este remiendo. Sólo a un escritor tan mediocre podía interesarle recopilar y anotar los textos inéditos del psicoanalista mexicano fallecido en 1989; no cabe duda de que el mercado sigue dominando nuestra pobre vida intelectual, sobre todo en estos tiempos de intensa —y estéril— globalización. En este contexto, Volpi se empeña en mostrar a Quevedo como un «precursor incomprendido» cuando en realidad nunca fue más que un simple agitador sin peso intelectual.

Sus editores anuncian este mamotreto como «un libro francés escrito en español». Quizás sea porque reúne clichés de una y otra lengua en cada párrafo. Por enésima vez, asistimos al relato de la azarosa vida de un escritor latinoamericano de izquierdas en París que nos conduce, tras una serie de aventuras a cual más inverosímil, hasta su forzado regreso a México, donde se realiza una obvia —y engañosa— crónica de nuestra vida política y cultural. Se requeriría una paciencia ilimitada para establecer qué capítulo es peor: el psicoanálisis de Fidel Castro (!), la torpe incursión de Quevedo en el Chile de Allende —compararlo con el espléndido *Nocturno de Chile* de Roberto Bolaño sería un insulto a la inteligencia—, su encuentro filosófico en la Selva Lacandona con el ineludible subcomandante Marcos o sus mezquinos retratos de figuras señeras de nuestras letras. Para colmo, el autor piensa que al incluirme como personaje de su libro —con un nombre que no es el mío, por supuesto— logrará ahuyentar mis estocadas. Todo ello aderezado, eso sí, con pésimas dosis de humor negro, chistes obscenos, guiños a sus amigos, vanas comparaciones con Cervantes —su desmesura no tiene límites— e insufribles guiños metaliterarios que sólo acentúan la confusión que reina en sus páginas. Por si fuera poco, la pésima edición de Volpi en nada ayuda a apreciar el estilo de Quevedo.

¿Qué pretende el autor de un libro como éste? ¿Realizar un balance de ese lamentable error de cálculo que conocemos como izquierda? La grandilocuencia del proyecto está a la altura de su fracaso. Quien tenga el descuido de adentrarse en sus páginas no saldrá más sabio ni menos aburrido, sólo más decepcionado. Decepcionado por el escaso interés del libro, por el

patético final de su personaje y por todos esos ilusos que alguna vez trataron de cambiar al mundo. A la inversa del Cid, Aníbal Quevedo sigue perdiendo batallas después de muerto. Por fortuna, *El fin de la locura* es su última derrota. A menos que un desocupado lector desempolve otro manuscrito de su archivo. Tras dos décadas de combatirlo, casi desearía que así fuese.

Juan Pérez Avella, «Lo mejor y lo peor del año»,
El Ángel de Reforma, 30 de diciembre de 2003

Entrevista con Josefa Ponce

JP. Todo era mentira, señor. Una gigantesca conjura condujo a Aníbal a la muerte. ¡Espero que esos buitres estén satisfechos! Las desgracias se precipitaron sobre él como una catarata. En octubre se produjo el escándalo de la asesoría al presidente y se hizo público el abrupto fin de la comisión encargada de investigar el homicidio de Tomás Lorenzo. Estos dos hechos no tenían nada que ver entre sí, pero su malhadada coincidencia desató las peores sospechas y los innumerables enemigos de Aníbal no tardaron en aprovecharlas. Fue espantoso, señor. Lo acusaron de venderse al gobierno, de traicionar a sus lectores, de convertirse en uno más de los cortesanos del presidente... Siempre sucede lo mismo en este país: la verdad no importa, lo único que interesa son las conspiraciones, los rumores, los chismes baratos. Éste es el paraíso del amarillismo y la nota roja. Basta que a un chiflado se le ocurra calumniar a alguien para que se desate una tormenta y, en vez de exigirle al acusador que aporte pruebas, como ocurriría en cualquier nación civilizada, aquí es el acusado quien debe demostrar su inocencia...

Como usted sabe, el diputadito ese nunca comprobó que Aníbal tuviese tratos ilegales con el presidente, y sin embargo la opinión pública no guarda memoria de esta *calumnia*, señor, sino de la supuesta deshonestidad de la víctima, es decir, de Aníbal. ¡Increíble! Vivimos en un mundo al revés: las buenas conciencias premian a los culpables y denigran a los inocentes.

Todas las acusaciones eran falsas. Si Aníbal votó por disolver la comisión, no fue para plegarse a los designios del poder, sino porque realmente le pareció lo más conveniente. Él jamás claudicó en su defensa de las comunidades indígenas de Chiapas; al contrario, fue uno de los primeros en alzar su voz para denunciar la marginación y la miseria reinante en esa remota zona de nuestro país; entonces las autoridades lo tacharon de mentiroso y la izquierda, de exagerado. A unos años del inicio del alzamiento zapatista, se ha comprobado que Aníbal tenía la razón. Ahora resulta muy sencillo mostrarse al lado de los subversivos —baste contemplar las irritantes fotografías de Claire y *madame* Mitterrand con el subcomandante Marcos—, pero en 1989 los textos de Aníbal no sólo eran premonitorios, sino arriesgados.

No me extraña que desde su muerte se me considere *persona non grata* en los círculos de izquierda: no puedo dejar de señalar que sus antiguos compañeros de ruta fueron los primeros en vilipendiarlo. Aún hoy en día se

comportan como estalinistas y, como si el Muro de Berlín no se hubiese derrumbado, procesan a todos aquellos que no comparten sus ideas. Nunca se dieron cuenta de que la guerra fría terminó y de que ellos fueron los perdedores. ¡Imbéciles! No es mi culpa que, a diferencia suya, nosotros sí hayamos sabido adaptarnos a las nuevas circunstancias. En fin, poco importan sus ladridos. Lo único que lamento es que Aníbal se haya sentido tan solo al final de sus días, despreciado y humillado por sus camaradas.

¿Y ahora me pregunta cómo me siento yo, señor? Han pasado varios años desde la desaparición de Aníbal y aún no acepto que ya no se encuentre entre nosotros. Mi trabajo en la revista y en la Fundación me permiten distraerme un poco, pero no dejo de pensar en él un solo día. El dolor me devora las entrañas. ¿Sabe? Aníbal era todo para mí, y yo era todo para él: su secretaria, su factótum, su confidente e incluso algo más que su amiga... De nada serviría negarlo, señor; siempre que regresaba a casa, destrozado a causa de los desplantes de esa mujer, yo siempre estuve allí, dispuesta a consolarlo... Él nunca reconoció el trato carnal que nos unía, pero en realidad formábamos una auténtica pareja. Aníbal fue el único hombre de mi vida, y yo fui su única mujer... *La única*, ¿lo entiende?

¿Sabe cómo supe que él me amaba? Cuando descubrí todo lo que había hecho para arruinar mi relación con Louis. Nunca se lo reproché, al contrario, me pareció una clara prueba de su afecto. Aunque jamás lo reconoció, Aníbal no toleraba la idea de que alguien más se me acercase; era lógico, pues, que yo tampoco soportase su pasión por esa mujer. Ella no lo merecía. Usted lo sabe: Claire era —y es— insoportable. *Y nunca lo quiso*. No siento ninguna culpa por haberla apartado de su lado... Le juro que, si le mostré los archivos de Aníbal, fue para que comprobase que él había sido recto hasta el final. Pese a las acusaciones de sus enemigos, ante todo él era un psicoanalista y se obstinó en mantener el secreto profesional a que estaba obligado aun si ello lo perjudicaba. Jamás imaginé que ella fuese a sustraer los recibos y menos aún que tuviese el descaro de entregárselos a la prensa. ¿Lo ve? Durante veinte años el miserable Aníbal no hizo otra cosa que demostrarle su fidelidad y, cuando él más la necesitaba, ella lo traicionó.

Desde luego, resulta imposible saber lo que ocurrió aquella tarde. Aníbal estaba dispuesto a cualquier cosa para demostrarle su inocencia. Una palabra de esa mujer hubiese bastado para salvarlo, ¡y la infeliz se la negó! A estas alturas no tiene sentido discutir si Aníbal falleció a causa de un accidente o si se trató de un suicidio. En lo que a mí concierne, esa mujer lo asesinó. Y, no contenta con ello, ni siquiera tuvo el valor de afrontar las consecuencias. Protegida por esas organizaciones no gubernamentales que supuestamente

velan por los derechos humanos, abandonó el país en compañía de su hija ante la complicidad de las autoridades. Yo no tengo dudas. ¡Esa mujer debe pagar por su muerte!

Duelo por el psicoanalista Aníbal Quevedo

México, D. F., 11 de noviembre, 1989. La trágica muerte de Aníbal Quevedo, ocurrida el pasado 10 de noviembre, continúa provocando reacciones encontradas en la sociedad mexicana. Mientras algunos lo acusan de ser no sólo un impostor sino un delincuente, otros lo consideran uno de los intelectuales mexicanos más importantes del siglo XX.

[...] Al entierro celebrado el día de ayer en el Panteón Jardín de esta ciudad asistieron numerosas personalidades del mundo cultural y político del país, así como el propio presidente de la República, quien, según algunos rumores, recibió atención profesional por parte del fallecido psicoanalista. En una declaración ante los medios, éste no vaciló en afirmar que el doctor Quevedo fue «uno de los hombres más valientes y honestos del país».

[...] Al término de la ceremonia, el director del Fondo de Cultura Económica, el ex presidente Miguel de la Madrid, anunció la publicación de las obras completas de Quevedo, cuya edición en ocho volúmenes estará a cargo de Christopher Domínguez, crítico literario de la revista *Vuelta*.

La Jornada, 12 de noviembre de 1989

Memorándum del 22 de diciembre de 1989

De: Josefa Ponce, directora

Para: Consejo editorial

Una vez superados los trágicos acontecimientos de estas semanas, quiero agradecer el voto de confianza por el cual me han conferido la responsabilidad de dirigir la revista *Tal Cual*. Vislumbro mi labor como la continuación natural de los ideales de nuestro añorado Aníbal; su lucha no quedará trunca y, como responsable de esta nueva época, me comprometo a preservar la honestidad, la rebeldía y la capacidad crítica que siempre lo caracterizaron. Para lograrlo, no podemos conformarnos con seguir la inercia del pasado; por ello, he invitado al crítico literario Christopher Domínguez para que se haga cargo de la jefatura de redacción. La primera tarea que llevaremos a cabo será modernizar el diseño y el contenido de nuestra revista. De este modo, hemos decidido aumentar las páginas dedicadas a la literatura y al arte contemporáneo —las dos grandes pasiones de nuestro fundador— aun a riesgo de reducir un poco el carácter político de *Tal Cual*. Desde luego, ello no significa limitar nuestra independencia, sino consagrar nuestras energías a una tarea que nos parece más urgente: contribuir a profesionalizar la crítica en nuestro país.

Para concluir, también debo informar a ustedes que el presidente de la República ha tenido a bien designarme como presidenta de la nueva Fundación Quevedo. Como ustedes saben, la principal misión de este organismo consistirá en administrar la biblioteca y los archivos de nuestro fundador, así como en contribuir a la difusión y el estudio de su obra. Por ello les recuerdo que, a fin de preservar al máximo su memoria, a partir de este día la reproducción de cualquier página redactada por él deberá contar con el visto bueno de la Fundación. Como muestra de algunas de las actividades que llevaremos a cabo a lo largo de los próximos meses, baste mencionar que en mayo se celebrará el coloquio «Octavio Paz y Aníbal Quevedo» y en septiembre se darán a conocer los ganadores del I Premio de Crítica de Arte Conceptual *Tal Cual*.

Declaración de hechos

Siendo las 07:15 horas del día 11 de noviembre de 1989 compareció ante mí, Lic. Gerardo Laveaga Rendón, agente del Ministerio Público número cuarenta y dos, la c. Claire Bermont [sic], de nacionalidad francesa, con número de pasaporte 39879848-A, para rendir su declaración de hechos como testigo de la muerte del c. Andrés Aníbal Quevedo Cifuentes, acaecida a las 05:20 horas de este mismo día en su domicilio ubicado en la calle Galeana, 35, colonia Chimalistac. La declarante sostiene que a lo largo de los últimos veinte años mantuvo una estrecha relación con el hoy occiso, con quien estaba a punto de mudarse en compañía de su hija. La testigo asegura que durante las últimas semanas el hoy occiso se había visto atribulado por una serie de problemas relacionados con su trabajo y que por tal motivo se encontraba en un estado de gran irritabilidad. A partir del mes pasado, la declarante comenzó a sospechar que las relaciones que el hoy occiso mantenía con el gobierno y por las cuales era duramente cuestionado por la prensa tenían un fundamento real. La declarante afirma haber hecho caso omiso de las acusaciones y haber proseguido con sus planes de mudanza. Sin embargo, la declarante sostiene haber descubierto documentos que comprometían la honestidad del hoy occiso, si bien se niega a revelar el contenido de dichos materiales hasta ser asesorada por su abogado. La declarante asevera que, tras recibir una llamada telefónica del hoy occiso, aceptó visitarlo en su casa. Según la declarante, cuando se presentó en el domicilio del hoy occiso, cerca de las cinco de la tarde, éste se hallaba presa de una enorme agitación, le temblaban las manos y tenía la voz quebrada. Cuando la declarante intentó tranquilizarlo, el hoy occiso se mostró sumamente agresivo. La declarante creyó detectar en el hoy occiso un estado de «angustia paranoica», si bien confiesa no poseer la formación psicológica necesaria para avalar su dicho. Luego de discutir acaloradamente durante una media hora, la declarante intentó marcharse para evitar que la pelea tuviese mayores consecuencias; el hoy occiso la retuvo empleando violencia física. La declarante asegura que el hoy occiso bloqueó la salida y la obligó a quedarse amenazándola con un revólver. La declarante confiesa que, a lo largo de las diez horas siguientes, el hoy occiso la forzó a escuchar el minucioso recuento de su vida. «Era como si tuviera la necesidad de confesarse», apunta la declarante. Según su testimonio, el hoy occiso estaba empeñado en convencerla de su inocencia frente a las acusaciones de

corrupción publicadas en su contra. En palabras de la declarante, el hoy occiso se hallaba «totalmente obsesionado» con la idea de que ella aceptase «su verdad». No obstante, en opinión de la declarante, el hoy occiso no mostraba signo alguno de locura; por el contrario, le pareció «más lúcido que nunca». Según ella, lo que ocurrió a continuación le resulta muy difícil de explicar debido al estado de excitación a que estaba sometida. Hay que recalcar que, durante muchos años, la declarante ha sufrido diversos padecimientos de índole neurológica que afectan su memoria. La declarante sólo recuerda que, aprovechando un momento de descuido del hoy occiso, ella intentó escapar de su vigilancia, corriendo hacia la puerta de salida; éste se abalanzó sobre ella y logró detenerla. Ambos comenzaron a forcejear y, acaso debido a un golpe en la cabeza, la declarante alega haber perdido el conocimiento; cuando recobró el sentido, descubrió el cuerpo del hoy occiso en el suelo, inmóvil y sereno, con los ojos abiertos mirando al techo. Tras superar la conmoción, la declarante llamó a la policía.

Averiguación previa 4.^a/354/736/89

Carta de Claire

Ciudad de México, 9 de noviembre de 1989

Aníbal:

Te escribo estas líneas unas horas antes de abordar el avión rumbo a París. Al principio creí que resultaría menos doloroso marcharnos en silencio, sin explicaciones ni arrebatos —Anne comenzaba a encariñarse contigo—, pero he terminado por ceder a los remordimientos: la idea de confrontarte de nuevo con mi ausencia se me hizo de pronto insoportable. Dejar esta carta sobre tu escritorio tampoco será fácil: aunque nunca me atreví a reconocerlo, en el fondo siempre confié en que el futuro sería nuestro. Ebria de mi propia voluntad, caprichosa e irresponsable, durante años me dediqué a prolongar nuestro deseo, a demorarlo, a posponerlo con la secreta esperanza de que más adelante, cerca de la vejez o de la muerte, dispondríamos de una última oportunidad para nosotros. ¡Qué estupidez! El futuro está aquí y, en contra de mis expectativas, sólo conseguimos lastimarnos. Para colmo, no supe preservar mi independencia y me arriesgué a poseerte. Sorprendido, tú mismo me preguntaste la razón: ¿por qué ahora, por qué después de tantos años, por qué al cabo de tanto dolor? No lo sé, o no quiero saberlo: tal vez porque atisbé nuestro final. Ahora reconozco mi error: nunca debí renunciar a mi trabajo en África para venir a México; sabía que atravesabas una situación difícil y que necesitabas mi apoyo, pero nunca imaginé que las pruebas en tu contra fuesen a socavar mi confianza en tu sinceridad. Gracias a ellas comprendí, Aníbal, que no eres distinto de los otros. No sé si tu connivencia con el poder es voluntaria o producto de un desliz o una conjura: simplemente no tolero la posibilidad de que hayas transigido. Tal vez si me quedase a oír tu versión de los hechos terminarías por convencerme de que, para sobrevivir en un sistema como el mexicano, no te quedó otro remedio que someterte a sus reglas. Por eso me niego a escucharte. Recuerdo tus últimas palabras: «Tengo el juicio libre y claro», me dijiste. Y luego: «Me gustaría que la gente sepa que mi vida no ha sido mala, que no soy un loco ni un ladrón, que no me he vendido, pero hay demasiados cabos sueltos, demasiadas personas involucradas, demasiados intereses, debo actuar con prudencia. Ya no son los mismos tiempos de antes, Claire, cuando éramos jóvenes y creíamos en la revolución. Ahora, para seguir adelante y preservar nuestra lucha, debemos ser realistas.» Cuando concluiste

me asaltó una infinita desazón; sin darte cuenta, acababas de renegar de tus ideales, de esos ideales por los que combatimos desde hace más de veinte años: en vez de atacar, te defendías; en vez de resistir, negociabas... No me malinterpretes: acaso tu decisión sea razonable, pero me niego a compartirla. Yo soy la desquiciada, la violenta, la rebelde, ¿lo recuerdas? Oigo voces. Siempre me mantengo en pie de guerra. Y nunca transijo. Lo siento, Aníbal: a diferencia de ti, yo no pienso renunciar a la locura.

Claire

Atlanta, enero, 2000 — París, enero, 2003

Tabula gratulatoria

La escritura de este libro hubiese sido imposible sin Blanca, cuyo aliento le dio vida a las palabras.

Asimismo, quiero agradecer el apoyo, los consejos o la complicidad que me otorgaron las siguientes personas: Jesús Anaya, Sylvie Audoly, Basilio Baltasar, Guillermo Cabrera Infante y Miriam Gómez, Maricarmen Cárdenas, Ricardo Chávez Castañeda, Sandro Cohen, Adrián Curiel y Carolina de Petris, Aura E. Curiel, Christopher Domínguez Michael, Fabienne Dumontet, Benita Edzard, Carlos Fuentes y Silvia Lemus, Luis García Jambrina, Celina García Keller, Adolfo García Ortega, Nahir Gutiérrez, Pere Gimferrer, Robert Goebel, Claude Heller y Adela Fuchs, Vicente Herrasti, Gabriel Iaculli, Antonia Kerrigan y Ricardo Pérdigo, Luis Lagos, Gerardo Laveaga, Paty Mazón, Florence Olivier, Ignacio Padilla y Lili Cerdio, Pedro Ángel Palou e Indira García, Sergio Pitol, Elena Ramírez, Tomás Regalado, Carmen Ruiz Barrionuevo, Guillermo Sheridan y Aurelia Álvarez Urbajtel, Martín Solares y Mónica Herrerías, René Solís, Eloy Urroz y Lety Barrera, Andrew Wylie y mi hermano Alejandro.

Debo a mi psicoanalista, Viviana Saint-Cyr, mi acercamiento crítico a la obra de Jacques Lacan, así como muchas de estas páginas. A Ana Pellicer, su imborrable amistad y haber compartido conmigo su valiosa investigación sobre la *intelligentsia* cubana de los sesenta. Y a Guadalupe Nettel, su paciencia a la hora de corregir la última versión de este manuscrito.

Mi estancia como *Visiting Writer* en la Universidad de Emory, en Atlanta, me permitió llevar a cabo buena parte de la investigación necesaria para esta obra, por lo cual agradezco a Carlos Alonso, Carl Good, Ricardo Gutiérrez Mouat, Rocío Rodríguez y mis demás colegas del Departamento de Español la hospitalidad que me brindaron durante la primavera del 2000. De igual modo, expreso mi reconocimiento a Leticia Clouthier y a mis compañeros del Instituto de México en París, sin cuyo esfuerzo jamás hubiese encontrado las horas para concluir este proyecto.

Me gustaría mencionar aquí que el poeta Tomás Segovia tradujo a gran

parte de los estructuralistas franceses para la Editorial Siglo XXI de México, entonces encabezada por Arnaldo Orfila, lo cual permitió que sus obras fuesen conocidas en español muy poco tiempo después de ser publicadas en francés.

Por último, no puedo dejar de citar algunos de los *textos* que me guiaron hacia este texto:

Jorge Aguilar Mora, «Sobre cómo Aníbal Quevedo irrumpió una tarde en el seminario de Roland Barthes», *unomásuno*, 14 de noviembre, 1989.

Jean Allouch, *Marguerite ou l’Aimée de Lacan*, EPEL, París, 1990.

Louis Althusser, *L’Avenir dure longtemps* y *Les faits*, Stock-Imec, París, 1992.

—, *Lettres à Franca*, Stock-Imec, París, 1998.

—, *Lire «Le Capital»*, Maspero, París, 1965.

—, *Écrits sur la psychanalyse*, Stock-Imec, París, 1993.

—, *Écrits philosophiques et politiques*, 2 volúmenes, Stock-Imec, París, 1994-1995.

—, *Pour Marx*, Maspero, París, 1965.

Didier Anzieu (Épistemon), *Ces idées qui ont ébranlé la France*, Fayard, París, 1968.

—, *Une peau pour des pensées*, entrevista con G. Tarrab, Clancier-Génaud, París, 1986.

Julio Aréchiga, «Las elecciones del 6 de julio de 1988 fueron las más limpias de la historia», *Excélsior*, 20 de julio, 1988.

Félix de Azúa, «Albert Girard y el fin del Arte», *El País*, 18 de mayo, 2003.

Basilio Baltasar, ed., *Aníbal Quevedo ante la crítica*, Bitzoc, Mallorca, 2003.

Jorge Baños Orellana, *L’écritoire de Lacan*, EPEL, París, 2002.

Roland Barthes, *CEuvres complètes*, Éric Marty, ed., 3 volúmenes, París, Seuil, 1993.

Jean Baudrillard, *Oublier Foucault*, Galilée, París, 1977.

Maurice Blanchot, *Michel Foucault tel que je l’imagine*, Fata Morgana, París, 1986.

Christophe Bourseiller, *Vie et mort de Guy Debord*, Plon, París, 1999.

Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada de Martín Romana*, Anagrama, Barcelona, 1994.

Louis-Jean Calvet, *Roland Barthes*, Flammarion, París, 1990.

Ricardo Chávez Castañeda, *Yo fui alumno de Aníbal Quevedo*, ENEP-Acatlán, México, 2003.

Catherine Clément, *Vie et légendes de Jacques Lacan*, Grasset, París, 1985.

Roger Crémant (Clément Rosset), *Les Matinées structuralistes*, Laffont, París,

1969.

- Guy Debord, *La société du spectacle*, Bouchet-Chastel, Paris, 1967.
- Gilles Deleuze, *Foucault*, Éditions de Minuit, Paris, 1986.
- , *Présentation de Sacher-Masoch*, Éditions de Minuit, Paris, 1967.
- , et Félix Guattari, *L'Anti-Œdipe*, Éditions de Minuit, Paris, 1972.
- François Dosse, *Histoire du structuralisme*, 2 volúmenes, La Découverte, 1992.
- Oswald Ducrot, *Qu'est-ce que le structuralisme? Linguistique*, Seuil, Paris, 1968.
- Fabienne Dumontet, «*Tel Quel et Tal Cual*», *Le Monde des livres*, Paris, 8 de octubre, 2003.
- Pascal Dumontier, *Les Situationnistes et Mai 1968*, Gérard Levoicci, Paris, 1990.
- Didier Eribon, *Michel Foucault*, Flammarion, Paris, 1989.
- , *Michel Foucault et ses contemporains*, Fayard, Paris, 1994.
- Michel Foucault, *Histoire de la folie à l'âge classique*, 2a. ed., Gallimard, Paris, 1972.
- , *Les mots et les choses*, Gallimard, Paris, 1966.
- , *L'Archéologie du savoir*, Gallimard, Paris, 1969.
- , *L'ordre du discours*, Gallimard, Paris, 1971.
- , *Moi, Pierre Rivière, ayant égorgé ma mère, ma sœur et mon frère...*, Gallimard-Julliard, Paris, 1973.
- , *Surveiller et punir*, Gallimard, Paris, 1975.
- , *La volonté de savoir*, Gallimard, Paris, 1976.
- , *Le souci de soi*, Gallimard, Paris, 1985.
- , *L'usage des plaisirs*, Gallimard, Paris, 1985.
- , *Dits et écrits*, 2 volúmenes, Gallimard, Paris, 2001.
- Pierre Fougueyrollas, *Contre Lévi-Strauss, Lacan et Althusser*, Savelli, Paris, 1976.
- Carlos Fuentes, «Aníbal Quevedo, o la Crítica de la lectura», *El País*, 13 de noviembre, 1989.
- Gonzalo Garcés, *El futuro*, Seix Barral, Barcelona, 2003.
- Adolfo García Ortega, *Aníbal Quevedo y España*, Ollero y Ramos, Madrid, 2003.
- Jean-Guy Godin, *Jacques Lacan, 5, rue de Lille*, Seuil, Paris, 1990.
- Alain Greismar, Serge July y «Erlin Morente», *Vers la Guerre Civile*, Paris, 1967.
- Gérard Haddad, *Le jour où Lacan m'a adopté*, Grasset, Paris, 2002.
- David Halperin, *Saint Foucault*, Oxford University Press, Oxford, 1995.
- Hervé Hamon y Patrick Rotman, *Génération*, 2 volúmenes, Seuil, Paris, 1988.

- Vicente Herrasti, *Gorgias y Foucault*, Planeta, México, 2003.
- Anselm Jappe, *Guy Debord*, Tracce, Pescara, 1993.
- Antonia Kerrigan, «¿Por qué no quise representar a Aníbal Quevedo?», *¿Qué leer?*, Barcelona, marzo, 2003.
- Mustapha Khayati, *De la misère en milieu étudiant considérée sur ses aspects économique, politique, psychologique, sexuelle et notamment intellectuel et de quelques moyens pour y remédier, s/e*, 1966.
- Enrique Krauze, «El melodrama mexicano de Aníbal Quevedo», *Vuelta*, México, diciembre, 1989.
- Julia Kristeva, *Les Samouraïs*, Fayard, París, 1990.
- , *Sens et non-sens de la révolte*, Seuil, París, 1999.
- Jacques Lacan, *Écrits*, Seuil, París, 1966.
- , *Séminaires* (diversos volúmenes), J. A. Miller, ed., Seuil, París.
- , *De la psychose paranoïaque dans ses rapports avec la personnalité*, Seuil, París, 1975.
- Sibylle Lacan, *Un père. Puzzle*, Gallimard, París, 1994.
- Gerardo Laveaga, «La muerte de Aníbal Quevedo fue accidental», *Boletín del Instituto Nacional de Ciencias Penales*, INACIPE, México, mayo de 2003.
- David Macey, *Michel Foucault*, Hutchinson, Londres, 1993.
- Greil Marcus, *Lipstick Traces*, Cambridge, 1989.
- Éric Marty, *Louis Althusser, un sujet sans procès*, Gallimard, París, 1999.
- James Miller, *The Passion of Michel Foucault*, Simon & Schuster, Nueva York, 1993.
- Jean-Claude Milner, *Le périple structural*, Seuil, París, 2002.
- Carlos Monsiváis, «La triste figura de Aníbal Quevedo», *La Jornada*, 14 de noviembre, 1989.
- Guadalupe Nettel, *Structuralisme zen*, Actes Sud, Arles, 2003.
- Ignacio Padilla, *Cómo ser marxista y católico*, Jus, México, 2003.
- Pedro Ángel Palou, ed., *La correspondencia de Aníbal Quevedo y Juan Gavito*, Secretaría de Cultura del Estado de Puebla, Puebla, 2003.
- Octavio Paz, «El otro Buscón», *Vuelta*, México, diciembre de 1989.
- Ana Pellicer, *Los mexicanos*, prólogo de Enrique Vallano, Lengua de Trapo, Madrid, 2003.
- Juan Pérez Avella, *Olvidar a Quevedo*, Edición de autor, México, 1989.
- Gérard Pommier, *Louis du Néant. La mélancolie d'Althusser*, Aubier, París, 1998.
- Aníbal Quevedo, *Obra completa*, Christopher Domínguez, ed., 8 volúmenes, FCE-Fundación Aníbal Quevedo, México, 1990-1994.
- Jacques Rancière, *La Leçon d'Althusser*, Gallimard, París, 1974.

- Marc Reisinger, *Lacan, l'insondable*, Editorial Les empêcheurs de penser en rond, París, 2001.
- Pierre Rey, *Une saison chez Lacan*, Laffont, París, 1989.
- Philippe Roger, *Roland Barthes, roman*, Grasset, 1999.
- Elisabeth Roudinesco, *Lacan. Esquisse d'une vie, histoire d'un système de pensée*, Fayard, París, 1993.
- Alberto Ruy Sánchez, «La erótica del pensamiento: la desnudez de Aníbal Quevedo y Roland Barthes», *sábado de unomásuno*, 17 de noviembre, 1989.
- Moustapha Safouan, *Qu'est-ce que le structuralisme? Psychanalyse*, Seuil, París, 1973.
- , *Lacaniana*, Fayard, París, 2001.
- Stuart Schneiderman, *The Dead of an Intellectual Hero*, Nueva York, 1983.
- Guillermo Sheridan, «Contra Lacan, Barthes, Foucault, Althusser, Quevedo, Volpi y todos los demás», *Letras Libres*, abril, 2003.
- Martín Solares, *El París de Aníbal Quevedo. Viajes en metro por una capital intelectual*, Tusquets, México, 2003.
- Philippe Sollers, *Femmes*, Gallimard, París, 1983.
- Susan Sontag, *Barthes*, Ferrar & Strauss, Nueva York, 1982.
- Tzevan Todorov, *Qu'est-ce que le structuralisme? Poétique*, Seuil, París, 1973.
- Eloy Urroz, *Elogio de mi diván*, Editorial Colibrí, México, 2003.
- Raoul Vaneigem, *Traité de savoir-vivre à l'usage des jeunes générations*, Gallimard, París, 1967.
- René Viénet, *Enragés et Situationnistes dans le mouvement des occupations*, Gallimard, París, 1968.
- François Wahl, *Qu'est-ce que le structuralisme? Philosophie*, Seuil, París, 1973.
- François Weyergans, *Le pitre*, Gallimard, París, 1973.

ÍNDICE

Prólogo.....	8
--------------	---

PRIMERA PARTE

I. AMAR ES DAR LO QUE NO SE TIENE A ALGUIEN QUE NO LO QUIERE.....	12
---	----

II. SI ALTHUSSER PERMANECE EN CURA DE SUEÑO, EL MOVIMIENTO DE MASAS VA BIEN.....	88
--	----

1. Marxismo y psicoanálisis.....	89
----------------------------------	----

1.1. La unión de los contrarios.....	89
--------------------------------------	----

1.2. Después de la batalla.....	90
---------------------------------	----

1.3. El althusserismo también es un humanismo.....	91
--	----

1.4. El fin de la terapia.....	93
--------------------------------	----

2. Chinos en Vincennes.....	96
-----------------------------	----

2.1. Universitarios del mundo.....	96
------------------------------------	----

2.2. El síndrome de Marco Polo.....	97
-------------------------------------	----

2.3. Althusser regresa al mundo.....	100
--------------------------------------	-----

2.4. El juramento de fidelidad.....	100
-------------------------------------	-----

3. Corre, camarada, que el viejo mundo está tras de ti.....	103
---	-----

3.1. La sombra de Tlatelolco.....	103
-----------------------------------	-----

3.2. Elogio de la estulticia.....	105
-----------------------------------	-----

3.3. Delirio y sinrazón.....	109
------------------------------	-----

3.4. Lacan en Vincennes.....	112
------------------------------	-----

4. Terrorismo, celos y <i>foie gras</i>	117
---	-----

4.1. <i>Dementia</i> amorosa.....	117
-----------------------------------	-----

4.2. El regreso de Claire.....	121
--------------------------------	-----

4.3. Objetivo: Lacan.....	124
4.4. Althusser, el otro.....	127
4.5. La causa del pueblo.....	129
5. Un amor de Althusser.....	131
5.1. Primera misiva a Josefa.....	131
5.2. Hacia la resistencia civil.....	132
5.3. Segunda misiva a Josefa.....	134
5.4. Los motivos del hambre.....	135
5.5. Tercera misiva a Josefa.....	138
5.6 La carta robada.....	140
6. Una utopía tropical.....	142
6.1. La misión del intelectual revolucionario.....	142
6.2. Los premios.....	148
6.3. El nombre del padre.....	153
6.4. Reencuentro en la Sierra Maestra.....	166
7. Adiós a las armas.....	170
7.1. La otra revolución.....	170
7.2. Desventurado y ridículo arlequín.....	175
7.3. El club del vino.....	177
7.4. El comandante en las alturas.....	182
7.5. La vocación por la escritura.....	186
 SEGUNDA PARTE	
III. QUEVEDO POR QUEVEDO.....	189
IV. MICROFÍSICA DEL PODER.....	232
Uno.....	233
La voluntad de saber.....	233
Carta de Claire.....	236
Del cuaderno de notas de Aníbal Quevedo.....	238
Entrevista con Josefa Ponce.....	240
Peor libro del año.....	243
Jacques Lacan, encantador de serpientes.....	244

Sesión del 15 de julio de 1989.....	246
Entrevista con Leonora Vargas y Sandra Quevedo.....	248
Dos.....	251
Carta de Claire.....	251
Una visita al limbo.....	253
Peor libro del año.....	257
El otro terremoto.....	258
Del cuaderno de notas de Aníbal Quevedo.....	260
Entrevista con Josefa Ponce.....	262
Carta abierta.....	264
Louis Althusser, prisionero de la fe.....	265
Tres.....	268
Peor libro del año.....	268
Entrevista con Josefa Ponce.....	269
Sesión del 30 de julio de 1989.....	272
El derecho a sublevarse.....	274
Del cuaderno de notas de Aníbal Quevedo.....	279
Carta de Claire.....	281
Del Diario inédito de Christopher Domínguez.....	283
Cuatro.....	286
La voz de los sin voz.....	286
Carta de Claire.....	290
Roland Barthes, miniaturista.....	292
Peor libro del año.....	295
Solicitud de ponencias.....	296
Sesión del 4 de agosto de 1989.....	297
Entrevista con Josefa Ponce.....	299
Cinco.....	301
Carta de Claire.....	301
Tormenta de verano.....	304
Peor libro del año.....	306
Del cuaderno de notas de Aníbal Quevedo.....	307
Entrevista con Josefa Ponce.....	309
Las costumbres del poder.....	312
Sesión del 30 de agosto de 1989.....	317

Del Diario inédito de Christopher Domínguez.....	319
Seis.....	320
Carta de Claire.....	320
El silencio.....	322
Renuncia anunciada.....	326
Peor libro del año.....	327
Entrevista con Josefa Ponce.....	328
Del cuaderno de notas de Aníbal Quevedo.....	332
Michel Foucault, cínico.....	333
Siete.....	335
Nota del director.....	335
Presidencia paga seis millones a Aníbal Quevedo.....	336
Entrevista con Carlos Monsiváis.....	337
Del Diario inédito de Christopher Domínguez.....	338
Entrevista con Julio Aréchiga.....	340
Peor libro del año.....	341
Entrevista con Josefa Ponce.....	343
Duelo por el psicoanalista Aníbal Quevedo.....	346
Memorándum del 22 de diciembre de 1989.....	347
Declaración de hechos.....	348
Carta de Claire.....	350
Tabula gratulatoria.....	352